



FACULTAD DE CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN, TURISMO Y PSICOLOGÍA
ESCUELA PROFESIONAL DE CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN
SECCIÓN DE POSGRADO

LA IDEOLOGÍA LIBERAL EN EL PERIODISMO DE MARIO

VARGAS LLOSA

PRESENTADA POR
PAULA INES FLORES MERINO

ASESORA
MARIZA ZAPATA

TESIS PARA OPTAR EL GRADO ACADÉMICO DE MAESTRA EN
PERIODISMO Y COMUNICACIÓN MULTIMEDIA

LIMA – PERÚ

2019



Reconocimiento - No comercial - Sin obra derivada
CC BY-NC-ND

El autor sólo permite que se pueda descargar esta obra y compartirla con otras personas, siempre que se reconozca su autoría, pero no se puede cambiar de ninguna manera ni se puede utilizar comercialmente.

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>



FACULTAD DE CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN, TURISMO Y PSICOLOGÍA

SECCIÓN POSGRADO

LA IDEOLOGÍA LIBERAL EN EL PERIODISMO DE MARIO

VARGAS LLOSA

PARA OPTAR EL GRADO ACADÉMICO DE MAESTRO EN PERIODISMO Y

COMUNICACIÓN MULTIMEDIA

PRESENTADA POR

PAULA INES FLORES MERINO

ASESORA

MAGISTER MARIZA ZAPATA

LIMA, PERÚ

2019

Dedicatoria

A Melva Hortelia, mi madre, por su gran amor

Agradecimientos

Agradezco a la Universidad San Martín de Porres, especialmente al R.P. Johan Leuridan Hys, decano de la Facultad de Ciencias de la Comunicación, Turismo y Psicología y al Dr. Víctor Miguel Valdez, por el apoyo que me prestaron para la elaboración de esta tesis. Mi reconocimiento a la Magister Mariza Zapata, mi asesora, por su orientación. Y un agradecimiento especial al periodista Juan Carlos Lázaro por su colaboración en mi investigación de los pensadores liberales.

Índice de contenido

Dedicatoria	II
Agradecimientos.....	III
Índice de contenido	IV
Índice de figuras	VII
RESUMEN	IX
ABSTRACT	X
INTRODUCCIÓN	1
A. Descripción de la situación problemática.....	4
B. Formulación de problemas	7
a. Problema principal:	7
b. Problemas específicos:.....	8
C. Objetivos de la investigación	8
a. Objetivo principal	8
b. Objetivos específicos	8
D. Justificación de la investigación.....	9
a. Importancia de la investigación	9
b. Viabilidad de la investigación	10
E. Limitaciones de la investigación	11
CAPÍTULO I. EL PENSAMIENTO LIBERAL DEL ESCRITOR Y DEL PERIODISTA.....	12
1.1 La difusión de las ideas liberales en sus novelas y ensayos.....	13

1.2 Giro político: del marxismo al liberalismo	18
CAPÍTULO II. IDEOLOGÍA Y PENSADORES LIBERALES	25
2.1 John Locke, el padre del liberalismo	26
2.2 Las voces del liberalismo en el discurso vargasllosiano	28
2.2.1 Adam Smith y el libre mercado	28
2.2.2 José Ortega y Gasset. La rebelión de las masas.....	30
2.2.4 Sir Isaiah Berlin.....	35
2.2.5 Jean-Francois Revel	37
2.2.6 Friedrich Von Hayek	41
2.2.7 Karl Popper y la sociedad abierta	43
2.3 Definición de términos básicos.....	47
CAPÍTULO III. ANÁLISIS: ADOCTRINAMIENTO Y PERIODISMO	50
3.1 La Piedra de Toque desde el Análisis Crítico del Discurso.....	51
3.2 Categorías de análisis.....	52
3.2.1 La cultura de la libertad.....	53
3.2.2 Populismo y utopías revolucionarias.....	63
3.2.3 Nacionalismo y rabia.....	75
3.1.4 Política peruana: la verdad de la mentira.....	82
3.2.5 La civilización del espectáculo	88
3.1.6 Las rayas del tigre.....	90
3.3 Aspectos éticos	99
CAPÍTULO IV: CONCLUSIONES	100

RECOMENDACIONES.....	104
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	105
REVISTAS Y PÁGINAS WEB	107
ANEXOS	110

Índice de figuras

Figura 1. Popper en Moyo Island, del 4 setiembre de 2016.

Figura 2. Las estatuas vestidas, del 7 febrero de 2016.

Figura 3. La medialuna sobre el Sena, del 29 de mayo de 2016.

Figura 4. ¿Para qué los filósofos?, del 2 de octubre de 2016.

Figura 5. La derrota de Evo, del 6 de marzo de 2016.

Figura 6. Otra Argentina, del 15 de mayo de 2016.

Figura 7. El precio de la paz, del 18 de setiembre de 2016.

Figura 8. La paz posible, del 16 de octubre de 2016.

Figura 9. La muerte de Fidel, del 11 de diciembre de 2016.

Figura 10. Preso pero libre, del 20 de marzo de 2016.

Figura 11. England your England, del 10 de julio de 2016.

Figura 12. La decadencia de occidente, del 20 de noviembre de 2016.

Figura 13. El ciudadano rabioso, del 30 de octubre de 2016.

Figura 14. La hora gris, del 17 de abril de 2016.

Figura 15. El Perú a salvo, del 12 de junio de 2016.

Figura 16. Por el buen camino, del 7 de agosto de 2016.

Figura 17. Circo y periodismo, del 24 de enero de 2016.

Figura 18. La isla de los tigres, del 13 de noviembre de 2016.

Figura 19. La bomba norcoreana, del 10 de enero de 2016.

Figura 20. Los justos de Israel, del 26 de junio de 2016.

RESUMEN

El objetivo del presente estudio consiste en demostrar el carácter doctrinario, de neto signo liberal, que el escritor y periodista peruano Mario Vargas Llosa imprime a su periodismo de ideas, específicamente a los artículos publicados en su columna Piedra de toque.

Con este propósito, la tesis se estructura en tres partes fundamentales: la primera describe la trayectoria ideológica de Vargas Llosa; la segunda rastrea la influencia de los principales pensadores liberales que han modelado la actual ideología del escritor peruano (Smith, Popper, Aron, Berlin, Von Hayek y Revel); y, finalmente, la tercera parte analiza una secuencia de artículos de Vargas Llosa en la que se patentiza su tarea de difusor de lo que él considera las virtudes y ventajas sociales, políticas, económicas y culturales del liberalismo o de la cultura de la libertad.

En la metodología empleada se aplica el Análisis Crítico del Discurso y la investigación de carácter Cualitativa Hermenéutica para interpretar la secuencia de artículos periodísticos de 2016 del escritor peruano, con el fin de identificar en ellos –como ya se dijo– los principios de la doctrina liberal.

Y concluimos sosteniendo que Vargas Llosa halla la forma más eficaz para discurrir sobre las ventajas del liberalismo en la crítica directa y acerva de una serie de hechos, realidades y escenarios sociales, políticos y culturales que, a su juicio, mellan precisamente la cultura de la libertad.

Palabras claves: Libertad, democracia, sociedad abierta, sociedad cerrada, nacionalismo, populismo, libre mercado, utopías colectivistas.

ABSTRACT

The objective of the presented study consists of demonstrating the doctrinal character, the net liberal sign, that the Peruvian writer and journalist, Mario Vargas Llosa imposes in his journalistic ideas. More specifically, in his weekly column “Piedra de toque”.

With this intended purpose, this thesis is structured in three fundamental parts: the first describes the ideological trajectory of Mario Vargas Llosa; the second rests in his influence in the principles of the liberal thinkers that have modeled the current ideology of the Peruvian writer (Smith, Popper, Aron, Berlin, Von Hayek y Revel). and finally, the last part analyses a sequence of articles written by Vargas Llosa in which he patents his work as a diffuser of what he considers the social, political and economic virtues and advantages of liberalism or of the liberal culture.

In implied methodology, a Critical Speech Analysis and investigation over quantitative hermeneutics behavior is used to interpret the sequence of journalistic articles released in 2016 of the Peruvian writer with the purpose of identifying –as previously stated- the principles of the liberal doctrine.

We conclude keeping in mind that Vergas Llosa found the most effective way to reason over the advantages of liberalism as a crucial directive and makes a serious of actions, realities and societal scenarios, political and cultural.

Key Words: Liberty, democracy, open society, closed society, nationalism, populist, free market, collective utopias.

INTRODUCCIÓN

La presente investigación se circunscribe al papel que cumple Mario Vargas Llosa como difusor de la doctrina liberal mediante sus textos periodísticos en su columna de opinión Piedra de Toque que publica el diario *El País* de España, la cual es reproducida en el suplemento Domingo del diario *La República* de Lima. El análisis de sus artículos periodísticos nos servirá para identificar los principios del liberalismo que utiliza el Nobel peruano para ejercitar su labor de difusión de la ideología del liberalismo.

El corpus de estudio lo constituyen 20 artículos periodísticos, publicados a lo largo del 2016 en el citado diario español. Las categorías de análisis establecidas para el estudio son la cultura de la libertad, populismo y utopías revolucionarias, nacionalismo y rabia, la civilización del espectáculo, entre otras.

Para identificar de qué manera el novelista ejercita su crítica política desde el periodismo se plantea una investigación cualitativa desde la metodología del Análisis Crítico del Discurso. Este estudio no requiere de hipótesis porque, de acuerdo a los objetivos trazados, que es identificar el discurso ideológico del escritor peruano en sus textos periodísticos, utiliza la ruta de la investigación cualitativa y teoriza sobre ello. Cumplir con los objetivos es suficiente para demostrar el planteamiento inicial del problema. La herramienta del Análisis

Crítico del Discurso ya se ha empleado en otras investigaciones destinadas a analizar conversaciones, textos y hasta reportajes.

Para contextualizar el pensamiento liberal de Vargas Llosa en sus textos periodísticos nos remitimos a dos antecedentes importantes: su trayectoria política, desde su inicial militancia en el socialcristianismo hasta su arribo al liberalismo, tras pasar por el marxismo y la socialdemocracia, así como la influencia de los principales pensadores liberales que han modelado su actual ideología (Smith, Popper, Aron, Berlin, Hayek y Revel).

Ambos aspectos nos permiten observar que el liberalismo se presenta en Vargas Llosa como la búsqueda de un pensamiento político que postule y contribuya a la creación de una sociedad que procure bienestar, justicia, seguridad y libertad a sus ciudadanos. Cuando asume la ideología liberal usará gran parte de su actividad periodística para difundir sus principios y, a partir de los mismos, criticar o debatir los populismos, nacionalismos, porque los considera como parte de la tribu.

El liberalismo de Vargas Llosa es de carácter político, de fuentes clásicas, basado en el pensamiento de los iniciadores de esta ideología como Adam Smith y en sus voceros mejor caracterizados como Karl Popper e Isaiah Berlin. En estos pensadores, su obra está volcada principalmente a la sustentación de la defensa de los derechos civiles, de la libertad individual y del fundamental principio de la tolerancia. Consideran que la libertad económica o el principio del libre mercado son consecuencia de su primer factor (los derechos civiles), pero de ninguna manera se antepone a él o lo deja de lado como postulan o practican los representantes del liberalismo empresarial o neoliberalismo. A los filósofos

liberales que determinaron su pensamiento político, Vargas Llosa les dedicó un volumen biográfico e ideológico titulado *La llamada de la tribu* (2018). En esta galería vargasllosiana aparecen Adam Smith, José Ortega y Gasset, Friedrich von Hayek, Karl Popper, Raymond Aron, Isaiah Berlin y Jean-Francois Revel.

Mediante el análisis de sus columnas periodísticas se observa que la crítica política y social es la forma ideal que utiliza Vargas Llosa para mostrar lo que él considera bondades, virtudes o ventajas del liberalismo. Y lo hace con sus críticas severas contra las utopías colectivistas como el socialismo marxista, el nacionalismo y el populismo, pues considera que estas ideologías pueden derivar en dictaduras o en estados totalitarios. También critica la “civilización del espectáculo” y, sobre todo, la intolerancia.

Contrastando las ideas de Vargas Llosa con las de los ideólogos liberales descritos en esta investigación, podemos concluir que el liberalismo no es una ideología homogénea, y que más bien hay matices y hasta contradicciones que diferencian a los liberales. Las concepciones respecto a la cultura de la libertad, de la sociedad abierta y del libre mercado no son aceptadas necesariamente por todos los liberales, lo que indica que la ideología liberal es de un amplio espectro y, dentro del cual, el liberalismo que postula Vargas Llosa en sus artículos se perfila como netamente popperiano.

Para darle contexto al análisis de los textos periodístico, hemos dividido esta investigación en tres capítulos: El pensamiento liberal del escritor y periodista, ideología y pensadores liberales así como adoctrinamiento y periodismo. Los dos primeros corresponden al marco teórico, y el tercero al análisis de los textos periodísticos de Vargas Llosa.

En el segundo capítulo que corresponde a ideología y pensadores liberales, reseñamos las características del pensamiento liberal de Adam Smith, José Ortega y Gasset, Friedrich Von Hayek, Karl Popper, Raymond Aron, Isaiah Berlin y Jean-Francois Revel, así como de sus obras más importantes, y lo que dice Vargas Llosa respecto de ellos. El escritor y periodista peruano coincide con ciertas teorías y discrepa de otras dentro del mismo espacio ideológico del liberalismo, concluyendo que no hay un pensamiento homogéneo en dicha doctrina y que ello es producto de la libertad de sus pensadores. Concluimos, como otros lo han señalado, que el pensamiento de Vargas Llosa es popperiano, o sea, influido principalmente por las ideas de Karl Popper.

A. Descripción de la situación problemática

Actualmente el escritor Mario Vargas Llosa (Arequipa, 1936), de vasta actividad como periodista y Premio Nobel de Literatura 2010, figura entre los voceros más renombrados de la ideología liberal no solo en el Perú sino, inclusive, en el plano internacional. Pese a que no es un ideólogo ni un científico social de profesión, sino, fundamentalmente, un novelista, sus ideas y conceptos liberales aparecen sólidos, sustanciosos y contundentes tal como ha quedado expuesto en diferentes foros y debates públicos en los que ha participado, así como en algunas obras que ha dado a luz y, recientemente, con la publicación de un libro titulado *La llamada de la tribu*. Pero su trinchera principal y favorita para demostrar las ventajas del liberalismo, la crítica a su contraparte (el populismo y el totalitarismo) y difundir el pensamiento de los más destacados ideólogos liberales (Smith, Ortega y Gasset, Von Hayek, Popper, Aron, Berlin y Revel), es el periodismo.

Tiene precisamente una columna (Piedra de toque) en el diario *El País* de España, la cual es reproducida en diferentes periódicos redactados en castellano que le dispensa una vasta audiencia en la nación ibérica y en América Latina. Además, su prestigio de escritor, reconocido internacionalmente, hace de Vargas Llosa un intelectual polémico, de lucha e ideas, de los que ya casi no existen en la cultura occidental de esta época.

Pero, ¿en qué consiste el liberalismo de Vargas Llosa? ¿En qué corriente de la tradición liberal se inscriben sus ideas? ¿Es un neoliberal? ¿Es un liberal clásico?

El nuevo auge de las ideas liberales cobró fuerza entre los años 70 y 80 del pasado siglo XX, impulsado por dos mandatarios enérgicos y pragmáticos: Margaret Thatcher en Inglaterra y Ronald Reagan en los Estados Unidos. Para los críticos de izquierda, especialmente los marxistas, el liberalismo de Thatcher y Reagan no era doctrinario, sino una forma de “capitalismo salvaje”, cruel, al cual dieron el nombre de neoliberalismo, de peyorativa connotación. Sea como fuere, poco tiempo después cayó el Muro de Berlín (1989) y al cabo de dos años se liquidó a la Unión Soviética (1991) como corolario de un ciclo de protestas sociales masivas que pusieron fin a todas las burocracias estalinistas de Europa del Este.

El investigador americano-japonés, Francis Fukuyama, con manifiesto apresuramiento, declaró a este proceso social “el fin de la historia”, y proclamó el triunfo definitivo del capitalismo en el mundo. En su libro *El fin de la historia y el último hombre* (1993), dedica un amplio análisis al fracaso del Estado totalitario que se desarrolló en Occidente después de la segunda guerra mundial y, de otro lado, al resurgimiento de los países del Sudeste asiático gracias a que adoptaron

los “principios del mercado” y se integraron en el “sistema económico capitalista global” (p.77). Tiempo después, ante la evidencia de nuevos conflictos internacionales, ya no de signo ideológico sino cultural, rectificaría su tesis sobre el fin de la historia. Pero el debate quedó abierto e incentivó la polémica en los ámbitos intelectuales y universitarios de Europa y los Estados Unidos, principalmente.

Es en este periodo de profundos cambios políticos y sociales en el mundo cuando Vargas Llosa se adhiere al liberalismo. El mismo Vargas Llosa cuenta, en *La llamada de la tribu* (2018), que su incursión en el liberalismo “fue un proceso sobre todo intelectual de varios años” al que contribuyó su estancia en Inglaterra desde fines de los años sesenta y por “haber vivido de cerca los once años de gobierno de Margaret Thatcher” (p.18).

Antes, sus ilusiones políticas habían tenido curso variable, con estaciones en la democracia cristiana, el marxismo, el castrismo y la socialdemocracia. Ahora empezaba una nueva etapa de su itinerario político-ideológico. Y se entregó a ella en forma combativa y militante, tanto en el plano de las ideas como en el de la acción. Así, a fines de los años 80 encabezó en Lima una marcha en apoyo al movimiento Solidaridad de Polonia que luchaba por deshacerse de una dictadura comunista; se puso al frente de una manifestación popular que rechazó la pretensión del gobierno de Alan García de estatizar los bancos en el Perú y, finalmente, aceptó ser el candidato a la presidencia de su país por un vasto movimiento social que estaba contra el estatismo y la demagogia populista de los gobiernos pseudoizquierdistas. Desde entonces la crítica liberal está presente en el debate político del Perú, principalmente en las tribunas periodísticas. El debate ideológico, en cambio, es casi inexistente.

Siendo pues el liberalismo la ideología que sustenta el periodismo de ideas y de combate de Vargas Llosa, la presente investigación es una tentativa para demostrar el cuño y las características de la ideología liberal que sostiene el Nobel peruano, separando la paja del trigo de acuerdo a los preceptos expuestos en su columna periodística Piedra de Toque. Vargas Llosa también difunde sus ideas liberales en foros, exposiciones públicas, aulas universitarias y, como ya lo dijimos, en un libro publicado recientemente –*La llamada de la tribu* (Lima, 2018), de amplia lectoría en América Latina y España.

Es necesario señalar que la labor periodística de Vargas Llosa es tan antigua como su carrera novelística. Se inició en su primera juventud como reportero de *La Crónica* de Lima, y prosiguió en la agencia *France Press* de París, y luego en diferentes periódicos y revistas peruanos como *El Comercio* y *Caretas*.

Convertido en una celebridad literaria internacional, pasó a tener una columna propia en el diario español *El País*, la cual desde hace más de dos décadas le sirve de tribuna o trinchera de combate para el debate y la crítica sobre la actualidad política. Es precisamente desde este espacio donde Vargas Llosa despliega su labor de adoctrinamiento liberal.

B. Formulación de problemas

a. Problema principal:

¿De qué manera Mario Vargas Llosa ejerce la crítica política, social y cultural desde sus textos periodísticos de 2016 publicados en su columna Piedra e Toque?

b. Problemas específicos:

- ¿Cuáles son los principios del liberalismo que utiliza para combatir las políticas estatistas?
- ¿Cuáles son los principios del liberalismo que emplea para combatir lo que considera que son la negación de la cultura de la libertad: el populismo, el nacionalismo y las utopías colectivistas?
- ¿Cómo evalúa al régimen dictatorial de Singapur que consiguió el despegue económico de su país aplicando políticas de mercado?
- ¿Qué riesgos identifica en la irrestricta libertad promovida por el liberalismo que lleva a lo que denomina la “civilización del espectáculo”?

C. Objetivos de la investigación

a. Objetivo principal

Identificar de qué manera Mario Vargas Llosa ejerce la crítica política, social y cultural desde la óptica del liberalismo mediante sus textos periodísticos, principalmente en su columna Piedra de toque.

b. Objetivos específicos

- Analizar las ideas liberales que utiliza para combatir las políticas estatistas cuando ejerce su labor periodística.
- Determinar qué principios del liberalismo emplea para combatir lo que considera son la negación de la cultura de la libertad: el populismo, el nacionalismo y las utopías colectivistas.

- Conocer cómo evalúa al régimen dictatorial de Singapur que consiguió el despegue económico de su país aplicando políticas de mercado.
- Identificar los riesgos que detecta en la irrestricta libertad promovida por el liberalismo que lleva a lo que denomina la “civilización del espectáculo”.

D. Justificación de la investigación

La investigación adquiere importancia por el interés profesional en someter a un análisis académico el adoctrinamiento de carácter liberal que hace Mario Vargas Llosa mediante sus textos periodísticos.

Vargas Llosa es uno de los intelectuales peruanos cuyas opiniones, críticas e ideas están entre las más influyentes en las conciencias de sus connacionales y de la opinión pública latinoamericana.

Por consiguiente, resulta de importancia conocer a fondo el pensamiento de este escritor, su cuño ideológico y los objetivos políticos y económicos que lo motivan.

a. Importancia de la investigación

El período de la Guerra Fría, que va de los años que siguieron al fin de la Segunda Guerra Mundial hasta la caída del Muro de Berlín en 1989, significó fundamentalmente la confrontación ideológica y propagandística de las esferas del comunismo y del capitalismo. Concluida la Guerra Fría, la ideología liberal se ha generalizado entre los diferentes sistemas de gobierno, incluidos los del socialismo democrático, cuyos principios se han diluido en la práctica. Entre los científicos sociales se debate hoy cuáles son los verdaderos parámetros del liberalismo. Hay, inclusive, quienes consideran como parte del espectro liberal a

un régimen de capitalismo exitoso como el de la República Popular China, aunque se trate de un país gobernado por un partido monopólico que en la letra se define como comunista. La necesidad de un esclarecimiento ideológico es, pues, necesaria y hasta indispensable.

Este trabajo es una contribución al conocimiento de las ideologías políticas en el mundo actual y –a través del contenido de los artículos periodísticos de Vargas Llosa–, específicamente de la ideología liberal, distorsionada interesadamente por ciertos analistas políticos y, por otro lado, exaltada por tecnócratas inescrupulosos que ven en ella solo una herramienta que justifique sus desmesuradas ganancias.

Nuestro interés parte de la actitud del escritor que ve en el liberalismo la piedra de toque de lo que él llama la “cultura de la libertad”. A lo largo de todos sus escritos periodísticos se evidencia una labor de docencia ideológica a favor del liberalismo. ¿Pero es realmente esta corriente de pensamiento la cultura de la libertad? ¿Cuánto de cierto y cuánto de distancia se observa entre el enunciado teórico o ideológico y la aplicación práctica de las ideas liberales en el mundo de hoy?

Estas interrogantes indican por sí mismas la importancia de esta investigación, aun cuando ésta sea incipiente por basarse solo en la actividad periodística de uno de los más reconocidos representantes y voceros del liberalismo.

b. Viabilidad de la investigación

El punto de partida de esta investigación fue el interés profesional y académico de poner bajo la lupa la propagación de las ideas liberales en el periodismo de

Mario Vargas Llosa. Para lograrlo contamos con la asesoría eficiente, con los recursos materiales necesarios y una metodología adecuada.

Para identificar la labor de difusión de la ideología liberal en los textos periodísticos de Mario Vargas Llosa, se trabajó desde el análisis de un conjunto de sus artículos de opinión publicados en su columna Piedra de Toque en el año 2016. Para ello se escogió una metodología que se explica detalladamente más adelante. Se contó como base con bibliografía de relevantes figuras del liberalismo que han significado para Vargas Llosa, según su propia confesión, una influencia ideológica determinante.

E. Limitaciones de la investigación

No existen publicaciones científicas que aporten información directa y específica sobre la influencia del liberalismo en el periodismo de ideas de Vargas Llosa. Generalmente lo que encontramos son tesis y publicaciones referidas a la influencia de la ideología liberal en las novelas y ensayos del notable escritor peruano.

Por ello la información se obtuvo a partir de la documentación de los ideólogos del liberalismo, especialmente de quienes han tenido alguna influencia en Vargas Llosa, lo que ha sido útil para identificar los principios del liberalismo en sus artículos periodísticos. Recientemente, el mismo novelista contribuyó a este trabajo con su libro *La llamada de la tribu* (2018), cuyas páginas están dedicadas a los pensadores liberales que tuvieron decisiva influencia en el escritor.

CAPÍTULO I. EL PENSAMIENTO LIBERAL DEL ESCRITOR Y DEL PERIODISTA

Para analizar el adoctrinamiento de la ideología liberal de Mario Vargas Llosa a través de sus textos periodísticos, se rastreó en el universo de las investigaciones académicas. En ese sentido se indagó si el escritor también utiliza su obra literaria con el mismo propósito. La confirmación de este planteamiento se halló en investigaciones de tesis de Maestría sustentadas en otras universidades- que desarrollaremos más adelante- en cuyas conclusiones se identifica el papel que cumple el autor de *La ciudad y los perros* (1963) como un difusor de los principios del liberalismo en sus novelas y ensayos.

En forma paralela se indagó la trayectoria política del novelista desde sus inicios como militante de la Democracia Cristiana, su paso por el comunismo y el gran salto hacia el liberalismo, cuya corriente ideológica defiende actualmente. ¿Qué lo hizo convertirse en un liberal? El mismo Vargas Llosa confiesa que lo inspiraron la gestión y los resultados de las políticas económicas y sociales que aplicaron en sus países la ex primera ministra de Inglaterra Margaret Thatcher y el ex presidente de los Estados Unidos Ronald Reagan. Este punto es abordado con amplitud en el presente capítulo.

1.1 La difusión de las ideas liberales en sus novelas y ensayos

La faceta del periodismo ideológico de Mario Vargas Llosa es acaso, hasta ahora, el único terreno que sus estudiosos no han abordado de manera orgánica y sistemática, como sí se ha hecho, en cambio, con la literaria y específicamente la novelística. Al análisis y la crítica del periodismo ideológico de Vargas Llosa los analistas se han asomado apenas mediante el artículo de opinión o el ensayo y, eventualmente, a través de foros y mesas redondas. Es una carencia lamentable, puesto que en muy pocos escritores latinoamericanos la política y la ideología se manifiestan como complemento de su literatura novelística y periodística.

En la búsqueda de antecedentes encontramos una investigación similar a nuestro trabajo, escrita por Julio Roldán, titulada *Vargas Llosa entre el mito y la realidad: Posibilidades y límites de un escritor latinoamericano comprometido* (Hamburgo 2000). Esta investigación universitaria, que se realizó entre 1996 y 2000, se plasmó en la edición de un libro. En sus páginas, Roldán aborda el liberalismo de Vargas Llosa, aunque referido específicamente al campo económico (neoliberalismo). Incluso señala que Vargas Llosa “propagandiza las ideas neoliberales que tienen en el mercado libre, en lo económico, en la democracia representativa, en lo político, y el individuo en lo abstracto y en lo filosófico, sus principales tesis ideológicas” (p.115).

En este trabajo –de Roldán– las unidades de análisis son los libros de carácter político-literarios escritos por Vargas Llosa. Básicamente, *Contra viento y marea* (Barcelona 1983-1990), *El pez en el agua* (Barcelona 1993), *Desafíos de la*

Libertad (Madrid 1994), y *La Utopía Arcaica, José María Arguedas y las ficciones del indigenismo* (México 1996).

La investigación de Roldán se centra en el rol y la función política que desempeñan los intelectuales en América Latina, especialmente después de la desaparición del supuesto “socialismo real”.

Otro trabajo académico que tomamos como antecedente es *Categorías de la filosofía social de Karl Popper en el periodismo de Mario Vargas Llosa*, publicado por Martín Trelles en la revista *Cultura*, porque desarrolla el pensamiento liberal de Vargas Llosa a través del periodismo. Aquí analiza la influencia del pensamiento liberal del filósofo vienés Karl Popper en “la visión particular de la sociedad y la cultura” que defiende Vargas Llosa en sus artículos periodísticos. (p.563).

Su metodología parte de la base interpretativa que hace Vargas Llosa de la obra de Karl Popper y la observación de sus artículos periodísticos publicados en Piedra de toque entre enero de 2006 y octubre de 2007. Y parte de la hipótesis de que Vargas Llosa utiliza las categorías popperianas de la sociedad abierta y la sociedad cerrada, el tribalismo y la utopía, el racionalismo crítico y la libertad para construir un discurso periodístico y sustentar su propio pensamiento político.

Sus conclusiones son las siguientes: a) El periodismo de Mario Vargas Llosa produce tendencias y genera contradicciones necesarias para encontrar respuestas a la crisis social y política. b) Los rasgos del periodismo del novelista son el sentido ético y la toma de posición frente a los nacionalismos y las dictaduras. c) La influencia del filósofo de Karl Popper en su obra se produce por motivos ideológicos e intereses académicos, así como por la búsqueda de

argumentos y categorías que justifiquen su propio pensamiento. d) Sus artículos periodísticos analizados presentan una significativa influencia de las categorías del pensamiento de Popper.

Sin embargo, un antecedente importante fue un análisis similar del que se ocupa esta investigación, realizado nada menos que por el mismo Vargas Llosa respecto a las ideas liberales de José Ortega y Gasset. Esta reflexión sobre el filósofo español la expuso en una conferencia dictada en Ámsterdam y reproducida en la revista *Letras Libres*, en su versión electrónica.

Ortega y Gasset es el paradigma literario en el campo del ensayo de Octavio Paz, escritor y poeta mexicano, laureado con el premio Nobel. Fundó la *Revista en Occidente* y fue muy influyente en el pensamiento filosófico y la intelectualidad latinoamericana. Su obra fundamental es *La rebelión de las masas*.

En su disertación, Vargas Llosa sostiene que por su defensa radical del individuo, su apuesta laica, su antinacionalismo y por su visión panorámica anticipatoria, el pensamiento liberal contemporáneo tiene mucho que aprender de Ortega y Gasset.

En este caso, su unidad de análisis es el libro *La rebelión de las masas* (1930), en el cual, según el escritor peruano, Ortega y Gasset predica sus ideas liberales. El concepto de *masa* para Ortega y Gasset, asegura, no coincide con el de clase social y se opone a la definición que de este concepto hace el marxismo. Esta visión de la hegemonía creciente del colectivismo en la vida de las naciones, descrito por Vargas Llosa, es la de un pensador liberal que ve en la desaparición del individuo dentro de lo gregario un retroceso histórico y una amenaza gravísima para la civilización democrática.

Vargas Llosa analiza los conceptos que esgrime Ortega y Gasset en *La rebelión de las masas* para vincularlos con ideas liberales, como la crítica al nacionalismo.

El filósofo español es descrito como un libre pensador ateo, civilista, cosmopolita, europeísta, adversario del nacionalismo y de todos los dogmatismos ideológicos. Esta conferencia fue pronunciada en homenaje a los 50 años de la muerte del Ortega y Gasset y por los 75 años de la publicación de *La rebelión de las masas*.

En la tesis de Maestría, *Teoría de la novela y pensamiento político en la obra de Mario Vargas Llosa* (2011), sustentada por Carlos Arturo Caballero Medina, se sostiene que en la noción de libertad desarrollada por el mismo Vargas Llosa dentro de su teoría de la novela se hayan las bases de su adhesión al liberalismo. Para ello analiza sus ensayos recopilados en *Contra viento y Marea* (1962-1982) y *Desafíos de la Libertad* (1994).

Aquí analiza lo que identifica a Mario Vargas Llosa con el concepto de libertad a través de los ensayos objeto de la investigación. Divide su trabajo en tres unidades de análisis: del individualismo literario hacia el individualismo político, el estudio sobre la relación entre el indigenismo y su ideología, y cómo se desarrollan los conceptos de etnocacerismo, relativismo cultural e interculturalidad en su novela. Trata de indagar la doctrina liberal detrás del discurso literario y político de Vargas Llosa.

Esta investigación de Caballero llega a la conclusión de que la concepción individualista de la creación novelística del Nobel peruano, elaborada en el marco de la teoría de su novela, es el fundamento de su pensamiento político liberal. Lo demuestra con la comprobación que hace de la ideologización de las obras *Historia de Mayta* y *El hablador*. En la primera desarrolla la inviabilidad de un

proyecto indigenista de izquierda, y en la segunda señala que el conservadurismo cultural conduce al fanatismo.

También concluye en que el novelista siempre fue un liberal, incluso antes de su distanciamiento del socialismo. Sostiene, entre otras razones, que en sus dos facetas siempre ha apostado por la libertad individual, criticado la intolerancia, defendido la actitud crítica de la literatura y su independencia de todo marco ideológico que pretenda usufructuarla para su beneficio.

La tesis de Doctorado *La significación de la mujer en la narrativa de Mario Vargas Llosa* (1993), sustentada por Ellen Wattrnicki Echeverría, está dedicada a investigar la novela del premio Nobel de Literatura. Divide la investigación en dos unidades de análisis: Los conceptos de la mujer que fueron difundidos y asumidos en las distintas culturas a través de la historia y el análisis de las particularidades que asume la mujer como personaje en la obra de Vargas Llosa.

El objetivo de este trabajo era rescatar la imagen femenina en la obra de vargasllosiana y estudiarla desde la perspectiva de la crítica feminista.

La investigación llega a varias conclusiones con respecto a las novelas de Vargas Llosa. Por ejemplo, en *La Ciudad y los perros* (1963) “los personajes femeninos parecen pertenecer a una minoría o a una raza diferente, puesto que viven al margen del mundo masculino y carecen de voz propia”. (p.438). En *La casa verde* (1966), “el convento y el burdel simbolizan la situación de clausura impuesta a la mujer por parte de una sociedad que le escatima el ejercicio de su libre albedrío”. Y en *Conversación en la catedral*, en el ámbito de los personajes femeninos, “más allá de la degradación y de la prostitución, se establecen algunas relaciones

basadas en otros valores diferentes a la dominación, como son la solidaridad y el compañerismo entre Hortencia y Amalia”. (p.443).

La tesis *“La influencia liberal en el pensamiento constitucional peruano y en las constituciones del siglo XX”* (2014) no está vinculada particularmente a Vargas Llosa, pero sí al tema del pensamiento del liberalismo, lo que nos ilustra respecto a la metodología de análisis empleada en este trabajo. Fue sustentada por Rafael Manuel Ruiz Hidalgo para obtener el grado de Maestro en Derecho Constitucional en la Pontificia Universidad Católica del Perú.

El objetivo de este trabajo es investigar las fuentes ideológicas y modelos políticos jurídicos que han influido en la formación del pensamiento constitucional en la conservación o cambio de las Constituciones peruanas, principalmente a lo largo del siglo XX.

La metodología empleada aquí es el estudio comparativo del pensamiento constitucional del siglo XX y el análisis de sus fuentes, modelo y especificaciones. Y como conclusión, se señala que el pensamiento constitucional de predominio liberal influyó en la conservación o cambio de los textos constitucionales en relación con las corrientes doctrinarias del siglo XVIII que llegaron al Perú.

1.2 Giro político: del marxismo al liberalismo

Mario Vargas Llosa, que nació en Arequipa en 1936, no siempre fue un liberal. Adolescente aún y cuando recién pergueñaba sus primeros ensayos narrativos, militó en la Democracia Cristiana, un movimiento político surgido en el Perú a mediados de los años 50 e inspirado en las encíclicas papales que invocaban

justicia y solidaridad con la clase trabajadora y los pobres. Al ingresar a San Marcos radicalizó sus planteamientos políticos y se convirtió en activista de la célula Cahuide del entonces clandestino Partido Comunista Peruano. Instalado en Europa desde 1957, no se desligó de su interés por el desarrollo y la actividad de los movimientos de izquierda del Perú y Latinoamérica. En los años 60 Vargas Llosa hizo explícita su adhesión a la revolución cubana, dirigida por Fidel Castro desde 1959 con una orientación definidamente marxista. Entonces, en más de una ocasión, el escritor firmó manifiestos de apoyo a las guerrillas latinoamericanas de esa época. También estableció vínculos con dirigentes de la izquierda peruana en el exilio, específicamente con la célula de París de Vanguardia Revolucionaria, cuyo secretario general Ricardo Letts Colmenares era su amigo. Este espíritu fogoso y comprometido, de signo sartreano, también se expresará en su ensayo *La literatura es fuego*, que leyó a manera de discurso al momento de recibir en Caracas el premio Rómulo Gallegos (1967) por su novela *La casa verde* (1966).

Sin embargo, en los años 1968-1969 se producirá un punto de quiebre en su actitud política y romperá con la revolución castrista. El detonante será el célebre “caso Padilla” que reprodujo en La Habana los más humillantes episodios de represión y purgas estalinistas contra los intelectuales y escritores disidentes en la Rusia soviética de los años 30 del pasado siglo XX.

El mismo Vargas Llosa, en su libro *La llamada de la tribu* (2018), hace una descripción de su tránsito del marxismo al liberalismo. Como factores que incidieron en esa decisión señala su decepción del régimen cubano al constatar la existencia de los campos de concentración -donde estaban reclusos los opositores, homosexuales y delincuentes comunes- que instaló Castro en la isla

bajo la fachada de Unidades Movilizables de Apoyo a la Producción, conocidas como las UMAP, o sea, otro Gulag. Y, posteriormente, en su viaje a la Unión Soviética a fines de los años 60 constató, según sus propias palabras, que la población vivía aislada de información “sobre lo que ocurría allí y en el resto del mundo”, y que “las desigualdades eran enormes y existían exclusivamente en función del poder” (pp.15 y 16).

Su atracción por la ideología liberal caminaba en el mismo ritmo que su decepción del comunismo. Él mismo relata que en los años 60, cuando todavía era socialista, compraba a escondidas *Le Fígaro*, un diario crítico de la izquierda, para leer la columna de Raymond Aron dedicada al análisis de la actualidad.

Pero fue el caso Padilla, ya comentado, el que generó su ruptura con Cuba y en cierta forma su ruptura definitiva con el socialismo marxista. A partir de este momento Vargas Llosa se alejará poco a poco de las posiciones de la izquierda radical para orientarse tímidamente hacia el centrismo de cuño socialdemócrata. También, en su comienzo, adoptará una actitud ambigua respecto a la revolución militar encabezada en el Perú por el general Juan Velasco Alvarado, la que luego se convertirá en crítica abierta a la caída del caudillo en 1975.

Su adhesión a la ideología liberal se consagrará en 1987 cuando encabezó en Lima un movimiento de protesta social contra el intento de estatización de la banca por el gobierno aprista del presidente Alan García Pérez. Entonces fundará el movimiento Libertad, el cual, en alianza con dos partidos de derecha –Acción Popular y el Partido Popular Cristiano (PPC)– postulará su candidatura a la presidencia de la República en 1990, experiencia que volcará en su libro *El pez en el agua* (1993), considerado su autobiografía literaria y política (p.157).

¿Qué influyó en su acercamiento a la ideología liberal? El mismo Vargas Llosa confiesa que lo inspiraron la gestión y los resultados de las políticas económicas y sociales que aplicaron en sus países la ex primera ministra de Inglaterra Margaret Thatcher y el ex presidente de los Estados Unidos Ronald Reagan en los años 80, especialmente en lo concerniente al libre mercado. Es decir, apertura económica, privatización de empresas públicas y menos presencia del Estado en la economía. Recuerda que en el gobierno de Margaret Thatcher (1979-1990) se privatizaron las industrias estatales, se eliminaron los subsidios que éstas recibían del gobierno, y fueron vendidas a sus inquilinos las viviendas sociales que manejaba el Estado. Y al referirse a Reagan lo caracteriza como “un divulgador de teorías liberales”. (p.19).

Rememora que conoció personalmente a Thatcher y a Reagan en sendas citas en las que reforzó su simpatía hacia ellos, sobre todo por su defensa de las teorías liberales.

En este periodo de adhesión al liberalismo se inicia el trabajo de pedagogía y adoctrinamiento ideológico de Vargas Llosa a través del artículo de opinión en la prensa. Lo hará desde un foro de amplia difusión internacional, como son las páginas del diario español *El País* que publica su columna Piedra de Toque.

Su pensamiento político lo analiza José Miguel Oviedo, uno de sus estudiosos mejor calificados, en el libro *Dossier Vargas Llosa (2007)*. Lo caracteriza por el apoyo al modelo neoliberal en economía; la defensa del sistema democrático para evitar los males del populismo y el autoritarismo; el rechazo frontal del nacionalismo; la reafirmación de la sociedad multicultural que equilibre el respeto

a las minorías (de cualquier tipo), y la lucha contra el fanatismo (de cualquier clase).

Antes, el mismo Oviedo señala como paradigmas del escritor, al margen de su ideología liberal, a Sartre, Malraux, Camus, Orwell, Isaiah Berlín, Karl Popper, Ortega y Gasset, etcétera. Todos estos escritores, asegura Oviedo, tienen en común la actitud crítica respecto a los temas políticos dominantes de su época y su rechazo a cualquier alineamiento con el poder, con excepción de Sartre, quien por un tiempo justificó la represión y los crímenes del estalinismo.

En su mismo libro, Oviedo dedica un capítulo titulado *Vargas Llosa, testigo del mundo*, el cual traza la trayectoria periodística del escritor desde que empezó a trabajar como reportero en el diario *La Crónica*, siendo todavía adolescente, hasta que empieza a defender su actual posición liberal en su famosa columna Piedra de Toque.

El novelista Miguel Gutiérrez, en su polémico ensayo *La Generación del 50: Un mundo dividido. Historia y balance*, enjuicia las ideas políticas de Mario Vargas Llosa a través del análisis de su obra literaria, considerándolo uno de los autores representativos de la narrativa del 50. Gutiérrez, identificado políticamente con el marxismo maoísta y, por tanto, un tenaz crítico del viraje político de Vargas Llosa, divide en tres etapas la producción literaria del autor de *La Tía Julia y el escribidor* para tratar de desmontar la tesis de las dos facetas políticas del escritor: el comunista y el liberal.

Para demostrar que Vargas Llosa siempre fue liberal, Gutiérrez hace una revisión exhaustiva de los diálogos de los personajes de las novelas. Uno de ellos es Zavalita en *Conversación en la catedral* (1969). En una de sus páginas asegura

que “la crítica de Vargas Llosa de la institución castrense en *La ciudad y los perros* no es esencial ni revolucionaria al no revelar la naturaleza y función que cumple este poder en la estructura del Estado, y si el libro fue condenado a la hoguera se debió al fanatismo y estrechez mental de sus propugnadores” (p.162). Gutiérrez concluye en que no existe un primer Vargas Llosa revolucionario y progresista porque en sus novelas de esa primera etapa prima la visión de un liberal con un radicalismo tardío.

¿Cómo define el propio Vargas Llosa su pensamiento liberal? Se asoma al liberalismo, según confiesa, porque desde muy joven ya tenía una posición contraria al espíritu tribal, característico en los nacionalismos. Veía los resurgimientos de la llamada de la tribu no solo en países del tercer mundo bajo el liderazgo de caudillos, como señala en *La llamada de la tribu* (2018).

Consideraba, según indica, que en la actualidad el comunismo representaba, sobre todo, el retorno a la tribu, con la negación del individuo como ser soberano y responsable, “regresado a la condición de parte de una masa sumisa a los dictados del líder, especie de santón religioso de palabra sagrada, irrefutable como un axioma, que resucitaba las peores formas de la demagogia y el chauvinismo” (p.23).

Entre los pilares fundamentales del liberalismo destaca la libertad como un valor supremo que debe manifestarse en los campos económico, político, social y cultural. Pero al mismo tiempo precisa que los programas políticos deben adaptarse a la realidad y no sujetarlos a esquemas rígidos que más bien conducen a la violencia política. También menciona que la desviación del liberalismo se produce por el sectarismo de algunos economistas fascinados por

el mercado libre, pues ven a éste como una panacea capaz de resolver todos los problemas sociales.

Sale al frente de los críticos de su ideología, señalando que los liberales no son anarquistas ni quieren suprimir al Estado, y que más bien defienden a un Estado fuerte y eficaz, lo que no significa un Estado grande empeñado en hacer cosas que la sociedad civil puede hacer mejor que él en un régimen de libre competencia. Más bien los liberales, señala, consideran que “el Estado debe asegurar la libertad, el orden público, el respeto a la ley, la igualdad de oportunidades” (pp.25, 26).

Vargas Llosa subraya como la esencia de la doctrina liberal las formas más avanzadas de la cultura democrática y que ha significado en las sociedades libres el progreso en temas básicos: los derechos humanos, la libertad de expresión; los derechos de las minorías sexuales, religiosas y políticas; la defensa del medio ambiente y la participación del ciudadano común y corriente en la vida pública. Son estos pilares del liberalismo que defiende en su columna periodística Piedra de Toque, en discursos públicos, conferencias y en entrevistas que suele conceder a la prensa.

CAPÍTULO II. IDEOLOGÍA Y PENSADORES LIBERALES

Para determinar de qué manera Mario Vargas Llosa propaga su ideología a través de sus textos periodísticos, tema de este estudio, es necesaria una mirada a las influencias ideológicas que conformaron su pensamiento liberal. Estas ideas, cada una con matices propios, tienen autores que se cuentan entre los pensadores más notables de la Europa del siglo XX, además del fundador del liberalismo económico, Adam Smith, del siglo XVIII. A siete de ellos el Nobel peruano dedicó un libro de semblanzas biográficas y reseñas ideológicas que tituló, paradójicamente, *La llamada de la tribu*, y que publicó en el 2018. En esta galería figuran el ya citado Adam Smith, así como José Ortega y Gasset, Raymond Aron, Isaiah Berlin, August Von Hayek, Karl Popper y Jean-Francois Revel. Al escribir este libro, explicó Vargas Llosa, quiso realizar una obra como *Hacia la estación de Finlandia (1940)*, de Edmund Wilson, un admirable esquema biográfico de la historia del socialismo. En las reseñas que siguen hemos añadido una semblanza de John Locke, pensador inglés del siglo XVII, considerado el padre del liberalismo, un clásico, por lo tanto indispensable en el tema, pero que inexplicablemente no figura en el libro de Vargas Llosa.

2.1 John Locke, el padre del liberalismo

John Locke, médico y filósofo inglés, que vivió entre 1632 y 1704, está considerado como el padre del liberalismo clásico e histórico. Según Locke, que perteneció al siglo XVII, el liberalismo es la filosofía del hombre, y su valor más importante es la libertad. En base a estos conceptos, su propuesta es la creación de un Estado liberal, donde los hombres son libres e iguales. En su concepto, la propiedad es un derecho, lo que implica que no tiene por qué ser reconocida ni establecida por la autoridad, según refiere Philippe Hamou, profesor conferencista en la Universidad de París, en su artículo *El espíritu de la modernidad* publicado en el libro *Los Grandes Filósofos (s/f)*.

Locke, de acuerdo a la interpretación de Hamou, defiende la idea “de que el pueblo tiene un derecho inalienable de resistirse a la opresión cuando estime que el soberano rebasa su prerrogativa”, (p.52). En consecuencia, considera necesaria la limitación del poder político.

Hamou encuentra otra característica en la obra de Locke *Tratados sobre el gobierno civil (1689)*. Considera que “la sociedad humana se rige con anterioridad a la fundación del Estado por una ley natural” (pp.52 y 53). Esta ley, según Locke, “se basa en los derechos fundamentales que el individuo posee al nacer o que adquiere por su trabajo (propiedad) y prevalece aun cuando el Estado haya cesado de ser legítimo” (p.53).

Y en su manuscrito *Un ensayo sobre el entendimiento humano(1690)* –prosigue Hamou–, Locke “dio vida poco a poco a una nueva concepción del hombre y del alma humana, conforme a la experiencia moderna de la naturaleza”(p.55). Y

concluye, parafraseando a Locke, cuando afirma que el hombre está sin duda condenado a un “crepúsculo de conocimiento” (p.55), pero con la razón, la conciencia, con sus sentidos y su deseo innato de felicidad, está dotado de todo lo que le hace falta para responder a la exigencia moral que se expresa en la ley divina a la que se sabe sometido.

Sobre este filósofo también escribe Hans Joachim Störig en su libro *Historia Universal de la Filosofía (2012)*. Destaca como punto de partida las reflexiones de Locke: “Su conocimiento de que a toda consideración filosófica debe preceder una investigación sobre la facultad del entendimiento y sobre los objetos que quedan, o no quedan, dentro de su órbita” (p.392). Resume que la teoría del conocimiento de Locke es solo una parte de toda su obra, pues considera que no menos significativos son sus pensamientos sobre la educación, sus opiniones sobre política, de filosofía de la religión y éticas.

En su libro *La llamada de la tribu (2018)*, dedicado a los personajes-paradigmas del pensamiento liberal, Vargas Llosa no dedica ningún capítulo ni reflexión a Locke. Señala en cambio a Adam Smith como el más remoto antecedente de esta doctrina. No explica la razón de esta elección.

Sobre el liberalismo en sí señala que es una doctrina que no tiene respuestas para todo, como pretende el marxismo, y admite en su seno la divergencia y la crítica, a partir de un cuerpo pequeño pero inequívoco de convicciones. Por ejemplo, que la libertad es el valor supremo y que ella no es divisible y fragmentaria, que es una sola y debe manifestarse en todos los dominios –el económico, el político, el social, el cultural- en una sociedad genuinamente democrática. Concluye en que, por no entenderlo así, fracasaron todos los

regímenes que, en las décadas de los sesenta y setenta, pretendían estimular la libertad económica siendo despóticos, generalmente dictaduras militares. “Estos ignorantes, dice Vargas Llosa, creían que una política de mercado podía tener éxito con gobiernos represivos y dictatoriales” (p. 25). Reconoce que fracasaron muchos intentos liberales en América Latina que respetaban las libertades políticas pero no creían en la libertad económica –el mercado libre-, lo cual, según la doctrina liberal, trae desarrollo material y progreso.

2.2 Las voces del liberalismo en el discurso vargasllosiano

2.2.1 Adam Smith y el libre mercado

El filósofo y economista escocés Adam Smith (1723-1790) está considerado el padre del liberalismo económico. En su obra *Investigación de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* (1776), que ha pasado a la historia con un título simplificado (*La riqueza de las naciones*), señala que el interés propio es el que dirige todos los aspectos del comportamiento y la actividad humana. Habla de la división del trabajo, la acumulación de capital y el incremento en la productividad.

Smith plantea que es el trabajo lo que genera riqueza. Sostiene que el trabajo anual de cada nación es el fondo que en principio provee de todas las cosas necesarias y convenientes para la vida, y que anualmente consume un país. Sostiene que ese fondo se compone con el producto inmediato del trabajo, o con lo que mediante dicho producto se compra a otras naciones.

En *La llamada de la tribu* (2018), Vargas Llosa dedica un extenso y bien documentado ensayo a Adam Smith. Recurriendo a sus grandes dotes de narrador, recorre la biografía de Smith corporizándolo como el ser humano que fue mediante una serie de anécdotas y testimonios. Destaca que Smith, que ha pasado a la historia como el gran economista del liberalismo, fue antes que nada un filósofo y un humanista, interesado por diferentes materias, entre las que se incluía la astronomía. Su obra principal, desde luego, fue *La riqueza de las naciones*, publicada en 1776, que deparó a su autor el reconocimiento de las mentes más lúcidas de la Europa de su época.

En esta obra, Smith destaca el descubrimiento del mercado libre como motor del progreso. Lo describe como un mecanismo no inventado por nadie al que la humanidad fue llegando gracias al comercio.

Vargas Llosa interpreta esta visión de Smith sobre la división del trabajo y la aparición del mercado, lo que dio lugar al sistema distribuidor de recursos al que todos los miembros de la sociedad –vendedores, compradores y productores– contribuyen, haciendo avanzar la prosperidad general. “Fue insólita la revelación de que, trabajando para materializar sus propios anhelos y sueños egoístas, el hombre común y corriente contribuía al bienestar de todos” (p.49), señala.

El descubrimiento del mercado libre mediante la obra de Smith, fue un hallazgo revolucionario. Descrito como una mano invisible, presupone la existencia de la propiedad privada, la igualdad de los ciudadanos ante la ley, el rechazo de los privilegios y la división del trabajo. Nadie antes que Adam Smith, dice Vargas Llosa, había explicado con tanta precisión y lucidez este sistema autosuficiente que hace progresar a las naciones, y para el que la libertad es esencial, ni

explicado de manera tan elocuente que la libertad económica sustenta e impulsa a todas las otras.

Conclusión

Sin duda alguna, Mario Vargas Llosa toma de Adam Smith los fundamentos del libre mercado. Al respecto, hay que señalar que Smith subrayó la igualdad de oportunidades para una justa y verdadera competencia entre los actores económicos, uno de los principios del liberalismo que defiende de forma permanente el escritor peruano en sus textos periodísticos, entrevistas y en conferencias.

2.2.2 José Ortega y Gasset. La rebelión de las masas

José Ortega y Gasset nació en Madrid en 1883. Realizó estudios de Derecho y Filosofía en su país y en Alemania. Se desempeñó como articulista en el diario *El Imparcial*, fundado por su padre. Prosiguió esta tarea en los diarios *El Espectador* y *El Sol*. También fundó las publicaciones *España*, *Revista de Occidente* y la editorial *Calpe*. En 1936, al estallar la guerra civil española, se estableció en Holanda, luego en Argentina, después en Portugal y finalmente retornó a España en 1944. Con su discípulo Julián Marías fundó el Instituto de Humanidades. Falleció en Madrid en 1956.

A lo largo de su vida, Ortega y Gasset escribió y publicó una larga serie de ensayos literarios y filosóficos como *Meditaciones del Quijote*, *Vieja y nueva política*, *El espectador*, *España invertebrada*, *El tema de nuestro tiempo*, *la deshumanización del arte*, *Espíritu de la letra*, *Mirabeau o el político*, *Goethe desde dentro*, *En torno a Galileo*, *Estudio sobre el amor*, *El hombre y la gente*, etc.

Pero su obra más celebrada, leída y difundida fue *La rebelión de las masas*, que empezó a publicarse por entregas desde 1926 en el diario *El Sol*. Apareció como libro en 1930. En 1936 el libro se publica en Francia, ocasión que aprovecha Ortega y Gasset para escribir su famoso Prólogo para franceses, con importantes reflexiones sobre la sociología popular europea de su época.

En *La llamada de la tribu* (2018) Mario Vargas Llosa analiza las diversas facetas de este intelectual español, poniendo énfasis en los escenarios que lo marcaron en su debate de ideas: la guerra civil de España, los 40 años de dictadura franquista y el auge de las doctrinas marxistas y revolucionarias en la segunda mitad del siglo XX en Europa y en América Latina.

Ortega y Gasset criticaba el extremismo dogmático de izquierda y el conservadurismo autoritario, nacionalistas y católico de derecha. Tenía una prédica constante de europeizar España, lo que significaba sacar a este país, su país, del aislamiento político y cultural. La contrapropuesta de este planteamiento, recuerda Vargas Llosa, venía de Miguel de Unamuno, otro filósofo peninsular, quien más bien pedía “españolizar Europa”.

Ortega y Gasset también fue un visionario al advertir que en el futuro el movimiento independentista de Cataluña sería uno de los problemas más difíciles que enfrentaría su país, lo que sucedió realmente y de forma dramática en 2018.

Es necesario apuntar que *La rebelión de las masas* (1930), su obra más difundida, fue publicada en pleno auge del comunismo, de los fascismos, del sindicalismo y los nacionalistas en Europa y de los primeros brotes de una cultura popular de consumo masivo.

Ortega y Gasset dedica un capítulo de *La rebelión de las masas* a advertir sobre los riesgos del estatismo. Señala que el hombre masa ve en el Estado un poder anónimo, y cree que el Estado es cosa suya, razón por la cual ante cualquier problema y dificultad cree que éste debe solucionarlos con todo el poder que tiene. “Este es el mayor peligro que amenaza a la civilización: la estatificación de la vida, el intervencionismo del Estado, la absorción de toda espontaneidad social por el Estado”, subraya el escritor español (p.134).

Las masas a las que se refiere Ortega y Gasset no es la de las clases sociales que se menciona en el marxismo sino, dice Vargas Llosa en *La llamada de la tribu* (2018), a “ese conjunto de individuos que se han desindividualizado, dejando de ser seres libres y pensantes, disueltos en una amalgama que piensa por ellos” (pp.78).

Y en el campo de la cultura, determina que los efectos de la irrupción de las masas es el abaratamiento y la vulgarización.

Vargas Llosa encuentra que el liberalismo de Ortega y Gasset es parcial porque no va acompañado de la defensa de la libertad económica y del mercado libre, un aspecto que desdeñaba y del cual desconfiaba. O quizás era generacional, concluye el autor de *La guerra del fin del mundo* (2010).

Conclusión

Del pensador español el escritor peruano toma principalmente su crítica a la dictadura de las multitudes, que Ortega y Gasset llama “masa” en la sociedad contemporánea. Vargas Llosa ha desarrollado ampliamente esta visión y este concepto en su libro *La civilización del espectáculo* (2012).

2.2.3 Raymond Aron

Raymond Aron (1905-1983), que nació en Francia, procedía de una familia judía laica. Fue condiscípulo de Jean-Paul Sartre en la prestigiosa Ecole Normale. Muy joven se interesó por la filosofía alemana y se trasladó a vivir por un tiempo al país germano, primero a Colonia y luego a Berlín, donde presenció el triunfo electoral de Hitler y el nazismo y lo que devino con esta elección.

Su vivencia durante el régimen hitleriano o nazi le hizo conocer todas las atrocidades de una dictadura, lo que le sirvió de sustento para defender las ventajas de vivir en democracia y con tolerancia como sucedía en la órbita del sistema capitalista. Destacó como un concienzudo analista de la sociedad europea de su época y juzgó con severidad crítica la actuación de los intelectuales de izquierda. Formó parte del círculo de asesores políticos del presidente francés Charles de Gaulle.

Aron expuso y defendió sus ideas liberales, muchas veces polemizando con otros pensadores como Jean Paul Sartre, cuyo existencialismo estaba influenciado por el marxismo soviético, mediante sus artículos periodísticos publicados en *Combat*, *Le Figaro* y *L'Express*. Había iniciado su carrera de influyente columnista en 1947 en *Le Figaro*. En *L'Express* trabajó durante treinta años.

En *La llamada de la tribu* (2018), Vargas Llosa hace un profundo análisis de Aron, a quien considera uno de los pensadores liberales que influyeron de manera determinante en su ideología. Sostiene que Aron centró su crítica sobre todo en los pensadores radicales de izquierda de su generación, así como en las teorías marxistas de Sartre, Merleau-Ponty y Louis Althusser. Lo describe como “un pensador algo excéntrico en la tradición cultural de Francia, que idolatra los

extremos: liberal y moderado, un adalid de esa virtud política sajona, el sentido común” (p.206). Recuerda que durante más de medio siglo -en libros, artículos y conferencias- Aron defendió la democracia contra la dictadura, la tolerancia contra los dogmas y el pragmatismo contra la utopía.

Aron tiene una amplia producción bibliográfica, pero para esta investigación nos centramos en *El opio de los intelectuales* (1967), obra en la cual pone en entredicho la unidad de la izquierda así como la función que Karl Marx atribuía al proletariado de salvar a la humanidad de la injusticia y la explotación y de establecer una sociedad sin clases, justa y libre de contradicciones.

El opio de los intelectuales, indica Vargas Llosa, fue escrita contra los cliptocomunistas, compañeros de viaje o tontos útiles representados en la Francia de la posguerra por los cristianos de izquierda y por los existencialistas, y entre estos últimos se refiere sobre todo a Jean-Paul Sartre y Maurice Merleau-Ponty.

Aron señala en su obra que así como para Marx en su época la religión era el opio de los pueblos, el marxismo dogmático es, en esta época (siglo XX), el opio de los intelectuales.

Conclusión

Raymond Aron se proyecta en el pensamiento de Vargas Llosa en su crítica específica a la intelectualidad de izquierda, que en algunos casos suele orientarse a defender regímenes dictatoriales o totalitarios, bajo el paraguas de representar a los pobres. En este tema, el escritor peruano no cede en sus batallas, como ocurre con el régimen de Nicolás Maduro en Venezuela.

2.2.4 Sir Isaiah Berlin

Isaiah Berlin (1909-1997) nació en Riga, en la Letonia adjunta a la Rusia zarista, en el seno de una comunidad judía. Cuando tenía seis años de edad su familia se trasladó a San Petersburgo, donde poco después fue testigo de la convulsión social originada por la revolución bolchevique, episodio que sería el sedimento de su actitud crítica contra el totalitarismo y las dictaduras.

En Inglaterra, a donde emigró, siguió estudios de Humanidades, básicamente de lenguas clásicas, de historia antigua y filosofía. Con el tiempo se convertiría en profesor de Teoría Social y Política en Oxford y presidente de la Academia Británica.

Berlin fue básicamente un ensayista de crítica política. Sus artículos eran publicados en periódicos y revistas, los mismos que fueron recopilados y editados en varios volúmenes por sus discípulos. Sus estudiosos consideran que *Two concepts of Liberty* (1958) -*Dos conceptos de libertad*- ha sido de gran influencia en la teoría política contemporánea como en la teoría liberal.

Reconocido como gran conferencista y ameno conversador, también fue asesor político del gobierno británico en Nueva York y Washington.

¿Qué caracteriza al liberalismo de Isaiah Berlin? Al pasar revista a toda la historia de este liberal, Vargas Llosa sostiene que su pensamiento consistió en “el ejercicio de la tolerancia, en un permanente esfuerzo de comprensión del adversario ideológico” (p.275). Y como prueba de esa tolerancia, destaca el hecho de que este libre pensador de origen judío haya escrito con imparcialidad una de las mejores obras sobre el célebre autor de *El Capital: Karl Marx: su vida y su*

entorno (1939). La escribió cuando tenía treinta años de edad y su influencia fue enorme entre los estudiantes europeos y americanos.

Fue un liberal en los campos político y cultural, pero tenía sus dudas sobre los beneficios del libre mercado para los menos favorecidos. En este último tópico quizá se hizo presente en su pensamiento las reflexiones de Marx, cuya obra conocía en profundidad.

El erizo y el zorro

The Hedgehog ante the Fox (1953) -*El erizo y el zorro*- es uno de los ensayos más populares de Berlin. El meollo de su reflexión parte de una fábula de la literatura griega antigua atribuida a Arquíloco. Según esta fábula, “el zorro sabe muchas cosas, pero el erizo sabe solo una gran cosa”.

Esta fábula le sirve a Berlin para establecer dos tipologías humanas fundamentales que se dan entre pensadores, artistas y hombres en general. “Erizos son aquellos que poseen una visión central, y sistematizada de la vida, un principio ordenador en el cual se ensamblan los acontecimientos históricos, y los menudos sucesos individuales, la persona y la sociedad” (p.262). En esta clasificación están Dante, Platón, Hegel, Dostoievsky, Nietzsche, Proust, entre otros. Los zorros, en cambio, son “aquellos que tienen una visión dispersa y múltiple de la realidad y de los hombres, y que perciben al mundo en una compleja diversidad en la que el todo es tumultuoso, contradictorio, inapresable” (p.262). En esta tipología caben personajes como Shakespeare, Aristóteles, Montaigne, Molière, Goethe, Balzac y Joyce, según Berlin.

Vargas Llosa sostiene que, sin duda, Berlin está entre los zorros, no solo por su concepción abierta, pluralista del fenómeno humano, sino por “la astucia con la

que se las arregla para presentar sus formidables intuiciones y descubrimientos intelectuales al sesgo, como simples figuras retóricas, accidentes del discurso o pasajeras hipótesis de trabajo” (p. 262).

Conclusión

La crítica social vargasllosiana está hecha a la medida del pensamiento liberal de Berlin. Un punto destacable al respecto es la teoría de Berlin sobre *el erizo y el zorro* o de los intelectuales dogmáticos frente a los de pensamiento abierto y pluralista. El novelista peruano suele usar esta crítica en su polémica con la intelectualidad o en sus artículos periodísticos polémicos. Al referirse a Berlin, en su libro *La llamada de la tribu*, dijo: “Entre los autores que he leído en los últimos 30 años, Isaiah Berlin es el que más me ha impresionado. Sus opiniones filosóficas, históricas y políticas me han parecido siempre esclarecedoras, compartibles” (pp.277-278).

2.2.5 Jean-Francois Revel

Jean-Francois Revel (1924-2006), periodista y ensayista político francés, es considerado uno de los más valiosos intelectuales del siglo XX. Su biografía dice que escribió más de 30 libros, además de haber estudiado filosofía en la École Normale y militado en la resistencia durante la ocupación nazi.

Revel se caracterizó por ejercitar la provocación en la defensa de las ideas liberales, especialmente contra la izquierda, desde sus dos trincheras: el periodismo y la literatura de ideas. Esto le generó un enfrentamiento con los

intelectuales marxistas y además le ganó la etiqueta de “la bestia negra de la izquierda e impredecible para la derecha”. En su juventud había sido socialista.

En el artículo periodístico “Las batallas de Jean-Francois Revel”, difundido por la publicación online *Letras Libres* (2007) e incluido en *La llamada de la tribu*, Vargas Llosa grafica estas críticas fulminantes que venían desde la izquierda y del periodismo contra Revel, comparándolo con Albert Camus y George Orwell, porque para ellos, según el escritor peruano, “su combate fue también bastante incomprendido y solitario”.

¿Qué combatía Revel a través de sus ideas? Su discurso lo centró en defender los hechos antes que las teorías, y esto lo llevó, según explica Vargas Llosa, a “remover clisés y las rutinas mentales que impedían a las vanguardias políticas contemporáneas entender los problemas sociales y proponer para ellos soluciones que fueran a la vez radicales y posibles” (pp. 282).

Sus ideas las exponía en sus artículos de crítica política y en sus obras, entre las que destacan *¿Para qué los filósofos?* (1957), *Ni Mark ni Jesús* (1970) o *La tentación totalitaria* (1976).

Es así como en *¿Para qué los filósofos?* critica al oscurantismo de los pensadores modernos debido, según su apreciación, al descubrimiento científico y a la falta de vuelo, y siempre teniendo como contraparte a los clásicos griegos. Vargas Llosa, en *La llamada de la tribu*, señala que si bien Revel destaca el aporte de Sartre y Freud, sin embargo discrepa con él por su dura crítica a Claude Levi-Strauss, autor de *Las estructuras del parentesco*, a quien acusa de ser un buen sicólogo pero que no aporta desde el punto de vista sociológico al conocimiento del

hombre primitivo. Encontraba (Levi-Strauss) en el estructuralismo las mismas deficiencias que había denunciado en el existencialismo.

Según Vargas Llosa, el gran escándalo lo originó cuando publicó *La tentación totalitaria* (1976), con su temeraria conclusión: que el principal obstáculo para el socialismo en el planeta no era el capitalismo sino el comunismo.

Recuerda que Revel alcanzaba los momentos más sugestivos cuando se refería a la autocrítica de los errores de la izquierda al dejar de prosperar y anquilosarse intelectualmente así como por “su fascinación por la dictadura, su ceguera frente a las raíces del totalitarismo, el complejo de inferioridad frente al partido comunista, su ineptitud para formular proyectos sociales distintos del modelo estaliniano” (pp.289).

Vargas Llosa encuentra que el mismo impacto de esta obra tuvo *Cómo terminan las democracias* (1983), cuya tesis era que el comunismo soviético había ganado la guerra al Occidente democrático, destruyéndolo psicológica y democráticamente, mediante la infiltración de bacterias nocivas que, luego de paralizarlo, precipitarán su caída. “La responsabilidad de este proceso estaba, según Revel en las propias democracias, que, por apatía, inconsciencia, frivolidad, cobardía o ceguera, habían colaborado irresponsablemente” (p. 293).

Cuando presentó su libro *Cómo terminan las democracias* (1983) -en el cual hace descripción técnica de los mecanismos de desarrollo del totalitarismo comunista y de las democracias- declaró: “Una de las grandes tragedias de nuestro tiempo es la identificación de los ideales de la izquierda con el comunismo. Hasta ahora es difícil denunciar el imperialismo soviético o de China sin ser clasificado de

derechas. Si el comunismo es la izquierda yo acepto ser de derecha”, declaración que recoge el diario *El País* de España.

Cinco años después, Revel escribiría *El conocimiento inútil* (1988), otra polémica obra que generó debate y controversia por su cuestionamiento a la intelectualidad de izquierda y, según Vargas Llosa, a algunos intocables de la cultura contemporánea. Aquí Revel dice que no es la verdad sino la mentira la fuerza que mueve a la sociedad de nuestro tiempo. Denuncia el papel de los intelectuales en nuestras sociedades, de la influencia de la ideología o de la manipulación. Señala cómo la pasión ideológica podía llevar, en el campo científico, a falsear la verdad, con carencia de escrúpulos como sucede en el periodismo.

Su polémica y casi enfrentamiento con la izquierda no cesó. En su libro *La gran mascarada* (2000), rebate los ataques de representantes de izquierda sobre los efectos del liberalismo en el campo de la economía, a lo que denominaban “capitalismo salvaje”:

“La economía de mercado, basada en la libertad de empresa y el capitalismo democrático, un capitalismo privado, dissociado del poder político pero asociado al Estado de derecho, es la única economía que puede considerarse liberalismo...no se trata de que sea la mejor o la peor. Es que no hay otra, a no ser en la imaginación”, replica Revel en esta obra. (p.39)

Vargas Llosa considera que después de la muerte de Jean-Paul Sartre y de Raymond Aron, el autor de *El conocimiento inútil* llegó a ejercer el liderazgo intelectual en Francia. Al enterarse de la muerte de Revel, el presidente francés Jacques Chirac lo definió como un defensor infatigable de la dignidad del hombre, un guardián exigente y vigilante de la democracia.

Conclusión

De Revel, Vargas Llosa toma la crítica de los resquicios y debilidades de las democracias que permiten el desarrollo de tendencias políticas de tendencia totalitaria que buscan su destrucción. Obra clave en esta crítica vargallosiana es *Cómo terminan las democracias* (1983) del periodista francés.

2.2.6 Friedrich Von Hayek

Friedrich August von Hayek (1899-1992), economista austriaco y teórico de la política, fue una de las figuras del liberalismo político y económico más destacadas del siglo XX. En 1921 recibió el título de Doctor en Leyes en la Universidad de Viena y seis años después se convirtió en director del Instituto Austriaco para la Investigación Económica, cargo que ocupó hasta 1931. Posteriormente ejerció la docencia en la London School of Economics, y dictó lecciones de ciencias sociales en los Estados Unidos. En 1974 recibió el premio Nobel de Economía, que compartió con el economista y político sueco Gunnar Myrdal.

Desde las canteras del liberalismo, Hayek centró su discurso en la defensa del individuo, la empresa privada y el libre mercado, destacando su crítica al constructivismo “como el gran enemigo de la libertad”. Esta crítica la plantea en su libro *Fatal Conceit* (1989) (*La fatal arrogancia*), el último ensayo que escribió en el crepúsculo de su vida y que es considerado uno de sus libros más revolucionarios e importantes del siglo XX.

En *La llamada de la tribu*, Vargas Llosa analiza el libro *Fatal Conceit*. Destaca, sobre todo, la acusación que hace el Nobel de Economía al constructivismo de “querer organizar, desde un centro cualquiera de poder, la vida de la comunidad, sustituyendo las instituciones surgidas sin premeditación ni control por estructuras artificiales” dirigidas a “racionalizar” la producción, “redistribuir” la riqueza, imponer el igualitarismo y uniformar a la sociedad en su conjunto en una ideología, cultura o religión. (pp. 113)

Señala que el eje central de *Fatal Conceit* es la civilización y el progreso, que grafica en el proceso de cambios que sufre el hombre en su ambiente desde su historia milenaria hasta nuestros días, lo que significa, según Hayek, libertad, legalidad, individualismo, propiedad privada, mercado libre, derechos humanos, convivencia y paz.

Para reforzar esta teoría, Vargas Llosa cita lo que suscribió Hayek en un homenaje a Leonard Read (1989) en *Obras completas* (Las vicisitudes del liberalismo: ensayos sobre economía austriaca y el ideal de libertad). Consideraba que “nuestra civilización es gran medida un resultado imprevisto y no pretendido de nuestro sometimiento a las reglas morales y legales que no fueron nunca inventadas” (p.285). Según Hayek, estas reglas crecieron porque las sociedades poco a poco las fueron desarrollando y se impusieron en cada caso sobre otros grupos que seguían reglas diferentes, menos favorables al desarrollo de la civilización.

Hayek también señalaba que la libertad de producir y comerciar no sirve de nada sin un orden legal estricto y eficiente que garantice la propiedad privada, el respeto de los contratos y un poder judicial honesto, capaz e independiente del

poder político. Sin estos requisitos”, ha reseñado Vargas Llosa sintetizando el pensamiento de Hayek, “la economía de mercado es una retórica tras la cual continúan las exacciones y corruptelas de una minoría privilegiada a expensas de la mayoría de la sociedad, lo que los liberales llamamos el mercantilismo” (p.110).

Sin embargo, Vargas Llosa concluye que la idea de la civilización que defendía Hayek se ha desplomado en el mundo moderno en el cual las imágenes se han impuesto a los libros como fuente primera del conocimiento y de información para la opinión pública. Como también, asegura, las empresas privadas han sido corroídas por la corrupción y han violentado las reglas que rigen la libre competencia. “La gran crisis financiera moderna ha sido una expresión dramática de ese desplome de las ideas y valores hayekeanos”, subraya Vargas Llosa. (p.120). Pero Hayek murió sin alcanzar a ver este desplome de sus ideas.

Conclusión

De Hayek, Vargas Llosa toma sus fundamentos económicos para su análisis de las sociedades modernas, aunque con la salvedad de no sumarse totalmente a ellas. Hayek incurrió en extremismo como el de justificar a la dictadura de Augusto Pinochet en Chile solo porque asumió la economía de mercado.

2.2.7 Karl Popper y la sociedad abierta

La filosofía social popperiana, que tiene mucha influencia en las ideas liberales que pregona Mario Vargas Llosa, desarrolla las categorías de sociedad abierta, sociedad cerrada, tribalismo y racionalismo crítico. Su creador fue el filósofo vienés Karl Popper (1902-1994).

Para Popper, el capitalismo sin restricciones conduce a la paradoja de la libertad. Sustenta su idea indicando que una libertad ilimitada lleva a su opuesto, puesto que sin su protección y restricción por la ley, la libertad debe llevar a una tiranía de los fuertes sobre los débiles. Y sigue abundando en detalles: La paradoja de la libertad se reproduce en economía: en un sistema con libertad económica ilimitada, una minoría que es económicamente fuerte puede explotar a la mayoría de los que son económicamente débiles, como de hecho sucede en muchos estados modernos.

Para Jacques Lecomte, la sociedad abierta concebida por Popper “no es tanto una forma de régimen político o de gobierno como una forma de coexistencia humana en la cual la libertad de los individuos, la no violencia y la protección de los débiles son valores esenciales” (p.115). Popper agrega que el origen de la sociedad abierta se remonta a la sociedad griega, y que fue ahí donde los filósofos presocráticos instalaron la libre discusión crítica como medio de progresar hacia la verdad.

En otra de sus obras, *Misère de l'historicien*, dice que las guerras de religión contribuyeron a modelar este modo de pensar antiautoritario: Nuestros errores nos han instruido efectivamente”. Además, habla de la tolerancia y de respetar las diferentes ideas: Hemos aprendido que al escucharnos y criticarnos mutuamente, tenemos alguna oportunidad de aproximarnos a la verdad.

Popper era de origen judío y había nacido en Austria el 28 de julio de 1902. En sus años de estudiante secundario en Viena abrazó la causa del socialismo. Lo abandonó al poco tiempo al descubrir que el creciente poder de la maquinaria estatal constituye el máximo peligro para la libertad individual. También pensaba

que el gran error de Marx, a quien estimaba por su honestidad intelectual, fue sucumbir al *historicismo*, creer que la historia obedecía a leyes inflexibles y que podía ser prevista por el científico social. En los años 40 del pasado siglo XX, Popper se exilió cuando su país fue ocupado por los nazis. En el año de 1945 publicó en Finlandia su obra cumbre, *La sociedad abierta y sus enemigos (1945)*, que convertiría a su autor en “el pensador liberal más atrevido de su tiempo”.

En esta obra, al rebatir las ideas del filósofo Platón sobre la línea jerárquica que incluye la esclavitud como el Estado ideal, Popper defiende la libertad: “El totalitarismo profesa amor, frecuentemente, a la ‘verdadera’ libertad, y el elogio platónico de la libertad, en oposición a la censura de la tiranía, suena exactamente igual que esta profesión de amor”. (p.167)

De este libro, Vargas Llosa ha escrito, en su libro dedicado a los liberales: “Obra maestra absoluta, la gran novedad del libro fue que Popper encontrara el origen y raíz de todas las ideologías verticales y anti democráticas en Grecia y en Platón. Se refiere a cómo Popper refutó la teoría de Platón sobre la defensa que hacía éste de la cultura de la tribu. “Entre racionalismo e irracionalismo, Popper hace una defensa cerrada del primero y afirma que el segundo conduce, a la corta o a la larga, al crimen, y que, aunque empezara con Platón, es la más peligrosa enfermedad intelectual de nuestro tiempo.” (p.149).

Pero, ¿tiene razón Popper en su crítica al irracionalismo? Vargas Llosa, novelista cuya materia prima es la palabra y la ficción, pone en cuestión al filósofo. Se pregunta: ¿Es exacto relacionar lo irracional con el colectivismo y la nostalgia por la unidad perdida de la tribu?, ¿Acaso no forman parte de lo irracional aspectos integrales de lo humano como el mundo del inconsciente, de los sueños, de la

intuición, los instintos y las pasiones? Le otorga la razón a Popper en cuanto del irracionalismo resultan manifestaciones destructivas, entre ellas el fanatismo y el dogmatismo político y religioso que conducen a la opresión y el terror. Pero a la vez le rebate ese concepto, indicando que lo irracional produjo también creaciones artísticas extraordinarias como la poesía mística de San Juan de la Cruz y la modernista de Rimbaud y Lautreamont.

Vargas Llosa también reconoce que muchos helenistas, filósofos y ensayistas políticos pusieron en duda que Popper haya logrado una interpretación fiel del pensamiento platónico. Sin embargo, como buen discípulo, termina justificando al maestro: “Pero”, dice, “aun si Popper hubiese cargado las tintas en su crítica a las ideas de Platón y Aristóteles, su libro quedará siempre como una certera autopsia de los mecanismos psicológicos y sociales que inducen al individuo soberano a rechazar los riesgos que implica la libertad y a preferir un régimen dictatorial” (p. 150).

Es así como Karl Popper, en su libro *En busca de un mundo mejor* (1996), señala que el Estado es un mal necesario, pero que sus poderes no deben multiplicarse más allá de lo necesario. “La diferencia entre una democracia y una tiranía es que en la primera es posible sacarse de encima el gobierno sin derramamiento de sangre; en una tiranía, eso no es posible” (p.202), asegura Popper.

Abunda en detalles sobre lo que él considera una democracia. “No puede conferir beneficios al ciudadano, y no debe esperarse que lo haga; los únicos que han de actuar son los ciudadanos de una democracia. Somos demócratas no porque la mayoría siempre tenga razón, sino porque las tradiciones democráticas son las menos malas que conocemos” (p.203).

Según su concepción, las instituciones solas nunca son suficientes si no están atemperadas por las tradiciones. Considera que tradiciones son necesarias para establecer una especie de vínculo entre las instituciones y las intenciones y evaluaciones de las personas individuales.

Conclusión

Del pensamiento de Popper, de influencia medular en Vargas Llosa, se sintetiza su concepto de la sociedad abierta, es decir de las sociedades que buscan desarrollar plenamente los valores democráticos, como la libertad y la tolerancia. También la crítica permanente a las sociedades cerradas que conducen al totalitarismo.

2.3 Definición de términos básicos

Liberalismo

Doctrina de filosofía política que postula como principio fundamental la libertad del individuo y de las iniciativas privadas. En este sentido, propugna limitar la influencia del Estado en la vida social de los hombres. Se reconoce al filósofo y médico inglés John Locke (1632-1704) como el iniciador del liberalismo filosófico, cuyos escritos consagraron la propiedad privada como un derecho y el consentimiento de los gobernados como un principio fundamental. A esta primera doctrina se la conoce como “liberalismo clásico”, para distinguirla de las corrientes que vinieron después.

Libre mercado (o economía de libre mercado)

Sistema económico donde los intercambios comerciales entre productores y consumidores no están sujetos a ningún o casi ningún control o política gubernamental. El precio o valor de los bienes es fijado por las leyes de la oferta y la demanda, de común acuerdo entre vendedores, prestadores de servicios y consumidores. Su contraparte es la economía de planificación central, donde la intervención de la autoridad estatal, pasando por encima de los agentes económicos, determina el valor de los productos y servicios.

Sociedad abierta

Concepto acuñado por Henry Bergson, filósofo francés, para referirse a las sociedades con gobiernos tolerantes, basados en sistemas políticos transparentes y flexibles que responden a los deseos e inquietudes de la ciudadanía, basados en el Estado de derecho (igualdad ante la ley) y la división de poderes. El filósofo vienés Karl Popper retomó el concepto y la definió como el sistema político en el cual los líderes políticos o el Gobierno son reemplazados sin necesidad de violencia o derramamiento de sangre, a diferencia de las sociedades autoritarias, en las cuales el mecanismo de reemplazo de Gobiernos es la revolución o el golpe de Estado.

Sociedad cerrada

Es lo opuesto a la sociedad abierta. Popper la define como aquella sociedad dominada por el colectivismo, el Estado totalitario, de economía planificada, donde queda reducida la libertad individual. También la define como sociedad colectivista, tribal, de pensamiento mágico.

Democracia

Es el sistema político caracterizado por postular la igualdad ante la ley entre los seres humanos y el reconocimiento de los derechos civiles como la libertad de opinión, prensa y expresión, y la celebración de elecciones libres. Su más remoto antecedente es la Atenas de Pericles. La palabra democracia proviene del griego (“demos”: pueblo, y “Kratos”: gobierno) y su traducción aproximada es «poder popular». Sin embargo, se trata de un concepto que ante las nuevas realidades históricas evoluciona y cambia.

Neoliberalismo

Doctrina política y económica de esencia y formas capitalistas, diseñada a tono con la época de la globalización, que propone la desregulación del mercado, la minimización del Estado y la privatización de servicios y bienes públicos, así como la reducción hasta lo mínimo de la presencia del Estado en la sociedad. Su plasmación doctrinaria está contenida en el paquete de reformas propuestas por el Consenso de Washington a iniciativa del economista John Williamson en 1989. La promueven principalmente hombres de negocios y tecnócratas y su objetivo es establecer la mayor cantidad de ventajas y beneficios para la empresa privada, aún a costa de perjudicar a la masa trabajadora y a los más pobres y necesitados de una sociedad. Es la expresión extremista y deformada del liberalismo. Se le reprocha haber empobrecido aún más a los países del Tercer Mundo en beneficio de las grandes potencias económicas (Estados Unidos, China, Rusia, Inglaterra, etc.) que han hegemonizado el proceso de globalización.

CAPÍTULO III. ANÁLISIS: ADOCTRINAMIENTO Y PERIODISMO

El objetivo de la presente investigación es identificar los principios del liberalismo que utiliza Mario Vargas Llosa en su ejercicio periodístico con el fin de difundir su ideología liberal. Con ese propósito hemos aplicado la metodología del Análisis Crítico del Discurso y la investigación de carácter cualitativo para interpretar la secuencia de artículos periodísticos de 2016 publicados en el diario *El País* de España y reproducido en el Suplemento Domingo del diario *La República* de Lima.

Para promover y difundir la ideología del liberalismo mediante sus artículos periodísticos, Vargas Llosa recurre principalmente a dos vías: 1) El reconocimiento o justificación de los paradigmas de la cultura de la libertad, la sociedad abierta y el libre mercado, y, 2) La crítica al estatismo, el populismo, el nacionalismo y las utopías colectivistas.

Hay un tercer terreno, sin embargo, en el que el escritor, a manera de autocrítica del sistema liberal, lamenta situaciones como la “civilización del espectáculo” o la deformación del arte, surgidas de los excesos de la práctica de la irrestricta libertad promovida por el liberalismo.

3.1 La Piedra de Toque desde el Análisis Crítico del Discurso

El Análisis Crítico del Discurso, aplicado al estudio de los artículos de Vargas Llosa publicados en su columna Piedra de Toque en el año 2016, nos permite realizar un análisis narrativo y cognitivo de sus principales ideas de cuño liberal. Es narrativo porque para comprender el mensaje considera el contexto, en este caso la influencia de las ideas liberales que han tenido en él otros pensadores (Smith, Ortega y Gasset, Popper, Aron, Berlin, Hayek y Revel) y sus propias ideas que defiende en todos los escenarios políticos y periodísticos. Y es cognitivo en el sentido de que estimula la comprensión o el conocimiento.

Este planteamiento lo sustenta el mismo Van Dijk, notable teórico de la comunicación, en un artículo sobre el Análisis Crítico del Discurso publicado en la revista *Anthropos* (1999), en el que asegura que desde la perspectiva de esta técnica “los textos expresan las ideologías de sus redactores”. (p.23). Define esta metodología como un tipo de investigación analítica sobre el discurso que estudia el modo en que el abuso del poder social, el dominio y la desigualdad son practicados, reproducidos, y ocasionalmente combatidos por los textos y el habla en determinado contexto social y político. Además, asegura, “toma partido y espera contribuir de manera efectiva a la resistencia contra la desigualdad social” (p.23).

Albert Chillón, profesor de la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universitat Autònoma de Barcelona, en su artículo El giro lingüístico en periodismo y su incidencia en la comunicación política, publicado en *Cuadernos de Información* No14 (2001), explica cómo el lenguaje construye la realidad y la

realización de nuestra vida mental, “a la cual estructura según sus formas -sus sustantivos, adjetivos, verbos, etc.; su sintaxis, tan diversa en cada lengua; sus melodías de fraseo”, etc. (p.29).

Chillón, insistiendo siempre en la incorporación del giro lingüístico a la hermenéutica, sostiene que obtenemos nuestros conceptos a partir del uso del lenguaje. Asegura que el mundo adquiere sentido sólo en la medida en que lo traducimos lingüísticamente; de otro modo, “sólo sería para nosotros una barahúnda incoherente de sensaciones -táctiles, olfativas, visuales, acústicas, gustativas- suscitadas por el entorno más inmediato aquí y ahora” (p.29).

3.2 Categorías de análisis

El corpus del análisis fueron 20 de 24 artículos publicados en el 2016 por el Nobel peruano en su columna Piedra de Toque del diario *El País* de España, la cual es reproducida cada quince días en el suplemento Domingo del diario *La República*. Solo incluimos los 20 artículos en los cuales el escritor trata temas relacionados directa o indirectamente con los postulados de la ideología liberal. Los otros cuatro artículos restantes tratan temáticas literarias o sociales sin connotaciones ideológicas.

Para el análisis de estos textos periodísticos manejamos seis categorías:

- 1) La cultura de la libertad.
- 2) Populismo y utopías revolucionarias.
- 3) Nacionalismo y rabia.

4) Política peruana: la verdad de la mentira.

5) La civilización del espectáculo.

6) Las rayas del tigre. El modelo de Singapur.

Cabe señalar, antes de pasar al análisis de sus textos, que es en la crítica al estatismo, el populismo, el nacionalismo y las utopías colectivistas, con escenarios ubicados principalmente en los países latinoamericanos, donde la crítica vargasllosiana se muestra más explícita en su valoración de la doctrina liberal. Digamos que la crítica de todo aquello que representa la contraparte del liberalismo le permite al autor de *La guerra del fin del mundo* mostrar con más eficacia las ventajas de la doctrina que promueve.

Pero como no todo es bueno y edificante en el liberalismo, en el acápite Las rayas del tigre anotamos algunas de las contradicciones ideológicas en las que incurre el escritor.

Como complemento del análisis incluimos las imágenes de las citadas columnas de Piedra de Toque, y en la sección Anexos la versión en Word.

3.2.1 La cultura de la libertad

Popper en Moyo Island (Fig.1), de setiembre de 2016, se titula la columna en la que Vargas Llosa comenta su relectura del filósofo vienés, quien, no muy lejos de esa isla, escribió *La sociedad abierta y sus enemigos*, uno de los libros fundamentales del liberalismo del siglo XX. Se trata de un texto de importancia capital en este análisis porque el mismo determina el carácter, dimensión y líneas

del liberalismo que postula Vargas Llosa y que impregna su crítica política, social y cultural.

“Es un libro conmovedor y deslumbrante –dice Vargas Llosa sobre *La sociedad abierta y sus enemigos*–, el más importante que apareció en el siglo XX en defensa de la cultura de la libertad y la recusación más persuasiva de su enemigo principal: la tradición totalitaria” (p.9).

Refiere, asimismo, que según Popper, la tradición totalitaria no data del siglo XX, sino desde la antigüedad griega, con Platón. Extiende su crítica a otro reputado filósofo del siglo XIX como Hegel, a quien Popper llama “verboso”, “oscurantista”, “oportunista” y “farsante”; y, en cambio, se muestra respetuoso y hasta admirador de un filósofo como Marx, nada apreciado por otros liberales, a quien le reconoce “integridad intelectual” y “decencia moral” por su rechazo de la explotación y la injusticia.

“Popper reconoce –dice Vargas Llosa– que el capitalismo se humanizó en Occidente en buena medida por la constitución de sindicatos o acciones obreras directa o indirectamente inspiradas en las ideas socialistas.

Fig.1. Popper en Moyo Island.

Popper en Moyo island

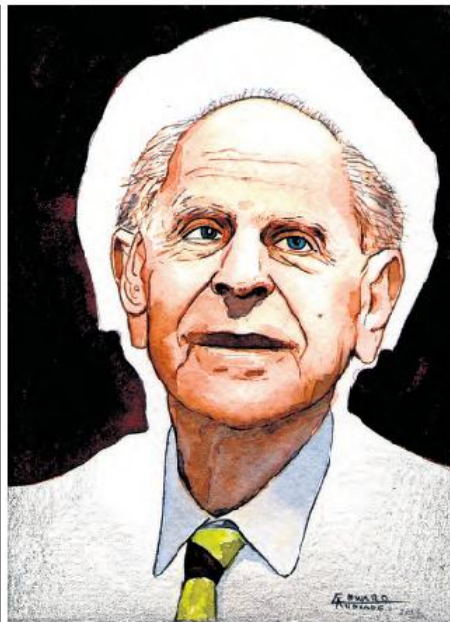
En la isla de Moyo las bandadas de monos, sin la menor incomodidad, suben y bajan de los árboles, juegan, se pelean, bombardean las tiendas con tamarindos, hacen el amor o se masturban. Hay también discretos jabalíes que pasan en manada por la orilla del bosque, silbantes murciélagos y un mar de estrellas cada noche entre las que navega, soberbia, la Vía Láctea.

Probablemente no haya mejor lugar en el mundo que esta isla remota, sin televisión y sin periódicos, para releer *La sociedad abierta y sus enemigos* de principio a fin, con sus casi doscientas páginas de notas microscópicas. La isla neozelandesa donde K.R. Popper la escribió durante la Segunda Guerra Mundial no está muy lejos de aquí y, acaso, en aquel entonces, por los arrabales de Christchurch se paseaban también los típicos macacos.

Popper dijo que escribir este libro fue su contribución personal a la lucha contra el nazismo que lo había desquajado de su Viena natal y que mandaría a dieciséis parientes suyos a los campos de exterminio por ser judíos. Había que creer muy firmemente en la fuerza de las ideas para decir una cosa semejante, pero no se equivocó, pues Hitler y los otros enemigos presentes y futuros a los que ataca en su libro sin necesidad de nombrarlos - Stalin, Mao y buen número de tiramulos de todo el espectro ideológico - están muertos y su ensayo está ahora más vivo que cuando apareció, en 1945.

Es un libro conmovedor y deslumbrante, el más importante que apareció en el siglo XX en defensa de la cultura de la libertad y la recusación más persuasiva de su enemigo principal: la tradición totalitaria. Le tomó cinco años escribirlo y nunca lo hubiera terminado sin la ayuda de Henrie, su mujer, que lo ayudaba en la investigación, dactilografaba el manuscrito y lo sometía a críticas incisivas. Popper tenía que robarle tiempo al tiempo. El modesto puesto de lector en la Universidad local que le habían conseguido Combrich y Hayek, apenas les daba para comer, y su jefe de departamento, que le tenía inquina, lo agobiaba con las clases y quehaceres administrativos. Pese a ello, se las arregló para aprender el griego clásico y mantener una copiosa correspondencia bibliográfica con Europa pues la biblioteca de Christchurch era muy exigua y apenas le servía.

La gran novedad del libro fue que Popper hiciera arrancar la tradición totalitaria de Platón, secundado por Aristóteles, los intelectuales más brillantes de una cultura que, gracias a Pericles, Sócrates y tantos otros, había echado las bases de una sociedad abierta, es decir, libre y democrática. Yo había olvidado -leí por primera vez este libro hace más de veinte años- la ferocidad con que Popper combate el colectivismo, el racismo, el autoritarismo y el tracionalismo de Pla-



“Y por eso cree que, junto a una enseñanza privada, debe haber una enseñanza pública y gratuita de alto nivel que compita con aquella, y un Estado que atenué y corrija las desigualdades”.

ción y el desprecio con que trata a Hegel, a quien llama “verboso”, “oscurantista”, “oportunist” y “farsante” (como había hecho, antes que él, Schopenhauer) y el respeto, lindante con la admiración, que le merece su adversario Carlos Marx. Pese a que desmenuza con tanta eficacia sus teorías de una historia fatídica en la que la lucha de clases y las relaciones de producción determinan la evolución de las sociedades, le reconoce integridad intelectual y decencia moral por su rechazo de la explotación y la injusticia

Inspiradas en las ideas socialistas. Y, al mismo tiempo, muestra con argumentos irrefutables que la desaparición de la propiedad privada y del mercado libre conducen inevitablemente a un crecimiento monstruoso del Estado y a una proliferación burocrática que arrasan con las libertades públicas, instalan un control inquisitorial de la información y dan al caudillo o líder esos poderes supremos -entre ellos el de mentir y manipular fraudulentamente a las masas- que Platón reclamaba para los “guardianes” de su República perfecta.

El liberalismo de Popper está impregnado de humanidad y de espíritu justiciero, muy lejos de aquellos logaritmos vivientes que ven en el mercado la panacea para todos los males de la sociedad. El crecimiento económico está lejos de ser un fin, sólo aparece como un medio para acabar con la pobreza y garantizar unos niveles de vida decente a todos los ciudadanos. Muy explícitamente defiende aquella igualdad de oportunidades (*equality of opportunity*) que espanta a ciertos cavernarios de la derecha liberal. Y por eso cree que, junto a una enseñanza privada, debe haber una enseñanza pública y gratuita de alto nivel que compita con aquella, y un Estado que atenué y corrija las desigualdades de patrimonio mediante seguros de desempleo, de accidentes de trabajo, asegure la jubilación y estimule la difusión de la propiedad. “La igualdad frente a la ley -afirma- no es un hecho sino una exigencia política basada en una decisión moral, y es independiente de la teoría, probablemente falsa, de que todos los hombres nacen iguales”.

La abundancia de notas, que por momentos llega a ser vertiginosa, es también fascinante: Popper responde a sus adversarios, polemiza con ellos y, a veces, consigo mismo, corrigiéndose a menudo, es decir, sometiendo sin tregua los capítulos y acáptes de su libro a la famosa prueba “del ensayo y del error” que, desde su primer libro, *La lógica de la investigación científica* (1934) estableció ser sometida toda teoría o hipótesis que pretendiera enriquecer el conocimiento de la naturaleza o de la sociedad.

No hay la menor duda que las suyas han prestado una enorme ayuda a la cultura democrática y contribuido a que, gracias a él, fuese verdad aquello que sostenía con tanta convicción, sobre todo en sus últimos años, enfrentándose a los intelectuales apocalípticos felices de predecir catástrofes; que, con todo lo que anda mal en ella (y que es mucho) nunca la vida, en la larga historia de la humanidad, ha sido mejor ni hemostenido tantas oportunidades para combatir a los viejos demonios del hambre, la injusticia y la enfermedad, como en el presente. ◻

Moyo Island, septiembre de 2016

Y, al mismo tiempo, muestra con argumentos irrefutables que la desaparición de la propiedad privada y del mercado libre conducen inevitablemente a un crecimiento monstruoso del Estado y a una proliferación burocrática que arrasan con las libertades públicas, instalan un control inquisitorial de la información y dan al caudillo o líder esos poderes supremos –entre ellos el de mentir y manipular fraudulentamente a las masas– que Platón reclamaba para los “guardianes” de su República perfecta” (p.9). Como se puede apreciar, se trata de una declaración de principios de la doctrina liberal.

Pero el liberalismo de Popper, a diferencia de otros propugnadores de esta doctrina, “está impregnado de humanidad y de espíritu justiciero” (p.9). Es un liberalismo que dista mucho “de aquellos logaritmos vivientes que ven en el mercado la panacea para todos los males de la sociedad”, dice Vargas Llosa, en opinión que desaprobaban otros liberales como Friederich von Hayeck. Para Popper, parafraseado o interpretado por Vargas Llosa, “el crecimiento económico está lejos de ser un fin, sólo aparece como un medio para acabar con la pobreza y garantizar unos niveles de vida decentes a todos los ciudadanos”. Y vuelve a arremeter contra “ciertos cavernarios de la derecha liberal” a quienes espanta el principio de la igualdad de oportunidades que defiende y promueve Popper. “Por eso cree (Popper) que, junto a una enseñanza privada, debe haber una enseñanza pública y gratuita de alto nivel que compita con aquella, y un Estado que atenúe y corrija las desigualdades de patrimonio mediante seguros de desempleo, de accidentes de trabajo, que asegure la jubilación y estimule la difusión de la propiedad”.

Tras la lectura de esta columna, una pregunta surge inevitable: ¿dónde, en qué país, Estado o nación se ha realizado este liberalismo? No existe. Existió algo

parecido, acaso, en los países de la Europa nórdica de mediados del siglo XX donde la socialdemocracia implantó el Estado de bienestar. El de Popper y el de Vargas Llosa resulta así un liberalismo ideal, platónico, formulado a manera de un programa de metas a alcanzar. Muchos liberales no suscribirían varias de estas ideas, lo cual nos permite advertir que la doctrina liberal es de amplio espectro, es decir, de muchas escuelas o corrientes que inclusive discrepan entre ellas. Lo cierto y claro es que el liberalismo que postula Vargas Llosa es de cuño popperiano, vale decir humanista y justiciero socialmente.

Otra característica fundamental del liberalismo popperiano es su espíritu de tolerancia, sobre el cual discurre Vargas Llosa en su columna *Las estatuas vestidas* (Fig.2), del 6 de febrero de 2016, en la que critica a ciertas autoridades occidentales por ceder, por intereses económicos, a la cultura de la intolerancia y de la censura de los regímenes tiránicos y despóticos.

La columna narra la anécdota de la visita oficial a Roma del presidente de Irán Hasan Rohani para firmar una serie de acuerdos por el valor de 17.000 millones de euros. Preocupados por no incomodar a su huésped, principal representante de un régimen teocrático e islamista, las autoridades romanas procedieron a revestir o enfundar las obras de arte que representaban a personas y animales que mostraban sus partes púdicas en los Museos Capitolinos, lugar de la ceremonia.

Figura 2. Las estatuas vestidas.

Las estatuas vestidas

Paranotcomodarasuhuéped, el presidente de Irán, Hasan Rohani, de visita oficial en Roma, el Gobierno italiano mandó enfundar las estatuas griegas y romanas de los Museos Capitolinos -entre ellas, una célebre copia de Praxiteles- en púdicos cubos de madera. Y, añadiendo a la estupidez un poco de ridículo, la jefa de protocolo hizo desplazar los atriles y los sillones donde iban a conversar el primer ministro Matteo Renzi y su invitado, a fin de que éste no tuviera que topar nunca su mirada con los abultados testículos del caballo que monta Marco Aurelio en la única estatua ecuestre de la sala Esdra de aquel palacio museístico. Ni qué decir que en las cenas y agasajos que ofrecieron sus anfitriones al presidente Rohani quedaron abolidos el vino y todas las otras bebidas alcohólicas.

Por lo visto, la razón de ser de tanto celo fueron los 17.000 millones de euros en contratos que firmaron el mandatario iraní y el ejército de empresarios que lo acompañaba, trinección de inversiones que viene muy bien a la maltratada economía italiana, una de las que se deteriora más rápido dentro de la Unión Europea. Por suerte, la élite intelectual italiana, bastante más principista y lúcida que su Gobierno, ha reaccionado con dureza ante lo que, con justicia, Massimo Gramellini, en *La Stampa*, ha llamado la "sumisión" intolerable de unos gobernantes ante la vista del mandatario de un país donde todavía se lapida a las adúlteras y se ahorca a los homosexuales en las plazas públicas, además de otras barbaries parecidas.

Gramellini y los periodistas, políticos y escritores italianos que han protestado (a veces con furia y a veces con humor) por la iniciativa de vestir las estatuas tienen razón. El hecho va mucho más allá de una anécdota que provoca risa e indignación. Se trata, en verdad, de una actitud vergonzante y acomodaticia que parece dar la razón a los fanáticos que, en nombre de una fe primitiva, obtusa y sangulnaria, se creen autorizados a imponer a los otros sus prejuicios y su cerrazón mental, es decir, aquella mentalidad de la que la civilización occidental se fue librando -y librando al mundo- a lo largo de una lucha de siglos en la que cientos de miles, millones de personas se inmolaron para que prevaleciera la cultura de la libertad. Que hoy día goce de ella una buena parte de la humanidad es algo demasado importante para que un gobierno, mediante gestos tan lastimosos como el que reseño, esté dispuesto a hacer el simulacro de renunciar a esa cultura a fin de no poner en peligro unos contratos que alivian una crisis económica a que lo ha conducido el populismo, es decir, su propia irresponsabilidad demagógica.

Aquel gesto puede ser una pantomima simpática hacia el Presidente Rohani, a quien, por lo visto, los años que pasó haciendo un doctorado en la Universidad escocesa de Glasgow no bastaron para librarse de las telarañas dogmáticas que traía consigo; pero es una gran traición con los miles de miles de iraníes que son

las víctimas infelices de la intolerancia de los ayatolás y que resisten con heroísmo la lápida que les cayó encima desde que, para librarse de la dictadura del Sha, se echaron en brazos de una dictadura religiosa.

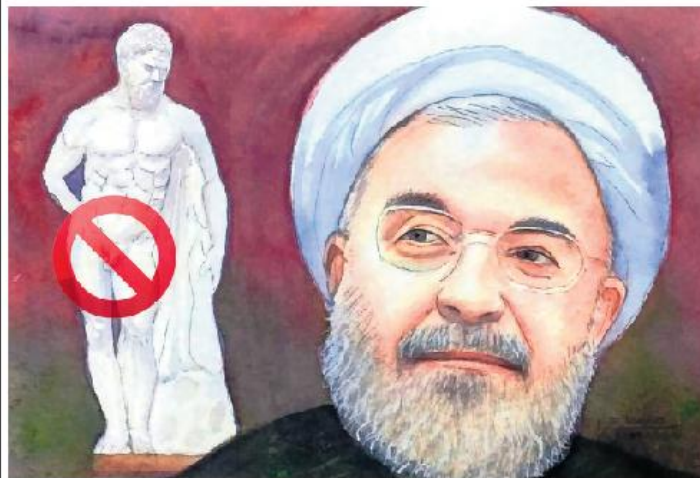
Y es una gran traición también hacia la civilización a la que italla, probablemente antes que ningún otro país, contribuyó a edificar y a proyectar por el mundo entero, un sistema de ideas que con el correr del tiempo crearía al individuo soberano e impondría los derechos humanos, la coexistencia en la diversidad, la libertad de expresión y de crítica, y una concepción de la belleza artística de la que esas estatuas griegas y romanas encajonadas para que no hiriesen la sensibilidad del flustre huésped son, con sus torsos, pechos y sexos al aire, soberbia representación.

El artículo de Massimo Gramellini da en el clavo cuando, detrás de este pequeño incidente, detecta algo más grave y pro-

fundo: una actitud entre complaciente y cínica, que desborda Italia y se extiende por doquier en los países y culturas que conforman el mundo occidental, hacia la civilización de la que tenemos el inmenso privilegio de ser beneficiarios, esa misma que nos ha librado a todos quienes vivimos en ella de padecer los horrores que padecen las mujeres iraníes -esas ciudadanas de segunda clase como lo son todas las de los países musulmanes, con excepción, quizás, por ahora, de Túnez- y los hombres que, allá, quisieran pintar, escribir, componer, pensar, votar, vestirse o desnudarse con la misma libertad con que lo hacemos en París, Roma, Madrid, México, Buenos Aires, y todos los rincones del mundo donde aquella llegó, afortunadamente, librando a la gente de las horas caudinas del despotismo y las verdades únicas.

Las cortesías de la diplomacia deben respetarse pero, también, tener un límite

A diferencia de los fanáticos, tan orgulosos de sus creencias que las utilizan como armas arrojadizas, es bastante frecuente en el mundo occidental llevar el espíritu autocrítico a unos extremos suicidas. Esto es lo que hacen quienes, asqueados de los defectos, victos y contrasentidos que muestra nuestra civilización, están dispuestos a vilipendiarla y, en cambio, respetan y muestran una infinita tolerancia por las otras, las que la odian y quisieran acabar con la nuestra, no por lo que en ella anda mal sino, por el contrario, por lo que en ella anda muy bien y debe ser defendido contra viento y marea: la igualdad de hombres y mujeres, los derechos humanos, la libertad de prensa, pensar, crear, escribir, componer, con total libertad, sin ser censurado o sancionado por hacerlo. El presidente Rohani, cuando recibía de visita al primer ministro Renzi en Teherán, no permitía



“En eso -pero sólo en eso- hay que imitar a los fanáticos: nuestra cultura, que es la cultura de la libertad, es lo que somos, nuestra mejor credencial, no hay razón alguna para ocultarla. Al revés: hay que lucirla y exhibirla”.

y éste sólo puede ser el de no hacer concesiones que impliquen una auto-humiliación o un agravio hacia la propia cultura. Lo ha dicho muy bien Michele Serra, en un artículo de *La Repubblica*: “¿Valía la pena, por no ofender al presidente de Irán, ofendernos a nosotros mismos?” Si la percepción de las bellas nalgas y pechos de las Venus o de los muslos, falos y testículos de los Adonis y equinos pueden herir la susceptibilidad de un flustre invitado, que el protocolo diseñe una trayectoria que no haga discurrir a éste entre estatuas y caballos, y que nadie cometa la imprudencia de servirle una copa de champagne o de vodka, pero ir más allá de esos límites es, tal cual lo dice Gramellini, actuar como los “servos que quieren complacer a quienes los asustan”.

que, para complacerlo, haya desnudado de mármol al estilo griego y romano en sus recorridos, ni que se luzcan a su paso estatuas ecuestres con apéndice testicular a la vista, y, desde luego, el gobernante italiano no se sentirá ofendido por ello. En eso -pero sólo en eso- hay que imitar a los fanáticos: nuestra cultura, que es la cultura de la libertad, es lo que somos, nuestra mejor credencial, no hay razón alguna para ocultarla. Al revés: hay que lucirla y exhibirla, como la mejor contribución (entre muchas cosas malas) que hayamos hecho para que retrocedieran la Injusticia y la violencia en este astro sin luz que nos tocó.

Madrid, febrero de 2016

“Se trata, en verdad –comenta Vargas Llosa–, de una actitud vergonzante y acomodaticia que parece dar la razón a los fanáticos que, en nombre de una fe primitiva, obtusa y sanguinaria, se creen autorizados a imponer a los otros sus prejuicios y su cerrazón mental, es decir, aquella mentalidad de la que la civilización occidental se fue librando –y librando al mundo– a lo largo de una lucha de siglos en la que cientos de miles, millones de personas se inmolaron para que prevaleciera la cultura de la libertad” (p.9). No le falta razón al escritor, ya que cuantas mujeres, hombres, intelectuales y periodistas de esas naciones gobernadas por regímenes despóticos y autoritarios quisieran pensar, vivir, vestirse, criticar, opinar y hacer arte con la libertad con que se hace en Occidente. Ocultar esta libertad para acomodarse y no perturbar al déspota es suicida porque estamos sacrificando esa invaluable conquista de la civilización. “Nuestra cultura, que es la cultura de la libertad –concluye Vargas Llosa–, es lo que somos, nuestra mejor credencial, no hay razón alguna para ocultarla. Al revés: hay que lucirla y exhibirla, como la mejor contribución (entre muchas cosas malas) que hayamos hecho para que retrocedieran la injusticia y la violencia en este astro sin luz que nos tocó”.

El tema de la intolerancia vuelve a ser tratado en la columna *La medialuna sobre el Sena* (Fig. 3), un comentario en torno a la novela *Sumisión* (2015) del francés Michel Houellebecq que imagina a Francia ganada y gobernada por un gobierno musulmán, intolerante, teocrático y autoritario, como consecuencia de las divisiones y enfrentamientos fratricidas entre socialistas y republicanos. “Esta es la historia de un pueblo sometido y vencido, que, enfermo de melancolía y de neurosis, se va viendo desaparecer a sí mismo y es incapaz de mover un dedo para impedirlo.” Por suerte, solo se trata de una ficción, aunque ella representa

Fig. 3. La medialuna sobre el Sena.

La medialuna sobre el Sena

Acaba de haber elecciones generales en Francia y la "Fraternidad musulmana" ha ganado con comidad; socialistas y republicanos, temerosos de que el Front National de Marine Le Pen pudiera acceder al poder en estos comicios, han asegurado aquel triunfo. La Francia que fue antaño cristiana, luego laica, tiene ahora, por primera vez, un presidente musulmán, Mohamed Ben Abbes.

Contrariamente a lo que se temía, los "grupos identitarios" (nacionalistas y xenófobos), no han entrado en zafarrancho de combate y parecen haberse resignado a lo ocurrido con unos cuantos alborotos y algún crimen, algo que, por lo demás, los discretos medios de comunicación apenas mencionan. El país muestra una tímida pasividad ante un proceso de islamización que empieza muy de prisa en el ámbito académico. Arabia Saudita patrocina con munificencia a la Sorbona, donde los profesores que no se convierten deben jubilarse, eso sí, en condiciones económicas óptimas. Desaparecen las aulas mixtas y los antiguos patios se llenan de jovencitas veladas. El nuevo presidente de la universidad, Rediger, autor de un best seller que ha vendido tres millones de ejemplares: Diez preguntas sobre el Islam, defendiendo la poligamia y la practica; tiene dos esposas legítimas, una veterana y otra de apenas quince años.

Quien cuenta esta historia, François, es un oscuro profesor de literatura que se pasó siete años escribiendo una tesis sobre Joris-Karl Huysmans y ha publicado un solo libro, "Vértigo de neologismos", sobre este novelista demoníaco. Solterón, apático y anodino, nunca le interesó la política pero ésta entra como un ventarrón en su vida cuando lo echan de la universidad por no convertirse y pierde a su novia, Myrtam, que, debido al cambio de régimen, debe emigrar a Israel con toda su familia al igual que la mayoría de Judíos franceses.

François observa todos estos enormes cambios que suceden a su alrededor -por ejemplo, que la política exterior francesa se vuelque ahora a acercar a Europa y en especial a Francia a todos los países árabes- con un fatalismo tranquilo. Este parece ser el estado de ánimo dominante entre sus compatriotas, una sociedad que ha perdido el elan vital, resignada ante una historia que le parece tan irremediable como un terremoto o un tsunami, sin reflejos ni rebeldía, sometida de antemano a todo lo que le depara el destino. Basta

leer unas pocas páginas de esta novela de Michel Houellebecq para entender que el título le viene como anillo al dedo: *Soumission*. En efecto: esta es la historia de un pueblo sometido y vencido, que, enfermo de melancolía y de neurosis, se va viendo desaparecer a sí mismo y es incapaz de mover un dedo para impedirlo.

Aunque la trama está muy bien montada y se lee con un interés que no decae, a ratos se tiene la impresión no de estar enfrascado en una novela sino en un testimonio psicoanalítico sobre los fantasmas macabros de un inconsciente colectivo que se tortura a sí mismo infligiéndose humillaciones, fracasos y una lenta decadencia que lo llevará a la extinción. Como este libro ha sido leído con avidez en Francia por un enorme público, cabe suponer que en él se expresan unos sentimientos, miedos y prejuicios de que es víctima un importante sector

de la sociedad francesa.

Es simplemente inverosímil que alguna vez ocurra en Francia aquello que parece profetizar *Soumission*, un retroceso tan radical hacia la barbarie del país que entronizó por primera vez. Los Derechos del Hombre, cuna de las revoluciones que, según Marx, se proponían "asaltar el cielo", y de la literatura más refractaria al status quo de toda Europa. Pero tal vez semejante pesimismo se explique recordando que la modernidad ha golpeado de manera inmisericorde a Francia, que nunca ha sabido adaptarse a ella -por ejemplo sigue arrastrando un Estado macrocefálico que la asfixia y unas prestaciones generosas que no tiene cómo financiar-, al mismo tiempo que el terrorismo se ha encarnizado en su suelo impregnando de inseguridad y desmoralización a sus ciudadanos. Por otra parte su clase política, que ha ido

la magia de la lectura, conviene cotejar la ficción con la realidad.

Verdad que la población musulmana en Francia es, comparativamente, la más numerosa de Europa, pero, también, que se trata de la menos integrada y que la tensión y violencias que a veces estallan entre ella y el resto de la sociedad se deben en buena parte al estado de marginación y desarraigo en que se encuentra. Por otro lado, es importante recordar que el mayor número de víctimas del terrorismo de los islamistas fanáticos son los propios musulmanes y que, por lo tanto, presentar a esta comunidad cohesionada e integrada política e ideológicamente como hace la novela de Houellebecq es tiralé. Y, también, suponer que una de las sociedades que está más a la vanguardia en el mundo en cuestiones sociales -de sexo, de religión, de género y derechos humanos en general- podría involucionar hacia prácticas medievales como la poligamia y la discriminación de la mujer con la facilidad con que describe *Soumission*. Semejante conjetura va más allá de cualquier licencia poética.

Y sin embargo, entre tantas mentiras hay unas verdades que se insinúan y prevalecen en el libro de Michel Houellebecq. Son los prejuicios, la xenofobia y la paranoia que inspiran esa sinistra fantasía, aquella sensación mentrosa de que el futuro está determinado por fuerzas contra las cuales el hombre común y corriente es impotente y no tiene otra opción que la de acatarlo o suicidarse. No es cierto que la libertad no exista y los seres humanos sean ciegos intérpretes de un guión



“Por otro lado, es importante recordar que el mayor número de víctimas del terrorismo de los islamistas fanáticos son los propios musulmanes”.

decauyendo y parece haber perdido por completo su capacidad de renovarse, no sabe cómo enfrentar los problemas de manera radical y creativa. Esto explica el crecimiento enloquecido del Front National y el repliegue tribal al nacionalismo de orejeras que proponen sus dirigentes como remedio a sus males.

La novela de Michel Houellebecq da forma y consistencia a esos fantasmas de manera muy eficaz y seguramente contribuye a difundirlos. Lo hace con pericia literaria y una prosa fría y neutral. Es difícil no sentir cierta simpatía por François y tantos infelices como él, sobre los que se abate la desgracia sin que atinen a ofrecer la menor resistencia a unos acontecimientos que, como diría el buenazo de Monsieur Bovary, parecen "la falta de fatalidad". Pero todo esto es puro espejismo y, una vez concluida

pre-establecido. Siempre hay algo que se puede hacer para enfrentarse a derrotos adversos. Si el fatalismo que postula *Soumission* frente a la historia fuera cierto, nunca habríamos salido de las cavernas. Gracias a que es posible la insustitución ha habido progreso. Vivir con la sensación de la derrota en la boca, como viven los personajes de esta novela, da una lastimosa imagen del ser humano. François acata lo que considera su sino y se somete; al final del libro, se tiene la sospecha de que, pese a su secreta e invencible repugnancia contra todo lo que ocurre, terminará por convertirse también, de modo que pueda volver a enseñar en la Sorbona, prepare la edición de la *Pléiade* de las novelas de J.K. Huysmans y acaso, como Rediger, hasta se case con varias mujeres. ○

Madrid, mayo de 2016

una alerta sobre los prejuicios, la xenofobia y la paranoia que cunde entre ciertos sectores de la sociedad francesa. “Si el fatalismo que postula *Sumisión* frente a la historia fuera cierto, nunca habríamos salido de las cavernas. Gracias a que es posible la insumisión ha habido progreso” (p.9), sostiene Vargas Llosa.

En otra columna titulada *Para qué los filósofos* (Fig.4), el autor de *Conversación en la Catedral* comenta un libro de ese mismo título de su amigo Jean Francois Revel, filósofo y periodista francés liberal, quien la emprende contra una moda intelectual infectada de maoísmo y estructuralismo que campeó en Francia en la segunda mitad del siglo XX. “Revel advierte –señala Vargas Llosa– que las modas van arrastrando a la filosofía a unos niveles de artificialidad y esoterismo que parece una forma de suicidio” (p.9).

Considera *¿para qué los filósofos?*, como “un ajuste de cuentas con los pensadores de su tiempo y con la propia filosofía” (p.9) a la que, según este ensayo, los descubrimientos científicos y la falta de vuelo, de originalidad y el “oscurantismo de los filósofos modernos va encogiéndose como una piel de zapa y volviendo cada vez menos legible” (p.9).

Y elogia la batalla del filósofo liberal contra el oscurantismo que representan esos intelectuales desubicados.

Sostiene que los artículos y ensayos de Revel, con los de Raymond Aron- también pensador liberal que influyó en él- fueron un modelo de lucidez” en esa segunda mitad del siglo XX, marcada en Francia por el predominio casi absoluto del marxismo y sus variantes, “a los que ambos se enfrentaron con valentía y talento en nombre de la cultura democrática” (p.9).

Figura 4. ¿Para qué los filósofos?

La República
Domingo, 2 de octubre del 2016

DOMINGO

9

PIEDRA
DE TOQUE



Mario Vargas Llosa

¿Para qué los filósofos?

En un *bouquiniste* de los alrededores de Notre Dame encontré, medio deshecha por el tiempo y el manoseo de los poseedores, la primera edición de *¿Para qué los filósofos?* (1957) de Jean-François Revel. La compré y la volví a leer, medio siglo después de la primera lectura. Este panfleto volteriano con que Revel inició su carrera literaria conserva intacta su explosiva ferocidad y tal vez ella ha aumentado porque algunas de las figuras con las que se encarniza, como Heidegger, Jacques Lacan o Claude Lévi-Strauss se han convertido desde entonces en referencias intelectuales intocables.

Como diría él mismo después, este libro fue su despedida tormentosa de la filosofía. Y, por cierto, de la universidad francesa y de sus profesores de humanidades, otro de sus blancos, a los que acusaba de estar muy por detrás de las universidades norteamericanas y alemanas, medio alertados por el amiguismo mafioso y una retórica cada vez más incomprensible e insulsa. Este libro tuvo consecuencias muy provechosas para los lectores de Revel: lo sacó de un mundo académico donde acaso hubiera vegetado muy lejos de la actualidad y lo convirtió en el formidable periodista y pensador político que sería. Sus artículos y ensayos, con los de Raymond Aron, fueron un modelo de lucidez en esa segunda mitad del siglo XX, marcada en Francia por el predominio casi absoluto del marxismo y sus variantes, a los que ambos se enfrentaron con valentía y talento en nombre de la cultura democrática. Nadie los ha reemplazado y sin ellos los diarios y revistas francesas parecen haberse apocado y entristecido.

La palabra panfleto tiene ahora cierto relente ignominioso, de texto vulgar, desafiado e insultante, pero en el siglo XVIII era un género creativo y respetable, de alto nivel, del que se valían los intelectuales más ilustres para ventilar sus diferencias. En esa tradición se inscriben muchos de los libros de Revel, como *¿Para qué los filósofos?*, un ajuste de cuentas con los pensadores de su tiempo y con la propia filosofía a la que, según este ensayo, los descubrimientos científicos, de un lado, y, de otro, la falta de vuelo, de originalidad y el oscurantismo de los filósofos modernos va encogiendo como una piel de zapa y lo peor: volviendo cada vez menos legible. Revel sabía de lo que hablaba, tenía un conocimiento

profundo de los clásicos griegos y todo su libro está plagado de contrastes entre lo que significaba "filosofía" en la Grecia de Platón y Aristóteles, o en la Europa de Leibniz, Descartes, Pascal, Kant y Hegel y el modesto y superspecializado quehacer (confinado a menudo en la lingüística) que usurpa su nombre en nuestros días.

Pero no sólo hay críticas severas en el libro contra los filósofos contemporáneos; también algunos elogios. De Sartre, por ejemplo, por *El ser y la nada*, que le parece a Revel una reflexión profunda, de gran audacia especulativa, y de Freud, de quien hace una reivindicación beligerante, sobre todo contra ciertos psicoanalistas, como Jacques Lacan, quien, a su juicio, no sólo revoltea y enreda grotescamente las ideas de Freud, sino lo utiliza para levantarse un vanidoso monumento a sí mismo. Para quienes hemos perdido muchas horas tratando de entender a

Lacan (sin conseguirlo), la dura crítica que le merece a Revel resulta alentadora.

No así, sin embargo, las severas reprimendas a Claude Lévi-Strauss, cuyo libro sobre *Las estructuras elementales del parentesco* Revel cuestiona de raíz, acusando a su autor de ser un buen psicólogo pero no aportar nada desde el punto de vista sociológico al conocimiento del hombre primitivo. Esta aseveración la extiende al conjunto de los estudios sobre las sociedades marginales de Lévi-Strauss, con el argumento de que al reducir todo el análisis a describir la mentalidad primitiva, concentrándose en su trivialidad psicológica, se desentendió de investigar lo más importante desde el punto de vista social: por qué las instituciones de la sociedad tradicional tuvieron determinado carácter, por qué se diferenciaban tanto unas de otras, qué necesidades satisfacían los rituales, creencias e instituciones de



“Este panfleto volteriano con que Revel inició su carrera literaria conserva intacta su explosiva ferocidad y tal vez ella ha aumentado porque algunas de las figuras con las que se encarniza, como Heidegger, Jacques Lacan o Claude Lévi-Strauss se han convertido desde entonces en referencias intelectuales intocables”.

La obra de Lévi-Strauss estaba todavía en proceso cuando Revel escribió este ensayo y tal vez otra hubiera sido su evaluación del gran antropólogo si hubiera tenido una perspectiva más amplia de su obra.

El año 1971, con motivo de una reedición de *¿Para qué los filósofos?*, Revel escribió un extenso prólogo pasando revista a lo que había ocurrido en el ámbito intelectual de Francia en los últimos once años. No rectificaba nada de lo que había escrito en 1957 y, por el contrario, encontraba en el "estructuralismo" entonces de moda las mismas insuficiencias e imposturas que había denunciado en los años del "existencialismo". Sus críticas más acerbas las dirige a Althusser y a

Foucault, sobre todo a este último, muy de actualidad desde la publicación de *Las palabras y las cosas*, quien había declarado que "Sartre era un hombre del siglo XIX" y cuyas aparatosas afirmaciones según las cuales "las humanidades no existen" y "del hombre, una invención reciente, se puede prever el fin próximo" hacían las delicias de los bistrotés de Saint-Germain. (Todavía apedrea políticas y negaba la existencia del sida).

Revel advierte que las modas van arrastrando a la filosofía a unos niveles de artificialidad y esoterismo que parece una forma de suicidio, empezando por el fuego graneado que los nuevos filósofos disparan contra el humanismo. Pero lo que exacta más su humor sarcástico es la extraña alianza que se daba entre el esnobismo político -léase marxismo o, todavía más grave, maoísmo- y las especulaciones más alambicadas de las "teorías" que producían sin freno los literatos y críticos de una corriente estructuralista que abarcaba tantas disciplinas y géneros que ya nadie sabía sobre qué escribía. En esto se lleva todos los premios la revista *Tel Quel*, cuyo genio tutelador, el sutil Roland Barthes acababa de explicar, inaugurando sus charlas en el Collège de France, que "la lengua es fascista". El análisis de un número especial de *Tel Quel* que hace Revel, ridiculizando la pretensión de los discípulos de Barthes y Derrida de que sus teorías literarias y expertizos lingüísticos servirán al proletariado para derrotar a la burguesía en la batalla a muerte en que están trabados, no tiene desperdicio. Basta citar una frase: "La función ideológica de *Tel Quel* es muy clara: consiste en fabricar una cultura burguesa presentándola como antiburguesa. Ya que ella es antiburguesa y proletaria en la exacta medida en que la finca de María Antonieta, en el Petit Trianon, era antimonárquica y campesina."

Por encima y por debajo de la virulencia intelectual que anima este ensayo de Revel, algo sigue ahora tan válido como entonces: la nostalgia de una vida intelectual creativa y responsable, que ayude a ver claro aquello que parece confuso, y en la que las ideas rivalicen y jueguen un papel central en la búsqueda de soluciones para los escalofrantes problemas que enfrenta el mundo de hoy. **D**

París, septiembre de 2016

3.2.2 Populismo y utopías revolucionarias

Entre las lacras ideológicas que corroen la vida política y social de los pueblos, específicamente los de América Latina, están las del populismo, la demagogia y las utopías revolucionarias bajo los signos del izquierdismo, el socialismo y el comunismo. En opinión de Karl Popper, elogiosamente comentado por Vargas Llosa, estas lacras ideológicas son propias de las sociedades tribales, primitivas, de pensamiento mágico, donde las decisiones de la tribu o la aldea eran adoptadas colectivamente al influjo de ciertas mentiras o supersticiones. Pese a los millones de años transcurridos desde la época tribal de la historia humana, su práctica colectivista pervive en una serie de formaciones políticas que practican el populismo y el estatismo. Para el periodista Vargas Llosa, la crítica de estas lacras ideológicas es decisiva en la medida en que constituyen la negación de la cultura de la libertad.

En su columna *La derrota de Evo* (Fig.5), de marzo de 2016, Vargas Llosa discurre acremente en torno a un mandatario y un régimen “que son un monumento al populismo más desenfrenado”. Ese mandatario es Evo Morales, presidente de Bolivia, quien fuera derrotado en el referéndum del 2016 con el que pretendía reformar la Constitución para hacerse reelegir por cuarta vez en el año 2019. Su derrota, sostiene el escritor, “es una buena cosa para Bolivia y la cultura de la libertad”. Sin embargo, durante diez años, gracias al auge de los precios de las materias primas, el gobierno de Morales, de signo chavista, se mostró como exitoso. Con la caída de esos precios ha llegado la hora de la verdad: “el país decrece y está sacudido por los escándalos y la corrupción.” Ante estos reveses, Morales no tiene otra explicación que culpar al “imperialismo norteamericano” y a los “liberales” (p.9)

Figura 5. La derrota de Evo.

La derrota de Evo

La derrota de Evo Morales en el referéndum con el que pretendía reformar la Constitución para hacerse reelegir por cuarta vez en el año 2019 es una buena cosa para Bolivia y la cultura de la libertad. Se inscribe dentro de una cadena democratizadora que va golpeando al populismo demagógico en América Latina de la que son jalones importantes la elección de Mauricio Macri en Argentina contra el candidato de la señora Fernández de Kirchner, el anuncio de Rafael Correa de que no será candidato en las próximas elecciones en Ecuador, la aplastante derrota -por cerca del 70% de los votos- del régimen de Nicolás Maduro en las elecciones para la Asamblea Nacional en Venezuela y el desprestigio creciente de la Presidenta Dilma Rousseff y su mentor, el ex presidente Lula, en Brasil, por el fracaso económico y los escándalos de corrupción de Petrobras que presagian también un fracaso catastrófico del Partido de los Trabajadores en las próximas elecciones.

A diferencia de los gobiernos populistas de Venezuela, Argentina, Ecuador y Brasil, cuyas políticas demagógicas han desplomado sus economías, se decía de Evo Morales que su política económica ha sido exitosa. Pero las estadísticas no cuentan toda la verdad, es decir, el periodo enormemente favorable que vivió Bolivia en buena parte de estos diez años de gobierno con el auge del precio de las materias primas; desde la caída de estas, el país decrece y está sacudido por los escándalos y la corrupción. Esto explica en parte el descenso en picada de la popularidad de Evo Morales. Es interesante advertir que en el referéndum casi todas las principales ciudades bolivianas votaron contra él, y que, si no hubiera sido por las regiones rurales, las menos cultas del país y también las más alejadas, donde es más fácil para el gobierno falsear el resultado de las urnas, la derrota de Evo habría sido mucho mayor.

¿Hasta cuándo continuará el singular mandatario echando la culpa al "imperialismo norteamericano" y a los "liberales" de todo lo que le sale mal? El último escándalo que ha protagonizado tiene que ver con China, no con los Estados Unidos. Una ex amante suya, Gabriela Zapata, ahora presa, con la que tuvo un hijo en 2007, fue luego ejecutiva de una empresa china que ha venido recibiendo jugosos y arbitrarios contratos gubernamentales para construir carreteras y otras obras públicas por más de 500 millones de dólares. El favoritismo flagrante de estos

contratos ilegales, denunciados por un gallardo periodista, Carlos Valverde, ha sacudido al país y los desmentidos y explicaciones del presidente sólo han servido para comprometerlo más con el enjuague. Y para que la opinión pública boliviana recuerde que este es sólo el último ejemplo de una corrupción que a lo largo de este decenio ha venido manifestándose en múltiples ocasiones aunque la popularidad de Evo sirviera para acallararla. Da la impresión de que aquella popularidad, que va apagándose, ya no bastará para que la opinión pública boliviana se engañada, aplaudiendo a un mandatario y a un régimen que son un monumento al populismo más desenfrenado.

Ojalá que, al igual que los bolivianos, la opinión pública internacional deje de mostrar esa simpatía en última instancia discriminatoria y racista que, sobre todo

en Europa, ha rodeado al supuesto "primer indígena que llegó a ser presidente de Bolivia", una de las muchas mentiras que propala su biografía oficial, en todas sus giras internacionales. ¿Por qué discriminatoria y racista? Porque los franceses, italianos, españoles o alemanes que han jaleado al divertido gobernante que se lucía en las reuniones oficiales sin corbata y con una descolorida chompa de alpaca jamás habrían celebrado a un gobernante de su propio país que dijera las estupideces que decía por doquier Evo Morales (como que en Europa había tantos homosexuales por el consumo exagerado de la carne de pollo), pero, al parecer, para Bolivia, ese ignaro personaje estaba bien. Los aplausos a Evo Morales en Europa me recordaban a Günter Grass cuando recomendaba a los latinoamericanos "seguir el ejemplo de Cuba", pero para Alemania y la cultura

en tanto que la base de la pirámide, las grandes masas quechua y aymara, y la población mestiza, que es el grueso de sus clases medias, vivieran en la pobreza. Evo Morales y quienes lo rodean no han hecho avanzar un ápice el progreso de Bolivia con sus acuerdos comerciales con Brasil para la explotación del gas y sus empréstitos gigantes provenientes de China para la financiación de obras públicas faraónicas y, muchas de ellas, sin sustentación técnica ni financiera, que comprometen seriamente el futuro de ese país, a la vez que su política de nacionalizaciones, victimización de la empresa privada y exaltación de la lucha de clases (y, a menudo, de razas) incentivaba una violencia social de peligrosas consecuencias.

Bolivia cuenta con políticos respetables, realistas y valientes -conozco a algunos de ellos- que, pese a las condiciones dificultosas en que tenían que actuar, arriesgándose a campañas innobles de desprestigio por parte de la prensa y los aparatos de represión del Gobierno, o a la cárcel y al exilio, han venido defendiendo la democracia, la libertad ultrajada, denunciando los atropellos y la política demagógica, la corrupción y las medidas erróneas e insensatas de Evo Morales y su corte de ideólogos, encabezados por el vicepresidente, el marxista Álvaro García Linares. Son ellos, y decenas de miles de bolivianos como ellos, la verdadera cara de Bolivia. Ellos no quieren que su país sea pintoresco y folclórico, una anomalía divertida, sino un país moderno, libre, próspero, una genuina democracia, como lo son ahora Uruguay, Chile, Colombia, Perú y tantos otros países latinoamericanos que han sabido sacudirse, o están a punto de hacerlo, mediante los votos de quienes, como los esposos Kirchner, el comandante Chávez y su heredero Nicolás Maduro, el inefable Rafael Correa, Lula y Dilma Rousseff, estaban o están todavía llevándolos al abismo.

La derrota de Evo Morales en el referéndum del domingo pasado abre una gran esperanza para Bolivia y ahora sólo depende que la oposición mantenga la unidad (precaria, por desgracia) que esta consulta gestó, y no vuelva a dividirse, pues ese sería un regalo de los dioses para la declinante estrella de Evo Morales. Si se mantiene unida y tan activa como lo ha estado estas últimas semanas, Bolivia será el próximo país latinoamericano en librarse del populismo y recobrar la libertad.

Madrid, marzo de 2016



“Quienes creen que un personaje como Evo Morales está bien para Bolivia (aunque nunca lo estaría para Francia o España) tienen una pobre e injusta idea de aquel país del altiplano”.

Europa él no proponía el comunismo sino la socialdemocracia. Tener pesos y medidas distintas para el primer y el tercer mundo es, pura y simplemente, discriminatorio y racista.

Quienes creen que un personaje como Evo Morales está bien para Bolivia (aunque nunca lo estaría para Francia o España) tienen una pobre e injusta idea de aquel país del altiplano. Un país al que yo quiero mucho, pues allí, en Cochabamba, pasé nueve años de mi infancia, una época que recuerdo como un paraíso. Bolivia no es un país pobre, sino, como muchas repúblicas latinoamericanas, empobrecido por los malos gobiernos y las políticas equivocadas de sus gobernantes -muchos de ellos tan poco informados y tan demagogos como Evo Morales-, que han desaprovechado los ricos recursos de su gente y su suelo -sobretudo, cerros y montañas- y permitido que una pequeña oligarquía prosperara

La salida o solución al problema boliviano, según Vargas Llosa, está en las vías de la democracia y en la elección como gobernantes de políticos respetables, realistas y valientes que se han enfrentado a la demagogia y la represión de Morales para hacer valer la libertad ultrajada. “Ellos no quieren –dice Vargas Llosa– que su país sea pintoresco y folclórico, una anomalía divertida, sino un país moderno, libre, próspero, una genuina democracia, como lo son ahora Uruguay, Chile, Colombia, Perú y tantos otros países latinoamericanos que han sabido sacudirse, o están a punto de hacerlo, mediante los votos de quienes, como los esposos Kirchner, el comandante Chávez y su heredero Nicolás Maduro, el inefable Rafael Correa, Lula y Dilma Rousseff los estaban o están todavía llevándolos al abismo” (p.9).

Vargas Llosa vuelve a su crítica del populismo y del colectivismo estatista en su columna *Otra Argentina* (Fig. 6), de mayo de 2016, en la que celebra las reformas “valientes y radicales” del gobierno de Mauricio Macri “para desmontar la maquinaria intervencionista y demagógica” impuesta por el anterior gobierno de los esposos Kirchner, “que estaba arruinando a una de las naciones más ricas del mundo, aislándola y empujándola hacia el abismo.”

Argentina ha emprendido un nuevo camino, dice Vargas Llosa, “el de los países que gracias a la libertad –la única verdadera, es decir, la que abarca la política, la economía, la cultura, el ámbito social, cultural y personal– han alcanzado los mejores niveles de vida de este tiempo, los que han reducido más la violencia en las relaciones humanas y los que han creado la mayor igualdad de oportunidades para que sus ciudadanos puedan materializar sus aspiraciones y sus sueños” (p.9).

Figura 6. Otra Argentina.

La República
Domingo, 15 de mayo del 2016

DOMINGO

9

PIEDRA
DE TOQUE



Mario Vargas Llosa

Otra Argentina

Ha terminado por fin para Argentina el tiempo de los desvaríos populistas y el hecchizo suicida que ejerció sobre el "socialismo del siglo XXI" de Chávez y Maduro? Después de pasar una semana en este país me alegra decir que sí, que en los pocos meses que está en el poder Mauricio Macri ha llevado a cabo reformas valientes y radicales para desmontar la maquinaria intervencionista y demagógica que estaba arruinando a una de las naciones más ricas del mundo, atándola y empujándola hasta el abismo.

No es necesario recurrir a sondeos y estadísticas para demostrarlo: el cambio está en el aire que se respira, en la manera de hablar de la gente sobre el momento actual, el alivio y el optimismo con que a la mayor parte de conocidos y desconocidos les oigo comentar la actualidad política. Es verdad que la oposición peronista -aunque tal vez sería mejor decir kirchnerista, pues el peronismo, conformado por un abanico de tendencias, no es unívoco en su oposición sino diverso y matizado- no ha dado al nuevo Gobierno un período de gracia, y ha comenzado a atacarlo sin piedad y a tratar de sabotear el saneamiento de la economía -la cancelación de los subsidios que la asfixiaban- y a oponerse a las reformas. Pero los beneficios están ya a la vista y son inequívocos. Argentina, desde su acuerdo con los detentadores de los llamados "fondos buitres" ha recuperado el crédito internacional y la desaparición del "cepo" ha devuelto a su moneda una estabilidad de la que no gozaba hacia tiempo. La visita del presidente Obama, que significó un importante aval a la nueva Argentina, ha abierto un desfile de visitantes de valía, políticos y económicos, que vienen a explorar la posibilidad de invertir en una tierra pródiga en recursos a la que las políticas autistas y nacionalistas de la señora Cristina Kirchner estaban llevando a una ruinosa autarquía. Y en política internacional el Gobierno de Macri ha dado un vuelco integral a la del régimen anterior, manifestando su vocación democrática, criticando la violación de la legalidad y de los derechos humanos en Venezuela y pidiendo que el régimen de Maduro abra un diálogo con la oposición a fin de asegurar una transición pacífica que ponga fin a la lenta desintegración de un país al que el estatismo y el colectivismo han llevado al hambre y al caos. Qué diferente es prender la televisión y, en vez de los lugares comunes y los

esloganes tercermundistas que hacían las veces de ideas en los discursos de la señora Kirchner, escuchar al presidente Macri, en conferencia de prensa, explicando con claridad, sencillez y franqueza que desembalsar una economía paralizada por el constructivismo demagógico tiene un alto precio que no hay manera de evitar y que, sin ese saneamiento que es volver de la quimera a la realidad, Argentina nunca saldrá del pozo en que la sumió una ideología fracasada en todos los países que la aplicaron. Le oí explicar también, de manera absolutamente persuasiva, por qué la mal llamada ley antidespidos que acaba de hacer aprobar la oposición en el Senado, sólo servirá para dificultar la generación de nuevos empleos al desalentar a las empresas a extender sus servicios y contratar más personal. En todas las intervenciones públicas, y en conversaciones privadas, que le escuché esta semana, el nuevo jefe de Gobierno argentino me pareció desprovisto de la arrogancia que suele acompañar al poder, de la retórica insustancial de tantos políticos, empeñado en tender puentes y en convencer a sus compatriotas de que los sacrificios que cuesta acabar con el nefasto populismo son el único camino por el que Argentina puede recuperar la prosperidad y la modernidad de que ya gozó en el pasado.

Y desde luego que hay razones para creerlo. Argentina es un país muy rico en recursos naturales y humanos; el sistema educativo ejemplar que tuvo en el pasado, aunque se haya deteriorado con las malas políticas de los gobiernos precedentes, todavía produce ciudadanos mejor forma-



saqueando sus presupuestos de manera imprudente convirtiendo en multimillonarios a aquellos dueños del poder que se factaban de ser revolucionarios antipperialistas y jurados enemigos del capitalismo. Dudo mucho que haya un solo capitalista en el mundo que haya amasado una fortuna tan prodigiosa como Lázaro Báez, testaferrero por lo visto de Néstor Kirchner y ahora en la cárcel, antiguo cajero de un banco de Santa Cruz, que un puñado de años después tenía cerca de cuatrocientas propiedades rurales y urbanas y cerca de un centenar de automóviles en su país y compraba departamentos y casas en Miami por más de cien millones de dólares.

Que Argentina tenga éxito en las pacíficas reformas democráticas y liberales que está llevando a cabo tiene una importancia que trasciende sus fronteras. América Latina puede aprender mucho de este país que, luego de castigar fondo por culpa de la ideología colectivista y estatista que estuvo a punto de arruinarlo, se levanta de sus propias cenizas con los votos de sus ciudadanos y tiene el coraje de desandar el camino equivocado. Y emprende uno nuevo, el de los países que gracias a la libertad -la única verdadera, es decir, la que abarca la política, la economía, la cultura, el ámbito social, cultural y personal- han alcanzado los mejores niveles de vida de este tiempo, los que han reducido más la violencia en las relaciones humanas y los que han creado la mayor igualdad de oportunidades para que sus ciudadanos puedan materializar sus aspiraciones y sus sueños.

dos que el promedio latinoamericano -tal vez ningún otro país de la región ha exportado más técnicos de alto nivel al resto del mundo- y no hay duda de que, con las reformas en marcha, las inversiones extranjeras, retraídas todos estos años, volverán en gran número a una tierra tan pródiga, creando los empleos que hacen falta y elevando los niveles de vida y las oportunidades para los argentinos.

Hay un aspecto que quisiera destacar entre los cambios que vive la Argentina. Con la libertad de expresión, que sufrió tantas averías durante los gobiernos de los Kirchner, la corrupción que al amparo de ese Estado que Octavio Paz llamó el "ogro filantrópico" proliferó de manera cancerosa, ahora sale a la luz y, en estos días precisamente, la prensa da noticias estremecedoras de las sumas de vértigo que los testaferreros de los antiguos mandatarios acumularon, monopolizando las obras públicas de regiones enteras y

“El nuevo jefe de Gobierno argentino me pareció desprovisto de la arrogancia que suele acompañar al poder, de la retórica insustancial de tantos políticos”.

Aunque, a veces de manera confusa, creo que éste es ahora un ideal que ha ido echando raíces en los países latinoamericanos, donde los antiguos modelos que se disputaban el favor de las gentes -las dictaduras militares y las revoluciones armadas socialistas- han perdido prestigio y actualidad y sólo valen para minorías insignificantes. Por eso es que, con las excepciones de Cuba y Venezuela, en toda la región hay ahora democracias, aunque algunas sean muy imperfectas y amenazadas por la corrupción. Argentina puede ser el ejemplo a seguir para renovarlas, purificarlas y ponerlas al día, de modo que se integren al mundo y aprovechen las grandes posibilidades que éste ofrece a los países que hacen suya la cultura de la libertad.

Buenos Aires, mayo de 2016

La crítica vargasllosiana se extiende a las utopías socialistas o comunistas que desde los años 60 del pasado siglo XX promovieron guerrillas armadas, de signo castrista, en diferentes países de América Latina, con el objetivo de capturar el poder e imponer un régimen semejante al de la Cuba estalinista de los hermanos Castro. Por tratarse de dictaduras o tiranías, o sea de “sociedades cerradas”, su modelo es opuesto al de la sociedad abierta que promueve la cultura de la libertad.

En su columna *El precio de la paz* (Fig.7), de setiembre de 2016, trata el tema de la guerrilla colombiana, específicamente sobre el plebiscito en torno al Acuerdo de Paz propuesto por el gobierno de Juan Manuel Santos a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). El autor apuesta por el Sí, y explica que “por alto que parezca, hay que pagar ese precio para que, después de más de medio siglo, los colombianos puedan por fin vivir como gentes civilizadas, sin seguirse entrematando. De lo contrario, la guerra continuará de manera indefinida, ensangrentando el país, corrompiendo a sus autoridades, sembrando la inseguridad y desesperanza en todos los hogares” (p.9).

Tras esta advertencia, Vargas Llosa sostiene que “el aire del tiempo ya no está para las aventuras guerrilleras que, en los años sesenta, sólo sirvieron para llenar América Latina de dictaduras militares sanguinarias y corrompidas hasta los tuétanos” (p.9). Tras el señuelo de la revolución cubana, millares de jóvenes se inmolares inútilmente. El tiempo sirvió de gran lección. Actualmente hay amplio consenso en el continente en favor de la democracia, la coexistencia pacífica y la legalidad, lo cual significa “un rechazo unánime contra las dictaduras, las rebeliones armadas y las utopías revolucionarias que hundan a los países en la corrupción, la opresión y la ruina (léase Venezuela)”.

Fig. 7. El precio de la paz

El precio de la paz

Los buenos artículos me gustan cast tanto como los buenos libros. Ya sé que no son muy frecuentes, pero ¿no ocurre lo mismo con los libros? Hay que leer muchos hasta encontrar, de pronto, aquella obra maestra que se nos quedará grabada en la memoria, donde irá creciendo con el tiempo. El artículo que Héctor Abad Faciolince publicó en EL PAÍS el 3 de septiembre ("Ya no me siento víctima"), explicando las razones por las que votará sí en el plebiscito en el que los colombianos decidirán si aceptan o rechazan el acuerdo de paz del Gobierno de Santos con las FARC, es una de esas rarezas que ayudan a ver claro donde todo parecía borroso. La impresión que me ha causado me acompañará mucho tiempo.

Abad Faciolince cuenta una trágica historia familiar. Su padre fue asediado por los paramilitares (él ha volcado aquel drama en un libro memorable: *El olvidado que seremos*) y el marido de su hermana fue secuestrado dos veces por las FARC, para sacarle dinero. La segunda vez, incluso, los comprensivos secuestradores le permitieron pagar su rescate en cómodas cuotas mensuales a lo largo de tres años. Comprensiblemente, este señor votará no en el plebiscito; "yo no estoy en contra de la paz", le ha explicado a Héctor, "pero quiero que esos tipos paguen siquiera dos años de cárcel". Le subleva que el coste de la paz sea la impunidad para quienes cometieron crímenes horrendos de los que fueron víctimas cientos de miles de familias colombianas.

Pero Héctor, en cambio, votará sí. Piensa que, por alto que parezca, hay que pagar ese precio para que, después de más de medio siglo, los colombianos puedan por fin vivir como gentes civilizadas, sin seguirse entremetiendo. De lo contrario, la guerra continuará de manera indefinida, ensangrentando el país, corrompiendo a sus autoridades, sembrando la inseguridad y la desesperanza en todos los hogares. Porque, luego de más de medio siglo de intentarlo, para él ha quedado demostrado que es un sueño creer que el Estado puede derrotar de manera total a los insurgentes y llevarlos a los tribunales y a la cárcel. El Gobierno de Álvaro Uribe hizo lo imposible por conseguirlo y, aunque logró reducir los efectivos de las FARC a la mitad (de 20 mil a 10 mil hombres en armas), la guerrilla sigue allí, viva y coleando, asesinando, secuestrando, almentándose del, y almentando el narcotráfico, y, sobre todo, frustrando el futuro del país. Hay que acabar con esto de una vez.

¿Funcionará el acuerdo de paz? La única manera de saberlo es poniéndolo en marcha, haciendo todo lo posible para que lo acordado en La Habana, por difícil que sea para las víctimas y sus familias, abra una era de paz y convivencia entre los colombianos. Así se hizo en Irlanda

del Norte, por ejemplo, y los antiguos feroces enemigos de ayer, ahora, en vez de balas y bombas, intercambian razones y descubren que, gracias a esa convención que parecía imposible, la vida es más vivible y que, gracias a los acuerdos de paz entre católicos y protestantes, se ha abierto una era de progreso material para el país, algo que, por desgracia, el estúpido Brexit amenaza con mandar al diablo. También se hizo del mismo modo en El Salvador y en Guatemala, y desde entonces salvadoreños y guatemaltecos viven en paz.

El aire del tiempo ya no está para las aventuras guerrilleras que, en los años sesenta, solo sirvieron para llenar América Latina de dictaduras militares sangrientas y corrompidas hasta los tuétanos. Empeñarse en imitar el modelo cubano, la romántica revolución de los barbudos,

servió para que millones de jóvenes latinoamericanos se sacrificaran inútilmente y para que la violencia -y la pobreza, por supuesto- se extendiera y causara más estragos que la que los países latinoamericanos arrastraban desde hacía siglos. La lección nos ha ido educando poco a poco y a eso se debe que haya hoy, de un confin a otro de América Latina, unos consensos amplios en favor de la democracia, de la coexistencia pacífica y de la legalidad, es decir, un rechazo casi unánime contra las dictaduras, las rebeliones armadas y las utopías revolucionarias que hundían a los países en la corrupción, la opresión y la rutina (léase Venezuela).

La excepción es Colombia, donde las FARC han demostrado -yo creo que, sobre todo, debido al narcotráfico, fuente inagotable de recursos para proveerlas de armas- una notable capacidad de su-

pervivencia. Se trata de un anacronismo flagrante, pues el modelo revolucionario, el paraíso marxista-leninista, es una entelequia en la que ya creen solo grupúsculos de obtusos ideológicos, ciegos y sordos ante los fracasos del colectivismo despótico, como atestiguan sus dos últimos tenaces supervivientes, Cuba y Corea del Norte. Lo sorprendente es que, pese a la violencia política, Colombia sea uno de los países que tiene una de las economías más prósperas en América Latina y donde la guerra civil no ha desmantelado el Estado de Derecho y la legalidad, pues las instituciones civiles, mal que mal, siguen funcionando. Y es seguro que un incentivo importante para que operen los acuerdos

de paz es el desarrollo económico que, sin duda, traerán consigo, seguramente a corto plazo. Héctor Abad dice que esa perspectiva estimulante justifica que se deje de mirar atrás y se renuncie a una justicia retrospectiva, pues, en caso contrario, la inseguridad y la sangría continuarán sin término. Basta que se sepa la verdad, que los criminales reconozcan sus crímenes, de modo que el horror del pasado no vuelva a repetirse y quede allí, como una pesadilla que el tiempo irá disolviendo hasta desaparecerla. No hay duda de que hay un riesgo, pero, ¿cuál es la alternativa? Y, a su vez, ¿cuál es la siguiente pregunta: "¿No es mejor un país donde tus mismos secuestradores estén libres haciendo política, en vez de un país en que esos mismos tipos estén cerca de tu finca, amenazando a



“Pero Héctor, en cambio, votará sí. Piensa que, por alto que parezca, hay que pagar ese precio para que, después de más de medio siglo, los colombianos puedan por fin vivir como gentes civilizadas”.

de paz es el desarrollo económico que, sin duda, traerán consigo, seguramente a corto plazo. Héctor Abad dice que esa perspectiva estimulante justifica que se deje de mirar atrás y se renuncie a una justicia retrospectiva, pues, en caso contrario, la inseguridad y la sangría continuarán sin término. Basta que se sepa la verdad, que los criminales reconozcan sus crímenes, de modo que el horror del pasado no vuelva a repetirse y quede allí, como una pesadilla que el tiempo irá disolviendo hasta desaparecerla. No hay duda de que hay un riesgo, pero, ¿cuál es la alternativa? Y, a su vez, ¿cuál es la siguiente pregunta: "¿No es mejor un país donde tus mismos secuestradores estén libres haciendo política, en vez de un país en que esos mismos tipos estén cerca de tu finca, amenazando a

tus hijos, mis sobrinos, y a los hijos de tus hijos, a tus nietos?”

La respuesta es sí. Yo no lo tenía tan claro antes de leer el artículo de Héctor Abad Faciolince y muchas veces me dije en estas últimas semanas: qué suerte no tener que votar en este plebiscito, pues, la verdad, me sentía tromeado entre el sí y el no. Pero las razones de este magnífico escritor que es, también, un ciudadano sensato y cabal, me han convencido. Si fuera colombiano y pudiera votar, yo también votaría por el sí. □

Septiembre de 2016

En Colombia la guerrilla de las FARC ha sobrevivido gracias al narcotráfico. Sin embargo, pese a sus sesenta años de existencia, no tiene perspectivas de desarrollo, crecimiento y menos aún de alcanzar el poder. Dice el columnista: “Se trata de un anacronismo flagrante, pues el modelo revolucionario, el paraíso marxista-leninista, es una entelequia en la que ya creen sólo grupúsculos de obtusos ideológicos, ciegos y sordos ante los fracasos del colectivismo despótico, como atestiguan sus dos últimos tenaces supervivientes, Cuba y Corea del Norte”.

En su columna *La paz posible* (Fig.8), de octubre de 2016, Vargas Llosa vuelve sobre el tema de la guerrilla colombiana y el sorprendente triunfo del NO en el plebiscito para la firma del Acuerdo de Paz entre el gobierno de Juan Manuel Santos y las FARC. Sostiene que aquello que representa la guerrilla “ya está fuera del tiempo y de la historia” y que “quienes murieron fascinados por esa ilusión mesiánica (de la revolución) no contribuyeron un ápice a disminuir la pobreza y las desigualdades y sólo sirvieron de pretexto para que se entronizaran atroces dictaduras militares, murieran millares de inocentes, y se retrasara todavía más la lucha contra el subdesarrollo”. A fin de cuentas, reflexiona el escritor como conclusión de la experiencia de las FARC, “la democracia es el único sistema que trae progreso de verdad, ataja la violencia y crea unas condiciones de coexistencia pacífica que permiten ir dando solución a los problemas”.

El escritor peruano concluye en la importancia de que América Latina haya ido renaciendo, en medio de revoluciones y contrarrevoluciones, porque al final, según su percepción, cuenta que se confirme la noción de que la democracia “es el único sistema que trae progreso de verdad, ataja la violencia y crea unas condiciones de coexistencia pacífica que permiten ir dando solución a los problemas” (p.9).

Fig.8. La paz posible

PIEDRA DE TOQUE



Mario Vargas Llosa

La paz posible

Algo mareados por los fastos de la espectacular movilización con que se celebró la firma del Acuerdo de Paz entre el Gobierno colombiano y las FARC, los partidarios del "Sí" nos llevamos una mayúscula sorpresa cuando, desmintiendo todos los sondeos, el "No" se impuso en el plebiscito. Lo más desconcertante de aquella consulta no han sido los pocos miles de votos que derrotaron a quienes estaban a favor, sino el casi 63% de electores que se abstuvieron de ir a votar.

Conviene hacer un esfuerzo y juzgar aquel resultado con la cabeza fría. Es evidente que no hay ni puede haber tres cuartas partes de Colombia a favor de esa guerra que, desde hace más de medio siglo, causa estragos en el país, con los millares de muertos y heridos, los secuestrados y chantajeados, el terrorismo, el obstáculo que significa para la vida económica las vastas regiones paralizadas por las acciones armadas, la inseguridad reinante y la letal alianza de la guerrilla y el narcotráfico, fuente de cooptada corrupción institucional y social. El voto negativo y la abstención no implican un rechazo a la paz; manifiestan un escepticismo profundo frente a la naturaleza del acuerdo firmado en el que, con razón o sin ella, una gran mayoría de colombianos ve a las FARC como la gran triunfadora de la negociación y beneficiaria de concesiones que le parecen desmedidas e injustas.

No tiene sentido discutir si esta opinión sobre el tratado de paz es justa o injusta, porque los defensores de una u otra alternativa jamás pondrán de acuerdo al respecto. En una democracia una mayoría puede acertar o equivocarse y el veredicto de una consulta electoral, si es legítimo, hay que aceptarlo, nos guste o nos disguste; en ello reside la esencia misma de la cultura democrática.

¿Significa esto que la guerra debe inevitablemente regresar a Colombia? En absoluto. Las reacciones tanto del Gobierno como de las propias FARC indican que ni uno ni otro lo creen así. Por su parte, los propios líderes de los partidos que promovieron el "No" -los ex Presidentes Uribe y Pastrana- insisten en que su oposición al Acuerdo no lo era a la paz, sino a una paz injusta, por lo que estimaban concesiones excesivas a la guerrilla sobre todo en lo concerniente a la impunidad para los autores de delitos de sangre y

los "crímenes contra la humanidad", así como los privilegios que obtenían las FARC en su mutación de movimiento subversivo a fuerza política legal. Esto significa que queda siempre una oportunidad para la paz; basta que prevalezca en ambas partes cierto espíritu pragmático y una pizca de buena voluntad.

A mí, en medio de la desazón que me produjo el resultado del plebiscito, me levantó algo el ánimo -más todavía que las palabras alentadoras con las que Timochenko comentó el resultado de la votación- ver a los jefes guerrilleros, en La Habana, con sus impecables guayaberas, sus puños entre los dedos y, acaso, los vasos de ron al alcance de la mano, siguiendo expectantes el recuento del escrutinio. No era ese el espectáculo de

combatientes nostálgicos de la dura y sacrificada vida del monte y la intemperie, sino la de un grupo de hombres envejecidos y cansados, acaso conscientes en el fondo de sus corazones (aunque nunca lo reconocerían) que aquello que representan está ya fuera del tiempo y de la historia, condenado irremisiblemente a desaparecer. Si no fuera así, no hubiera habido Acuerdo de Paz. Y puede volver a haberlo, a condición de que las partes saquen las conclusiones adecuadas de la consulta democrática que acaba de ocurrir.

La primera de ellas es que la popularidad de las FARC, que en algunos momentos del medio siglo transcurrido llegó a ser alta, ha caído en picada y que una clara mayoría del pueblo colombiano no cree

Será difícil llegar a ese nuevo acuerdo, pero no es imposible. No todavía. Lo han conseguido en Centroamérica y en Irlanda del Norte, donde quienes se enfrentaban con ferocidad sin igual hace pocos años, hoy coexisten y, mal que mal, se accliman a la democracia. Lo importante es ser conscientes de que la vieja idea-fuerza, que en los años sesenta y setenta movilizó a tantos jóvenes, que la justicia social está en los fusiles y las pistolas, es ahora letra definitivamente muerta. Quienes murieron fascinados por esa ilusión mesiánica no contribuyeron un ápice a disminuir la pobreza y las desigualdades y sólo sirvieron de pretexto para que se enfrentaran atroces dictaduras militares, murieran millares de inocentes, y se retrasara todavía más la lucha contra el subdesarrollo. En América

Latina había renacido, en medio de ese acalearre de revoluciones y contrarrevoluciones, la idea de que, afín de cuentas, la democracia es el único sistema que trae progreso de verdad, ataja la violencia y crea unas condiciones de coexistencia pacífica que permiten ir dando solución a los problemas. Es menos vistoso y espectacular de lo que quisieran los impacientes justicieros, pero, juzgando con los pies bien asentados sobre la tierra, ¿cuáles son los modelos revolucionarios exitosos? ¿La trágica y letárgica Cuba, de la que millones de cubanos siguen tratando de escapar, cueste lo que les cueste? ¿La destruida Venezuela, que se muere literalmente de hambre, sin medicinas, sin trabajo, sin luz, sin esperanzas, secuestrada por una pequeña pandilla de demagogos y narcotraficantes?



“ Los partidarios del “No”, ganadores del plebiscito, no deben dejar que los obnuble la victoria y demostrar con hechos que, efectivamente, quieren la paz. Una paz mejor que la que proponía el Acuerdo, pero la paz, no de nuevo la guerra”.

ya en lo que hacen ni en lo que dicen. Y que su aspiración máxima es que no sólo se vayan de las montañas y la selva sino también de la vida política. Eso significa que a los antiguos guerrilleros les costará muchos esfuerzos y una entrega real al quehacer político pacífico para recuperar un papel importante en la Colombia del futuro.

Los partidarios del "No", ganadores del plebiscito, no deben dejar que los obnuble la victoria y demostrar con hechos que, efectivamente, quieren la paz. Una paz mejor que la que proponía el Acuerdo, pero la paz, no de nuevo la guerra. Eso implica negociar, hacer y conseguir concesiones del adversario, algo perfectamente realista, a condición de que no confundan el triunfo del "No" con unas FARC derrotadas a las que se puede humillar e imponer toda clase de exigencias.

Los partidarios del "No" que agitan el espectro de una Colombia que podría volverse "castrochavista" si ganaba el "Sí", sabían muy bien que no era cierto. Si en algún momento "el socialismo del siglo XXI" ejerció alguna influencia en América Latina, aquello ya quedó muy atrás y, dado el estado calamitoso adonde ha llevado a Venezuela, el chavismo se ha convertido más bien en el ejemplo luminoso de lo que no hay que hacer si se quiere vivir con paz y libertad y progresar.

Colombia ha seguido siendo una democracia en el medio siglo y pico que ha durado la guerrilla y eso es ya un extraordinario mérito. Un esfuerzo más, de todos, para que la paz sea posible.

Octubre de 2016

La columna *La muerte de Fidel* (Fig.9), de diciembre de 2016, está transida de un fuerte componente autobiográfico. Vargas Llosa rememora sus años de solidaridad militante con la revolución de Fidel Castro en Cuba, así como el comienzo de su decepción de la misma, a mediados de los años sesenta del siglo XX, al saber de la represión del gobierno revolucionario contra poetas, disidentes y homosexuales a quienes se envió a un campo de concentración junto a delincuentes comunes. La ruptura sobrevino después, en 1970, cuando protestó contra el castigo y la humillación pública del poeta Heberto Padilla, a quien se presionó para que se declarara agente de la CIA y acusara de contrarrevolucionarios a una serie de escritores decididos a defender su independencia de conciencia.

“Eligiendo el modelo soviético –reflexiona Vargas Llosa–, Fidel Castro se aseguró en el poder absoluto por más de medio siglo, pero deja un país en ruinas y un fracaso social, económico y cultural que parece haber vacunado de las utopías sociales a una mayoría de latinoamericanos que, por fin, luego de sangrientas revoluciones y feroces represiones, parece estar entendiendo que el único progreso verdadero es el que hace avanzar la libertad al mismo tiempo que la justicia, pues sin aquella este no es más que un fugitivo fuego fatuo” (p.9).

Concluye con que tanto sueño y sacrificio que costó la revolución cubana a jóvenes de Latinoamérica, terminó en lo único que fue: solo sueños, y más bien sirvió para reforzar a las dictaduras militares y atrasar varias décadas la modernización y democratización de América Latina.

PIEDRA DE TOQUE



Mario Vargas Llosa

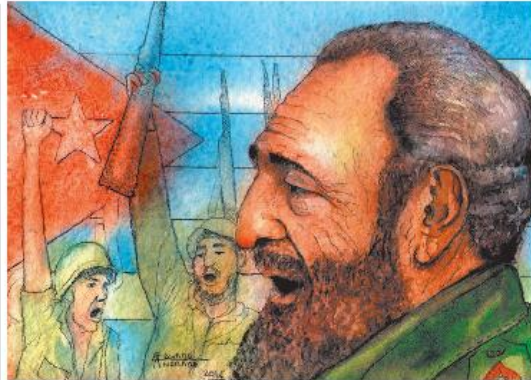
La muerte de Fidel

El 11 de enero de 1959, al enterarme de que Fulgencio Batista había huido de Cuba, salí con unos amigos latinoamericanos a celebrarlo en las calles de París. El triunfo de Fidel Castro y los barbudos del Movimiento 26 de Julio contra la dictadura parecía un acto de absoluta justicia y una aventura comparable a la de Robin Hood. El líder cubano había prometido una nueva era de libertad para su país y para América Latina y su conversión de los cuarteles de la isla en escuelas para los hijos de los guajiros parecía un excelente comienzo.

En noviembre de 1962 fui por primera vez a Cuba, enviado por la Radio-Televisión francesa en plena crisis de los cohetes. Lo que vi y oí en la semana que pasé allí -los Sabres norteamericanos sobrevolando el Malecón de la Habana y los adolescentes que manejaban los cañones antiaéreos llamados "bocachitas" apuntándolos, la gigantesca movilización popular contra la invasión que parecía inminente, el estribillo que los milicianos coreaban por las calles ("Nikita, marikitta, lo que se da no se quita") protestando por la devolución de los cohetes -redobló mi entusiasmo y solidaridad con la Revolución. Hice una larga cola para donar sangre e Hilda Gadea, la primera mujer del Che Guevara, que era peruana, me presentó a Haydée Santamaría, que dirigía la Casa de las Américas. Esta me incorporó a un Comité de Escritores con el que, en la década de los sesenta, me reuní cinco veces en la capital cubana. A lo largo de esos diez años mis ilusiones con Fidel y la Revolución se fueron apagando hasta convertirse en críticas abiertas y, luego, la ruptura final, cuando el "caso Padilla".

Mi primera decepción, las primeras dudas ("¿no me habré equivocado?") ocurrieron a mediados de los sesenta, cuando se crearon las UMAP, un eufemismo -las Unidades Militares de Ayuda a la Producción- para lo que eran, en verdad, campos de concentración donde el Gobierno cubano encerró, mezclados, a disidentes, delincuentes comunes y homosexuales. Entre estos últimos cayeron varios muchachos muchachos de un grupo literario y artístico llamado El Puente, dirigido por el poeta José Martí, a quien yo conocía. Era una injusticia flagrante, porque estos jóvenes eran todos revolucionarios, confiados en que la Revolución no solo haría justicia social con los obreros y los campesinos sino también con las minorías sexuales discriminadas. Víctima todavía del cèlebre chantaje -"no dar armas al enemigo"- me tragué mis dudas y escribí una carta privada a Fidel, pormenorizándole mi perplejidad sobre lo que ocurría. No me contestó pero al poco tiempo recibí una invitación para entrevistarme con él.

Fue la única vez que estuve con Fidel Castro; no conversamos, pues no era una



“¿Está Cuba mejor ahora, luego de los 57 años que estuvo Fidel Castro en el poder? Es un país más pobre que la horrenda sociedad de la que huyó Batista aquel 31 de diciembre de 1958 y tiene el triste privilegio de ser la dictadura más larga que ha padecido el continente americano?”

persona que admitiera interlocutores, solo oyentes. Pero las doce horas que lo escuchamos, de ocho de la noche a las ocho de la mañana del día siguiente, la decena de escritores que participamos de aquel encuentro nos quedamos muy impresionados con esa fuerza de la naturaleza, ese mito viviente, que era el gigante cubano. Hablaba sin parar y sin escuchar, contaba anécdotas de la Sierra Maestra saltando sobre la mesa, y hacía afirmaciones sobre el Che, que estaba aún desaparecido, y no se sabía en qué lugar de América reaparecería, al frente de la nueva guerrilla. Reconocí que se habían cometido algunas injusticias con las UMAP -que se corregirían- y expliqué que había que comprender a las familias guajiros, cuyos hijos, becados en las nuevas escuelas, se veían a veces molestados por "los enfermitos". Me impresionó, pero no me convenció. Desde entonces, aunque en el silencio, fui advirtiéndole que la realidad estaba muy por debajo del mito en que se había convertido Cuba.

La ruptura sobrevino cuando estalló el caso del poeta Heberto Padilla, a comienzos de 1970. Era uno de los mejores poetas cubanos, que había dejado la poesía para trabajar por la Revolución, en la que creía con pasión. Llegó a ser viceministro de Comercio Exterior. Un día comenzó a hacer críticas -muy tenues- a la política cultural del Gobierno. Entonces se desató una campaña durísima contra él en toda la prensa y fue arrestado. Quiénes lo conocíamos y sabíamos de su lealtad con la Revolución escribimos una carta -muy respetuosa- a Fidel expresando nuestra solidaridad con Padilla. Entonces, este reapareció en un acto público, en la Unión de Escritores, confesando que era agente de la CIA y acusándonos también a nosotros, los que lo habíamos defendido, de servir al imperialismo y de traicionar a la Revolución, etcétera. Pocos días después firmamos una carta muy crítica a la Revolución cubana (que yo redacté) en que muchos escritores no comunistas, como Jean Paul Sartre, Susan Sontag, Carlos Fuentes y Alberto Moravia tomamos distancia con la Revolución que habíamos hasta entonces defendido.

Este fue un pequeño episodio en la historia de la Revolución cubana que para algunos, como yo, significó mucho. La reevaluación de la cultura democrática, la idea de que las instituciones son más importantes que las personas para que una sociedad sea libre, que sin elecciones, ni periodismo independiente, ni derechos humanos, la dictadura se instala y va convirtiendo a los ciudadanos en autómatas, y se etemiza en el poder hasta coparlo todo, hundiendo en el desánimo y la asfixia a quienes no forman parte de la privilegiada nomenclatura.

¿Está Cuba mejor ahora, luego de los 57 años que estuvo Fidel Castro en el poder? Revolución dejó de ser el modelo que fue en sus comienzos. De todo ello solo queda el penoso saldo de los miles de jóvenes que se hicieron matar por todas las montañas de América tratando de repetir la hazaña de los barbudos del Movimiento 26 de Julio. ¿Para qué sirvió tanto sueño y sacrificio? Para reforzar a las dictaduras militares y atrasar varias décadas la modernización y democratización de América Latina.

“Llegando el modelo soviético, Fidel Castro se aseguró en el poder absoluto por más de medio siglo; pero deja un país en ruinas y un fracaso social, económico y cultural que parece haber vacunado de las utopías sociales a una mayoría de latinoamericanos que, por fin, luego de sangrientas revoluciones y feroces represiones, parece estar entendiendo que el único progreso verdadero es el que hace avanzar la libertad al mismo tiempo que la justicia, pues sin aquella este no es más un fugitivo fuego fatuo.”

Aunque estoy seguro de que la historia no absolverá a Fidel Castro, no dejo de sentir que con él se va un sueño que conmovió mi juventud, como la de tantos jóvenes de mi generación. Impacientes e ímpetuosos, que creíamos que los fusiles podían hacernos quemar etapas y bajar más pronto el cielo hasta confundirlo con la tierra. Ahora sabemos que aquello solo ocurre en el sueño y en las fantasías de la literatura, y que en la realidad, más áspera y más cruda, el progreso verdadero resulta del esfuerzo compartido y debe estar signado siempre por el avance de la libertad y los derechos humanos, sin los cuales no es el paraíso sino el infierno el que se instala en este mundo que nos tocó. Nueva York, diciembre de 2016.

En su artículo *Preso pero libre* (Pag.10), de marzo del 2016, Vargas Llosa vuelve sobre el tema de Venezuela a propósito de la publicación de un libro de ese mismo título que tiene por autor a Leopoldo López, el líder de la oposición venezolana, entonces cautivo del chavismo.

Del libro de la referencia, Vargas Llosa destaca que está escrito sin odio ni rencor, sino antes bien con “optimismo sereno” a pesar de la situación de injusticia y opresión que padecen su autor y sus compatriotas. Ese “optimismo sereno” se cifra en los recursos materiales y humanos de Venezuela que, una vez derrotada la dictadura de Maduro, podrán reflotar el país, devolviéndolo a la prosperidad.

El comentario dedica un acápite a rendir homenaje a Rómulo Betancour, el líder de Acción Democrática, que se enfrentó a todas las tiranías latinoamericanas de su época, incluida la de Fidel Castro “El que veía claro en esos años difíciles”, dice Vargas Llosa, “fue Rómulo Betancour”, un mandatario “que salió de la presidencia de Venezuela más pobre de lo que entró”.

Sin embargo, advierte, la liberación de Venezuela no será una empresa fácil, “pues aquella argolla de mandros encaramados en el poder no la soltarán fácilmente, entre otras cosas, porque temen que el pueblo venezolano les pida cuentas por haber convertido al país potencialmente más rico de América Latina en el más pobre en apenas un puñado de años”.

En suma, el artículo es una crítica severa y sin concesiones a los desmanes políticos, sociales y económicos del populismo de izquierda.

PIEDRA DE TOQUE



Mario Vargas Llosa

Preso pero libre

Que este libro de Leopoldo López, *Preso pero libre. Notas desde la cárcel del líder venezolano* (Península, 2016), que lleva un excelente prólogo de Felipe González, haya podido ser escrito, es una especie de milagro. Encarcelado en la prisión militar de Ramo Verde desde febrero de 2014 y condenado a trece años y nueve meses de prisión en una caricatura de juicio que ha sido el hazmerreír del mundo entero, su autor es el preso político más conocido internacionalmente, un símbolo de los tropelletes e injusticias que cometen las dictaduras contra quienes osan desafiarlas.

López fue acusado por la dictadura chavista de "incitación al crimen" por los muertos que causaron las grandes movilizaciones estudiantiles de hace dos años en distintas ciudades de Venezuela. Yo estuve en Caracas por esos días y vi con mis propios ojos la naturaleza pacífica de aquellas protestas y la brutalidad con que Nicolás Maduro las hizo reprimir por la policía política y las bandas de rufianes armados que utiliza para intimidar, golpear y a veces asesinar a sus opositores. Leopoldo López se entregó voluntariamente a la justicia, sabiendo que esta dejó de existir en su desdichado país desde que el comandante Chávez y compañía acabaron con la democracia e instauraron en su reemplazo "el socialismo del siglo XXI", que ha convertido a Venezuela en el país de más alta inflación y criminalidad en el mundo. O, como dice Felipe González, en un "Estado fallido".

La vida que desde entonces lleva en la prisión y que está bien documentada en este libro es de abusos y agravios sistemáticos, encerrado en un calabozo solitario, que tiene diez rejas con candado y cuatro cámaras de televisión que vigilan sus movimientos las 24 horas del día y aparatos de grabación múltiples que quieren también registrar todo lo que dice o murmura. A esto se añaden constantes requetas, de día o de noche, para despojarlo de papeles, libros, o robarle las prendas personales. Uno de los directores de la prisión de Ramo Verde, el coronel Miranda, un sádic, hacía, además, que sus esbirros le vaciaran encima de improviso bolsas llenas de excremento. Y es sabido, que entre otras indecibles vejaciones que debían soportar los contados familiares que pueden visitarlo una vez por semana -entre ellas su madre y su esposa- figuraba la de tener que desnudarse ante los carceleros.

Pese a todo ello, como muestra de la audacia inventiva del espíritu humano capaz de sobrevivir a todas las pruebas, López ha podido escribir y sacar de la cárcel este testimonio conmovedor. En su libro no hay una pizca de rencor ni de odio contra sus verdugos y quienes están destruyendo a Venezuela cegados por el fanatismo colectivista y estatista. Por el contrario, un optimismo sereno recorre sus páginas, la convicción de que pese al empobrecimiento acaudalado que han llevado al país las políticas antihistóricas de nacionalizaciones, expro-

piaciones y agotamiento en lo que el aparato estatal, así como la asfáltica paralización de una administración controlada por comisarios políticos, hay en Venezuela suficientes recursos naturales y humanos para levantar cabeza y prosperar, una vez que la democracia sustituya a la dictadura y retorne la libertad conciliada.

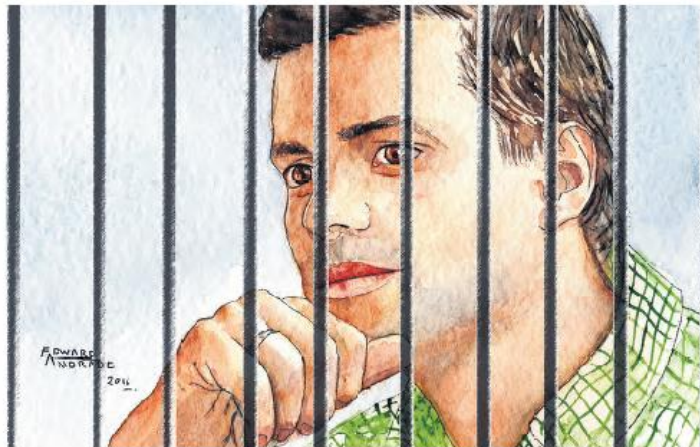
Leopoldo López es un idealista y un pacifista convencido. Sus modelos son Gandhi, Mandela, Martín Luther King, Vaclav Havel, la madre Teresa de Calcuta y, como convencido creyente que es, Cristo. En su libro hace un gran elogio de Rómulo Betancourt, el líder de Acción Democrática que se enfrentó primero al Generalismo Trujillo (quien intentó hacerlo matar) y a todos los tiranuelos militares de América Latina y luego a Fidel Castro, sin complejo alguno, en nombre de una democracia liberal que trajo a su país cuarenta años de legalidad y de paz. Yo recuerdo el odio que teníamos a Betancourt los jóvenes de mi generación

cuando creíamos que la verdadera libertad estaba en Marx, Mao y en la punta del fusil. Vaya insensatos y ciegos que fuimos. El que veía claro, en esos años difíciles, fue Rómulo Betancourt y es muy justo que Leopoldo López le rinda el homenaje que se merece aquel héroe democrata que salió de la Presidencia de Venezuela más pobre de lo que entró (última que no fuera el caso de todos los mandatarios en esas cuatro décadas de libertad).

No hay que confundir el patriotismo con el patrioterismo, que está hecho de palabrería un tanto ridícula y de gestos y desplantes algo payasos a los que de costumbre no acompañan la convicción ni la conducta. López es un patriota de verdad: quiere a su país, entre barrotes, recuerda con nostalgia su geografía, las montañas que le gustaba escalar en solitario para meditar y respirar puro, a los pájaros y a los árboles de sus bosques, y a las pequeñas aldeas entrañables que recorrió en sus giras

oposición, esa que en las últimas elecciones, a pesar de los fraudes, ganó el setenta por ciento de los escaños de la Asamblea Nacional. Pero, pese a ello, sabe también que la liberación de Venezuela no será fácil, pues aquella argolla de maldados encarcelados en el poder no lo soltarán fácilmente, entre otras cosas, porque temen que el pueblo venezolano les pida cuentas por haber convertido al país potencialmente más rico de América Latina en el más pobre en apenas un puñado de años.

Una fiera herida es más peligrosa que una sana y suele vender cara su vida. El gobierno de Nicolás Maduro está cada día más débil y sabe que tiene los días, o los meses, pero seguramente ya no los años, contados. Y no es imposible que decida, si ve llegada su hora, vengarse por adelantado de quienes tienen por delante la improbable tarea de resucitar al país que han dejado en rutinas. Si es así, las víctimas más a su alcance son esos 87 presos políticos que,



“La vida que desde entonces lleva en la prisión y que está bien documentada en este libro es de abusos y agravios sistemáticos, encerrado en un calabozo solitario, que tiene diez rejas con candado y cuatro cámaras de televisión que vigilan sus movimientos”.

políticas. Sabe la extraordinaria labor que lleva a cabo Lilitan Tintori, su mujer, un ama de casa y madre de familia a quien Chávez y Maduro han convertido en una fogosa líder política, como a tantas madres, esposas y hermanas de los 87 presos políticos que hay en Venezuela y que luchan de manera gallarda porque se les devuelva la libertad.

Leopoldo López sabe que el pueblo venezolano no se ha dejado sobornar por la demagogia del poder chavista y que cada día que pasa, la corrupción de los hombres que gobiernan, vinculados a las mafias del narcotráfico y a las pandillas de delincuentes a los que venden armas, y los anaquelados vacíos de los almacenes, el racionamiento, los cortes de luz, los atracos, secuestros y crímenes, van empujando a las filas de la

como Leopoldo López, están a su merced en las mazmorras chavistas. Por eso es indispensable que la movilización que ha convertido a Leopoldo López en una figura internacional no cese y, más bien, se extienda, a fin de proteger a todas las demás víctimas de la dictadura venezolana, empezando por Antonio Ledezma, el alcalde de Caracas, muy delicado de salud, y los civiles, militares, estudiantes, obreros y profesionales que están presos por haberse enfrentado al régimen. Ahora que están cerca de la libertad, su vida pulegrá más que nunca. Es deber de todos quienes queremos que Venezuela vuelva a ser libre, mantener la presión para mantenerlos vivos y salvos. **Q**

Madrid, marzo de 2016

3.2.3 Nacionalismo y rabia

Sin embargo, no todo es bueno en las democracias occidentales, aún en las más avanzadas como las de Inglaterra y los Estados Unidos, donde el nacionalismo ha vuelto a sentar sus reales con preocupantes resultados en pleno siglo XXI, en tanto que los escándalos de corrupción sacuden la política española. Esta crisis de los valores políticos y sociales de Occidente ha llevado a la ciudadanía al desencanto y la rabia, según da cuenta Vargas Llosa en una serie de artículos en los que vuelve a abogar por la necesidad de mantener la vigencia de la cultura de la libertad.

En su columna *England your england* (Fig.11), de julio de 2016, despotrica contra los defensores del Brexit que reclamaban la salida de Gran Bretaña de la Unión Europea como una cruzada por “la recuperación de la independencia de la nación”.

La apuesta por el Brexit se impuso mediante el referéndum y el periodista, en esta ocasión, fue testigo de la ola de nacionalismo desatada en Londres. “La demagogia, el nacionalismo más chauvinista y estúpido, los prejuicios racistas, parecían haber transformado de la noche a la mañana a Gran Bretaña en un paisito tercermundista” (p.9), dice desencantado. Pero lo peor, advierte, serán las consecuencias del Brexit: “Europa va a sufrir una merma considerable con el alejamiento del Reino Unido, el país, vale la pena recordarlo ahora más que nunca, que con heroísmo sin igual salvó al viejo continente de Hitler y los nazis. Y no solo porque Gran Bretaña es la segunda potencia industrial europea, sino

Fig. 11. England your England

“England your England”

Viví muchos años en Londres y allí aprendí a admirar las virtudes inglesas: el pragmatismo que vacuna a sus ciudadanos contra los fanatismos ideológicos, su individualismo, sostén de sus excéntricos, su espíritu tolerante y democrático, su respeto por las instituciones, las leyes y las tradiciones. En los días anteriores al referéndum estuve allí y todas aquellas virtudes brillaron por su ausencia; tanto, que me pareció estar en otro país. Un país enconado, presa de la demagogia nacionalista más ridícula y xenófoba, vertida a raudales por los defensores del Brexit. Estos presentaban la salida del Reino Unido de la Unión Europea como “la recuperación de la independencia de la nación”, una panacea de la que Gran Bretaña obtendría la prosperidad y el absoluto control de una inmigración que Nigel Farage, el líder del Partido por la Independencia del Reino Unido, mostraba en un cartel racista como una invasión enloquecida de subdesarrollados negros, mulatos, africanos y asiáticos, a la vez que el exalcalde de Londres, Boris Johnson, expresaba su temor de que Turquía, cuya incorporación a Europa presagaba inminente, tuviera el derecho de tumbar al Reino Unido con 78 millones de turcos.

La demagogia, el nacionalismo más chauvinista y estúpido, los prejuicios racistas, parecían haber transformado de la noche a la mañana a Gran Bretaña en un paísito tercermundista. Y esta impresión alcanzó para mí su apogeo cuando Boris Johnson, el despetinado y gárrulo líder conservador, batía el récord de todas las mentiras protestando porque, según él, los euroburocratas de Bruselas -los enemigos a abatir para devolver la libertad al Reino- se gastaban los impuestos de los esquilados ciudadanos británicos subsidiando las crueles corridas de toros en España!

Mientras los defensores del Brexit con buen apoyo de los medios de comunicación, inundaban el país con exageraciones, falsedades, calumnias y un patriotismo de pancarta y baja estofa, los defensores de que Gran Bretaña continuara en Europa -pienso sobre todo en el Partido Laborista- mostraban una languidez y pesimismo tales, empezando por su letárgico líder, Jeremy Corbyn (ahora cuestionado por buena parte de sus camaradas que le exigen la renuncia por no haber defendido mejor la que era política oficial del laborismo), que, se diría, se resignaban de antemano a una derrota que, algunos de ellos por

lo menos, secretamente deseaban. No es de extrañar, por eso, que en las ciudades obreras de Inglaterra, el voto a favor de la salida de Europa arrojara al de la permanencia.

El único que defendía esta opción con energía era el primer ministro David Cameron, es decir, el mismo que, con una precipitación innecesaria y lamentable, convocó este referéndum, sin necesidad legal alguna, por un oportunismo político de circunstancias, algo que ha pagado con el fin de su carrera política y un error que difícilmente la historia futura de Inglaterra le excusará.

¿Y ahora qué? Europa va a sufrir una merma considerable con el alejamiento del Reino Unido, el país, vale la pena recordarlo ahora más que nunca, que con heroísmo sin igual salvó al viejo continente de Hitler y los nazis. Y no sólo porque Gran Bretaña es la segunda potencia industrial europea, sino porque ella era, dentro de

Europa, la defensora más enérgica de las políticas de libre comercio y la integración de todos los mercados del mundo. El triunfo del Brexit sienta un pésimo precedente y es una ayuda invalorable a los partidos, movimientos y grupúsculos antieuropeos y generalmente fascistoídes como el Front National de Marine Le Pen, en Francia, la Alternativa para Alemania, el frente que encabeza Geert Wilders en Holanda, y quienes en Polonia, Austria, Hungría y los países escandinavos quisieran, en nombre del nacionalismo, darle el puntillazo final a la más ambiciosa empresa democrática de Occidente en los tiempos modernos.

Pero, probablemente, como lo ha escrito Chris Patten en uno de los artículos más lúcidos que he leído sobre los resultados del referéndum británico, el daño mayor recarga en el propio Reino Unido. Que Gran Bretaña desaparezca, con la secesión de Escocia y de la propia Irlanda del Norte -que, a consecuencia

neracional e intelectual inequívocas: los ingleses más jóvenes y mejor educados, más conscientes del riesgo para su futuro que implicaba el aislamiento, votaron por Europa; los más viejos y menos preparados, por la salida. La nostalgia por un mundo que se fue, que no va a volver, prevaletió sobre el realismo; y preferir la irrealidad y los sueños al mundo verdadero sólo trae beneficios en el campo del arte y la literatura; en el de la vida política y social, por lo común genera catástrofes.

La decepción de los triunfadores del referéndum será muy próxima y muy grande en lo que concierne a la inmigración, cuando adviertan que su victoria no va a impedir, ni a disminuir un ápice, la llegada de los temidos forasteros, porque lo que Orwell llamó trómicamente en uno de sus mejores ensayos *England your England* simplemente ya no existe, salvo en la fantasía pasadista de algunos

soñadores. (En medio de la campaña se descubrió, por ejemplo, que el albiónico Boris Johnson, adalid del nacionalismo británico, tenía ancestros turcos). Y que no es la Unión Europea la que trae esas oleadas de inmigrantes a sus playas, sino la necesidad que tiene Gran Bretaña de ellas para proveer los trabajos que los ingleses ya no harían ni a la fuerza, y las leyes sociales que, con más generosidad que realismo, se dieron en épocas de bonanza para favorecer esa inmigración que parecía entonces tan necesaria. (Sigue siendo, más que nunca, aunque las legañas nacionalistas impidan ahora verlo, si los países desarrollados aspiran a mantener sus altos niveles de existencia).

En *El león y el unicornio* Orwell habla con mucho cariño de Inglaterra, y destaca, con justicia, las virtudes de sus gentes del común, su amor a la libertad, su sobriedad, el respeto del otro, su creencia de que las leyes están hechas para favorecer el bien y lo bueno y que por lo tanto deben ser cumplidas. Y resume así sus ideas (cito de memoria): “Es un buen país, con las gentes erradas en el control”. He recordado mucho ese hermoso ensayo en estos días deprimentes. Porque si el “control” de Inglaterra va a quedar ahora en manos de los hombres del Brexit como pide el pequeño fithrer Nigel Farage, a la tierra de Shakespeare si que la van a transformar de manera que muy pronto ni siquiera la reconocerá la buena madre que la parió. ☹

Julio de 2016



“Que Gran Bretaña desaparezca, con la secesión de Escocia y de la propia Irlanda del Norte -que, a consecuencia del Brexit, perderá sus fronteras abiertas con la República de Irlanda- es una perspectiva perfectamente posible”

del Brexit, perderá sus fronteras abiertas con la República de Irlanda -es una perspectiva perfectamente posible, sobre todo tratándose de Escocia, donde más del 62% de los votantes defendieron la opción europea.

Pero, más grave todavía que su posible desmembramiento, lo que amenaza ahora a Inglaterra es una lenta decadencia, víctima de un nacionalismo político y económico trasnochado, que va en contra de la tendencia dominante en el resto del mundo, y, sobre todo, en Occidente, una tendencia que precisamente el Reino Unido impulsó en los años de los gobiernos de Margaret Thatcher, John Major y Tony Blair y de la que ahora ha renegado de manera poco menos que suicida.

Un análisis somero de los resultados del referéndum muestra una división ge-

porque ella era, dentro de Europa, la defensora más enérgica de las políticas de libre comercio y la integración de todos los mercados del mundo” (p.9)

Pero eso no será todo. Vargas Llosa sostiene que Inglaterra se ha situado ante la amenaza de una lenta decadencia, “víctima de un nacionalismo político y económico trasnochado, que va en contra de la tendencia dominante en el resto del mundo, y, sobre todo, en Occidente” (p.9).

Parafraseando al escritor George Orwell, el periodista recuerda lo que éste dijo alguna vez de Inglaterra con provocadora ironía: “Es un buen país, con las gentes erradas en el control”.

Al triunfo del Brexit en Gran Bretaña siguió la victoria de Donald Trump en las elecciones norteamericanas, lo cual motivó a Vargas Llosa a escribir su columna *La decadencia de Occidente* (Fig. 12), de noviembre de 2016, en la que advirtió de entrada que “No es raro que se digan tonterías en una campaña electoral, pero sí que crean en ellas gentes que se suponen educadas e informadas, con una sólida tradición democrática, y que recompensen al inculto billonario que las profiere llevándolo a la presidencia del país más poderoso del planeta” (p.9).

Trump en los Estados Unidos como los promotores del Brexit en Inglaterra impulsaron sus ofertas políticas atribuyendo los males que padecen sus países no a sus malos gobiernos sino a los inmigrantes, un recurso propio de “los grandes demagogos de la historia”.

En el análisis de Vargas Llosa, la globalización y la revolución tecnológica ha creado nuevos escenarios para los países y las gentes, a los cuales obliga a modernizarse y reinventarse constantemente.

Fig. 12. La decadencia de Occidente.

La decadencia de Occidente

Primero fue el Brexit y, ahora, la elección de Donald Trump como presidente de los Estados Unidos. Sólo falta que Marine Le Pen gane los próximos comicios en Francia para que quede claro que Occidente, cuna de la cultura de la libertad y del progreso, asustado por los grandes cambios que ha traído al mundo la globalización, quiere dar una marcha atrás radical, refugiándose en lo que Popper bautizó "la llamada de la tribu" -el nacionalismo y todas las taras que le son congénitas, la xenofobia, el racismo, el proteccionismo, la autarquía-, como si detener el tiempo o retrocederlo fuera sólo cuestión de mover las manecillas del reloj.

No hay novedad alguna en las medidas que Donald Trump propuso a sus compatriotas para que votaran por él; lo sorprendente es que cast sesenta millones de norteamericanos le creyeran y lo respaldaran en las urnas. Todos los grandes demagogos de la historia han atribuido los males que padecen sus países a los perniciosos extranjeros, en este caso los inmigrantes, empezando por los mexicanos atracadores, traficantes de drogas y violadores y terminando por los musulmanes terroristas y los chinos que colonizan los mercados estadounidenses con sus productos subsidiados y pagados con salarios de hambre. Y, por supuesto, también tienen la culpa de la caída de los niveles de vida y el desempleo los empresarios "traidores" que sacan sus empresas al extranjero privando de trabajo y aumentando el paro en los Estados Unidos.

No es raro que se digan tonterías en una campaña electoral, pero sí que crean en ellas gentes que se suponen educadas e informadas, con una sólida tradición democrática y que recompensen al inculco bilionario que las profiere llevándolo a la predestina del país más poderoso del planeta.

La esperanza de muchos, ahora, es que el Partido Republicano, que ha vuelto a ganar el control de las dos cámaras, y que tiene gentes experimentadas y pragmáticas, modere los exabruptos del nuevo mandatario y lo disuada de llevar a la práctica las reformas extravagantes que ha prometido. En efecto, el sistema político de Estados Unidos cuenta con mecanismos de control y de freno que pueden impedir a un mandatario cometer locuras. Pues no hay duda que si el nuevo presidente se empeña en expulsar del país a once millones de legales, en cerrar las fronteras a todos los ciudadanos de países musulmanes, en poner punto

final a la globalización cancelando todos los tratados de libre comercio que ha firmado -incluyendo el Trans-Pacific Partnership en gestación- y penalizando duramente a las corporaciones que, para abaratar sus costos, llevan sus fábricas al tercer mundo, provocaría un terremoto económico y social en su país y en buen número de países extranjeros y crearía serios inconvenientes diplomáticos a los Estados Unidos. Su amenaza de "hacer pagar" a los países de la OTAN por su defensa, que ha encantado a Vladimir Putin, debilitaría de manera inmediata el sistema que protege a los países libres del nuevo imperialismo ruso. El que, dicho sea de paso, ha obtenido victoria tras victoria en los últimos años; léase Crimea, Siria, Ucrania y Georgia. Pero no hay que contar demasiado con la influencia moderadora del Partido Republicano: el ímpetu que ha permitido a Trump ganar estas elecciones pese a la oposición de casi toda la prensa y la clase más democrática y pensante, muestran que hay en él algo más que un simple demagogo elemental y destriado: la pasión contagiosa de

los grandes hechiceros políticos de ideas simples y fijas que arrastran masas, la testarudez obsesiva de los caudillos ensimismados por su propia verborrea y que ensimisman a sus pueblos.

Una de las grandes paradojas es que la sensación de inseguridad, que de pronto el suelo que pisaban se empezaba a resquebrajar y que Estados Unidos había entrado en caída libre, ese estado de ánimo que ha llevado a tantos estadounidenses a votar por Trump -idéntico al que llevó a tantos ingleses a votar por el Brexit- no corresponde para nada a la realidad. Estados Unidos ha superado más pronto y mejor que el resto del mundo -que los países europeos, sobre todo- la crisis de 2008, y en los últimos tiempos recuperaba el empleo y la economía estaba creciendo a muy buen ritmo. Políticamente el sistema ha funcionado bien en los ocho años de Obama y un 58% del país hacia un balance positivo de su gestión. ¿Por qué, entonces, esa sensación de peligro inminente que ha llevado a tantos norteamericanos a tragarse los embustes de Donald Trump? Porque, es verdad, el mundo de

países tienen que renovarse y recrearse constantemente para no quedarse atrás. Ese mundo nuevo requiere arriesgar y retroverse sin tregua, trabajar mucho, impregnarse de buena educación y no mirar atrás ni dejarse ganar por la nostalgia retrospectiva. El pasado es irreparable como descubrirían pronto los que votaron por el Brexit y por Trump. No tardarán en advertir que quienes viven mirando a sus espaldas se convierten en estatuas de sal, como en la parábola bíblica.

El Brexit y Donald Trump -y la Franca del Front National- significan que el Occidente de la revolución industrial, de los grandes descubrimientos científicos, de los derechos humanos, de la libertad de prensa, de la sociedad abierta, de las elecciones libres, que en el pasado fue el pionero del mundo, ahora se va rezagando. No porque esté menos preparado que otros para enfrentar el futuro -todo lo contrario- sino por su propia complacencia y cobardía, por el temor que siente al descubrir que las prerrogativas que antes creía exclusivamente suyas, un privilegio hereditario, ahora están al alcance de cual-

quier país, por pequeño que sea, que se aprovechan las extraordinarias oportunidades que la globalización y las hazañas tecnológicas han puesto por primera vez al alcance de todas las naciones.

El Brexit y el triunfo de Trump son un síntoma inequívoco de decadencia, esa muerte lenta en la que se hunden los países que pierden la fe en sí mismos, renuncian a la racionalidad y empiezan a creer en brujerías, como la más cruel y estúpida de todas, el nacionalismo. Fuente de las peores desgracias que ha experimentado el Occidente a lo largo de la historia, ahora resucita y parece esgrimir como los chamanes primitivos la danza frenética o el bebedizo vomitivo con los que quieren derrotar a la adversidad de la plaga, la sequía, el terremoto, la miseria. Trump y el Brexit no solucionarán ningún problema, agravarán los que ya existen y traerán otros más graves. Ellos representan la renuncia a luchar, la rendición, el camino del abismo. Tanto en Gran Bretaña como en Estados Unidos, apenas ocurrida la garrafal equivocación, ha habido autocriticas y lamentos. Tampoco sirven los llantos en este caso; lo mejor sería reflexionar con la cabeza fría, admitir el error, retomar el camino de la razón y, a partir de ahora, enfrentar el futuro con más valentía y consecuencia.

Friburgo, 16 de noviembre 2016



“El Brexit y el triunfo de Trump son un síntoma inequívoco de decadencia, esa muerte lenta en la que se hunden los países que pierden la fe en sí mismos, renuncian a la racionalidad y empiezan a creer en brujerías, como la más cruel y estúpida de todas, el nacionalismo”.

añto ya no es el de hoy. Gracias a la globalización y a la gran revolución tecnológica de nuestro tiempo la vida de todas las naciones se halla ahora en el "quién vive", experimentando desafíos y oportunidades totalmente inéditos, que han removido desde los climas a las antiguas naciones, como Gran Bretaña y Estados Unidos, que se creían inamovibles en su poderío y riqueza, y que ha abierto a otras sociedades -más audaces y más a la vanguardia de la modernidad- la posibilidad de crecer a pasos de gigante y de alcanzar y superar a las grandes potencias de antaño. Ese nuevo panorama significa, simplemente, que el de nuestros días es un mundo más justo, o, si se quiere, menos injusto, menos provinciano, menos exclusivo, que el de ayer. Ahora, los

“Ese mundo nuevo requiere arriesgar y reinventarse sin tregua, trabajar mucho, impregnarse de buena educación, y no mirar atrás ni dejarse ganar por la nostalgia retrospectiva. El pasado es irrecuperable como descubrirán pronto los que votaron por el Breixt y por Trump.” Éstos, dice el cronista, “No tardarán en advertir que quienes viven mirando a sus espaldas se convierten en estatuas de sal, como en la parábola bíblica.”

La Inglaterra del Brexit y la Norteamérica que eligió como presidente a Trump adolecen de decadencia y han caído en el tribalismo del nacionalismo reaccionario. Son opciones, opina el escritor, que no solucionarán ningún problema, sino que agravarán los que ya existen. Solo queda, dice, “retomar el camino de la razón y, a partir de ahora, retomar el camino con más valentía y consecuencia.” Ese camino de la razón, en la recomendación de Vargas Llosa, significa volver a los valores de la sociedad abierta, el libre mercado, la integración comercial, la cultura de la libertad, etc.

La frustración y el desencanto que generan la corrupción y el populismo, prácticas contrarias al liberalismo, son materia de un comentario de Vargas Llosa en la columna *El ciudadano rabioso* (Fig. 13), de octubre de 2016. Esta rabia social se presenta como una rabia de dos caras: una positiva y otra negativa. Es negativa cuando aparece insuflando a las multitudes de nacionalismo xenófobo y que llevó al triunfo del Brexit en Inglaterra y de la elección de Trump como presidente de los Estados Unidos. Es positiva cuando sirve a los pueblos para protestar masivamente contra la corrupción, como ocurrió en el Brasil de Dilma Rousseff, o contra las nefastas políticas estatistas de Hugo Chávez en Venezuela, aunque aquí ocurrió tarde, cuando la dictadura ya se había asentado con firmeza en el poder.

Fig. 13. El ciudadano rabioso

PIEDRA DE TOQUE



Mario Vargas Llosa

El ciudadano rabioso

El periodista alemán Dirk Kurbiel, de Der Spiegel, inventó hace algunos años la palabra Wutbürger, que quiere decir "ciudadano rabioso", y en The New York Times de esta mañana -25 de octubre- Jochen Bittner publica un interesante ensayo afirmando que la rabia que moviliza en ciertas circunstancias a amplios sectores de una sociedad es un fenómeno de dos caras, una positiva y otra negativa. Según él, sin esos ciudadanos rabiosos no hubiera habido progreso, ni seguridad social, ni empleos pagados con justicia, y estaríamos todavía en el tiempo de las satrapías medievales y la esclavitud. Pero, al mismo tiempo, fue la epidemia de rabia social la que sembró de decapitados la Franca del Terror y la que, en nuestros días, ha llevado a la regresión brutal que significa el "Brexit" para el Reino Unido y a que exista en Alemania un partido xenófobo, ultranacionalista y antieuropeo -Alternativa por Alemania- que, según las encuestas, cuenta con nada menos que el apoyo del 18% del electorado. Añade que el mejor representante en Estados Unidos del Wutbürger es el sorprendente Donald Trump y el sorprendente respaldo con que cuenta.

Me gustaría añadir algunos otros ejemplos de una "rabia positiva" en los últimos tiempos, empezando por el caso del Brasil sobre el que, a mi juicio, ha habido una interpretación interesada y falsa de la defenestración de Dilma Rousseff de la presidencia. Se ha presentado este hecho como una conspiración de la extrema derecha para acabar con un gobierno progresista y, sobre todo, impedir el regreso de Lula al poder. No es nada de eso. Lo que movilizó a muchos millones de brasileros y los sacó a la calle a protestar fue la corrupción, un fenómeno que había socavado a toda la clase política y de la que eran beneficiarios por igual dirigentes de la izquierda y la derecha. Y se ha visto en todos estos meses cómo la ganancia de la lucha contra la corrupción envía a la cárcel por igual a parlamentarios, empresarios, dirigentes sindicales y gremiales de todos los sectores políticos, un hecho del que sólo puede sobrevenir una regeneración profunda de una democracia a la que la deshonestedad y el espíritu de lucro habían infectado hasta el extremo de causar una bancarrota nacional.

Quizás sea un poco pronto para celebrar lo ocurrido pero mi impresión es que, hechas las sumas y las restas, la gran movilización popular en Brasil ha sido un movimiento más ético que político y enormemente positivo para el futuro de la democracia en el gigante latinoamericano. Es la primera vez que ocurre; hasta ahora,

los estallidos populares tenían fines políticos -protestar contra los desafíos de un gobierno y a favor de un partido o un líder- o ideológicos -reemplazar el sistema capitalista por el socialismo-, pero, en este caso, la movilización tenía como fin no destruir el sistema legal existente sino purificarlo, erradicar la infección que lo estaba envenenando y podía acabar con él. Aunque ha tenido una derivada distinta, no es muy diferente con lo ocurrido en España: un movimiento de jóvenes espoleados por los escándalos de la clase dirigente que a muchos decepcionaron de la democracia y los ha llevado a elegir un remedio peor que la enfermedad, es decir, resucitar las viejas y fracasadas recetas del estatismo y el colectivismo.

Otro caso fascinante de "ciudadanos rabiosos" ha sido el que vive Venezuela. En cinco oportunidades, el pueblo venezolano pudo librarse, mediante elecciones libres, del comandante Chávez, un demagogo pintoresco que ofrecía "el

socialismo del siglo XXI" como terapia para todos los males del país. Una mayoría de venezolanos, a los que la ineficacia y la corrupción de los gobiernos democráticos había desencantado de la legalidad y la libertad, le creyeron. Han pagado carísimo ese error. Por fortuna lo han comprendido, rectificado y hoy existe una mayoría aplastante de ciudadanos como demuestran las últimas elecciones para el Congreso -que pretende rectificar aquella equivocación. Por desgracia, ya no están fáciles. La camarilla gobernante, aliada con la nomenclatura militar muy comprometida por el narcotráfico y la asesoría cubana en cuestiones de seguridad, se ha enquistado en el poder y está dispuesto a defenderlo contra viento y marea. Mientras el país se hunde en la ruina, el hambre y la violencia, todos los esfuerzos pacíficos de la oposición por, valiéndose de la propia Constitución instaurada por el régimen, librarse de Maduro y compañía, se ven frustrados por un gobierno que descon-

sectarios e irresponsables. La historia latinoamericana está impregnada de rabia y aunque, en muchos casos, estaba justificada, casi siempre se desvió de sus objetivos iniciales y terminó causando peores males que los que quería remediar. Es un caso que tuvo una demostración flagrante con la dictadura militar del general Velasco, en el Perú de los años sesenta y setenta. A diferencia de otras, no fue derechista sino izquierdista e implantó las soluciones socialistas para los grandes problemas nacionales como el feudalismo agrario, la explotación social y la pobreza. La nacionalización de las tierras no benefició para nada a los campesinos, sino a las pandillas de burócratas que se dedicaron a saquear las haciendas colectivizadas y cast todas las industrias que confiscó y nacionalizó el régimen se fueron a la quiebra, aumentando la pobreza y el desempleo. Al final, fueron los propios campesinos los que empezaron a privatizar las tierras, y los obreros de las fábricas de harina de pescado los primeros en pedir que volvieran a manos privadas las empresas que el socialismo velasquista arruinó. Todo este fracaso tuvo un efecto positivo: desde entonces ningún partido político en el Perú se atreve a proponer la estatización y colectivización como panacea social.

Jochen Bittner afirma que la globalización ha favorecido sobre todo a los grandes banqueros y empresarios y que eso explica, aunque no justifica, los rebotes de un nacionalismo exaltado como el que ha convertido al Front National en un partido que podría ganar las elecciones en Francia. Es muy injusto. La globalización ha traído enormes beneficios a los países más pobres, que ahora, si saben aprovecharla, pueden combatir al subdesarrollo más rápido y mejor que en el pasado, como demuestran los países asiáticos y los países latinoamericanos -Chile por ejemplo-, que, abriendo sus economías al mundo, han crecido de manera espectacular en las últimas décadas. Creo que hay un error gravísimo en creer que el progreso consiste en combatir la riqueza. No, el enemigo con el que hay que acabar es la pobreza, y también, por supuesto, la riqueza mal habida. La interconexión del mundo gracias a la lenta disolución de las fronteras es una buena cosa para todos, y en especial para los pobres. Si ella continúa, y no se aparta de la buena vía, quizás lleguemos a un mundo en el que ya no será necesario que haya ciudadanos rabiosos a fin de que mejoren las cosas.

Berlín, octubre de 2016



“Creo que hay un error gravísimo en creer que el progreso consiste en combatir la riqueza. No, el enemigo con el que hay que acabar es la pobreza, y también, por supuesto, la riqueza mal habida”.

ce las leyes y comete los peores abusos -incluido crimenes- para impedirlo. A la larga, esa mayoría de venezolanos se impondrá, por supuesto, como ha ocurrido con todas las dictaduras, pero el camino quedará sembrado de víctimas y será muy largo.

¿Hay que celebrar que haya no sólo ciudadanos rabiosos negativos sino también positivos, como afirma Jochen Bittner? Mi impresión es que es preferible erradicar la rabia de la vida de las naciones y procurar que ella transcurra dentro de la racionalidad y la paz, y las decisiones se tomen por consenso, a través de la persuasión o del voto. Porque la rabia cambia rápidamente de dirección y de bienintencionada y creativa puede volverse maligna y destructiva, si quienes asumen la dirección del movimiento popular son demagogos,

Pero esta rabia social, sea positiva o negativa, no es bien vista por el columnista. “Mi impresión”, dice, “es que es preferible erradicar la rabia de la vida de las naciones y procurar que ella transcurra dentro de la racionalidad y la paz, y las decisiones se tomen por consenso, a través de la persuasión o del voto.” Sus reparos tienen que ver con el repentino cambio de rumbo que suele tomar la rabia: de positiva y bienintencionada puede volverse maligna y destructiva.

A la opinión de ciertos analistas que sostienen que la rabia hace presa mayormente de los pueblos pobres que han sido afectados por la globalización, Vargas Llosa considera que se trata de una opinión injusta ya que, según su criterio, la globalización ha traído grandes beneficios a los países más pobres, como Chile por ejemplo, que ha sabido aprovecharla. Finalmente, apoyándose en uno de los postulados del liberalismo, sostiene que la interconexión del mundo es buena para todos, en especial para los pobres. “Si ella continúa, y no se aparta de la buena vía”, dice, “quizá lleguemos a un mundo en el que ya no será necesario que haya ciudadanos rabiosos a fin de que mejoren las cosas.”

3.1.4 Política peruana: la verdad de la mentira

Las elecciones presidenciales peruanas del 2016 mantuvieron el permanente interés de Vargas Llosa en el futuro político de su país. Como en otras ocasiones, sus comentarios se dirigieron a apostar por una propuesta liberal y a oponerse tajantemente a la opción fujimorista, cuyo régimen de 1990-2000 se caracterizó por las reelecciones fraudulentas, el autoritarismo y la corrupción.

Tras la primera vuelta electoral que llevó al balotage a los candidatos Keiko Fujimori y Pedro Pablo Kuczynski, el escritor publicó su columna *La hora gris* (Fig.14), del 17 de abril de 2016, en la que ratifica su opción por el segundo, aunque con la incertidumbre de que pueda imponerse “la sinrazón y la pasión demagógica”, llevando al triunfo a la candidata fujimorista. No ocurrió así para complacencia del escritor, quien fuera derrotado electoralmente por Alberto Fujimori, padre de Keiko, en las elecciones presidenciales de 1990.

Fig. 14. La hora gris.

La República
Domingo, 17 de abril del 2016

DOMINGO 9

PIEDRA DE TOQUE



Mario Vargas Llosa

La hora gris

Las elecciones peruanas del domingo pasado dejan para la segunda vuelta, que tendrá lugar en junio, a dos candidatos -Keiko Fujimori y Pedro Pablo Kuczynski- que representan dos opciones meridianamente claras. La primera, hija del dictador que cumple 25 años de cárcel por los crímenes y robos que cometió durante los diez años en que gobernó el Perú, constituiría una legitimación de aquella dictadura corrupta y sanguinaria y un retorno al populismo, a la división enconada y a la violencia social de los que el país había comenzado a salir desde que recuperó la democracia en el año 2000. La segunda, un reforzamiento de la línea democrática y del progreso institucional y económico que ha convertido al Perú en los últimos quince años en uno de los países más atractivos para la inversión extranjera y que progresa más rápido en América Latina.

En estas condiciones, la victoria de Pedro Pablo Kuczynski debería estar asegurada si primaran la sensatez y el buen juicio. Pero no siempre es así y, en América Latina sobre todo, lo que suele prevalecer en ciertos períodos electorales es la simpatía y la pasión demagógica, como saben muy bien los amigos venezolanos que, hasta en cinco ocasiones, votaron por el "socialismo del siglo XXI" y ahora no tienen cómo librarse de esa senda dictadura que los ha arruinado económicamente y los hace vivir en la asfía y el miedo.

El fujimorismo cuenta con grandes medios económicos -sólo unos 180 millones de dólares ha recuperado el Perú de los seis mil millones que se robaron en aquellos años- y su propaganda ha estado pesando fuertemente el país, al mismo tiempo que los medios que controla han ido cimentando la ficción según la cual el encarcelado exdictador derrotó a Sendero Luminoso, envió a su líder Abimael Guzmán a la cárcel y sacó al país de la devoradora inflación que lo estaba deshaciendo. Puro mito. En verdad, la dictadura combatió el terror con el terror, asesinando, torturando y llenando las cárceles de inocentes, y la desenfrenada corrupción con la que se enriquecieron los dirigentes fujimoristas desprestigió al país y lo enconó hasta ponerlo al borde del abismo. Por eso se fugó Fujimori del Perú y -caso único en la historia- envió desde el extranjero su renuncia a la Presidencia por fax.

A eso quisieran volver los peruanos que han dado a Keiko Fujimori en esta primera vuelta electoral cerca del 40% de los vo-

tos y una mayoría parlamentaria? Pocos, aunque haya prometido aquella que no volverá a haber un "15 de abril" -día del autogolpe con el que Fujimori acabó con la democracia que le había permitido llegar al poder- es obvio que, si ella es la próxima presidenta, tarde o temprano se abrirán las cárceles y los ladrones y asesinos fujimoristas, empezando por su padre, pasarán de los calabozos a detentar nuevamente el poder. Pone los pelos de punta imaginar la violencia social que todo aquello produciría, con la consiguiente parálisis económica, la retracción de las inversiones y la gangrena populista resucitando aquellos demonios de la inflación y el paro de los que nos hemos ido librando estos últimos tres lustros.

Por eso es importante que haya una gran movilización popular de todas las fuerzas democráticas del espectro político, sin exclusión alguna, para derrotar al fujimorismo y llevar a la Presidencia a Pedro Pablo Kuczynski. Y, sobre todo, que las decenas de miles de peruanos que se abstuvieron de votar o violaron su voto en esta primera vuelta, recobren la confianza y crean que hoy es su hora. PPK es una persona de inquecables credenciales políticas, que sólo ha servido a gobiernos legítimos y, en todos los casos, con competencia y honradez. Su historia tiene algo de novelesca. Fue una dictadura, la del general Velasco, la que lo obligó a exiliarse cuando era un joven funcionario del Banco Central de Reserva, permitiéndole de este modo hacer una meteórica carrera en el mundo internacional de las finanzas, donde llegó a ser Presidente del Fistr Boston. Que, pese a haber alcanzado una alta posición, si en su país volvió la democracia a su país, retornara a trabajar al Perú, demuestra muy a las claras su vocación de servicio. Pocos dirigentes políticos conocen mejor que él la problemá-

El adamismo ha sido una de las grandes desgracias de América Latina. Cada gobierno quería empezar desde cero, haciendo tabla rasa de todo lo conseguido por su predecesor. Esta falta de continuidad nos ha hecho vivir en lo inestable y lo precario, porque los esfuerzos se frustraban cuando acababan de empezar. Esta maldita costumbre del adamismo se rompió por fortuna para el Perú en los últimos tiempos. Porque, desde la caída de la dictadura en el año 2000, el país ha tenido cuatro gobiernos democráticos -uno de ellos de transición- de líneas políticas diferentes, que, pese a ello, coincidieron en respetar la legalidad democrática y una política económica de mercado y de alicente a la inversión que ha traído enormes beneficios. La extrema pobreza se ha reducido de manera dramática, han crecido las clases medias a un ritmo muy intenso, la inversión extranjera se ha mantenido a niveles elevados, contra las

limitaciones que impone el subdesarrollo, el Perú ha ido progresando gracias a la libertad y a esos amplios consensos que, por primera vez, han caracterizado la vida política peruana en los últimos quince años. Pero, una vez más, todo aquello se encuentra amenazado en este proceso electoral y tenemos el terrible riesgo de volver a las anchetas, que es lo que ocurriría si una mayoría electoral, presa del desvarío populista, lleva a Keiko Fujimori al poder.

Afortunadamente, la historia no está escrita, ella no sigue derroteros fútiles. La historia la escribimos diariamente con nuestros actos y decisiones y podemos imprimirle la dirección y el ritmo que mejores nos parezcan. Los peruanos nos hemos equivocado muchas veces en nuestra historia y, por eso, ese país que fue justo y grande algunas veces, se ha ido empobreciendo y violentando como pocos en América Latina. Hace quince años aquello comenzó a cambiar de una manera notable. Surgieron unos consensos muy amplios respecto a la economía y la política que dieron al país una estabilidad primeroy luego un empuje progresista muy notable, al extremo de que, por primera vez, yo he escuchado en los últimos años en el extranjero sólo elogios y parabienes sobre el acontecer peruano.

Sólo de nosotros depende que esta hora gris en la que estamos sumidos no sea el anuncio de una noche sinuista y anacrónica, sino un anticipo del amanecer, con su tibieza y su luz clara.

Abril de 2016




En verdad, la dictadura combatió el terror con el terror, asesinando, torturando y llenando las cárceles de inocentes, y la desenfrenada corrupción con la que se enriquecieron los dirigentes fujimoristas desprestigió al país.

En verdad, la dictadura combatió el terror con el terror, asesinando, torturando y llenando las cárceles de inocentes, y la desenfrenada corrupción con la que se enriquecieron los dirigentes fujimoristas desprestigió al país.

En la columna *El Perú a salvo* (Fig.15), del 12 de Junio de 2016, Vargas Llosa celebra con entusiasmo la ajustada victoria electoral de Kuczynski. “Ha salvado al Perú de una catástrofe”, dice, y ha evitado a la vez “el retorno al poder de la mafia fujimorista”. Pero su columna señala algo mucho más importante y que, acaso, otros analistas dejaron pasar por alto, como es que el hecho decisivo de esa victoria fue la decisión de la ex candidata de la coalición de izquierda Frente Amplio que llamó a sus seguidores a votar por PPK. “Hay que decirlo de manera inequívoca”, manifiesta al respecto Vargas Llosa: “la izquierda actuando de esa manera responsable –algo con escasos precedentes en la historia reciente del Perú– salvó la democracia y ha asegurado la continuación de una política que, desde la caída de la dictadura en el año 2000, ha traído al país un notable progreso económico y el fortalecimiento gradual de las instituciones y costumbres democrática” (p.9).

Pero la victoria de PPK, observa el escritor, trasciende las fronteras peruanas y se inscribe en esa corriente de regeneración democrática latinoamericana que va recortando espacios a los gobiernos dictatoriales y populistas como los de Venezuela, Brasil, Bolivia, etc.

Fig. 15. El Perú a salvo.



PIEDRA DE TOQUE



Mario Vargas Llosa

El Perú a salvo

Una ajustada victoria de Pedro Pablo Kuczynski en las elecciones presidenciales del 5 de junio ha salvado al Perú de una catástrofe: el retorno al poder de la mafia fujimorista que, en los años de la dictadura de Alberto Fujimori y Vladimiro Montesinos, robó, torturó y asesinó con una ferocidad sin precedentes y, probablemente, la instalación del primer narcostado en América Latina.

La victoria de Keiko Fujimori parecía irremediable hace unas pocas semanas, cuando se descubrió que el secretario general y millonario financiero de su campaña y su partido, Fuerza Popular, Joaquín Ramírez, estaba siendo investigado por la DEA por lavado de activos; se recordó entonces que la policía había descubierto un aljibe de unos cien kilos de cocaína en un depósito de una empresa de Kenji, hermano de Keiko y con pretensiones a sucederla. El fujimorismo, asustado, intentó una operación sucia; el dirigente de Fuerza Popular y candidato a una vicepresidencia, José Chlimper, filtró a un canal de televisión cercano al fujimorismo una grabación manipulada para desfiar el escándalo; el ser descubierto, lo multiplicó. Muchos presuntos votantes de Keiko, que ingenuamente se habían tragado su propaganda de que sacando el Ejército a las calles a combatir a los delincuentes y restableciendo la pena de muerte habría seguridad en el Perú, cambiaron su voto.

Pero, el hecho decisivo, para rectificar la tendencia y asegurarle a Kuczynski la victoria, fue la decisión de Verónica Mendoza, la líder de la coalición de izquierda del Frente Amplio, de anunciar que votaría por aquél y de pedir a sus partidarios que la imitaran. Hay que decirlo de manera inequívoca: la izquierda, actuando de esta manera responsable -algo con escasos precedentes en la historia reciente del Perú- salvó la democracia y ha asegurado la continuación de una política que, desde la caída de la dictadura en el año 2000, ha traído al país un notable progreso económico y el fortalecimiento gradual de las instituciones y costumbres democráticas.

El nuevo gobierno no va a tener la vida fácil con un Parlamento en el que el fujimorismo controla la mayoría de los escaños; pero Kuczynski es un hombre flexible y un buen negociador, capaz de encontrar aliados entre los adversarios

para las buenas leyes y reformas de que consta su programa de gobierno. Hay que señalar, por otra parte, que, al igual que Mauricio Macri en Argentina, cuenta con un equipo de colaboradores de primer nivel, en el que figuran técnicos y profesionales destacados que hasta ahora se habían resistido a hacer política y que lo han hecho sólo para impedir que el Perú se hundiera una vez más en el despotismo político y la ruina económica. De otro lado, es seguro que su prestigio internacional en el mundo financiero seguirá atrayendo las inversiones que, desde hace dieciséis años, han venido apuntalando la economía peruana, la que, recordemos, es una de las que ha crecido más rápido en toda la región.

¿Qué ocurrirá ahora con el fujimorismo? ¿Seguirá subsistiendo como sintro emblema de la tradición inercial de las dictaduras terroristas y cleptómanas que ensombrecen el pasado peruano? Mi es-

peranza es que esta nueva derrota inicie el mismo proceso de descomposición en el que fueron desapareciendo todas las coletas políticas que han dejado las dictaduras: el sancheísmo, el odrismo, el velasquismo. Todas ellas fueron artificiales supervivencias de los regímenes autoritarios, que poco a poco, se extinguieron sin pena ni gloria. El fujimorismo ha tenido una vida más larga sólo porque contaba con los recursos gigantescos que obtuvo del saqueo vertiginoso de los fondos públicos, de los que Fujimori y Montesinos disponían a su antojo. Ellos le permitieron, en esta campaña, empapelar con propaganda el Perú de arriba abajo, y repartir barritas y hasta dinero en las regiones más empobrecidas. Pero no se trata de un partido que tenga ideas, ni programas, sólo unas credenciales golpistas y delictivas, es decir, la negación misma del Perú digno, justo, próspero y moderno que, en estas elecciones, se ha

podernos sólo garantizar el funcionamiento de la democracia sino practica una política económica moderna, de economía de mercado, que no es incompatible con un avanzado empeño social. Quizás habría que señalar también el caso mexicano, donde las recientes elecciones parciales han desmentido las predicciones de que el líder populista Andrés Manuel López Obrador y su partido serían poco menos que plebiscitados; en verdad el ganador de los comicios ha sido el Partido Acción Nacional, con lo que el futuro democrático de México no parece amenazado.

Es ingenuo ver en todos estos hechos recientes una tendencia que parece extenderse por América Latina a favor de la legalidad, la libertad, la coexistencia pacífica y un rechazo de la demagogia, el populismo irresponsable y las utopías colectivistas y estatistas? Como la historia no está escrita, siempre puede haber marcha atrás. Pero creo que, haciendo las sumas y las restas, hay razones para ser optimistas en América Latina. Estamos lejos del ideal, por supuesto; pero estamos muchísimo mejor que hace veinte años, cuando la democracia parecía encogerse por todas partes y el llamado "socialismo del siglo XXI" del comandante Chávez seducía a tantos incautos. ¿Qué queda de él, ahora? Una Venezuela en ruinas, donde la mayoría de la gente se muere de hambre, de falta de medicinas, de inseguridad callejera, y donde una pequeña pandilla encaramada en el poder da golpes de ciego a diestra y siniestra, cada vez más aislada, ante un pueblo que ha despertado de la seducción populista y revolucionaria y sólo aspira

ahora a recobrar la libertad y la legalidad. Acabo de pasar unas semanas en la República Dominicana, Chile, Argentina y Brasil y vengo a Europa mucho más animado. Los problemas latinoamericanos siguen siendo enormes, pero los progresos son también inmensos. En todos esos países la democracia funciona y las crisis que padecen no la ponen en peligro; por el contrario, y pienso sobre todo en Brasil, creo que tienden a regenerarla, a limpiarla de la corrupción, a permitirle que funcione de verdad. En ese sentido, la victoria de Pedro Pablo Kuczynski en el Perú es otro pastito que da América Latina en la buena dirección.

Madrid, junio de 2016



“¿Qué ocurrirá ahora con el fujimorismo? ¿Seguirá subsistiendo como sintro emblema de la tradición inercial de las dictaduras terroristas y cleptómanas que ensombrecen el pasado peruano?”

Impuesto poco menos que de milagro a un retroceso a la barbarie.

La victoria de Pedro Pablo Kuczynski trasciende las fronteras peruanas; se inscribe también en el contexto latinoamericano como un nuevo paso contra el populismo y de regeneración de la democracia, del que son jalones el voto boliviano en contra de los intentos reeleccionistas de Evo Morales, la derrota del peronismo en Argentina, la destitución de Dilma Rousseff y el desplome del mito de Lula en Brasil, la aplastante victoria de la oposición a Maduro en las elecciones parlamentarias en Venezuela y el ejemplo de un régimen como el de Uruguay, donde una izquierda de origen muy radical en el

En la columna *Por el buen camino (Fig.16)*, de agosto del 2016, Vargas Llosa subraya la vía democrática emprendida por el Perú en el año 2000 que, a la fecha, ha permitido la sucesión de cinco gobernantes llegados al poder por mandato de las urnas de votación. “Lo más importante ha sido”, señala, “que en estos últimos dieciséis años una cultura democrática parece haber echado unas raíces que hasta hace poco eran muy débiles y ahora cuentan con el respaldo de una gran mayoría de peruanos” (p.9).

Según el escritor, la afirmación de este rumbo democrático del país se debe a “Los experimentos catastróficos de la dictadura militar socialista del general Velasco, cuyas reformas colectivistas y estatistas empobrecieron al país y sembraron el caos; la guerra revolucionaria y terrorista de Sendero Luminoso y la represión consiguiente que causaron cerca de setenta mil muertos, decenas de miles de heridos y unos daños materiales cuantiosos. Y, finalmente, la dictadura de Fujimori y Montesinos, con sus crímenes abominables y los vertiginosos robos –unos seis mil millones de dólares, se calcula- de los que el país ha podido recobrar sólo migajas” (p.9).

Para que el triunfo y el buen camino no se conviertan en frustración, el escritor recomienda enfrentar con decisión dos graves problemas: la corrupción y la inseguridad ciudadana. También recomienda al nuevo gobierno asumir como una “obligación moral” apoyar a la oposición venezolana en su lucha por derrocar a la cleptómana dictadura chavista. Huelga decir que estos son postulados liberales o de la cultura de la libertad.

Fig. 16. Por el buen camino

Por el buen camino

El 28 de julio asumió la presidencia del Perú Pedro Pablo Kuczynski. Es, desde la caída de la dictadura de Fujimori el año 2000, el quinto mandatario -Juego de Valentín Paniagua, Alejandro Toledo, Alan García y Ollanta Humala- que llega al poder por la vía democrática. Pesa sobre sus hombros la responsabilidad de impulsar una legalidad y un progreso que en estos dieciséis años han caracterizado la orientación del país. Este progreso hay que entenderlo de manera muy amplia, es decir, no sólo representado por el desarrollo económico que ha hecho del Perú una de las naciones latinoamericanas que ha crecido más y atraído más inversiones en este período, sino, también, por ser un país en el que se ha respetado la libertad de expresión y de crítica, y donde han funcionado la diversidad política, el pluralismo y la coexistencia en la diversidad.

Los problemas son todavía enormes, desde luego, empezando por la seguridad y las desigualdades, la corrupción, la falta de oportunidades para los pobres, la insuficiente movilidad social y muchos otros. Pero sería una gran injusticia desconocer que en todos estos años el Perú ha gozado de una libertad sin precedentes, que se ha reducido de manera drástica la extrema pobreza, que la clase media ha crecido más que en toda su historia pasada, y que la descentralización económica, administrativa y política del país ha avanzado de manera impresionante.

Pero, tal vez, lo más importante ha sido que en estos últimos dieciséis años una cultura democrática parece haber echado unas raíces que hasta hace poco eran muy débiles y ahora cuentan con el respaldo de una gran mayoría de peruanos. Es posible que todavía existan algunos estrafalarios de la vieja derecha que crean en la solución militar y golpista, y, en la extrema izquierda, grupúsculos que sueñan todavía con la revolución armada, pero, si realmente existen, se trata de sectores muy marginales, sin la menor gravitación en el grueso de la población. La derecha y la izquierda parecen haber depuesto sus viejos hábitos anti democráticos y haberse resignado a operar en la legalidad. Tal vez hayan comprendido que esta es la única vía posible para que los remedios de los problemas del Perú no sean peores que la enfermedad.

¿Qué explicación tiene semejante evolución de las costumbres políticas en el

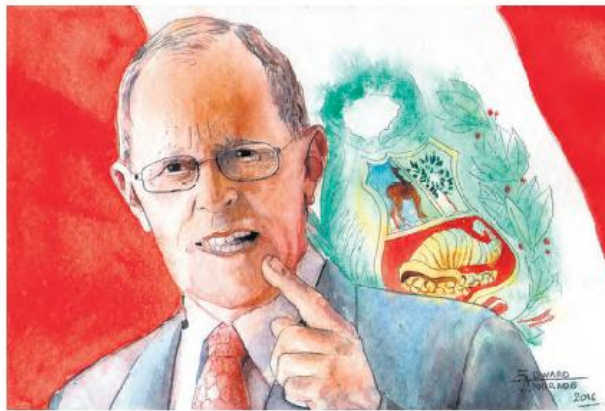
Perú? Los experimentos catastróficos de la dictadura militar socialista del general Velasco, cuyas reformas colectivistas y estatistas empobrecieron al país y sembraron el caos; la guerra revolucionaria y terrorista de Sendero Luminoso y la represión consiguiente que causaron cerca de setenta mil muertos, decenas de miles de heridos y unos daños materiales cuantiosos. Y, finalmente, la dictadura de Fujimori y Monteseinos, con sus crímenes abominables y los vertiginosos robos -unos sets mil millones de dólares, se calcula- de los que el país ha podido recobrar sólo migajas.

Para algunos podría tal vez parecer contradictorio con esto último que la hija del exdictador, Keiko Fujimori, sacara tan alta votación en los últimos comicios y que la

bancada que le es adicta sea mayoría en el Congreso. Pero esto es puro espejismo, como el odrisismo y el velasquismo, el fujimorismo es una construcción artificialmente sostenida con una tryección frenética de demagogia, populismo y cuantiosos recursos y destinada a desaparecer -apostaría que a corto plazo-, igual que aquellos vestigios de las respectivas dictaduras de las que nacieron. Su existencia nos recuerda que el atraso y la barbarie política, aunque han retrocedido, están todavía lejos de desaparecer de nuestro entorno. El camino de la civilización es largo y difícil. Este camino, emprendido hace un poco más de tres lustros por el Perú, no debe tener retrocesos, y esa es la tarea primordial que incumbe a Pedro Pablo Kuczynski y al equipo que lo rodea.

corrupción sea implacable y dé frutos, porque nada desmoraliza más a una sociedad que comprobar que el poder sirve sobre todo para que los gobernantes y sus cómplices se enriquezcan, violentando la ley. Ese, y la falta de seguridad callejera, sobre todo en los barrios más desfavorecidos, es el gran lastre que frena y amenaza el desarrollo, tanto en Perú como en el resto de América Latina. Por eso, la reforma del Poder Judicial y de los organismos encargados de la seguridad, empezando por la Policía, es una primera prioridad. Nada inspira más tranquilidad y confianza en el sistema que sentir que las calles que uno transita son seguras y que se puede confiar en los jueces y policías; y, a la inversa, nada desmoraliza más a un ciudadano que salir de su casa pensando en que será atracado y que si acude a la comisaría o al juez en busca de justicia será atracado otra vez, pues jueces y policías están al servicio, no de las víctimas, sino de los victimarios y ladrones.

Lo que ocurre en el Perú está ocurriendo también en otros países de América Latina, como Argentina, donde el Gobierno de Mauricio Macri trata desesperadamente de devolver al país la sensatez y la decencia democráticas que perdió en todos los años delictivos y demagógicos del kirchnerismo. Y hay que esperar que Brasil, donde la revuelta popular contra la corrupción cancerosa que padecía el Estado ha conmovido hasta los cimientos a casi todas sus instituciones, salga purificado y con una clase política menos putrefacta de esta catarsis institucional.



“Es una obligación moral para todo gobierno democrático apoyar a la oposición venezolana, que lucha gallardamente tratando de recuperar su libertad contra una dictadura cleptómana”.

La imagen internacional del Perú nunca ha sido mejor que la de ahora; en Estados Unidos y en Europa aparecen casi a diario análisis, comentarios e informes entusiasmados sobre su apertura económica y los incentivos para la inversión extranjera que ofrece. Las empresas peruanas, algunas de las cuales comienzan desde hace algunos años a salir al extranjero, han experimentado un verdadero salto dialéctico, así como la explosión turística, incrementada en los últimos años por el atractivo culinario local, que se ha puesto de moda, en buena medida, quién lo podría negar, gracias a Gastón Acurio y un puñado de chefs que, como él, han revolucionado la gastronomía peruana.

Las perspectivas no pueden ser más alentadoras para el gobierno que se inicia en estos días. Para que ellas no se frustren, como tantas veces en nuestra historia, es imprescindible que la batalla contra la

Ojalá la política diplomática del Gobierno de Pedro Pablo Kuczynski sea coherente con esa democracia que le ha permitido llegar al poder. Y no incurra, como tantos Gobiernos latinoamericanos, en la cobardía de mantener una neutralidad cómplice frente a la tragedia venezolana, como si se pudiera ser neutral frente a la peste bubónica. Es una obligación moral para todo gobierno democrático apoyar a la oposición venezolana, que lucha gallardamente tratando de recuperar su libertad contra una dictadura cleptómana, de narcotraficantes, que representa un pasado de horror y de vergüenza en América Latina. ◻

Agosto de 2016

3.2.5 La civilización del espectáculo

Una de las características de la era de la globalización es el nacimiento de un nuevo tipo de cultura, ya no de élite, erudita y excluyente, sino masiva, dada al divertimento y la evasión, en la que prevalecen la imagen y el sonido. A este fenómeno social, propio de sociedades liberales avanzadas, Vargas Llosa la llama “Civilización del espectáculo”, denominación tomada de otros autores, sobre la cual vierte su acerba crítica.

En su columna *Circo y periodismo* (Pag.17), de enero de 2016, critica esa morbosa inclinación de una serie de personajes de Hollywood como Sean Penn, Michael Moore y Oliver Stone, a exaltar “a dictadores y tiranuelos tercermundistas” como lo han hecho con el narco mexicano el Chapo Guzmán y los dictadores Hugo Chávez de Venezuela y Fidel Castro de Cuba.

“El periodismo, por desgracia”, dice Vargas Llosa, “es también una de las víctimas de la civilización del espectáculo de nuestros días, donde aparecer es ser y la política, la vida misma, se ha vuelto mera representación. Utilizar esta profesión para promoverse y difundir ideas frívolas, banalidades ridículas y mentiras políticas flagrantes es también una manera de agraviar un oficio y a unos profesionales que hacen verdaderos milagros para cumplir con su función de informar la verdad por salarios generalmente modestos y corriendo grandes peligros” (p.9)

Fig. 17. Circo y periodismo.

Circo y periodismo

Una de las profesiones más peligrosas en el mundo de hoy es el periodismo. Cada año aparecen, en los balances que hacen agencias especializadas, decenas de reporteros, entrevistadores, fotógrafos y columnistas secuestrados, torturados o asesinados por fanáticos religiosos y políticos, dictadores, bandas de criminales y traficantes, o dueños de Imperios económicos que ven como una amenaza para sus intereses la existencia de una prensa independiente y libre.

Este contexto explica, sin duda, la indignación que ha causado la entrevista que llevó a cabo el actor Sean Penn al asesino y narcocriático, el Chapo Guzmán -cuya vertiginosa fortuna lo ha hecho figurar entre los hombres más ricos del mundo según la revista *Forbes*-, poco antes de ser capturado por la Infantería de marina de México. La entrevista, que apareció en la revista *Rolling Stone*, es malísima, una exhibición de egolatría desenfundada y payasa y, para colmo, desbordante de simpatía y comprensión hacia el multimillonario y despiadado criminal al que se le atribuyen cerca de tres mil muertes además de incontables desastres, entre ellos gran número de violaciones.

Sean Penn es muy buen actor y tiene fama de "progresista", término que, tratándose de gente de Hollywood, suele significar una debilidad irresistible por los dictadores y tiranos del tercer mundo. Lo ha mostrado, en un magnífico artículo de Matteo Ricci ("Fascinación eterna por el déspota", *EL PAÍS*, 17/1/2016), quien recuerda los ditirambos del actor (y de Michael Moore y Oliver Stone) a Fidel Castro y a Hugo Chávez: "una de las fuerzas más importantes que hemos tenido en este planeta", "líder fascinante", "le tengo amor y gratitud", etcétera. ¿Cómo explicará el actor, entonces, que en los últimos cómicos el setenta por ciento de los electores venezolanos haya repudiado de manera tan categórica al régimen chavista? Probablemente, ni se ha enterado de ello.

El caso de Sean Penn sólo se entiende por la extraordinaria trivialidad que contamina la vida política de nuestro tiempo, en el que las imágenes han reemplazado a las ideas y la publicidad determina los valores y desvalores que mueven a grandes sectores ciudadanos. Elogiar a Fidel Castro, "el hombre más sabio del mundo" según Oliver Stone, es una patética exhibición de cinismo e ignorancia, equivalente a sentir admiración por Stalin, Hitler, Mao, Kim Il Sung o Robert Mugabe, y defender como modelica a una dictadura de

más de medio siglo que ha convertido a Cuba en una prisión de la que los cubanos tratan de escapar como sea, incluso desafiando a los tiburones. Y no lo es menos considerar una estrella política planetaria al comandante Chávez, cuyo régimen transformó a Venezuela en un país pobre, violento y reprimido, cuyos niveles de vida caen cada día más por culpa de una inflación galopante -la más alta del mundo- y donde la corrupción y el narcotráfico se han enquistado en el corazón mismo del Gobierno.

Qué cómodo es para estos personajes, desde Hollywood, es decir, desde la seguridad jurídica -nadie irá allí a despojarlos de sus casas, negocios, inversiones, ni a tomarles cuenta por lo que dicen y escriben-, el confort y la libertad de que gozan. Jugar a ser "progresistas", aceptando invitaciones de sátrapas ineptos, que los tratan como reyes y los adulan, halagan y regalan, y a defender regímenes opresores y brutales,

que hacen vivir en el miedo, la escasez y la mentira a millones de ciudadanos a los que han quitado la palabra y los más elementales derechos. Ahora, además de dictadores, los "progresistas" de Hollywood defienden también a delincuentes comunes y asesinos en serie, como el Chapo Guzmán, pobre hombre que, según Sean Penn, llegó al delito porque era la única manera de sobrevivir en un mundo atrofiado por la injusticia y los oligarcas.

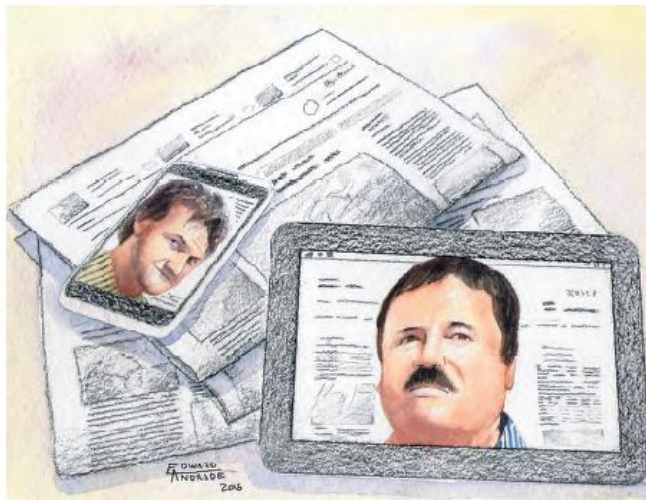
El periodismo, por desgracia, es también una de las víctimas de la civilización del espectáculo de nuestros días, donde aparecer es ser y la política, la vida misma, se ha vuelto mera representación. Utilizar esta profesión para promoverse y difundir ideas frías, banalidades ridículas y mentiras políticas flagrantes es también una manera de agravar un oficio y a unos profesionales que hacen verdaderos milagros para cumplir con su función de informar la verdad por salarios generalmente

en el debate público, en la vida cívica, es una obligación moral de la que nadie debe sentirse exonerado, sobre todo si no está contento con la sociedad y el mundo en el que vive. Y creo que esta obligación es tanto mayor cuanto un ciudadano -como es el caso de los cineastas en cuestión- es más conocido y tiene por lo tanto mayores posibilidades de llegar a un amplio público. Pero, por ello mismo, es indispensable que esta participación esté fundada en un conocimiento serio de los asuntos sobre los que opina.

A este respecto quisiera citar la respuesta que otro norteamericano, éste sí bien informado y honesto, el escritor Don Winslow, dio al artículo de Sean Penn. Su texto puede ser consultado en la página web *Deadline.com*. Winslow, que desde hace veinte años investiga los cárteles de la droga mexicanos y ha publicado un libro premiado sobre este tema, *The Cartel*, recuerda a todos los periodistas que han sido mutilados y asesinados por haber investigado sobre el Chapo Guzmán. Y se sorprende de que Sean Penn no preguntara al capo por qué, luego de su primera escapada de la cárcel, en 2001, desató esa "guerra de conquista" para desplazar a otros cárteles que causó más de cien mil asesinatos. Otras preguntas que Sean Penn no hizo: cuántos millones de dólares ha gastado el Chapo comprando jueces, políticos y policías, la razón por la que decidió firmar un acuerdo de colaboración con la organización sádica y homicida de los Zetas, y por qué aceptaba que sus sirvientes le llevaran niñas púberes a su celda en los periodos que pasó en prisión. También lamenta Winslow, entre otras cosas, que Sean Penn no formulara una sola pregunta al Chapo Guzmán, en las siete horas de diálogo con él, sobre las 35 personas (12 mujeres entre ellas) que hizo asesinar, acusándolas de trabajar para los Zetas, antes de hacer las paces con esta terrorífica banda.

Las razones por las que Sean Penn no preguntara nada inócuo al Chapo Guzmán nosotros las sabemos de sobra: él fue a entrevistarlo con las respuestas del asesino ya fabricadas por su propia trivialidad o cinismo: presentarlo como la víctima de un sistema (un héroe, en cierta forma) económico y político que sus admirados Fidel Castro y Chávez han comenzado a liquidar. Y apuntalar con ello su bien ganada fama de "progresista", además de actor famoso y millonario.

Madrid, enero de 2016



“La entrevista, que apareció en la revista *Rolling Stone*, es malísima, una exhibición de egolatría desenfundada y payasa y, para colmo, desbordante de simpatía y comprensión hacia el multimillonario y despiadado criminal”.

modestos y corriendo grandes peligros. Gentes como Sean Penn, Oliver Stone y congéneres ni siquiera advierten que su actitud revela un desdenoso prejuicio hacia Venezuela, Cuba, México y, en general, el tercer mundo, con esa duplicidad de que hacen gala cuando elogian y promueven para esos países sistemas y dictadores que no tolerarían jamás en su propio país, muy parecidos en eso a un Gunter Grass, que, en los años ochenta, pedía que los latinoamericanos siguiéramos el "ejemplo de Cuba", en tanto que, en Alemania, él defendía la social democracia y combatía el modelo comunista.

Desde luego que mi crítica a aventados irresponsables como Sean Penn no significa que crea que los actores deben prescindir de hacer política. Todo lo contrario, estoy firmemente convencido que la participación

El escritor señala que la actitud de los citados personajes hollywoodenses revela un desdeñoso prejuicio hacia Venezuela, Cuba, México y, en general, el tercer mundo, puesto que para aquí promueven sistemas y dictadores que no tolerarían jamás en su propio país. Es la misma actitud del escritor alemán Gunther Grass, quien en los años ochenta pedía que los latinoamericanos siguieran el “ejemplo de Cuba”, en tanto que, para Alemania, su país, defendía la social democracia y combatía el modelo comunista.

3.1.6 Las rayas del tigre

La isla de los tigres (Fig. 18) publicada en noviembre de 2016, es el título de la columna que Vargas Llosa dedicó a las bondades que habría logrado la economía de libre mercado en Singapur, un país gobernado por una dictadura de treinta años. El tema es controvertido y apasionante. Y la nota de Vargas Llosa, que plantea más de una interrogante, no convence totalmente.

Desde la década de los 90 Singapur está reconocido como uno de los “Cuatro tigres asiáticos”, es decir, forma parte de los cuatro países de la región sud-asiática (junto con Malasia, Corea del Sur y Taiwán) con economías más desarrolladas. Por su economía globalizada y diversificada, es uno de los principales centros neurálgicos del comercio mundial. Además, es dueña del segundo puerto que más mercancías mueve en el planeta y su centro financiero es el tercero del mundo. Todas estas virtudes económicas reúne esta ciudad-estado de solo cinco millones de habitantes, de los cuales la mitad son extranjeros, principalmente ingleses, y cuya población nativa cuenta con el 75% de chinos.

Vargas Llosa atribuye “gran parte” de estos logros económicos de Singapur a las diferentes administraciones de su primer ministro Lee Kuan Yew, quien accedió al poder en 1959 y permaneció en él hasta 1995, cuando se retiró por propia voluntad. Dos medidas esenciales de este primer ministro habrían obrado el milagro singapurense: “una educación pública de altísimo nivel, a la que durante muchos años se consagró la tercera parte del presupuesto nacional, y una política habitacional que permitió a la inmensa mayoría de la población ser propietaria de la casa donde vivía. Asimismo, aquel se empeñó en pagar elevados salarios a los funcionarios públicos de manera que, por una parte, se desalentara la corrupción en la administración pública y, de otra, se atrajera al servicio del Estado y a la vida política a los jóvenes más capaces y mejor preparados.”

A estos factores se añade el hecho de que el gran desarrollo económico alcanzado por Singapur “no se debió a su privilegiada posición geográfica, sino, principalmente, a la política de apertura económica y de incentivos a la inversión extranjera”, enfatiza el escritor, comparándola con las economías de otros países del tercer mundo que en ese mismo periodo, “siguiendo las nefastas políticas de la CEPAL de entonces, “defendían” sus economías de las transnacionales a las que mantenían a distancia y propiciaban un desarrollo para adentro”. Esta política aperturista convirtió a Singapur, dice Vargas Llosa, en “el paraíso del capitalismo, un título del que sus ciudadanos no parecen avergonzarse para nada, sino todo lo contrario.”

Fig. 18. La isla de los tigres.

La isla de los tigres

El viajero chino que por primera vez dejó un testimonio escrito sobre esta isla en el siglo XIV la llamó "La isla de los leones" (Singapura), pero se equivocó de animal, porque aquí nunca hubo leones, sólo tigres, y en gran cantidad, pues hasta muy avanzado el siglo XIX estas fieras se comían a los campesinos que se extraviaban en sus selvas.

Aquel primitivismo quedó ya muy atrás y ahora Singapur es uno de los países más prósperos, limpios, avanzados y seguros del mundo y el primero que, en un plazo relativamente corto, consiguió acabar con dos de los peores flagelos de la humanidad: la pobreza y el desempleo. En los sets días que acabo de pasar aquí, a todas las personas con las que estuve le pedí que me llevaran a ver el barrio más pobre de esta ciudad-estado. Y aquella maravilla, que he visto con mis propios ojos, es verdad: aquí no hay miseria, ni hacinamiento, ni chabolas, y sí, en cambio, un sistema de salud, una educación y oportunidades de trabajo al alcance de todo el mundo, así como una inmigración controlada que beneficia por igual al país y a los extranjeros que vienen a trabajar en él.

Singapur ha demostrado, contra todas las teorías de sociólogos y economistas, que razas, religiones, tradiciones y lenguas distintas en vez de dificultar la coexistencia social y ser un obstáculo para el desarrollo, pueden vivir perfectamente en paz, colaborando entre ellas, y disfrutando por igual del progreso sin renunciar a sus creencias y costumbres. Aunque la gran mayoría de la población es de origen chino (un 75%), los malayos y los indios (tamiles, sobre todo) así como los euroasiáticos cristianos conviven sin problemas con aquellos en un clima de tolerancia y comprensión recíprocas, lo que, sin duda, ha contribuido en gran parte a que este pequeño país haya ido quemando etapas desde su independencia en 1965 hasta convertirse en el gigante que es ahora.

Este extraordinario logro se debe en gran parte a Lee Kuan Yew, que fue Primer Ministro treinta y un años (de 1959 a 1990) y cuya muerte, el año pasado, convocó a buena parte de la isla en un homenaje multitudinario. Las ideas e iniciativas de este dirigente, educado en Inglaterra, en la Universidad de Cambridge, siguen orientando la vida del país - un hijo suyo es el actual Primer Ministro - e incluso sus más severos críticos reconocen que su energía y su inteligencia fueron decisivas para la notable modernización de esta sociedad. El sistema que creó era autoritario, aunque conservara la apariencia de una democracia, pero, a diferencia

de otras dictaduras, ni el autócrata ni sus colaboradores aprovecharon el poder para enriquecerse, y el poder judicial parece haber funcionado todos estos años de manera independiente, penalizando severamente los casos - nada frecuentes - de corrupción que llegaban a sus manos. El partido de Lee Kuan Yew ganaba todas las elecciones sin necesidad de hacer trampas y siempre permitía que una pequeña y decorativa oposición figurase en el Parlamento, costumbre que sigue vigente pues los parlamentarios de oposición en la actualidad son sólo cinco. La prensa es a medias libre, lo que significa que puede hacer críticas a las políticas del régimen, pero no defender ideologías revolucionarias y hay leyes muy estrictas prohibiendo todo lo que sea ofensivo para las creencias, costumbres y tradiciones de las cuatro culturas y religiones que conforman Singapur. Al igual que en Londres, hay un Speaker's Corner en un parque adonde se pueden convocar mítines y pronunciar discursos contra el gobierno con la única

condición de que quienes lo hagan sean ciudadanos del país.

El milagro singapurense no hubiera sido posible sin dos medidas esenciales que Lee Kuan Yew - en sus primeros años de vida política se proclamaba socialista, aunque adversario de los comunistas - puso en práctica desde que asumió el poder: una educación pública de altísimo nivel, a la que durante muchos años se consagró la tercera parte del presupuesto nacional, y una política habitacional que permitió a la inmensa mayoría de la población ser propietaria de la casa donde vivía. Asimismo, aquel se empeñó en pagar elevados salarios a los funcionarios públicos de manera que, por una parte, se desalentara la corrupción en la administración pública, y de otra, se atrajera al servicio del Estado y a la vida política a los jóvenes más capaces y mejor preparados.

Es verdad que Singapur tuvo siempre un puerto abierto al resto del mundo que estimuló el comercio internacional, pero el gran desarrollo económico que ha al-

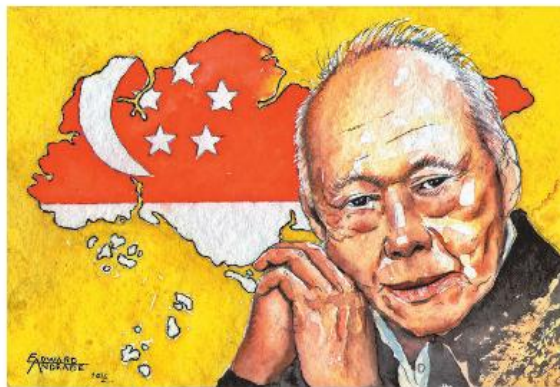
canzado no se debió a su privilegiada posición geográfica, sino, principalmente, a la política de apertura económica y de incentivos a la inversión extranjera. Mientras, siguiendo las nefastas políticas de la CEPAL, de entonces, los países del Tercer Mundo "defendían" sus economías de las transnacionales a las que mantenían a distancia y propiciaban un desarrollo para adentro, Singapur se abrió al mundo y atrajo a las grandes empresas ofreciéndoles una economía abierta de par en par, un sistema bancario y financiero eficiente y moderno, y una administración pública tecnificada y sin corruptelas. Eso ha convertido a la ciudad-estado en "el paraíso del capitalismo", un título del que sus ciudadanos no parecen avergonzarse para nada, sino todo lo contrario. La pri-

mera vez que vine aquí, en el año 1978, me quedé maravillado al ver que en este rincón del Asia había una avenida como Orchard Street con tantas tiendas elegantes como las de la Quinta Avenida de Nueva York, el Faubourg Saint-Honoré de París o el Mayfair de Londres. El Presidente de la Cámara de Comercio británico-singapurense, que estaba conmigo, me dijo: "Cuando yo era niño, esta avenida que lo sorprende tanto estaba llena de cabañas erigidas sobre pilotes y llena de fango y cocodrilos".

N o todo es envidiable en Singapur, desde luego, aunque sí lo son, por supuesto, su sistema de salud, al alcance de todo el mundo, y sus colegios y universidades modelícos a los que tienen acceso los singapurenses más humildes gracias a un sistema de becas y de préstamos muy extendido. Pero es lamentable que exista todavía la pena de muerte y la bárbara sentencia del cane (o latigazos) para los ladrones. Creyendo mitigar esta barbarie, alguien me explicó que "sólo se infligían veinticuatro latigazos como máximo". Yo le contesté que, impartidos por un verdugo bien entrenado, veinticuatro latigazos bastaban para matar en el horror de la tortura a un ser humano.

¿Se hubiera podido conseguir la formidable transformación de Singapur sin el autoritarismo, respetando rigurosamente los usos de la democracia? Yo estoy absolutamente convencido que sí, a condición de que haya una mayoría del electorado que lo crea también y dé su respaldo a un plan de gobierno que pida un mandato claro para las reformas que hizo en su país Lee Kuan Yew. Porque, probablemente por primera vez en la historia, en nuestra época la prosperidad o la pobreza de un país no están determinadas por la geografía, ni la fuerza, sino dependen exclusivamente de las políticas que sigan los gobiernos. Mientras tantos países del mundo subdesarrollado, enajenados por el populismo, elegían lo peor, esta pequeña isleta del Asia optó por la opción contraria y hoy en ella nadie se muere de hambre, ni está en el paro forzoso, ni se ve impedido de recibir ayuda médica si la necesita, casi todos son dueños de la casa donde viven, y no importa a cuánto asciendan los ingresos de su familia, cualquiera que se esfuerce puede recibir una formación profesional y técnica del más alto nivel. Vale la pena que los países pobres y atrasados tengan en cuenta esta lección.

Singapur, noviembre de 2016



“No todo es envidiable en Singapur, desde luego, aunque sí lo son, por supuesto, su sistema de salud, al alcance de todo el mundo, y sus colegios y universidades modelícos a los que tienen acceso los singapurenses más humildes”.

canzado no se debió a su privilegiada posición geográfica, sino, principalmente, a la política de apertura económica y de incentivos a la inversión extranjera. Mientras, siguiendo las nefastas políticas de la CEPAL, de entonces, los países del Tercer Mundo "defendían" sus economías de las transnacionales a las que mantenían a distancia y propiciaban un desarrollo para adentro, Singapur se abrió al mundo y atrajo a las grandes empresas ofreciéndoles una economía abierta de par en par, un sistema bancario y financiero eficiente y moderno, y una administración pública tecnificada y sin corruptelas. Eso ha convertido a la ciudad-estado en "el paraíso del capitalismo", un título del que sus ciudadanos no parecen avergonzarse para nada, sino todo lo contrario. La pri-

La objeción aparece cuando se trata de caracterizar el mandato del artífice del milagro singapurense, Lee Kuan Yew, quien para emprender esas reformas económicas instauró en Singapur una dictadura de más de 30 años, aunque con apariencia democrática.

Esta dictadura, cuyo modelo se mantiene aún hoy, restringe a la oposición, traba la formación de nuevos partidos políticos diferentes al gobernante y controla a la prensa. En el parlamento singapurense, de una sola cámara, la oposición tiene una representación decorativa de solo cinco miembros, y ha habido veces que en las elecciones presidenciales solo ha participado el partido ubicado en el poder. Por esto, los observadores internacionales clasifican al régimen de Lee como “híbrido”, una combinación de democracia y dictadura, aunque la revista *The Economist* la considera una “democracia defectuosa” como si existieran democracias perfectas.

Para un ideólogo liberal como Hayek, el caso singapurense no hubiera entrañado ningún problema, sino todo lo contrario, ya que a su entender, tal como lo declaró alguna vez, él prefería una dictadura que aplicara la economía de libre mercado a una democracia que no lo hiciera así. De ahí que exaltara al régimen militar de Pinochet que impuso a su país el modelo económico liberal tras batir a la oposición a sangre y fuego.

Los casos de Singapur y Chile son claros ejemplos de que la democracia no es consustancial al liberalismo. Y pensadores liberales como Hayek, uno de los paradigmas ideológicos de Vargas Llosa, lo corroboran.

“¿Se hubiera podido conseguir la formidable transformación de Singapur sin el autoritarismo, respetando rigurosamente los usos de la democracia?”, se pregunta

Vargas Llosa al final de su columna, y él mismo se responde: “Yo estoy absolutamente convencido que sí, a condición de que haya una mayoría del electorado que lo crea también y dé su respaldo a un plan de gobierno que pida un mandato claro para las reformas que hizo en su país Lee Kuan Yew” (p.9).

Lamentablemente, la dinámica de la vida política de los pueblos no dispensa esas ventajas idílicas reclamadas por el escritor. En el Perú de los años 90, un presidente elegido por votación popular, Alberto Fujimori, también trocó su camino para optar por la dictadura y, a la par que reprimía a la oposición y violaba los derechos humanos, imponía una economía de libre mercado y de privatización de las empresas públicas en cuyo proceso campeó la corrupción. Por este experimento el Perú pagó un alto precio y Fujimori fue a dar finalmente a la cárcel. No tuvo la suerte de Lee ni de Pinochet.

El modelo liberal reclamado por Vargas Llosa, de inspiración popperiana, es un ideal aún por conquistar. No se ha realizado en ningún país. Hasta ahora, el modelo más justo socialmente ha resultado ser el propugnado por la socialdemocracia que se plasmó en varios países de Europa en el siglo XX. Si a éste se le añadiera en el campo económico el modelo de libre mercado, propugnado por el liberalismo, tal vez el hombre llegue a ver la tierra prometida.

La bomba norcoreana (Fig.19), publicado en enero del 2016, es un enérgico llamamiento a la paz para movilizar a todas las naciones de Occidente ante la amenaza nuclear que representa el armamentismo nuclear alcanzado por Corea del Norte bajo el régimen de Kim Jong-um.

En la primera parte del artículo, Vargas Llosa sintetiza el riesgo nuclear en que ha sido puesto el planeta por los aprestos armamentistas de los países más

poderosos, pero también de los más belicosos y el de la última dictadura estalinista. Recalca que oficialmente hay seis países en el mundo que poseen armas nucleares (Estados Unidos, Rusia, China, India, Pakistán y Corea del Norte). De éstos, solo dos han experimentado con bombas de hidrógeno, cuya capacidad de destrucción es siete u ocho veces mayor que las bombas atómicas que destruyeron en 1945 a Hiroshima y Nagasaki. Sin embargo, noticias recientes dan cuenta de que Corea del Norte también habría conseguido fabricar la bomba de hidrógeno, escalofriante versión que ha sido puesta en duda por Estados Unidos y Europa.

El escritor expresa su perplejidad por la pasividad del mundo al permitir que se llegue a la actual situación de riesgo nuclear del planeta que, en caso de activarse esas armas, la vida humana y vegetal desaparecería por completo.

“Lo cierto es que, hasta ahora, el desarme ha sido una mera retórica sin consecuencias prácticas y que, empezando por los Estados Unidos y Rusia, los planes de desarme no avanzan”, sostiene. Y, como corolario de su alarma, invoca la acción de la comunidad internacional para acabar con un régimen, el de Corea del Norte, que se ha convertido en un riesgo para el resto del planeta.

A pesar de que parece una sincera preocupación por el armamentismo, se nota que la crítica del escritor es incompleta. El autor no dice, en ninguna de las líneas de su texto que, antes que Corea del Norte, la principal responsabilidad de la carrera armamentista recae en potencias como Estados Unidos y Rusia, los dos grandes vencedores de la II Guerra Mundial. Tampoco dice que los extremos del armamentismo al que ha llegado el planeta se debe principalmente a los fabricantes y comercializadores de armas que abastecen a todos los ejércitos

PIEDRA DE TOQUE



Mario Vargas Llosa

La bomba norcoreana

Hace unos diez años comencé a leer un libro apasionante, pero abandoné su lectura a las pocas páginas porque era, al mismo tiempo, terrorífico. Lo había escrito un grupo de científicos que, luego de establecer, hasta donde era posible, el número de armamentos nucleares que pueblan el planeta -se debe haber incrementado en el tiempo transcurrido- explicaba las consecuencias que podría tener para el mundo el que, por un acto de locura ideológica o un mero accidente, esos artefactos de destrucción masiva comenzaran a estallar.

Las cifras eran escalofriantes tanto en número de muertos y heridos como en contaminación del aire, las aguas, la fauna y la flora, al extremo de que, a la corta o a la larga, podía desprenderse de este proceso la extinción de toda forma de vida en el astro que habitamos.

Si esto es cierto, y supongo que lo es, ¿no resulta incomprensible que un asunto tan trascendente -la preservación de la vida- apenas llame la atención del público muy de tanto en tanto, por ejemplo esta semana, cuando Kim Jong-un, el patológico sátrapa de Corea del Norte, anunció que, celebrada por toda la población norcoreana, acaba de hacer estallar su primera bomba de hidrógeno. Los técnicos de Estados Unidos y Europa se han apresurado a decir que este anuncio es exagerado, que la última dictadura estalinista del planeta apenas ha conseguido fabricar hasta el momento una bomba nuclear. El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, la Unión Europea y distintos gobiernos -entre ellos, el de China- han condenado el experimento (cierto o falso) anunciado por Kim Jong-un. ¿Habrá nuevas sanciones de castigo al régimen norcoreano? En teoría, sí, pero en términos prácticos, ninguna, porque ese país vive en un aislamiento total, como dentro de una probeta, y sobrevive gracias al puño de hierro que ahorra a sus infelices ciudadanos-esclavos, al contrabando y a la demagogia delirante.

Oficialmente, hay seis países en el mundo que poseen armas nucleares -Estados Unidos, Rusia, China, India, Pakistán y Corea del Norte- y sólo dos de ellos, Estados Unidos y Rusia, han experimentado bombas de hidrógeno, que tienen una capacidad destructiva siete u ocho veces mayor que las bombas que aniquilaron Hiroshima y Nagasaki. Sólo una décima parte del arsenal nuclear ya acumulado sería suficiente para acabar con todas las ciudades del globo y desaparecer a la especie humana. Debemos estar todos muy locos en este mundo para haber llegado a una situación semejante sin que nadie haga nada y sigamos contemplando, a nuestro alrededor, cómo los arsenales nucleares siguen allí, acaso aumentando, a la espera de que, en cualquier momento, algún fanático con poder encienda la chispa que provoque la gigantesca explosión que nos exterminará.

Ya sé que hay organizaciones pacifistas que tratan -sin mucho éxito, por lo demás- de movilizar a la opinión pública contra

este armamentismo suicida, y gobiérense instituciones que, de manera ritual, protestan cada vez que un nuevo país, como Irán hasta hace poco, intenta acceder al club exclusivo de potencias atómicas. Pero lo cierto es que, hasta ahora, el desarme ha sido una mera retórica sin consecuencias prácticas y que, empezando por los de Estados Unidos y Rusia, los planes de desarme no avanzan. Los depósitos de armas de destrucción masiva continúan allí, como anuncio permanente de un cataclismo que acabaría con la historia humana.

¿Hay que resignarse, esperando que esta situación se prolongue, o es posible hacer algo? Sí, es posible, y hay que comenzar por hacer exactamente lo contrario de lo que hice yo hace diez años con aquel libro aterrador. Hay que enterarse del horror que nos rodea y, en vez de jugar al avestruz, encararlo, difundirlo, alarmar a cada vez

más gente con la siniestra realidad a fin de que las campañas pacifistas dejen de ser obra de minorías excéntricas y cobren una magnitud que movilice por fin a los gobiernos y haga funcionar de manera efectiva a los organismos internacionales. Nada de esto es utópico, cuando hay una voluntad política resuelta, es posible sentar a una mesa de diálogo los adversarios más encarnizados, como ha ocurrido con Irán, que ha consentido detener su programa atómico a cambio del levantamiento de las sanciones que tenían paralizada a su economía.

¿Y si la negociación es imposible? En raros casos esto puede ser cierto y, sin duda, uno de estos casos podría ser el régimen de Pyongyang. La satrapía de los Kim no sólo ha condenado al pueblo norcoreano a vivir en la miseria, la mentira y el miedo. Con su búsqueda

Japón. La comunidad internacional puede dar un ultimátum al régimen norcoreano, a través de las Naciones Unidas, dándole un plazo preciso para que desmonte sus instalaciones atómicas so pena de proceder a destruirlas. Y cumplir con la amenaza en caso de no ser escuchada. No creo que haya un caso más evidente en el que un mal menor se imponga por sobre el riesgo de que Pyongyang provoque una catástrofe con cientos de miles de víctimas en el Asia y, tal vez, en el mundo entero.

En uno de esos lúcidos ensayos con los que se enfrentó al mestizaje ideológico al que sucumbieron tantos intelectuales de su tiempo, George Orwell se preguntaba si el progreso científico debía ser celebrado o temido. Porque esos extraordinarios avances en el conocimiento, al mismo tiempo que han creado mejores condiciones de vida -en la alimentación, la salud, la



“Sólo una décima parte del arsenal nuclear ya acumulado sería suficiente para acabar con todas las ciudades del globo y desaparecer a la especie humana.”

frenética del arma nuclear que, cree, le garantizará la supervivencia, pone en peligro a sus vecinos de la península y a todo el Asia. La comunidad internacional tiene la obligación de actuar, poniendo en acción todos los medios a su alcance para acabar con un régimen que se ha convertido en un riesgo para el resto del planeta. Hasta China, que fue uno de los escasos valedores de la dictadura norcoreana, parece haber comprendido el peligro que representan para su propia supervivencia las inclinaciones demenciales de Kim Jong-un. Y la forma de actuar más eficaz es cortar de raíz la posibilidad de que el régimen de Pyongyang continúe con unos experimentos nucleares que constituyen, en lo inmediato, una gravísima amenaza para Corea del Sur, China y

coexistencia, los derechos humanos- han desarrollado también una industria de la destrucción capaz de producir matanzas que ni la imaginación más enfermiza de antaño podía anticipar. En nuestros días, el avance de la ciencia y la tecnología ha sembrado el planeta de unos artefactos mortíferos que, en el mejor de los casos, podrían devolvernos al tiempo de las cavernas, y, en el peor, retroceder este planeta sin luz a aquel pasado remotísimo en que la vida no existía aún y estaba por brotar, no se sabe todavía si para bien o para mal. No tengo respuesta para esta pregunta. Pero lo que haré de inmediato será buscar aquel libro que dejé sin terminar y leerlo esta vez hasta la última línea. □

Madrid, enero de 2016

(legales e ilegales) y para quienes la guerra es el más lucrativo de los negocios. Dicho sea de paso, se trata de un negocio que se realiza al amparo de las leyes del libre mercado, el valor supremo de la economía liberal que suele exaltar Vargas Llosa.

En consecuencia, si queremos acabar con el peligro nuclear y el armamentismo para hacer la paz en el mundo hay que empezar por cortar el mal desde su raíz y no por las ramas.

Vargas Llosa dedica la columna *Los justos de Israel* (Pag. 20), de junio de 2019, a la crítica de los abusos, atropellos y desmanes que perpetra Israel, en manos del gobierno más reaccionario de su historia, contra las poblaciones de las zonas ocupadas de la franja de Gaza.

Contra esta situación ha levantado su voz de protesta una serie de colectivos, surgidos dentro de la misma comunidad israelita, que denuncian esos abusos mediante la prensa, la fotografía o el video. Sus integrantes, dice Vargas Llosa, son parte de esa tradición del pueblo judío, la de los justos, que surgen en etapas de crisis para denunciar la injusticia, aun yendo contra la corriente de las mayorías y de los poderosos. Ese es el otro Israel.

Pero lo cierto, actualmente, es que “convertirse en un país colonial, que no escucha, que no quiere negociar ni hacer concesiones, que solo cree en la fuerza, ha hecho que Israel pierda la aureola prestigiosa y honorable que tenía, y que el número de sus adversarios y sus críticos, en vez de disminuir, aumente cada día”, señala el escritor.

PIEDRA DE TOQUE



Mario Vargas Llosa

Los justos de Israel

Yehuda Shaul tiene 33 años pero parece de 50. Ha vivido y vive con tanta intensidad que devora los años, como los maratonistas los kilómetros. Nació en Jerusalén, en una familia muy religiosa y es uno de diez hermanos. Cuando lo conocí, hace 11 años, todavía llevaba la kippá. Era un joven patriota, que debió destacar en el Ejército mientras hacía el servicio militar, pues, al cumplir los tres años obligatorios, el Tsahal le propuso seguir un curso de comandos y estuvo un año más en filas, como sargento. Al retornar a la vida civil, igual que muchos jóvenes israelíes, viajó a la India, a lavarse la cabeza. Allí reflexionó y pensó que sus compatriotas ignoraban las cosas feas que hacía el Ejército en los territorios ocupados y que su obligación moral era hacerlos saber.

Para ello, Yehuda y un fotógrafo, Miki Kratsman, fundaron el 1 de marzo de 2004 Breaking the Silence (Rompiendo el Silencio), una organización que se dedica a recoger testimonios de ex-soldados y soldados (cuyas identidades mantienen en secreto). En exposiciones y publicaciones destinadas a informar al público, en Israel y en el extranjero, exhiben la verdad de lo que ocurre en todos los territorios palestinos que fueron ocupados luego de la guerra de 1967. (El próximo año se cumplirá medio siglo de la ocupación). Textos y videos pasan, antes de ser expuestos, por la censura militar, pues Yehuda y su medio centenar de colaboradores no quieren violar la ley. Los testimonios recogidos superan el millar.

Hasta hace relativamente poco tiempo, gracias a la democracia que reinaba en el país para los ciudadanos israelíes, Breaking the Silence podía operar sin problemas, aunque fuera muy criticada por los sectores nacionalistas y religiosos. Pero, desde que entró en funciones el Gobierno actual -el más reaccionario y ultra de la historia de Israel- se ha desatado una campaña durísima contra los dirigentes de la institución, acusándolos de traidores y pidiendo que sean puestos fuera de la ley, en el Parlamento, por boca de ministros y líderes políticos y en la prensa. Y abundan los insultos y amenazas en las redes sociales contra sus fundadores. Yehuda Shaul no se siente intimidado y no piensa hacer ninguna concesión. Dice ser un patriota y un sionista y estar empeñado en lo que hace no por razones políticas sino morales.

Hay en la milenaria historia judía una tradición que nunca se interrumpió: la

de los justos. Esos hombres y mujeres que, de tanto en tanto, surgen en los momentos de transición o de crisis, y hacen oír su voz, enfrentados a la corriente. Indiferentes a la impopularidad y a los peligros que corren actuando de ese modo, para exponer una verdad o defender una causa que la mayoría, cegada por la propaganda, la pasión o la ignorancia, se niega a aceptar. Yehuda Shaul es uno de ellos, en nuestros días. Y, por fortuna, no es el único.

Allí está todavía, impertérrita, la periodista Amira Ilass, que se fue a vivir a Gaza para padecer en carne propia las miserias de los palestinos y documentarlas día a día en sus crónicas de Haaretz. A ella le debo haber pasado, hace unos años, en la asfixiante y atestada ratonera que es la Franja, una noche inolvidable en casa de una pareja de palestinos dedicada a la acción social. Y su colega Gideon Levy, incansable escritor, a quien encuentro, luego de un buen tiempo,

siempre batallando por la justicia con la pluma en la mano, aunque con el ánimo menos enhiesto que antaño porque a su alrededor se encoge cada día más el número de los defensores de la racionalidad, de la convivencia y de la paz y crecen sin tregua los fanáticos de las verdades ácidas y del Gran Israel que tendrá, más o menos, que el resplandor de Dios.

Pero en este viaje he conocido otros, no menos limpios y valientes. Gutoo Hanna Barak, que, a las cinco de la madrugada, en el cruce de Qalandiya, lleno de rejas, cámaras y soldados, fue fue mostrando la agria de los trabajadores palestinos que, pese a tener permiso y trabajo en Jerusalén, deben esperar horas de horas antes de poder entrar a ganarse el sustento. Hanna y un grupo de mujeres israelíes se apostan cada madrugada, ante esas alambradas, para denunciar las demoras injustificadas y protestar por los abusos que se cometen. "Tratamos de

alcanzar el inglés. "Quisiera que sepan que hay otro Israel", me dice, señalando a los aldeanos.

Si, lo hay, el de los justos, muchos, aunque no sean tantos como para ganar las elecciones. La verdad es que, desde hace años, los jueces, matras otros. Pero no se dejan abatir por esas derrotas. Son métricas y abogados que van a trabajar a las poblaciones medio abandonadas y defender en los tribunales a las víctimas de los derechos humanos que registran los atropellos y los crímenes y los sacan a la luz pública. Hay una asociación de fotógrafos por ejemplo, conformada por muchachas y muchachos muy jóvenes, que eternizan en imágenes todos los horrores de la ocupación. Me siguen a donde voy y no les importa caminar entre basuras malolientes y a cruce de calor en el desierto. Si pueden documentar con imágenes todo aquello que el Israel oficial oculta, y la gente bien pensante no quiere conocer. Pero, aunque la prensa oficial no publique sus fotos, ellos las exhiben en pequeñas galerías, en pabellones callejeros, en publicaciones semidandestinas. ¿Cuántos son? Miles, pero no lo bastantes para rectificar ese movimiento de opinión pública que va empujando cada vez más a Israel hacia la intransigencia, como si el ser la primera potencia militar del Medio Oriente -y, al parecer, la sexta del mundo- fuera la mejor garantía de su seguridad.

¿Los saben que no es así, que, por el contrario, convertirse en un país colonial, que no escucha, que no quiere negociar ni hacer concesiones, que sólo cree en la fuerza, ha hecho que Israel pierda la aureola prestigiosa y honorable que tenía, y que el número de sus adversarios y sus críticos, en vez de disminuir, aumente cada día.



“Yehuda Shaul no se siente intimidado y no piensa hacer ninguna concesión. Dice ser un patriota y un sionista y estar empeñado en lo que hace no por razones políticas sino morales”.

llegar hasta los jefes”, me dice, señalando a los soldados, “por que estos ni siquiera nos escuchan”. Es una anciana menudita y llena de arrugas pero en sus ojos claros brillan una luz y una decencia cegadoras.

Y también es un justo, aunque ni siquiera lo sospecho, el joven Max Schindler, a quien conozco en Susiya, una aldea miserable de las montañas del sur de Hebrón; es muy tímido y tengo que sacarle con sacacorchos que me diga qué hace aquí, rodeado de niños famélicos, en este lugar fuera del mundo al que los colonos de la vejeidad vienen a cortar los árboles y a destruir sus cosechas, y a veces a apalea a los vecinos, y sobre cuyas escasas viviendas pesa una orden de demolición. Es un voluntario, que se ha venido a vivir a Susiya a sobrevivir más bien -por unos meses y dedica su tiempo a enseñar a los

Dos días antes de partir, ceno con otros dos justos: Amos Oz y David Grossman. Son magníficos escritores, viejos amigos y, ambos, incansables defensores del diálogo y la paz con los palestinos. Los tiempos que enfrentan son difíciles, pero ellos no se dejan abatir. Bromean, discuten, cuentan anécdotas. Dicen que, hechas las sumas y las restas, ninguno pudo la vivir fuera de Israel. Gideon Levy y Yehuda Shaul, que están presentes, se declaran de acuerdo. Vaya, menos mal, en todos los días que llevo aquí es la primera vez que un grupo de israelíes se pone totalmente de acuerdo en algo.

Jerusalén, junio de 2016.

Al respecto cabe recordar que dos países que secundan y respaldan a Israel en su prepotente ofensiva contra sus vecinos del Medio Oriente son los Estados Unidos e Inglaterra, países de capitalismo liberal, sistema que, al parecer, no sirve para frenar los apetitos guerreristas y expansionistas de las naciones.

3.3 Aspectos éticos

La presente investigación está orientada a buscar la verdad desde la base teórica del liberalismo hasta el análisis de los textos periodísticos de Mario Vargas Llosa. El aspecto ético se encontrará presente en el desarrollo de cada una de las etapas del proceso de investigación.

CAPÍTULO IV: CONCLUSIONES

El análisis de la ideología liberal de Mario Vargas Llosa, difundida militantemente desde su columna periodística Piedra de Toque, a partir de una serie de las mismas publicadas a lo largo del año 2016, permite arribar a las siguientes conclusiones:

a) Mario Vargas Llosa es un escritor y periodista peruano, nacido en 1936, adscrito orgánicamente a la ideología liberal, a la cual llegó después de un largo itinerario político con estaciones en la democracia cristiana, el socialismo marxista y el socialismo democrático. El liberalismo, punto final de este itinerario, sintetiza y supera en Vargas Llosa su búsqueda de un pensamiento político que postule y contribuya a la creación de una sociedad que procure bienestar, justicia, seguridad y libertad a sus ciudadanos.

b) Al hacer suya la ideología liberal, desde mediados de los años 80 del pasado siglo XX, Vargas Llosa usó gran parte de su actividad periodística para difundir sus principios y, a partir de los mismos, criticar o debatir las ideas o doctrinas que se opongan a la suya, principalmente las de cuño marxista o los populismos de izquierda totalitaria. Para este efecto usa su columna “Piedra de Toque”, del diario El País (España), la cual es reproducida en diarios de varios países latinoamericanos, entre ellos *La República* de Lima.

c) El liberalismo de Vargas Llosa es de carácter político, de fuentes clásicas, basado en los iniciadores de esta ideología como Adam Smith y en sus voceros mejor caracterizados como Karl Popper e Isaiah Berlin. En estos pensadores, su obra está volcada principalmente a la sustentación de la defensa de los derechos civiles, de la libertad individual y del fundamental principio de la tolerancia. En estos pensadores, la libertad económica o el principio del libre mercado es consecuencia de la primera (los derechos civiles), pero de ninguna manera se antepone a ella o la deja de lado como postulan o practican los representantes del liberalismo empresarial. A los filósofos liberales que determinaron su pensamiento político, Vargas Llosa les dedicó un volumen biográfico e ideológico titulado *La llamada de la tribu*. En esta galería vargasllosiana aparecen Adam Smith, José Ortega y Gasset, Friedrich von Hayek, Karl Popper, Raymond Aron, Isaiah Berlin y Jean-Francois Revel.

d) La crítica política y social es la forma ideal o modélica que utiliza Vargas Llosa para mostrar las ventajas del liberalismo. En ese caso, tal como lo muestran las diferentes columnas periodísticas analizadas para esta tesis, sus blancos preferidos son las utopías colectivistas como el socialismo marxista, el nacionalismo y el populismo, los cuales entrañan siempre el riesgo de derivar en dictaduras o en estados totalitarios. A ellas contraponen Vargas Llosa las virtudes o ventajas de la democracia liberal, de la cultura de la libertad y del libre mercado.

e) Sin embargo, cabe preguntarse: ¿Qué sustento real, práctico o social tiene el liberalismo postulado por Vargas Llosa? Nuestra respuesta sería: no existe en Occidente ningún Estado liberal que configure todas las virtudes postuladas por los ideólogos del liberalismo: ni en la Inglaterra donde nació esta ideología, ni en la Francia donde sus ideas se impusieron con sangre ni en los Estados Unidos

que se precia de ser la capital del mundo libre. Así, en una columna titulada *Popper en Moyo Island*, Vargas Llosa destaca el humanismo y el espíritu justiciero que inspiraron a Karl Popper en su defensa del principio de igualdad de oportunidades (habla de una enseñanza pública y gratuita que compita con la privada, y de un Estado que atenúe y corrija las desigualdades de patrimonio mediante seguros de desempleo, de accidentes de trabajo, que asegure la jubilación y estimule la difusión de la propiedad). Pues bien, estas demandas popperianas no son atendidas tal cuales en los estados liberales sino que, contrariamente, se les combate y rechaza, sobre todo en los últimos tiempos. Estos ideales liberales, en todo caso, se mostraron más cerca de la realidad en los países de la Europa nórdica, gobernados por la socialdemocracia, no muy grata (como todo lo que signifique socialismo) a Vargas Llosa.

f) El acápite anterior nos permite concluir que estas ideas de la cultura de la libertad, de la sociedad abierta y del libre mercado no son aceptadas necesariamente por todos los liberales, lo que indica que la ideología liberal es de un amplio espectro y, en consecuencia, el liberalismo que postula Vargas Llosa en sus artículos es netamente popperiano. Para otro ideólogo liberal, citado como uno de sus paradigmas, von Hayek, más vale una dictadura como la de Pinochet que aplique el libre mercado que una democracia que no lo aplique. El escritor peruano ha expresado su rechazo a esta postura. Por lo tanto, a la luz de la experiencia práctica o social, el liberalismo de Popper y de Vargas Llosa resulta solo ideal, platónico, postulado como una meta, porque no se ha aplicado ni se aplica tal cual en las sociedades liberales.

g) La misma postura de Vargas Llosa no está exenta de contradicción, tal como se concluye de una de sus columnas de "Piedra de Toque". Nos referimos a la

dedicada a destacar los logros y el extraordinario despegue económico de Singapur gracias a la aplicación de las políticas del libre mercado. Sin embargo, muy a su pesar, Vargas Llosa reconoce en la segunda parte de su columna que ese crecimiento y despegue se ha realizado en el marco de un régimen dictatorial con un gobernante con varias décadas en el poder. No deja de señalar, claro está, que lo ideal hubiera sido llegar a esos logros dentro de un sistema de plenas libertades democráticas.

h) Sin embargo, hombre y escritor honesto, Vargas Llosa también ha realizado en varias de sus columnas periodísticas la crítica del liberalismo. Inclusive la ha dedicado un libro. Porque ese sistema de libertades irrestrictas y de tolerancia abierta también lleva a deformaciones y abusos por quienes no saben usarla y hasta derivan en estilos de vida reprobables por su banalidad y frivolidad como lo que él mismo llama la “civilización del espectáculo”, cuya crítica debe mucho a la tesis de *La rebelión de las masas* del filósofo español José Ortega y Gasset.

i) Finalmente hay que decir que este ejercicio de periodismo de ideas hace de Vargas Llosa uno de los últimos escritores y periodistas de combate de nuestra época, una raza ya casi en extinción, a la que pertenecieron escritores y periodistas como Víctor Serge, George Orwell, Jean Paul Sartre, Albert Camus y, en nuestra lengua, José Carlos Mariátegui, José Ortega y Gasset, Octavio Paz, Germán Arciniegas, Arturo Uslar Pietri y otros. Gracias a estos escritores y periodistas de ideas, promotores de la batalla ideológica desde la trinchera periodística, es posible el debate alturado e inteligente sobre los temas más acuciantes de la vida moderna.

RECOMENDACIONES

1. Para profundizar en el conocimiento de los alcances y límites del pensamiento liberal de Mario Vargas Llosa es aconsejable confrontarlo con pensadores de otras corrientes ideológicas como la marxista, la socialdemócrata, la socialcristiana, etc.
2. Para ampliar el conocimiento de la difusión de la ideología liberal mediante el periodismo es aconsejable revisar y leer a otros columnistas vigentes como el cubano Carlos Alberto Montaner, el argentino Andrés Oppenheimer y el venezolano Moisés Naim.
3. También es aconsejable que en las aulas universitarias se fomente el debate de las ideas políticas del mundo actual para determinar su vigencia o su obsolencia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Althusser, Louis (1977). *Ideología y aparatos ideológicos del estado*. Barcelona. Anagrama.

Aron, Raymond (1967). *El opio de los intelectuales*. Buenos Aires. Editorial Siglo XX.

Berlin, Isaiah (1973). *Karl Mark*. Madrid. Alianza editorial.

Bobbio, Norberto (2002). *Liberalismo y democracia*. México. Fondo de Cultura Económica.

Chillón, Albert (2001). "El giro lingüístico en periodismo y su incidencia en la comunicación política", publicado en *Cuadernos de Información* No14.

Dieterlen, Paulette (1990). *Liberalismo y democracia*. Artículo publicado en la revista *Estudios Filosofía-historia y letras*.

Fukuyama, Francis (1992). *El fin de la historia y el último hombre*. Barcelona. Editorial Planeta.

Fontanille, Jacques (2001). *Semiótica del discurso*. México. Editorial Fondo de Cultura Económica.

Gutiérrez, Miguel (1988). *La generación del 50: Un mundo dividido*. Lima. Labrusa S.A.

Hamou, Philippe (2002). "Locke, el espíritu de la modernidad". En: *Los Grandes Filósofos, maestros del pensamiento universal*. Editorial Globus.

Hayek, Friedrich A. Von (1986). *Camino de Servidumbre*. San José. Universidad Autónoma de Centroamérica.

Joachim Störig, Hans (2012). *Historia Universal de la Filosofía*. España. Editorial Tecnos.

Lakoff, G. & Jhonson, M. (1980), *Metáforas de la vida cotidiana*. Chicago: University of Chicago Press.

Locke, J. (2008). *Carta sobre la Tolerancia*. Madrid. Editorial Tecnos 6ª ed.

Lynch, Nicolás (2005) *¿Qué es ser de izquierda?* Lima. Sonimágenes.

Rodriguez De Las Heras (2001). “Un método de análisis del discurso. Estructura ideológica y multidimensional del discurso”. En *Hipertexto*, Set, lectura de 2001.

Ortega y Gasset, José (1992). *La rebelión de las masas*. Madrid. Alianza.

Oviedo, José Miguel (2007). *Dossier Vargas Llosa*. Lima. Taurus, 2007.

Popper, Karl (1996). *En busca de un mundo mejor*. Argentina. Editorial Paidós.

Popper, Karl (2010). *La sociedad abierta y sus enemigos*. Madrid. Editorial Paidós.

Revel, Jean-Francois (2000). *La gran mascarada*. Madrid. Editorial Taurus.

Roldan, Julio (2000). *Mario Vargas Llosa entre el mito y la realidad: Posibilidades y límites de un escritor latinoamericano comprometido*. Tectum Verlag.

Smith, Adam (1983). *La riqueza de las naciones*. España. Ediciones Orbis S.A.

Trelles, Martín (2007). “Categorías de la filosofía social de Karl Popper en el periodismo de Mario Vargas Llosa”, Revista *Cultura*. USMP. Volúmen 21.

Van Dijk, T.A. (1990). *La noticia como discurso: Comprensión, estructura y producción de la información*. Barcelona. Editorial Paidós

Van Dijk, T.A. (1996) *Análisis del discurso ideológico*. México. Editorial Paidós.

Van Dijk, T.A. (1997). *Racismo y análisis crítico de los medios*. España. Editorial Paidós.

Van Dijk, T.A. (1999). *Ideología. Una aproximación multidisciplinaria*. Barcelona. Editorial Gredisa.

Van Dijk, T.A. (2000). *El discurso como estructura y proceso: estudios del discurso*. Barcelona. Editorial Gedisa.

Van Dijk (1999) "Análisis Crítico del Discurso", publicado en la revista *Anthropos*.

Vargas Llosa, Mario (1993). *El pez en el agua*. Barcelona. Seix Barral.

Vargas Llosa, Mario (2018), *La llamada de la tribu*. Lima. Editorial Alfaguara.

REVISTAS Y PÁGINAS WEB

Montalbetti Solari, Mario. "La crisis financiera y sus metáforas". Revista *Punto de equilibrio*, una publicación de economía y negocios de la Universidad del Pacífico.

Vargas Llosa, Mario(2006). "Rescate liberal de Ortega y Gasset", en revista electrónica *Letras Libres.com*.

(1)<http://roderic.uv.es/bitstream/handle/10550/29273/Historia%20del%20Pensamiento%20Pol%C3%ADtico%20Moderno%2005%20LIBERALISMO.pdf>

(4)https://elpais.com/diario/1982/05/26/cultura/391212001_850215.html

DIARIOS

Columnas Piedra de Toque de Mario Vargas Llosa, 2016

Entrevista a Mario Vargas Llosa en

https://elpais.com/elpais/2018/02/15/eps/1518713349_374841.html

https://elpais.com/diario/1982/05/26/cultura/391212001_850215.html

<http://roderic.uv.es/bitstream/handle/10550/29273/Historia%20del%20Pensamiento%20Pol%C3%ADtico%20Moderno%2005%20LIBERALISMO.pdf>

TESIS

Caballero, Carlos Arturo (2011) *Teoría de la novela y pensamiento político en la obra de Mario Vargas Llosa*, Tesis de Maestría, Lima, Perú: Universidad Pontificia Católica del Perú.

Ruiz, Rafael Manuel (2014) *La influencia liberal en el pensamiento constitucional peruano y en las constituciones del siglo XX*, Tesis de Maestría, Lima, Perú: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Puente Quintanilla, Julio César (2007). *Análisis de los discursos de los Jefes de Estado y de Gobierno en las Cumbres Iberoamericanas de Naciones*. Universidad Carlos III de Madrid.

Wattnicki, Ellen (1993) *La significación de la mujer en la narrativa de Mario Vargas Llosa*, Tesis de Doctorado, Madrid, España: Universidad Complutense.

ANEXOS

Entrevista a Mario Vargas Llosa en *La República*, Lima, 2011.

Incluyo esta entrevista que le hice a Mario Vargas Llosa para el diario *La República*, la cual se publicó el 24 de mayo de 2011. El escritor habla del nacionalismo y el fascismo, temas que tanto combate desde su trinchera periodística y en sus discursos políticos. A continuación el texto completo de la entrevista.

ENTREVISTA | Por Inés Flores

Vargas Llosa a De Soto: No debato con un fujimontesinista

No se calló nada el premio Nobel Mario Vargas Llosa en esta entrevista exclusiva con **La República**. Respondió cuestionamientos a su apoyo público al candidato Ollanta Humala . Además se dio un espacio para reaccionar ante dichos del cardenal Juan Luis Cipriani y del periodista Jaime Bayly. "No debatiré con De Soto ", afirmó.

Mario Vargas Llosa . Escritor. Desde Madrid, en entrevista telefónica **con La República** , el Nobel desnuda a los actores que están detrás de la campaña del miedo emprendida contra la elección de Ollanta Humala . Además, responde a sus críticos.

Pareciera que el miedo inspira la adhesión tanto para Humala como para Fujimori. ¿En qué medida este factor puede distorsionar y llevarnos a un error en las próximas elecciones?

Desgraciadamente, el miedo es una arma que están utilizando mucho los partidarios de Keiko Fujimori para tratar de ganar unas elecciones que yo pienso sienten que están perdiendo. Es, sobre todo, una inseguridad creciente porque en las últimas semanas mucha gente, rompiendo la inseguridad que tenían, han dado el paso de apoyar abiertamente a Humala, tranquilizados con las muchas manifestaciones que ha dado de haber centrado su propuesta y de garantizar que (esta) no va a ser mellada en caso de que él asuma la presidencia, que va a continuar con la línea económica que está trayendo beneficios al Perú.

El miedo de los sectores poderosos también inspiró la elección de Mussolini en Italia, y de Hitler en Alemania.

Es un peligro que hay que tener en cuenta, sobre todo por el tipo de guerra sucia que están empleando (en el Perú). Los medios han perdido toda apariencia de objetividad: la campaña de invenciones, de falsificaciones, de calumnias contra Ollanta Humala cubren el espectro de toda la media y los espacios que dejan para que los partidarios de Humala puedan expresarse son mínimos.

¿Esta campaña del miedo tendrá efectos electorales?

Mi impresión es que en el país el miedo a Humala se va eclipsando poco a poco, y que cada vez hay una mayoría que ve en ese tipo de métodos y recursos algo que descalifica al fujimorismo y que anuncia, además, lo que significaría el fujimorismo si vuelve al poder...

¿Qué significaría?

El restablecimiento de una dictadura que llenó de injusticia, de sangre y de corrupción en el Perú durante ocho años.

Derecha fascista

Se advierte que habría un fascismo de derecha si gana Fujimori, y un fascismo de izquierda si gana Humala. ¿Qué opina?

Creo que el fascismo de izquierda, si gana Humala, es falso. Humala está hoy en día rodeado por mucha más gente democrática que por gente que quisiera una revolución socialista. Humala se ha comprometido, en un juramento público y en una modificación de su programa de gobierno, que es muy semejante a las izquierdas democráticas de América Latina. Sí, tenemos un fascismo de derecha, y eso es lo que fue Fujimori y eso es lo que volverán a ser...

¿Por qué?

Porque son los mismos. Salvo los que están presos por asesinos y ladrones, los que están sueltos están rodeando a Keiko Fujimori y las instrucciones y la campaña la dirige desde la Dirección el señor Fujimori. Sobre eso no hay que engañarse. Estamos viendo las persecuciones a periodistas, los intentos de acallar a periodistas independientes.

¿Qué garantiza que un ex comandante del Ejército, sin antecedentes de vida partidaria ni de práctica democrática, no termine en el proscenio de los regímenes autoritarios de América Latina?

En primer lugar, el programa que hoy día (Humala) está llevando, y que ha jurado ante la Biblia respetar. Y en segundo lugar, la gente que lo va a rodear. Si él gana las elecciones las va a ganar porque ha conseguido que un sector muy importante de peruanos demócratas y liberales, como yo mismo, apoyemos su candidatura en el convencimiento de que no va a alterar las instituciones democráticas, que las va a respetar y las va a reforzar... El señor Humala es un militar que se levantó contra Fujimori en Locumba. Él estuvo contra la dictadura del señor Fujimori. Ahora, si el señor Humala no cumple su compromiso, los peruanos democráticos saldríamos a las calles a defender lo que hemos votado. Pienso que eso no va a ocurrir, creo que hay una evolución muy positiva de la candidatura de Humala en la buena dirección.

¿Por qué nuestra derecha no escatima en auspiciar regímenes autoritarios con tendencias fascistas para proteger sus intereses económicos?

Hay un sector de la derecha que sí es democrático. Pero hay otro sector que es ultra y no está acostumbrado a la democracia. Hay una tradición, por desgracia: ellos estuvieron con Sánchez Cerro, Odría, con la dictadura de Velasco y de Morales Bermúdez, colaboraron con Fujimori. Ese sector no es democrático, y hoy día están haciendo todo lo posible para que sea visible su poca convicción democrática por la manera como están llevando esta campaña.

Las ovejas negras

Algunos de los personajes que rodean a Fujimori, de tendencias fascistas, lo rodearon a Ud. en 1990. ¿Qué reflexión le merece?

Cuando ellos estuvieron conmigo no eran fascistas, parecían muy demócratas y muy liberales. Afortunadamente, la gran mayoría de la gente que me rodeó en el

movimiento Libertad, en Acción Popular, en el Partido Popular Cristiano, mantuvo esa línea. Fueron muy poquitos los que se vendieron, (y) ellos están con Fujimori. Lamentablemente, en todos los partidos y en todos los movimientos hay siempre las ovejas negras, pero por eso no se puede contaminar a todo el mundo. Hay una derecha democrática y liberal en el Perú, como hay hoy día afortunadamente una izquierda liberal, democrática. Es muy bueno que en esta ocasión nos estemos reuniendo todos en un gran movimiento que tenga como sustento la defensa de la libertad, de la legalidad, de la democracia, que es lo que trae progreso y justicia en un país.

¿Ud. respalda a Humala por resentimiento debido a su derrota electoral frente a Alberto Fujimori? Esto lo señalan sus críticos y la candidata fujimorista.

Esas son manifestaciones de gente que tiene una mentalidad muy pequeñita y cree que las personas solo funcionan debido a envidias, emulaciones, resentimientos y no a principios. Yo no tengo ningún resentimiento con el señor Fujimori. Por el contrario, fui la primera persona que fue a felicitarlo por su victoria. Durante los dos primeros años de su gobierno, en democracia, no escribí ninguna sola línea ni hice una sola declaración en contra de su gobierno. Y muchos parlamentarios de Libertad apoyaron algunas de sus medidas que nos parecían buenas en ese momento. Comencé a criticarlo cuando él dio el golpe de Estado, porque estoy en contra de todas las dictaduras y en eso me he mantenido a lo largo de toda mi vida en absoluta coherencia. ¿Envidia y resentimiento? ¿Por qué los tendría? La verdad que a mí me ha ido bien en la vida, me dedico a escribir, que es una profesión hermosísima. Mi vocación literaria solo me ha traído

satisfacciones, reconocimientos, mucho más de lo que yo podría esperar, ¿qué envidia puedo tener yo a un señor que está preso por asesino y por ladrón?

Peligro para el país

Sus críticos le reclaman que usted vive en España y no va a enfrentar las consecuencias económicas en un eventual gobierno de Humala. ¿Qué les responde?

Si hay problemas con la democracia peruana yo voy a estar allá, como lo he hecho siempre, arriesgándome en los momentos difíciles. Yo no he ido jamás a medrar ni a pedir puestos, ni he aceptado cargos. Mis participaciones en política, que han sido siempre por razones de principios, solo me han traído dolores de cabeza, inconvenientes, y sin embargo yo sigo haciéndolo porque tengo mis convicciones democráticas, demostrando, enfrentando todos los riesgos que haya que correr. He intervenido en política muy a mi pesar. Veo un serio peligro para mi país. No quiero que mi país vuelva a tener una dictadura tan dañina, tan perjudicial, que hizo tantos estragos en el Perú. No solo por los desaparecidos, los muertos, los torturados, sino por las terribles secuelas que deja la dictadura...

¿Las mismas prácticas del decenio fujimorista?

Lo que estamos viendo hoy en día, en esta campaña de guerra sucia, de maniobras certeras, de malas artes, esas son consecuencia de unos métodos que se erradicaron en el Perú en los años de dictadura. Eso es Montesinos en acción, eso es Fujimori en acción: todas las presiones contra la prensa, la manera cómo la prensa fue corrompida y maleada por la intimidación o por soborno. No quiero que eso vuelva al Perú, porque causaría tremendos estragos, y sobre todo arruinaría estos diez años que tenemos de crecimiento económico, de

renacimiento de las instituciones democráticas. Eso es lo que tenemos que repetirle al pueblo peruano para que simplemente, haciendo un esfuerzo de memoria, recuerde lo que significó el fujimorismo, el montesinismo, e impida que resucite esa dictadura que llenó al país de oprobio, corrupción y censura durante ocho años.

El artista Fernando de Szyszlo, su amigo, no comparte su respaldo al candidato nacionalista. Ha dicho que ninguna de las variantes que ha venido presentando Ollanta Humala lo convence, y que “no votar es votar por mi país”.

Yo tengo mucho cariño y mucha admiración por Fernando de Szyszlo, que es mi mejor amigo, y todo lo que él diga para mí me parece respetable, porque sé que está dictado por la honradez, por la sinceridad y por una clara vocación democrática.

A De Soto: No debato con un fujimontesinista

Hernando de Soto lo ha retado públicamente a debatir con él. Dice que usted se escuda en su hijo Álvaro. ¿Qué le responde?

Esas son maniobras del fujimontesinismo. Están nerviosos, y entonces utilizan toda clase de recursos a ver si distraen a la opinión pública de lo que es realmente importante...

¿No debatirá con él? Ha advertido que si no lo hace hará quedar mal a Ollanta Humala.

Yo no voy a discutir ni a debatir con ningún fujimontesinista ni ninguna persona que tenga tan pocas credenciales democráticas como esa persona.

Mario, en esta cruzada que libra contra la candidatura de Keiko Fujimori, ¿usted se ha reencontrado con la izquierda y los ideales que defendió en su juventud?

No. Yo sigo absolutamente coherente con mis propios ideales, que son los ideales democráticos, liberales. Esos ideales los he defendido desde hace muchos años, y esos son los ideales que estoy defendiendo en este momento. Y sigo siendo absolutamente coherente a mi rechazo de toda forma de dictadura para el Perú, para América Latina y para cualquier lugar del mundo. Estoy defendiendo una opción, que me parece democrática, para evitar que resucite una dictadura que llenó de sangre, de pobreza y de corrupción a mi país.

Sobre el cardenal Cipriani y Jaime Bayly

El cardenal Cipriani le atribuye incoherencia porque le cree a un Humala que juró ante la Biblia, siendo usted agnóstico. ¿Qué dice?

A mí me parece muy bien que la gente jure ante la Biblia si cree. Eso me parece muy respetable. Entiendo que Humala es un creyente; entonces, pues, su juramento me parece bastante bien. Ahora, el cardenal Cipriani es un excelente político, porque utiliza todo a favor de su causa, y su causa en estos momentos es Keiko Fujimori.

Es uno de sus más críticos...

Me parece un arzobispo muy discutible, porque está dividiendo a los católicos peruanos, entre los cuales hay una gran mayoría de demócratas que no ven con

buenos ojos que el jefe de los pastores de la iglesia peruana se haya convertido en un agitador y un propagandista de una dictadura. Me parece lamentable que la iglesia tenga como el pastor del rebaño católico a alguien que olvida su misión pastoral a favor de una dictadura que no solo mató, torturó, desapareció sino que esterilizó a 300 mil campesinas peruanas sin que el arzobispo Cipriani diga una sola palabra para condenar semejante crimen.

Jaime Bayly ha escrito sobre usted hoy (ayer) en un diario local, y le pregunta: ¿en qué momento se obnubiló Mario Vargas Llosa?

No voy a contestarle a ese personaje, a quien yo hice que lo publicaran. En mala hora. Fue una de mis grandes equivocaciones. ¿En que se ha convertido desde entonces después de ser un joven que prometía mucho? Primero, en un payaso; y luego, en un verdadero bufón maligno al servicio del fujimontesimismo.

<https://larepublica.pe/politica/543287-vargas-llosa-a-de-soto-no-debato-con-un-fujimontesinista/>

TEXTOS EN WORD DE LAS 20 COLUMNAS DE MARIO VARGAS LLOSA

Fig.1

POPPER EN MOYO ISLAND

Por Mario Vargas Llosa

En la isla de Moyo las bandadas de monos, sin la menor incomodidad, suben y bajan de los árboles, juegan, se pelean, bombardean las tiendas con tamarindos, hacen el amor o se masturban. Hay también discretos jabalíes que pasan en manada por la orilla del bosque, silentes murciélagos y un mar de estrellas cada noche entre las que navega, soberbia, la Vía Láctea.

Probablemente no haya mejor lugar en el mundo que esta isla remota, sin televisión y sin periódicos, para releer *La sociedad abierta y sus enemigos* de principio a fin, con sus casi doscientas páginas de notas microscópicas. La isla neozelandesa donde K.R. Popper la escribió durante la Segunda Guerra Mundial no está muy lejos de aquí y, acaso, en aquel entonces, por los arrabales de Christchurch se paseaban también los impúdicos macacos.

Popper dijo que escribir este libro fue su contribución personal a la lucha contra el nazismo que lo había descuajado de su Viena natal y que mandaría a dieciséis parientes suyos a los campos de exterminio por ser judíos. Había que

creer muy firmemente en la fuerza de las ideas para decir una cosa semejante, pero no se equivocó, pues Hitler y los otros enemigos presentes y futuros a los que ataca en su libro sin necesidad de nombrarlos –Stalin, Mao y buen número de tiranuelos de todo el espectro ideológico- están muertos y su ensayo está ahora más vivo que cuando apareció, en 1945.

Es un libro conmovedor y deslumbrante, el más importante que apareció en el siglo XX en defensa de la cultura de la libertad y la recusación más persuasiva de su enemigo principal: la tradición totalitaria. Le tomó cinco años escribirlo y nunca lo hubiera terminado sin la ayuda de Hennie, su mujer, que lo ayudaba en la investigación, dactilografiaba el manuscrito y lo sometía a críticas incisivas. Popper tenía que robarle tiempo al tiempo. El modesto puesto de lector en la Universidad local que le habían conseguido Gombrich y Hayek, apenas les daba para comer, y su jefe de departamento, que le tenía inquina, lo agobiaba con las clases y quehaceres administrativos. Pese a ello, se las arreglaría para aprender el griego clásico y mantener una copiosa correspondencia bibliográfica con Europa pues la biblioteca de Christchurch era muy exigua y apenas le servía.

La gran novedad del libro fue que Popper hiciera arrancar la tradición totalitaria de Platón, secundado por Aristóteles, los intelectuales más brillantes de una cultura que, gracias a Pericles, Sócrates y tantos otros, había echado las bases de una sociedad abierta, es decir, libre y democrática. Yo había olvidado – leí por primera vez este libro hace más de veinte años- la ferocidad con que Popper combate el colectivismo, el racismo, el autoritarismo y el irracionalismo de Platón y el desprecio con que trata a Hegel, a quien llama “verboso”, “oscurantista”, “oportunista” y “farsante” (como había hecho, antes que él, Schopenhauer) y el respeto, lindante con la admiración, que le merece su

adversario Carlos Marx. Pese a que desmenuza con tanta eficacia sus teorías de una historia fatídica en la que la lucha de clases y las relaciones de producción determinan la evolución de las sociedades, le reconoce integridad intelectual y decencia moral por su rechazo de la explotación y la injusticia y llega a decir de él que tal vez fuera, sin saberlo, un genuino partidario de la sociedad abierta.

No menos duro se muestra con su compatriota Ludwig Wittgenstein y el historiador A. J. Toynbee, cuyo voluminoso *A Study of History* le parece también un modelo de “historicismo”, una construcción artificiosa y determinista de una historia programada en la que los seres humanos no serían protagonistas sino títeres.

Junto a una defensa apasionada de la libertad en cada una de sus páginas, hay en *La sociedad abierta y sus enemigos* una protesta constante contra el sufrimiento humano que resulta de la injusticia económica y social, que alcanza tonos desgarradores cuando recuerda los horrores de la explotación obrera y del trabajo infantil en el siglo XIX –niños de ocho o diez años que trabajaban quince horas diarias en las fábricas de la revolución industrial-, es decir durante aquel “capitalismo sin frenos” en que se basó Marx para escribir *El capital*.

Popper reconoce que el capitalismo se humanizó en Occidente en buena medida por la constitución de sindicatos y acciones obreras directa o indirectamente inspiradas en las ideas socialistas. Y, al mismo tiempo, muestra con argumentos irrefutables que la desaparición de la propiedad privada y del mercado libre conducen inevitablemente a un crecimiento monstruoso del Estado y a una proliferación burocrática que arrasan con las libertades públicas, instalan un control inquisitorial de la información y dan al caudillo o líder esos poderes

supremos –entre ellos el de mentir y manipular fraudulentamente a las masas– que Platón reclamaba para los “guardianes” de su República perfecta.

El liberalismo de Popper está impregnado de humanidad y de espíritu justiciero, muy lejos de aquellos logaritmos vivientes que ven en el mercado la panacea para todos los males de la sociedad. El crecimiento económico está lejos de ser un fin, sólo aparece como un medio para acabar con la pobreza y garantizar unos niveles de vida decente a todos los ciudadanos. Muy explícitamente defiende aquella *igualdad de oportunidades* (*equality of opportunity*) que espanta a ciertos cavernarios de la derecha liberal. Y por eso cree que, junto a una enseñanza privada, debe haber una enseñanza pública y gratuita de alto nivel que compita con aquella, y un Estado que atenúe y corrija las desigualdades de patrimonio mediante seguros de desempleo, de accidentes de trabajo, asegure la jubilación y estimule la difusión de la propiedad. “La igualdad frente a la ley –afirma– no es un hecho sino una exigencia política basada en una decisión moral, y es independiente de la teoría, probablemente falsa, de que todos los hombres nacen iguales”.

La abundancia de notas, que por momentos llega a ser vertiginosa, es también fascinante: Popper responde a sus adversarios, polemiza con ellos y, a veces, consigo mismo, corrigiéndose a menudo, es decir, sometiendo sin tregua los capítulos y acápites de su libro a la famosa prueba “del ensayo y del error” que, desde su primer libro, *La lógica de la investigación científica* (1934) estableció era la condición indispensable a que debía ser sometida toda teoría o hipótesis que pretendiera enriquecer el conocimiento de la naturaleza o de la sociedad.

No hay la menor duda que las suyas han prestado una enorme ayuda a la cultura democrática y contribuido a que, gracias a él, fuese verdad aquello que sostenía con tanta convicción, sobre todo en sus últimos años, enfrentándose a los intelectuales apocalípticos felices de predecir catástrofes: que, con todo lo que anda mal en ella (y que es mucho) nunca la vida, en la larga historia de la humanidad, ha sido mejor ni hemos tenido tantas oportunidades para combatir a los viejos demonios del hambre, la injusticia y la enfermedad, como en el presente.

Fig. 2

LAS ESTATUAS VESTIDAS

Por Mario Vargas Llosa

Para no incomodar a su huésped, el presidente de Irán, Hasan Rohani, de visita oficial en Roma, el Gobierno italiano mandó enfundar las estatuas griegas y romanas de los Museos Capitolinos –entre ellas, una célebre copia de Praxíteles– en púdicos cubos de madera. Y, añadiendo a la estupidez un poco de ridículo, la jefa de protocolo hizo desplazar los atriles y los sillones donde iban a conversar el primer ministro Matteo Renzi y su invitado, a fin de que éste no tuviera que topar nunca su mirada con los abultados testículos del caballo que monta Marco Aurelio en la única estatua ecuestre de la sala Esedra de aquel palacio museístico. Ni qué decir que en las cenas y agasajos que ofrecieron sus anfitriones al presidente Rohani quedaron abolidos el vino y todas las otras bebidas alcohólicas.

Por lo visto, la razón de ser de tanto celo fueron los 17.000 millones de euros en contratos que firmaron el mandatario iraní y el ejército de empresarios que lo acompañaba, inyección de inversiones que viene muy bien a la maltratada economía italiana, una de las que se deteriora más rápido dentro de la Unión Europea. Por suerte, la élite intelectual italiana, bastante más principista y lúcida que su Gobierno, ha reaccionado con dureza ante lo que, con justicia, Massimo Gramellini, en La Stampa, ha llamado la “sumisión” intolerable de unos gobernantes ante la visita del mandatario de un país donde todavía se lapida a las adúlteras y se ahorca a los homosexuales en las plazas públicas, además de otras barbaries parecidas.

Gramellini y los periodistas, políticos y escritores italianos que han protestado (a veces con furia y a veces con humor) por la iniciativa de vestir las estatuas tienen razón. El hecho va mucho más allá de una anécdota que provoca risa e indignación. Se trata, en verdad, de una actitud vergonzante y acomodaticia que parece dar la razón a los fanáticos que, en nombre de una fe primitiva, obtusa y sanguinaria, se creen autorizados a imponer a los otros sus prejuicios y su cerrazón mental, es decir, aquella mentalidad de la que la civilización occidental se fue librando –y librando al mundo- a lo largo de una lucha de siglos en la que cientos de miles, millones de personas se inmolaron para que prevaleciera la cultura de la libertad. Que hoy día goce de ella una buena parte de la humanidad es algo demasiado importante para que un gobierno, mediante gestos tan lastimosos como el que reseño, esté dispuesto a hacer el simulacro de renunciar a esa cultura a fin de no poner en peligro unos contratos que alivien una crisis económica a que lo ha conducido el populismo, es decir, su propia irresponsabilidad demagógica.

Aquel gesto puede ser una pantomima simpática hacia el Presidente Rohani, a quien, por lo visto, los años que pasó haciendo un doctorado en la Universidad escocesa de Glasgow no bastaron para librarlo de las telarañas dogmáticas que traía consigo; pero es una gran traición con los miles de miles de iraníes que son las víctimas infelices de la intolerancia de los ayatolás y que resisten con heroísmo la lápida que les cayó encima desde que, para librarse de la dictadura del Sha, se echaron en brazos de una dictadura religiosa.

Y es una gran traición también hacia la civilización a la que Italia, probablemente antes que ningún otro país, contribuyó a edificar y a proyectar por el mundo entero, un sistema de ideas que con el correr del tiempo crearía al individuo soberano e impondría los derechos humanos, la coexistencia en la diversidad, la libertad de expresión y de crítica, y una concepción de la belleza artística de la que esas estatuas griegas y romanas encajonadas para que no hiriesen la sensibilidad del ilustre huésped son, con sus torsos, pechos y sexos al aire, soberbia representación.

El artículo de Massimo Gramellini da en el clavo cuando, detrás de este pequeño incidente, detecta algo más grave y profundo: una actitud entre complaciente y cínica, que desborda Italia y se extiende por doquier en los países y culturas que conforman el mundo occidental, hacia la civilización de la que tenemos el inmenso privilegio de ser beneficiarios, esa misma que nos ha librado a todos quienes vivimos en ella de padecer los horrores que padecen las mujeres iraníes –esas ciudadanas de segunda clase como lo son todas las de los países musulmanes, con excepción, quizás, por ahora, de Túnez– y los hombres que, allá, quisieran pintar, escribir, componer, pensar, votar, vestirse o desnudarse con la misma libertad con que lo hacemos en París, Roma, Madrid, México, Buenos Aires, y

todos los rincones del mundo donde aquella llegó, afortunadamente, librando a la gente de las horcas caudinas del despotismo y las verdades únicas.

Las cortesías de la diplomacia deben respetarse pero, también, tener un límite y éste sólo puede ser el de no hacer concesiones que impliquen una autohumillación o un agravio hacia la propia cultura. Lo ha dicho muy bien Michele Serra, en un artículo de La Repubblica: “¿Valía la pena, por no ofender al presidente de Irán, ofendernos a nosotros mismos?” Si la percepción de las bellas nalgas y pechos de las Venus o de los muslos, falos y testículos de los Adonis y equinos pueden herir la susceptibilidad de un ilustre invitado, que el protocolo diseñe una trayectoria que no haga discurrir a éste entre estatuas y caballos, y que nadie cometa la imprudencia de servirle una copa de champagne o de vodka, pero ir más allá de esos límites es, tal cual lo dice Gramellini, actuar como los “siervos que quieren complacer a quienes los asustan”.

A diferencia de los fanáticos, tan orgullosos de sus creencias que las utilizan como armas arrojadas, es bastante frecuente en el mundo occidental llevar el espíritu autocrítico a unos extremos suicidas. Esto es lo que hacen quienes, asqueados de los defectos, vicios y contrasentidos que muestra nuestra civilización, están dispuestos a vilipendiarla y, en cambio, respetan y muestran una infinita tolerancia por las otras, las que la odian y quisieran acabar con la nuestra, no por lo que en ella anda mal sino, por el contrario, por lo que en ella anda muy bien y debe ser defendido contra viento y marea: la igualdad de hombres y mujeres, los derechos humanos, la libertad de prensa, pensar, creer, escribir, componer, crear, con total libertad, sin ser censurado o sancionado por hacerlo. El presidente Rohani, cuando reciba de visita al primer ministro Renzi en Teherán, no permitirá que, para complacerlo, haya desnudos de mármol al estilo

griego y romano en sus recorridos, ni que se luzcan a su paso estatuas ecuestres con apéndices testiculares a la vista, y, desde luego, el gobernante italiano no se sentirá ofendido por ello. En eso –pero sólo en eso– hay que imitar a los fanáticos: nuestra cultura, que es la cultura de la libertad, es lo que somos, nuestra mejor credencial, no hay razón alguna para ocultarla. Al revés: hay que lucirla y exhibirla, como la mejor contribución (entre muchas cosas malas) que hayamos hecho para que retrocedieran la injusticia y la violencia en este astro sin luz que nos tocó.

Fig.3

LA MEDIALUNA SOBRE EL SENA

Por Mario Vargas Llosa

Acaba de haber elecciones generales en Francia y la “Fraternidad musulmana” ha ganado con comodidad; socialistas y republicanos, temerosos de que el *Front National* de Marine Le Pen pudiera acceder al poder en estos comicios, han asegurado aquel triunfo. La Francia que fue antaño cristiana, luego laica, tiene ahora, por primera vez, un presidente musulmán, Mohammed Ben Abbas.

Contrariamente a lo que se temía, los “grupos identitarios” (nacionalistas y xenófobos), no han entrado en zafarrancho de combate y parecen haberse resignado a lo ocurrido con unos cuantos alborotos y algún crimen, algo que, por lo demás, los discretos medios de comunicación apenas mencionan. El país muestra una insólita pasividad ante el proceso de islamización, que empieza muy

de prisa en el ámbito académico. Arabia Saudita patrocina con munificencia a la Sorbona, donde los profesores que no se convierten deben jubilarse, eso sí, en condiciones económicas óptimas. Desaparecen las aulas mixtas y los antiguos patios se llenan de jovencitas veladas. El nuevo presidente de la universidad, Rediger, autor de un *best seller* que ha vendido tres millones de ejemplares: *Diez preguntas sobre el Islam*, defiende la poligamia y la practica: tiene dos esposas legítimas, una veterana y otra de apenas quince años.

Quien cuenta esta historia, François, es un oscuro profesor de literatura que se pasó siete años escribiendo una tesis sobre Joris-Karl Huysmans y ha publicado un solo libro, *Vértigo de neologismos*, sobre este novelista decimonónico. Solterón, apático y anodino, nunca le interesó la política pero ésta entra como un ventarrón en su vida cuando lo echan de la universidad por no convertirse y pierde a su novia, Myriam, que, debido al cambio de régimen, debe emigrar a Israel con toda su familia al igual que la mayoría de judíos franceses.

François observa todos estos enormes cambios que suceden a su alrededor –por ejemplo, que la política exterior francesa se vuelque ahora a acercar a Europa y en especial a Francia a todos los países árabes- con un fatalismo tranquilo. Este parece ser el estado de ánimo dominante entre sus compatriotas, una sociedad que ha perdido el *élan* vital, resignada ante una historia que le parece tan irremediable como un terremoto o un tsunami, sin reflejos ni rebeldía, sometida de antemano a todo lo que le depara el destino. Basta leer unas pocas páginas de esta novela de Michel Houellebecq para entender que el título le viene como anillo al dedo: *Soumission*. En efecto: esta es la historia de un pueblo sometido y vencido, que, enfermo de melancolía y de

neurosis, se va viendo desaparecer a sí mismo y es incapaz de mover un dedo para impedirlo.

Aunque la trama está muy bien montada y se lee con un interés que no decae, a ratos se tiene la impresión no de estar enfrascado en una novela sino en un testimonio psicoanalítico sobre los fantasmas macabros de un inconsciente colectivo que se tortura a sí mismo infligiéndose humillaciones, fracasos y una lenta decadencia que lo llevará a la extinción. Como este libro ha sido leído con avidez en Francia por un enorme público, cabe suponer que en él se expresan unos sentimientos, miedos y prejuicios de que es víctima un importante sector de la sociedad francesa.

Es simplemente inverosímil que alguna vez ocurra en Francia aquello que parece profetizar *Soumission*, un retroceso tan radical hacia la barbarie del país que entronizó por primera vez Los Derechos del Hombre, cuna de las revoluciones que, según Marx, se proponían “asaltar el cielo”, y de la literatura más refractaria al *status quo* de toda Europa. Pero tal vez semejante pesimismo se explique recordando que la modernidad ha golpeado de manera inmisericorde a Francia, que nunca ha sabido adaptarse a ella –por ejemplo sigue arrastrando un Estado macrocefálico que la asfixia y unas prestaciones generosas que no puede financiar-, al mismo tiempo que el terrorismo se ha encarnizado en su suelo impregnando de inseguridad y desmoralización a sus ciudadanos. Por otra parte su clase política, que ha ido decayendo y parece haber perdido por completo su capacidad de renovarse, no sabe cómo enfrentar los problemas de manera radical y creativa. Esto explica el crecimiento enloquecido del *Front National* y el repliegue tribal al nacionalismo de orejeras que proponen sus dirigentes como remedio a sus males.

La novela de Michel Houellebecq da forma y consistencia a esos fantasmas de manera muy eficaz y seguramente contribuye a difundirlos. Lo hace con pericia literaria y una prosa fría y neutral. Es difícil no sentir cierta simpatía por François y tantos infelices como él, sobre los que se abate la desgracia sin que atinen a ofrecer la menor resistencia a unos acontecimientos que, como diría el buenazo de Monsieur Bovary, parecen “la falta de la fatalidad”. Pero todo esto es puro espejismo y, una vez concluida la magia de la lectura, conviene cotejar la ficción con el mundo real.

Verdad que la población musulmana en Francia es, comparativamente, la más numerosa de Europa, pero, también, que se trata de la menos integrada y que la tensión y violencias que a veces estallan entre ella y el resto de la sociedad se deben en buena parte al estado de marginación y desarraigo en que se encuentra. Por otro lado, es importante recordar que el mayor número de víctimas del terrorismo de los islamistas fanáticos son los propios musulmanes y que, por lo tanto, presentar a esta comunidad cohesionada e integrada política e ideológicamente como hace la novela de Houellebecq es irreal. Y, también, suponer que una de las sociedades que está más a la vanguardia en el mundo en cuestiones sociales –de sexo, de religión, de género y derechos humanos en general- podría involucionar hacia prácticas medievales como la poligamia y la discriminación de la mujer con la facilidad con que describe *Soumission*. Semejante conjetura va más allá de cualquier licencia poética.

Y, sin embargo, entre tantas mentiras hay unas verdades que se insinúan y prevalecen en el libro de Michel Houellebecq. Son los prejuicios, la xenofobia y la paranoia que inspiran esa siniestra fantasía, aquella sensación mentirosa de que el futuro está determinado por fuerzas contra las cuales el hombre común y

corriente es impotente y no tiene otra opción que la de acatarlo o suicidarse. No es cierto que la libertad no exista y los seres humanos sean ciegos intérpretes de un guión pre-establecido. Siempre hay algo que se puede hacer para enfrentarse a derroteros adversos. Si el fatalismo que postula *Soumission* frente a la historia fuera cierto, nunca habríamos salido de las cavernas. Gracias a que es posible la insumisión ha habido progreso. Vivir con la sensación de la derrota en la boca, como viven los personajes de esta novela, da una lastimosa imagen del ser humano. François acata lo que considera su sino y se somete; al final de libro, se tiene la sospecha de que, pese a su secreta e invencible repugnancia contra todo lo que ocurre, terminará por convertirse también, de modo que pueda volver a enseñar en la Sorbona, prepare la edición de la *Pléiade* de las novelas de J.K. Huysmans y acaso, como Rediger, hasta se case con varias mujeres.

Fig. 4

¿PARA QUÉ LOS FILÓSOFOS?

Por Mario Vargas Llosa

En un *bouquiniste* de los alrededores de Nôtre Dame encontré, medio desecha por el tiempo y el manoseo de los paseantes, la primera edición de *Pourquoi des philosophes?* (1957) de Jean-François Revel. La compré y la volví a leer, medio siglo después de la primera lectura. Este panfleto volteriano con que Revel inició su carrera literaria conserva intacta su explosiva ferocidad y tal vez ella ha aumentado porque algunas de las figuras con las que se encarniza, como Heidegger, Jacques Lacan o Claude Lévi-Strauss se han convertido desde entonces en referencias intelectuales intocables.

Como diría él mismo después, este libro fue su despedida tormentosa de la filosofía. Y, por cierto, de la universidad francesa y de sus profesores de humanidades, otro de sus blancos, a los que acusaba de estar muy por detrás de las universidades norteamericanas y alemanas, medio aletargados por el amiguismo mafioso y una retórica cada vez más incomprensible e insulsa. Este libro tuvo consecuencias muy provechosas para los lectores de Revel: lo sacó de un mundo académico donde acaso hubiera vegetado muy lejos de la actualidad y lo convirtió en el formidable periodista y pensador político que sería. Sus artículos y ensayos, con los de Raymond Aron, fueron un modelo de lucidez en esa segunda mitad del siglo XX, marcada en Francia por el predominio casi absoluto del marxismo y sus variantes, a los que ambos se enfrentaron con valentía y talento en nombre de la cultura democrática. Nadie los ha reemplazado y sin ellos los diarios y revistas francesas parecen haberse apocado y entristecido.

La palabra panfleto tiene ahora cierto relente ignominioso, de texto vulgar, desmañado e insultante, pero en el siglo XVIII era un género creativo y respetable, de alto nivel, del que se valían los intelectuales más ilustres para ventilar sus diferencias. En esa tradición se inscriben muchos de los libros de Revel, como *¿Para qué los filósofos?*, un ajuste de cuentas con los pensadores de su tiempo y con la propia filosofía a la que, según este ensayo, los descubrimientos científicos, de un lado, y, de otro, la falta de vuelo, de originalidad y el oscurantismo de los filósofos modernos va encogiéndose como una piel de zapa y –lo peor– volviendo cada vez menos legible. Revel sabía de lo que hablaba, tenía un conocimiento profundo de los clásicos griegos y todo su libro está plagado de contrastes entre lo que significaba “filosofar” en la Grecia de Platón y Aristóteles, o en la Europa de Leibniz, Descartes, Pascal, Kant y Hegel y el

modesto y superespecializado quehacer (confinado a menudo en la lingüística) que usurpa su nombre en nuestros días.

Pero no sólo hay críticas severas en el libro contra los filósofos contemporáneos; también algunos elogios. De Sartre, por ejemplo, por *El ser y la nada*, que le parece a Revel una reflexión profunda, de gran audacia especulativa, y de Freud, de quien hace una reivindicación beligerante, sobre todo contra ciertos psicoanalistas, como Jacques Lacan, quien, a su juicio, no sólo frivoliza y enreda grotescamente las ideas de Freud, sino lo utiliza para levantarse un vanidoso monumento a sí mismo. Para quienes hemos perdido muchas horas tratando de entender a Lacan (sin conseguirlo), la dura crítica que le merece a Revel resulta alentadora.

No así, sin embargo, las severas reprimendas a Claude Lévi-Strauss, cuyo libro sobre *Las estructuras elementales del parentesco* Revel cuestiona de raíz, acusando a su autor de ser un buen psicólogo pero no aportar nada desde el punto de vista sociológico al conocimiento del hombre primitivo. Esta aseveración la extiende al conjunto de los estudios sobre las sociedades marginales de Lévi-Strauss, con el argumento de que al reducir todo el análisis a describir la mentalidad primitiva, concentrándose en su intimidad psicológica, se desentendió de investigar lo más importante desde el punto de vista social: por qué las instituciones de la sociedad tradicional tuvieron determinado carácter, por qué se diferenciaban tanto unas de otras, qué necesidades satisfacían los rituales, creencias e instituciones de cada comunidad. La obra de Lévi-Strauss estaba todavía en proceso cuando Revel escribió este ensayo y tal vez otra hubiera sido su evaluación del gran antropólogo si hubiera tenido una perspectiva más amplia de su obra.

El año 1971, con motivo de una reedición de “*¿Para qué los filósofos?*”, Revel escribió un extenso prólogo pasando revista a lo que había ocurrido en el ámbito intelectual de Francia en los últimos once años. No rectificaba nada de lo que había escrito en 1957 y, por el contrario, encontraba en el “estructuralismo” entonces de moda las mismas insuficiencias e imposturas que había denunciado en los años del “existencialismo”. Sus críticas más acerbas las dirige a Althusser y a Foucault, sobre todo a este último, muy de actualidad desde la publicación de *Las palabras y las cosas*, quien había declarado que “Sartre era un hombre del siglo XIX” y cuyas aparatosas afirmaciones según las cuales “las humanidades no existen” y “del hombre, una invención reciente, se puede prever el fin próximo” hacían las delicias de los *bistrots* de Saint-Germain. (Todavía apedreaba policías y negaba la existencia del sida). Revel advierte que las modas van arrastrando a la filosofía a unos niveles de artificialidad y esoterismo que parece una forma de suicidio, empezando por el fuego graneado que los nuevos filósofos disparan contra el humanismo. Pero lo que excita más su humor sarcástico es la extraña alianza que se daba entre el esnobismo político –léase marxismo o, todavía más grave, maoísmo- y las especulaciones más alambicadas de las “teorías” que producían sin freno los literatos y críticos de una corriente estructuralista que abarcaba tantas disciplinas y géneros que ya nadie sabía sobre qué escribía. En esto se lleva todos los premios la revista *Tel Quel*, cuyo genio tutelar, el sutil Roland Barthes acababa de explicar, inaugurando sus charlas en el Collège de France, que “la lengua es fascista”. El análisis de un número especial de *Tel Quel* que hace Revel, ridiculizando la pretensión de los discípulos de Barthes y Derrida de que sus teorías literarias y experimentos lingüísticos servirán al proletariado para derrotar a la burguesía en la batalla a muerte en que están trabados, no

tiene desperdicio. Basta citar una frase: “La función ideológica de *Tel Quel* es muy clara: consiste en fabricar una cultura burguesa presentándola como antiburguesa. Ya que ella es antiburguesa y proletaria en la exacta medida en que la finca de María Antonieta, en el Petit Trianon, era antimonárquica y campesina.”

Por encima y por debajo de la virulencia intelectual que anima este ensayo de Revel, algo sigue ahora tan válido como entonces: la nostalgia de una vida intelectual creativa y responsable, que ayude a ver claro aquello que parece confuso, y en la que las ideas rivalicen y jueguen un papel central en la búsqueda de soluciones para los escalofriantes problemas que enfrenta el mundo de hoy.

Fig. 5

LA DERROTA DE EVO

Por Mario Vargas Llosa

La derrota de Evo Morales en el referéndum con el que pretendía reformar la Constitución para hacerse reelegir por cuarta vez en el año 2019 es una buena cosa para Bolivia y la cultura de la libertad. Se inscribe dentro de una cadena democratizadora que va golpeando al populismo demagógico en América Latina de la que son jalones importantes la elección de Mauricio Macri en Argentina contra el candidato de la señora Fernández de Kirchner, el anuncio de Rafael Correa de que no será candidato en las próximas elecciones en Ecuador, la aplastante derrota —por cerca del 70% de los votos— del régimen de Nicolás Maduro en las elecciones para la Asamblea Nacional en Venezuela y el desprestigio creciente de la Presidenta Dilma Rousseff y su mentor, el ex

presidente Lula, en Brasil, por el fracaso económico y los escándalos de corrupción de Petrobras que presagian también un fracaso catastrófico del Partido de los Trabajadores en las próximas elecciones.

A diferencia de los gobiernos populistas de Venezuela, Argentina, Ecuador y Brasil, cuyas políticas demagógicas han desplomado sus economías, se decía de Evo Morales que su política económica ha sido exitosa. Pero las estadísticas no cuentan toda la verdad, es decir, el período enormemente favorable que vivió Bolivia en buena parte de estos diez años de gobierno con el auge del precio de las materias primas; desde la caída de éstas, el país decrece y está sacudido por los escándalos y la corrupción. Esto explica en parte el descenso en picada de la popularidad de Evo Morales. Es interesante advertir que en el referéndum casi todas las principales ciudades bolivianas votaron contra él, y que, si no hubiera sido por las regiones rurales, las menos cultas del país y también las más alejadas, donde es más fácil para el gobierno falsear el resultado de las urnas, la derrota de Evo habría sido mucho mayor.

¿Hasta cuándo continuará el singular mandatario echando la culpa al “imperialismo norteamericano” y a los “liberales” de todo lo que le sale mal? El último escándalo que ha protagonizado tiene que ver con China, no con los Estados Unidos. Una ex amante suya, Gabriela Zapata, ahora presa, con la que tuvo un hijo en 2007, fue luego ejecutiva de una empresa china que ha venido recibiendo jugosos y arbitrarios contratos gubernamentales para construir carreteras y otras obras públicas por más de 500 millones de dólares. El favoritismo flagrante de estos contratos ilegales, denunciados por un gallardo periodista, Carlos Valverde, ha sacudido al país y los desmentidos y explicaciones del presidente sólo han servido para comprometerlo más con el enjuague. Y para

que la opinión pública boliviana recuerde que este es sólo el último ejemplo de una corrupción que a lo largo de este decenio ha venido manifestándose en múltiples ocasiones aunque la popularidad de Evo sirviera para acallarla. Da la impresión de que aquella popularidad, que va apagándose, ya no bastará para que la opinión pública boliviana siga engañada, aplaudiendo a un mandatario y a un régimen que son un monumento al populismo más desenfrenado.

Ojalá que, al igual que los bolivianos, la opinión pública internacional deje de mostrar esa simpatía en última instancia discriminatoria y racista que, sobre todo en Europa, ha rodeado al supuesto “primer indígena que llegó a ser presidente de Bolivia”, una de las muchas mentiras que propala su biografía oficial, en todas sus giras internacionales. ¿Por qué discriminatoria y racista? Porque los franceses, italianos, españoles o alemanes que han jaleado al divertido gobernante que se lucía en las reuniones oficiales sin corbata y con una descolorida *chompita* de alpaca jamás habrían celebrado a un gobernante de su propio país que dijera las estupideces que decía por doquier Evo Morales (como que en Europa había tantos homosexuales por el consumo exagerado de la carne de pollo), pero, al parecer, para Bolivia, ese ignaro personaje estaba bien. Los aplausos a Evo Morales en Europa me recordaban a Günter Grass cuando recomendaba a los latinoamericanos “seguir el ejemplo de Cuba”, pero para Alemania y la culta Europa él no proponía el comunismo sino la socialdemocracia. Tener pesos y medidas distintas para el primer y el tercer mundo es, pura y simplemente, discriminatorio y racista.

Quienes creen que un personaje como Evo Morales está bien para Bolivia (aunque nunca lo estaría para Francia o España) tienen una pobre e injusta idea de aquel país del altiplano. Un país al que yo quiero mucho, pues allí, en

Cochabamba, pasé nueve años de mi infancia, una época que recuerdo como un paraíso. Bolivia no es un país pobre, sino, como muchas repúblicas latinoamericanas, empobrecido por los malos gobiernos y las políticas equivocadas de sus gobernantes –muchos de ellos tan poco informados y tan demagogos como Evo Morales-, que han desaprovechado los ricos recursos de su gente y su suelo –sobre todo, cerros y montañas- y permitido que una pequeña oligarquía prosperara en tanto que la base de la pirámide, las grandes masas quechua y aymara, y la población mestiza, que es el grueso de sus clases medias, vivieran en la pobreza. Evo Morales y quienes lo rodean no han hecho avanzar un ápice el progreso de Bolivia con sus acuerdos comerciales con Brasil para la explotación del gas y sus empréstitos gigantes provenientes de China para la financiación de obras públicas faraónicas y, muchas de ellas, sin sustentación técnica ni financiera, que comprometen seriamente el futuro de ese país, a la vez que su política de nacionalizaciones, victimización de la empresa privada y exaltación de la lucha de clases (y, a menudo, de razas) incentivaba una violencia social de peligrosas consecuencias.

Bolivia cuenta con políticos respetables, realistas y valientes –conozco a algunos de ellos- que, pese a las condiciones difícilísimas en que tenían que actuar, arriesgándose a campañas innobles de desprestigio por parte de la prensa y los aparatos de represión del Gobierno, o a la cárcel y al exilio, han venido defendiendo la democracia, la libertad ultrajada, denunciando los atropellos y la política demagógica, la corrupción y las medidas erróneas e insensatas de Evo Morales y su corte de ideólogos, encabezados por el vicepresidente, el marxista Álvaro García Linera. Son ellos, y decenas de miles de bolivianos como ellos, la verdadera cara de Bolivia. Ellos no quieren que su país sea pintoresco y folclórico,

una anomalía divertida, sino un país moderno, libre, próspero, una genuina democracia, como lo son ahora Uruguay, Chile, Colombia, Perú y tantos otros países latinoamericanos que han sabido sacudirse, o están a punto de hacerlo, mediante los votos de quienes, como los esposos Kirchner, el comandante Chávez y su heredero Nicolás Maduro, el inefable Rafael Correa, Lula y Dilma Rousseff los estaban o están todavía llevándolos al abismo.

La derrota de Evo Morales en el referéndum del domingo pasado abre una gran esperanza para Bolivia y ahora sólo depende que la oposición mantenga la unidad (precaria, por desgracia) que esta consulta gestó, y no vuelva a dividirse, pues ese sería un regalo de los dioses para la declinante estrella de Evo Morales. Si se mantiene unida y tan activa como lo ha estado estas últimas semanas, Bolivia será el próximo país latinoamericano en librarse del populismo y recobrar la libertad.

Fig. 6

OTRA ARGENTINA

Por Mario Vargas Llosa

¿Ha terminado por fin para Argentina el tiempo de los desvaríos populistas y el hechizo suicida que ejerció sobre el gobierno de los Kirchner el “socialismo del siglo XXI” de Chávez y Maduro? Después de pasar una semana en este país me alegra decir que sí, que en los pocos meses que está en el poder Mauricio Macri ha llevado a cabo reformas valientes y radicales para desmontar la

maquinaria intervencionista y demagógica que estaba arruinando a una de las naciones más ricas del mundo, aislándola y empujándola hacia el abismo.

No es necesario recurrir a sondeos y estadísticas para demostrarlo: el cambio está en el aire que se respira, en la manera de hablar de la gente sobre el momento actual, el alivio y el optimismo con que a la mayor parte de conocidos y desconocidos les oigo comentar la actualidad política. Es verdad que la oposición peronista –aunque tal vez sería mejor decir kirchnerista, pues el peronismo, conformado por un abanico de tendencias, no es unívoco en su oposición sino diverso y matizado- no ha dado al nuevo Gobierno un período de gracia, y ha comenzado a atacarlo sin piedad y a tratar de sabotear el sinceramiento de la economía –la cancelación de los subsidios que la asfixiaban- y a oponerse a las reformas. Pero los beneficios están ya a la vista y son inequívocos. Argentina, desde su acuerdo con los detentadores de los llamados “fondos buitres” ha recuperado el crédito internacional y la desaparición del “cepo” ha devuelto a su moneda una estabilidad de la que no gozaba hacía tiempo. La visita del presidente Obama, que significó un importante aval a la nueva Argentina, ha abierto un desfile de visitantes de valía, políticos y económicos, que vienen a explorar la posibilidad de invertir en una tierra pródiga en recursos a la que las políticas autistas y nacionalistas de la señora Cristina Kirchner estaban llevando a una ruinoso autarquía. Y en política internacional el Gobierno de Macri ha dado un vuelco integral a la del régimen anterior, manifestando su vocación democrática, criticando la violación de la legalidad y de los derechos humanos en Venezuela y pidiendo que el régimen de Maduro abra un diálogo con la oposición a fin de asegurar una transición pacífica que ponga fin a la lenta desintegración de un país al que el estatismo y el colectivismo han llevado al hambre y al caos.

Qué diferente es prender la televisión y, en vez de los lugares comunes y los eslóganes tercermundistas que hacían las veces de ideas en los discursos de la señora Kirchner, escuchar al presidente Macri, en conferencia de prensa, explicando con claridad, sencillez y franqueza que desembalsar una economía paralizada por el constructivismo demagógico tiene un alto precio que no hay manera de evitar y que, sin ese saneamiento que es volver de la quimera a la realidad, Argentina nunca saldría del pozo en que la sumió una ideología fracasada en todos los países que la aplicaron. Le oí explicar también, de manera absolutamente persuasiva, por qué la mal llamada ley antidespidos que acaba de a hacer aprobar la oposición en el Senado, sólo servirá para dificultar la generación de nuevos empleos al desalentar a las empresas a extender sus servicios y contratar más personal. En todas las intervenciones públicas, y en conversaciones privadas, que le escuché esta semana, el nuevo jefe de Gobierno argentino me pareció desprovisto de la arrogancia que suele acompañar al poder, de la retórica insustancial de tantos políticos, empeñado en tender puentes y en convencer a sus compatriotas de que los sacrificios que cuesta acabar con el nefasto populismo son el único camino por el que Argentina puede recuperar la prosperidad y la modernidad de que ya gozó en el pasado.

Y desde luego que hay razones para creerle. Argentina es un país muy rico en recursos naturales y humanos; el sistema educativo ejemplar que tuvo en el pasado, aunque se haya deteriorado con las malas políticas de los gobiernos precedentes, todavía produce ciudadanos mejor formados que el promedio latinoamericano –tal vez ningún otro país de la región ha exportado más técnicos de alto nivel al resto del mundo- y no hay duda de que, con las reformas en marcha, las inversiones extranjeras, retraídas todos estos años, volverán en gran

número a una tierra tan pródiga, creando los empleos que hacen falta y elevando los niveles de vida y las oportunidades para los argentinos.

Hay un aspecto que quisiera destacar entre los cambios que vive la Argentina. Con la libertad de expresión, que sufrió tantas averías durante los gobiernos de los Kirchner, la corrupción que al amparo de ese Estado que Octavio Paz llamó el “ogro filantrópico” proliferó de manera cancerosa, ahora sale a la luz y, en estos días precisamente, la prensa da noticias estremecedoras de las sumas de vértigo que los testaferros de los antiguos mandatarios acumularon, monopolizando las obras públicas de regiones enteras y saqueando sus presupuestos de manera impúdica convirtiendo en multimillonarios a aquellos dueños del poder que se jactaban de ser revolucionarios antiimperialistas y jurados enemigos del capitalismo. Dudo mucho que haya un solo capitalista en el mundo que haya amasado una fortuna tan prodigiosa como Lázaro Baez, testaferro por lo visto de Néstor Kirchner y ahora en la cárcel, antiguo cajero de un banco de Santa Cruz, que un puñado de años después tenía cerca de cuatrocientas propiedades rurales y urbanas y cerca de un centenar de automóviles en su país y compraba departamentos y casas en Miami por más de cien millones de dólares.

Que Argentina tenga éxito en las pacíficas reformas democráticas y liberales que está llevando a cabo tiene una importancia que trasciende sus fronteras. América Latina puede aprender mucho de este país que, luego de casi tocar fondo por culpa de la ideología colectivista y estatista que estuvo a punto de arruinarlo, se levanta de sus propias cenizas con los votos de sus ciudadanos y tiene el coraje de desandar el camino equivocado. Y emprende uno nuevo, el de los países que gracias a la libertad –la única verdadera, es decir, la que abarca la

política, la economía, la cultura, el ámbito social, cultural y personal- han alcanzado los mejores niveles de vida de este tiempo, los que han reducido más la violencia en las relaciones humanas y los que han creado la mayor igualdad de oportunidades para que sus ciudadanos puedan materializar sus aspiraciones y sus sueños.

Aunque, a veces de manera confusa, creo que éste es ahora un ideal que ha ido echando raíces en los países latinoamericanos, donde los antiguos modelos que se disputaban el favor de las gentes –las dictaduras militares y las revoluciones armadas socialistas- han perdido prestigio y actualidad y sólo valen para minorías insignificantes. Por eso es que, con las excepciones de Cuba y Venezuela, en toda la región hay ahora democracias, aunque algunas sean muy imperfectas y amenazadas por la corrupción. Argentina puede ser el ejemplo a seguir para renovarlas, purificarlas y ponerlas al día, de modo que se integren al mundo y aprovechen las grandes posibilidades que éste ofrece a los países que hacen suya la cultura de la libertad.

Fig. 7

EL PRECIO DE LA PAZ

Por Mario Vargas Llosa

Los buenos artículos me gustan casi tanto como los buenos libros. Ya sé que no son muy frecuentes, pero ¿no ocurre lo mismo con los libros? Hay que leer muchos hasta encontrar, de pronto, aquella obra maestra que se nos quedará grabada en la memoria, donde irá creciendo con el tiempo. El artículo que Héctor

Abad Faciolince publicó en EL PAÍS el 3 de septiembre (“Ya no me siento víctima”), explicando las razones por las que votará sí en el plebiscito en el que los colombianos decidirán si aceptan o rechazan el acuerdo de paz del Gobierno de Santos con las FARC, es una de esas rarezas que ayudan a ver claro donde todo parecía borroso. La impresión que me ha causado me acompañará mucho tiempo.

Abad Faciolince cuenta una trágica historia familiar. Su padre fue asesinado por los paramilitares (él ha volcado aquel drama en un libro memorable: *El olvido que seremos*) y el marido de su hermana fue secuestrado dos veces por las FARC, para sacarle dinero. La segunda vez, incluso, los comprensivos secuestradores le permitieron pagar su rescate en cómodas cuotas mensuales a lo largo de tres años. Comprensiblemente, este señor votará no en el plebiscito; “yo no estoy en contra de la paz”, le ha explicado a Héctor, “pero quiero que esos tipos paguen siquiera dos años de cárcel”. Le subleva que el coste de la paz sea la impunidad para quienes cometieron crímenes horribles de los que fueron víctimas cientos de miles de familias colombianas.

Pero Héctor, en cambio, votará sí. Piensa que, por alto que parezca, hay que pagar ese precio para que, después de más de medio siglo, los colombianos puedan por fin vivir como gentes civilizadas, sin seguirse entrematando. De lo contrario, la guerra continuará de manera indefinida, ensangrentando el país, corrompiendo a sus autoridades, sembrando la inseguridad y la desesperanza en todos los hogares. Porque, luego de más de medio siglo de intentarlo, para él ha quedado demostrado que es un sueño creer que el Estado puede derrotar de manera total a los insurgentes y llevarlos a los tribunales y a la cárcel. El Gobierno de Álvaro Uribe hizo lo imposible por conseguirlo y, aunque logró reducir los

efectivos de las FARC a la mitad (de 20 mil a 10 mil hombres en armas), la guerrilla sigue allí, viva y coleando, asesinando, secuestrando, alimentándose del, y alimentando el narcotráfico, y, sobre todo, frustrando el futuro del país. Hay que acabar con esto de una vez.

¿Funcionará el acuerdo de paz? La única manera de saberlo es poniéndolo en marcha, haciendo todo lo posible para que lo acordado en La Habana, por difícil que sea para las víctimas y sus familias, abra una era de paz y convivencia entre los colombianos. Así se hizo en Irlanda del Norte, por ejemplo, y los antiguos feroces enemigos de ayer, ahora, en vez de balas y bombas, intercambian razones y descubren que, gracias a esa convivencia que parecía imposible, la vida es más vivible y que, gracias a los acuerdos de paz entre católicos y protestantes, se ha abierto una era de progreso material para el país, algo que, por desgracia, el estúpido Brexit amenaza con mandar al diablo. También se hizo del mismo modo en El Salvador y en Guatemala, y desde entonces salvadoreños y guatemaltecos viven en paz.

El aire del tiempo ya no está para las aventuras guerrilleras que, en los años sesenta, solo sirvieron para llenar América Latina de dictaduras militares sanguinarias y corrompidas hasta los tuétanos. Empeñarse en imitar el modelo cubano, la romántica revolución de los barbudos, sirvió para que millares de jóvenes latinoamericanos se sacrificaran inútilmente y para que la violencia –y la pobreza, por supuesto- se extendiera y causara más estragos que la que los países latinoamericanos arrastraban desde hacía siglos. La lección nos ha ido educando poco a poco y a eso se debe que haya hoy, de un confín a otro de América Latina, unos consensos amplios en favor de la democracia, de la coexistencia pacífica y de la legalidad, es decir, un rechazo casi unánime contra

las dictaduras, las rebeliones armadas y las utopías revolucionarias que hundan a los países en la corrupción, la opresión y la ruina (léase Venezuela).

La excepción es Colombia, donde las FARC han demostrado –yo creo que, sobre todo, debido al narcotráfico, fuente inagotable de recursos para proveerlas de armas- una notable capacidad de supervivencia. Se trata de un anacronismo flagrante, pues el modelo revolucionario, el paraíso marxista-leninista, es una entelequia en la que ya creen solo grupúsculos de obtusos ideológicos, ciegos y sordos ante los fracasos del colectivismo despótico, como atestiguan sus dos últimos tenaces supervivientes, Cuba y Corea del Norte. Lo sorprendente es que, pese a la violencia política, Colombia sea uno de los países que tiene una de las economías más prósperas en América Latina y donde la guerra civil no ha desmantelado el Estado de Derecho y la legalidad, pues las instituciones civiles, mal que mal, siguen funcionando. Y es seguro que un incentivo importante para que operen los acuerdos de paz es el desarrollo económico que, sin duda, traerán consigo, seguramente a corto plazo.

Héctor Abad dice que esa perspectiva estimulante justifica que se deje de mirar atrás y se renuncie a una justicia retrospectiva, pues, en caso contrario, la inseguridad y la sangría continuarán sin término. Basta que se sepa la verdad, que los criminales reconozcan sus crímenes, de modo que el horror del pasado no vuelva a repetirse y quede allí, como una pesadilla que el tiempo irá disolviendo hasta desaparecerla. No hay duda que hay un riesgo, pero, ¿cuál es la alternativa? Y, a su ex cuñado, le hace la siguiente pregunta: “¿No es mejor un país donde tus mismos secuestradores estén libres haciendo política, en vez de un país en que esos mismos tipos estén cerca de tu finca, amenazando a tus hijos, mis sobrinos, y a los hijos de tus hijos, a tus nietos?”

La respuesta es sí. Yo no lo tenía tan claro antes de leer el artículo de Héctor Abad Faciolince y muchas veces me dije en estas últimas semanas: qué suerte no tener que votar en este plebiscito, pues, la verdad, me sentía tironeado entre el sí y el no. Pero las razones de este magnífico escritor que es, también, un ciudadano sensato y cabal, me han convencido. Si fuera colombiano y pudiera votar, yo también votaría por el sí.

Fig. 8

LA PAZ POSIBLE

Por Mario Vargas Llosa

Algo mareados por los fastos de la espectacular movilización con que se celebró la firma del Acuerdo de Paz entre el Gobierno colombiano y las FARC, los partidarios del “Sí” nos llevamos una mayúscula sorpresa cuando, desmintiendo todos los sondeos, el “No” se impuso en el plebiscito. Lo más desconcertante de aquella consulta no han sido los pocos miles de votos que derrotaron a quienes estaban a favor, sino el casi 63% de electores que se abstuvieron de ir a votar.

Conviene hacer un esfuerzo y juzgar aquel resultado con la cabeza fría. Es evidente que no hay ni puede haber tres cuartas partes de Colombia a favor de esa guerra que, desde hace más de medio siglo, causa estragos en el país, con los millares de muertos y heridos, los secuestrados y chantajeados, el terrorismo, el obstáculo que significa para la vida económica las vastas regiones paralizadas por las acciones armadas, la inseguridad reinante y la letal alianza de la guerrilla y el narcotráfico fuente de copiosa corrupción institucional y social. El voto

negativo y la abstención no implican un rechazo a la paz; manifiestan un escepticismo profundo frente a la naturaleza del acuerdo firmado en el que, con razón o sin ella, una gran mayoría de colombianos ve a las FARC como la gran triunfadora de la negociación y beneficiaria de concesiones que le parecen desmedidas e injustas.

No tiene sentido discutir si esta opinión sobre el tratado de paz es justa o injusta, porque los defensores de una u otra alternativa jamás se pondrán de acuerdo al respecto. En una democracia una mayoría puede acertar o equivocarse y el veredicto de una consulta electoral, si es legítimo, hay que aceptarlo, nos guste o nos disguste; en ello reside la esencia misma de la cultura democrática.

¿Significa esto que la guerra debe inevitablemente regresar a Colombia? En absoluto. Las reacciones tanto del Gobierno como de las propias FARC indican que ni uno ni otro lo creen así. Por su parte, los propios líderes de los partidos que promovieron el “No” –los ex Presidentes Uribe y Pastrana- insisten en que su oposición al Acuerdo no lo era a la paz, sino a una paz injusta, por lo que estimaban concesiones excesivas a la guerrilla sobre todo en lo concerniente a la impunidad para los autores de delitos de sangre y los “crímenes contra la humanidad” así como los privilegios que obtenían las FARC en su mutación de movimiento subversivo a fuerza política legal. Esto significa que queda siempre una oportunidad para la paz; basta que prevalezca en ambas partes cierto espíritu pragmático y una pizca de buena voluntad.

A mí, en medio de la desazón que me produjo el resultado del plebiscito, me levantó algo el ánimo –más todavía que las palabras alentadoras con las que

Timochenko comentó el resultado de la votación- ver a los jefes guerrilleros, en La Habana, con sus impecables guayaberas, sus puros entre los dedos y, acaso, los vasos de ron al alcance de la mano, siguiendo expectantes el recuento del escrutinio. No era ese el espectáculo de combatientes nostálgicos de la dura y sacrificada vida del monte y la intemperie, sino la de un grupo de hombres envejecidos y cansados, acaso conscientes en el fondo de sus corazones (aunque nunca lo reconocerían) que aquello que representan está ya fuera del tiempo y de la historia, condenado irremisiblemente a desaparecer. Si no fuera así, no hubiera habido Acuerdo de Paz. Y puede volver a haberlo, a condición de que las partes saquen las conclusiones adecuadas de la consulta democrática que acaba de ocurrir.

La primera de ellas es que la popularidad de las FARC, que en algunos momentos del medio siglo transcurrido llegó a ser alta, ha caído en picada y que una clara mayoría del pueblo colombiano no cree ya en lo que hacen ni en lo que dicen. Y que su aspiración máxima es que no sólo se vayan de las montañas y la selva sino también de la vida política. Eso significa que a los antiguos guerrilleros les costará muchos esfuerzos y una entrega real al quehacer político pacífico para recuperar un papel importante en la Colombia del futuro.

Los partidarios del “No”, ganadores del plebiscito, no deben dejar que los obnuble la victoria y demostrar con hechos que, efectivamente, quieren la paz. Una paz mejor que la que proponía el Acuerdo, pero la paz, no de nuevo la guerra. Eso implica negociar, hacer y conseguir concesiones del adversario, algo perfectamente realista, a condición de que no confundan el triunfo del “No” con unas FARC derrotadas a las que se puede humillar e imponer toda clase de exigencias.

Será difícil llegar a ese nuevo acuerdo, pero no es imposible. No todavía. Lo han conseguido en Centroamérica y en Irlanda del Norte, donde quienes se entremataban con ferocidad sin igual hace pocos años, hoy coexisten y, mal que mal, se aclimatan a la democracia. Lo importante es ser conscientes de que la vieja idea-fuerza, que en los años sesenta y setenta movilizó a tantos jóvenes, que la justicia social está en los fusiles y las pistolas, es ahora letra definitivamente muerta. Quienes murieron fascinados por esa ilusión mesiánica no contribuyeron un ápice a disminuir la pobreza y las desigualdades y sólo sirvieron de pretexto para que se entronizaran atroces dictaduras militares, murieran millares de inocentes, y se retrasara todavía más la lucha contra el subdesarrollo. En América Latina ha ido renaciendo, en medio de ese aquelarre de revoluciones y contrarrevoluciones, la idea de que, a fin de cuentas, la democracia es el único sistema que trae progreso de verdad, ataja la violencia y crea unas condiciones de coexistencia pacífica que permiten ir dando solución a los problemas. Es menos vistoso y espectacular de lo que quisieran los impacientes justicieros, pero, juzgando con los pies bien asentados sobre la tierra, ¿cuáles son los modelos revolucionarios exitosos? ¿La trágica y letárgica Cuba, de la que millones de cubanos siguen tratando de escapar, cueste lo que les cueste? ¿La destrozada Venezuela, que se muere literalmente de hambre, sin medicinas, sin trabajo, sin luz, sin esperanzas, secuestrada por una pequeña pandilla de demagogos y narcotraficantes?

Los partidarios del “No” que agitaban el espectro de una Colombia que podría volverse “castrochavista” si ganaba el “Sí”, sabían muy bien que no era cierto. Si en algún momento “el socialismo del siglo XXI” ejerció alguna influencia en América Latina, aquello ya quedó muy atrás y, dado el estado calamitoso

adonde ha llevado a Venezuela, el chavismo se ha convertido más bien en el ejemplo luminoso de lo que no hay que hacer si se quiere vivir con paz y libertad y progresar.

Colombia ha seguido siendo una democracia en el medio siglo y pico que ha durado la guerrilla y eso es ya un extraordinario mérito. Un esfuerzo más, de todos, para que la paz sea posible.

Fig. 9

LA MUERTE DE FIDEL

Por Mario Vargas Llosa

El 1 de enero de 1959, al enterarme de que Fulgencio Batista había huido de Cuba, salí con unos amigos latinoamericanos a celebrarlo en las calles de París. El triunfo de Fidel Castro y los barbudos del Movimiento 26 de Julio contra la dictadura parecía un acto de absoluta justicia y una aventura comparable a la de Robin Hood. El líder cubano había prometido una nueva era de libertad para su país y para América Latina y su conversión de los cuarteles de la isla en escuelas para los hijos de los guajiros parecía un excelente comienzo.

En noviembre de 1962 fui por primera vez a Cuba, enviado por la Radio-Televisión francesa en plena crisis de los cohetes. Lo que vi y oí en la semana que pasé allí –los Sabres norteamericanos sobrevolando el Malecón de la Habana y los adolescentes que manejaban los cañones antiaéreos llamados “bocachicas” apuntándolos, la gigantesca movilización popular contra la invasión que parecía inminente, el estribillo que los milicianos coreaban por las calles (“Nikita,

mariquita, lo que se da no se quita”) protestando por la devolución de los cohetes– redobló mi entusiasmo y solidaridad con la Revolución. Hice una larga cola para donar sangre e Hilda Gadea, la primera mujer del Che Guevara, que era peruana, me presentó a Haydée Santamaría, que dirigía la Casa de las Américas. Esta me incorporó a un Comité de Escritores con el que, en la década de los sesenta, me reuní cinco veces en la capital cubana. A lo largo de esos diez años mis ilusiones con Fidel y la Revolución se fueron apagando hasta convertirse en críticas abiertas y, luego, la ruptura final, cuando el “caso Padilla”.

Mi primera decepción, las primeras dudas (“¿no me habré equivocado?”) ocurrieron a mediados de los sesenta, cuando se crearon las UMAP, un eufemismo –las Unidades Militares de Ayuda a la Producción– para lo que eran, en verdad, campos de concentración donde el Gobierno cubano encerró, mezclados, a disidentes, delincuentes comunes y homosexuales. Entre estos últimos cayeron varios muchachos y muchachas de un grupo literario y artístico llamado El Puente, dirigido por el poeta José Mario, a quien yo conocía. Era una injusticia flagrante, porque estos jóvenes eran todos revolucionarios, confiados en que la Revolución no solo haría justicia social con los obreros y los campesinos sino también con las minorías sexuales discriminadas. Víctima todavía del célebre chantaje –“no dar armas al enemigo”– me tragué mis dudas y escribí una carta privada a Fidel, pormenorizándole mi perplejidad sobre lo que ocurría. No me contestó pero al poco tiempo recibí una invitación para entrevistarme con él.

Fue la única vez que estuve con Fidel Castro; no conversamos, pues no era una persona que admitiera interlocutores, solo oyentes. Pero las doce horas que lo escuchamos, de ocho de la noche a las ocho de la mañana del día siguiente, la decena de escritores que participamos de aquel encuentro nos quedamos muy

impresionados con esa fuerza de la naturaleza, ese mito viviente, que era el gigante cubano. Hablaba sin parar y sin escuchar, contaba anécdotas de la Sierra Maestra saltando sobre la mesa, y hacía adivinanzas sobre el Che, que estaba aún desaparecido, y no se sabía en qué lugar de América reaparecería, al frente de la nueva guerrilla. Reconoció que se habían cometido algunas injusticias con las UMAP –que se corregirían– y explicó que había que comprender a las familias guajiras, cuyos hijos, becados en las nuevas escuelas, se veían a veces molestados por “los enfermitos”. Me impresionó, pero no me convenció. Desde entonces, aunque en el silencio, fui advirtiendo que la realidad estaba muy por debajo del mito en que se había convertido Cuba.

La ruptura sobrevino cuando estalló el caso del poeta Heberto Padilla, a comienzos de 1970. Era uno de los mejores poetas cubanos, que había dejado la poesía para trabajar por la Revolución, en la que creía con pasión. Llegó a ser viceministro de Comercio Exterior. Un día comenzó a hacer críticas –muy tenues– a la política cultural del Gobierno. Entonces se desató una campaña durísima contra él en toda la prensa y fue arrestado. Quienes lo conocíamos y sabíamos de su lealtad con la Revolución escribimos una carta –muy respetuosa– a Fidel expresando nuestra solidaridad con Padilla. Entonces, este reapareció en un acto público, en la Unión de Escritores, confesando que era agente de la CIA y acusándonos también a nosotros, los que lo habíamos defendido, de servir al imperialismo y de traicionar a la Revolución, etcétera. Pocos días después firmamos una carta muy crítica a la Revolución cubana (que yo redacté) en que muchos escritores no comunistas, como Jean Paul Sartre, Susan Sontag, Carlos Fuentes y Alberto Moravia tomamos distancia con la Revolución que habíamos hasta entonces defendido.

Este fue un pequeño episodio en la historia de la Revolución cubana que para algunos, como yo, significó mucho. La revaluación de la cultura democrática, la idea de que las instituciones son más importantes que las personas para que una sociedad sea libre, que sin elecciones, ni periodismo independiente, ni derechos humanos, la dictadura se instala y va convirtiendo a los ciudadanos en autómatas, y se eterniza en el poder hasta coparlo todo, hundiendo en el desánimo y la asfixia a quienes no forman parte de la privilegiada nomenclatura.

¿Está Cuba mejor ahora, luego de los 57 años que estuvo Fidel Castro en el poder? Es un país más pobre que la horrenda sociedad de la que huyó Batista aquel 31 de diciembre de 1958 y tiene el triste privilegio de ser la dictadura más larga que ha padecido el continente americano. Los progresos en los campos de la educación y la salud pueden ser reales, pero no deben haber convencido al pueblo cubano en general, pues, en su inmensa mayoría, aspira a huir a los Estados Unidos, aunque sea desafiando a los tiburones. Y el sueño de la nomenclatura es que, ahora que ya no puede vivir de las dádivas de la quebrada Venezuela, venga el dinero de Estados Unidos a salvar a la isla de la ruina económica en que se debate. Hace tiempo que la Revolución dejó de ser el modelo que fue en sus comienzos. De todo ello solo queda el penoso saldo de los miles de jóvenes que se hicieron matar por todas las montañas de América tratando de repetir la hazaña de los barbudos del Movimiento 26 de Julio. ¿Para qué sirvió tanto sueño y sacrificio? Para reforzar a las dictaduras militares y atrasar varias décadas la modernización y democratización de América Latina.

Eligiendo el modelo soviético, Fidel Castro se aseguró en el poder absoluto por más de medio siglo; pero deja un país en ruinas y un fracaso social, económico y cultural que parece haber vacunado de las utopías sociales a una mayoría de

latinoamericanos que, por fin, luego de sangrientas revoluciones y feroces represiones, parece estar entendiendo que el único progreso verdadero es el que hace avanzar la libertad al mismo tiempo que la justicia, pues sin aquella este no es más un fugitivo fuego fatuo.

Aunque estoy seguro de que la historia no absolverá a Fidel Castro, no dejo de sentir que con él se va un sueño que conmovió mi juventud, como la de tantos jóvenes de mi generación, impacientes e impetuosos, que creíamos que los fusiles podían hacernos quemar etapas y bajar más pronto el cielo hasta confundirlo con la tierra. Ahora sabemos que aquello solo ocurre en el sueño y en las fantasías de la literatura, y que en la realidad, más áspera y más cruda, el progreso verdadero resulta del esfuerzo compartido y debe estar signado siempre por el avance de la libertad y los derechos humanos, sin los cuales no es el paraíso sino el infierno el que se instala en este mundo que nos tocó.

Nueva York, diciembre de 2016.

Fig. 10

PRESO PERO LIBRE

Por Mario Vargas Llosa

Que este libro de Leopoldo López, *Preso pero libre. Notas desde la cárcel del líder venezolano* (Península, 2016), que lleva un excelente prólogo de Felipe González, haya podido ser escrito, es una especie de milagro. Encarcelado en la prisión militar de Ramo Verde desde febrero de 2014 y condenado a trece años y nueve meses de prisión en una caricatura de juicio que ha sido el hazmerreír del

mundo entero, su autor es el preso político más conocido internacionalmente, un símbolo de los atropellos e injusticias que cometen las dictaduras contra quienes osan desafiarlas.

López fue acusado por la dictadura chavista de “incitación al crimen” por los muertos que causaron las grandes movilizaciones estudiantiles de hace dos años en distintas ciudades de Venezuela. Yo estuve en Caracas por esos días y vi con mis propios ojos la naturaleza pacífica de aquellas protestas y la brutalidad con que Nicolás Maduro las hizo reprimir por la policía política y las bandas de rufianes armados que utiliza para intimidar, golpear y a veces asesinar a sus opositores. Leopoldo López se entregó voluntariamente a la justicia, sabiendo que esta dejó de existir en su desdichado país desde que el comandante Chávez y compañía acabaron con la democracia e instauraron en su reemplazo “el socialismo del siglo XXI”, que ha convertido a Venezuela en el país de más alta inflación y criminalidad en el mundo. O, como dice Felipe González, en un “Estado fallido”.

La vida que desde entonces lleva en la prisión y que está bien documentada en este libro es de abusos y agravios sistemáticos, encerrado en un calabozo solitario, que tiene diez rejas con candado y cuatro cámaras de televisión que vigilan sus movimientos las 24 horas del día y aparatos de grabación múltiples que quieren también registrar todo lo que dice o murmura. A esto se añaden constantes requisas, de día o de noche, para despojarlo de papeles, libros, o robarle las prendas personales. Uno de los directores de la prisión de Ramo Verde, el coronel Miranda, un sádico, hacía, además, que sus esbirros le vaciaran encima de improviso bolsas llenas de excremento. Y es sabido, que entre otras indecibles vejaciones que debían soportar los contados

familiares que pueden visitarlo una vez por semana –entre ellas su madre y su esposa- figuraba la de tener que desnudarse ante los carceleros.

Pese a todo ello, como muestra de la audacia inventiva del espíritu humano capaz de sobrevivir a todas las pruebas, López ha podido escribir y sacar de la cárcel este testimonio conmovedor. En su libro no hay una pizca de rencor ni de odio contra sus verdugos y quienes están destruyendo a Venezuela cegados por el fanatismo colectivista y estatista. Por el contrario, un optimismo sereno recorre sus páginas, la convicción de que pese al empobrecimiento atroz al que han llevado al país las políticas antehistóricas de nacionalizaciones, expropiaciones y agigantamiento enloquecido del aparato estatal así como la asfixiante paralización de una administración controlada por comisarios políticos, hay en Venezuela suficientes recursos naturales y humanos para levantar cabeza y prosperar, una vez que la democracia sustituya a la dictadura y retorne la libertad conculcada.

Leopoldo López es un idealista y un pacifista convencido. Sus modelos son Gandhi, Mandela, Martin Luther King, Vaclav Havel, la madre Teresa de Calcuta y, como convencido creyente que es, Cristo. En su libro hace un gran elogio de Rómulo Betancourt, el líder de Acción Democrática que se enfrentó primero al Generalísimo Trujillo (quien intentó hacerlo matar) y a todos los tiranuelos militares de América Latina y luego a Fidel Castro, sin complejo alguno, en nombre de una democracia liberal que trajo a su país cuarenta años de legalidad y de paz. Yo recuerdo el odio que teníamos a Betancourt los jóvenes de mi generación cuando creíamos que la verdadera libertad estaba en Marx, Mao y en la punta del fusil. Vaya insensatos y ciegos que fuimos. El que veía claro, en esos años difíciles, fue Rómulo Betancourt y es muy justo que Leopoldo López le rinda el homenaje que se merece aquel lúcido demócrata que salió de la Presidencia de

Venezuela más pobre de lo que entró (lástima que no fuera el caso de todos los mandatarios en esas cuatro décadas de libertad).

No hay que confundir el patriotismo con el patrioterismo, que está hecho de palabrería un tanto ridícula y de gestos y desplantes algo payasos a los que de costumbre no acompañan la convicción ni la conducta. López es un patriota de verdad: quiere a su país y, entre barrotes, recuerda con nostalgia su geografía, las montañas que le gustaba escalar en solitario para meditar y respirar puro, a los pájaros y a los árboles de sus bosques, y a las pequeñas aldeas entrañables que recorrió en sus giras políticas. Sabe la extraordinaria labor que lleva a cabo Lilian Tintori, su mujer, un ama de casa y madre de familia a quien Chávez y Maduro han convertido en una fogosa lideresa política, como a tantas madres, esposas y hermanas de los 87 presos políticos que hay en Venezuela y que luchan de manera gallarda porque se les devuelva la libertad.

Leopoldo López sabe que el pueblo venezolano no se ha dejado sobornar por la demagogia del poder chavista y que cada día que pasa, la corrupción de los hombres que gobiernan, vinculados a las mafias del narcotráfico y a las pandillas de delincuentes a los que venden armas, y los anaqueles vacíos de los almacenes, el racionamiento, los cortes de luz, los atracos, secuestros y crímenes, van empujando a las filas de la oposición, esa que en las últimas elecciones, a pesar de los fraudes, ganó el setenta por ciento de los escaños de la Asamblea Nacional. Pero, pese a ello, sabe también que la liberación de Venezuela no será fácil, pues aquella argolla de mandros encaramados en el poder no lo soltarán fácilmente, entre otras cosas, porque temen que el pueblo venezolano les pida cuentas por haber convertido al país potencialmente más rico de América Latina en el más pobre en apenas un puñado de años.

Una fiera herida es más peligrosa que una sana y suele vender cara su vida. El gobierno de Nicolás Maduro está cada día más débil y sabe que tiene los días, o los meses, pero seguramente ya no los años, contados. Y no es imposible que decida, si ve llegada su hora, vengarse por adelantado de quienes tienen por delante la ímproba tarea de resucitar al país que han dejado en ruinas. Si es así, las víctimas más a su alcance son esos 87 presos políticos que, como Leopoldo López, están a su merced en las mazmorras chavistas. Por eso es indispensable que la movilización que ha convertido a Leopoldo López en una figura internacional no cese y, más bien, se extienda, a fin de proteger a todas las demás víctimas de la dictadura venezolana, empezando por Antonio Ledezma, el alcalde de Caracas, muy delicado de salud, y los civiles, militares, estudiantes, obreros y profesionales que están presos por haberse enfrentado al régimen. Ahora que están cerca de la libertad, su vida peligra más que nunca. Es deber de todos quienes queremos que Venezuela vuelva a ser libre, mantener la presión para mantenerlos vivos y salvos.

Fig. 11

“ENGLAND YOUR ENGLAND”

Por Mario Vargas Llosa

Viví muchos años en Londres y allí aprendí a admirar las virtudes inglesas: el pragmatismo que vacuna a sus ciudadanos contra los fanatismos ideológicos, su individualismo, sostén de sus excéntricos, su espíritu tolerante y democrático, su respeto por las instituciones, las leyes y las tradiciones. En los días anteriores al referéndum estuve allí y todas aquellas virtudes brillaron por su ausencia; tanto,

que me pareció estar en otro país. Un país enconado, presa de la demagogia nacionalista más ridícula y xenófoba, vertida a raudales por los defensores del *Brexit*. Estos presentaban la salida del Reino Unido de la Unión Europea como “la recuperación de la independencia de la nación”, una panacea de la que Gran Bretaña obtendría la prosperidad y el absoluto control de una inmigración que Nigel Farage, el líder del Partido por la Independencia del Reino Unido, mostraba en un cartel racista como una invasión enloquecida de subdesarrollados negros, mulatos, africanos y asiáticos, a la vez que el exalcalde de Londres, Boris Johnson, expresaba su temor de que Turquía, cuya incorporación a Europa presagiaba inminente, tuviera el derecho de inundar al Reino Unido con 78 millones de turcos.

La demagogia, el nacionalismo más chauvinista y estúpido, los prejuicios racistas, parecían haber transformado de la noche a la mañana a Gran Bretaña en un paisito tercermundista. Y esta impresión alcanzó para mí su apogeo cuando Boris Johnson, el despeinado y gárrulo líder conservador, batía el récord de todas las mentiras protestando porque, según él, los euroburócratas de Bruselas –los enemigos a abatir para devolver la libertad al Reino- se gastaban los impuestos de los esquilmados ciudadanos británicos ¡subsidiando las crueles corridas de toros en España!

Mientras los defensores del *Brexit* con buen apoyo de los medios de comunicación, inundaban el país con exageraciones, falsedades, calumnias y un patriotismo de pancarta y baja estofa, los defensores de que Gran Bretaña continuara en Europa –pienso sobre todo en el Partido Laborista- mostraban una languidez y pesimismo tales, empezando por su letárgico líder, Jeremy Corbyn (ahora cuestionado por buena parte de sus camaradas que le exigen la renuncia

por no haber defendido mejor la que era política oficial del laborismo), que, se diría, se resignaban de antemano a una derrota que, algunos de ellos por lo menos, secretamente deseaban. No es de extrañar, por eso, que en las ciudadelas obreras de Inglaterra, el voto a favor de la salida de Europa arrollara al de la permanencia.

El único que defendía esta opción con energía era el primer ministro David Cameron, es decir, el mismo que, con una precipitación innecesaria y lamentable, convocó este referéndum, sin necesidad legal alguna, por un oportunismo político de circunstancias, algo que ha pagado con el fin de su carrera política y un error que difícilmente la historia futura de Inglaterra le excusará.

¿Y ahora qué? Europa va a sufrir una merma considerable con el alejamiento del Reino Unido, el país, vale la pena recordarlo ahora más que nunca, que con heroísmo sin igual salvó al viejo continente de Hitler y los nazis. Y no sólo porque Gran Bretaña es la segunda potencia industrial europea, sino porque ella era, dentro de Europa, la defensora más enérgica de las políticas de libre comercio y la integración de todos los mercados del mundo. El triunfo del *Brexit* sienta un pésimo precedente y es una ayuda invaluable a los partidos, movimientos y grupúsculos antieuropeos y generalmente fascistoides como el Front National de Marine Le Pen, en Francia, la Alternativa para Alemania, el frente que encabeza Geert Wilders en Holanda, y quienes en Polonia, Austria, Hungría y los países escandinavos quisieran, en nombre del nacionalismo, darle el puntillazo final a la más ambiciosa empresa democrática de Occidente en los tiempos modernos.

Pero, probablemente, como lo ha escrito Chris Patten en uno de los artículos más lúcidos que he leído sobre los resultados del referéndum británico, el daño mayor recaiga en el propio Reino Unido. Que Gran Bretaña desaparezca, con la secesión de Escocia y de la propia Irlanda del Norte –que, a consecuencia del *Brexit*, perderá sus fronteras abiertas con la República de Irlanda- es una perspectiva perfectamente posible, sobre todo tratándose de Escocia, donde más del 62% de los votantes defendieron la opción europea.

Pero, más grave todavía que su posible desmembramiento, lo que amenaza ahora a Inglaterra es una lenta decadencia, víctima de un nacionalismo político y económico trasnochado, que va en contra de la tendencia dominante en el resto del mundo, y, sobre todo, en Occidente, una tendencia que precisamente el Reino Unido impulsó en los años de los gobiernos de Margaret Thatcher, John Major y Tony Blair y de la que ahora ha renegado de manera poco menos que suicida.

Un análisis somero de los resultados del referéndum muestra una división generacional e intelectual inequívocas: los ingleses más jóvenes y mejor educados, más conscientes del riesgo para su futuro que implicaba el aislamiento, votaron por Europa; los más viejos y menos preparados, por la salida. La nostalgia por un mundo que se fue, que no va a volver, prevaleció sobre el realismo; y preferir la irrealidad y los sueños al mundo verdadero sólo trae beneficios en el campo del arte y la literatura; en el de la vida política y social, por lo común genera catástrofes.

La decepción de los triunfadores del referéndum será muy próxima y muy grande en lo que concierne a la inmigración, cuando adviertan que su victoria no

va a impedir, ni a disminuir un ápice, la llegada de los temidos forasteros, porque lo que Orwell llamó irónicamente en uno de sus mejores ensayos *England your England* simplemente ya no existe, salvo en la fantasía pasadista de algunos soñadores. (En medio de la campaña se descubrió, por ejemplo, que el albiónico Boris Johnson, adalid del nacionalismo británico, tenía ancestros turcos). Y que no es la Unión Europea la que trae esas oleadas de inmigrantes a sus playas, sino la necesidad que tiene Gran Bretaña de ellas para proveer los trabajos que los ingleses ya no harían ni a la fuerza, y las leyes sociales que, con más generosidad que realismo, se dieron en épocas de bonanza para favorecer esa inmigración que parecía entonces tan necesaria. (Sigue siéndolo, más que nunca, aunque las legañas nacionalistas impidan ahora verlo, si los países desarrollados aspiran a mantener sus altos niveles de existencia).

En *El león y el unicornio* Orwell habla con mucho cariño de Inglaterra, y destaca, con justicia, las virtudes de sus gentes del común, su amor a la libertad, su sobriedad, el respeto del otro, su creencia de que las leyes están hechas para favorecer el bien y lo bueno y que por lo tanto deben ser cumplidas. Y resume así sus ideas (cito de memoria): “Es un buen país, con las gentes erradas en el control”. He recordado mucho ese hermoso ensayo en estos días deprimentes. Porque si el “control” de Inglaterra va a quedar ahora en manos de los hombres del *Brexit* como pide el pequeño *führer* Nigel Farage, a la tierra de Shakespeare sí que la van a transformar de manera que muy pronto ni siquiera la reconocerá la buena madre que la parió.

Fig.12

LA DECADENCIA DE OCCIDENTE

Por Mario Vargas Llosa

Primero fue el Brexit y, ahora, la elección de Donald Trump como presidente de los Estados Unidos. Sólo falta que Marine Le Pen gane los próximos comicios en Francia para que quede claro que Occidente, cuna de la cultura de la libertad y del progreso, asustado por los grandes cambios que ha traído al mundo la globalización, quiere dar una marcha atrás radical, refugiándose en lo que Popper bautizó “la llamada de la tribu” –el nacionalismo y todas las taras que le son congénitas, la xenofobia, el racismo, el proteccionismo, la autarquía-, como si detener el tiempo o retrocederlo fuera sólo cuestión de mover las manecillas del reloj.

No hay novedad alguna en las medidas que Donald Trump propuso a sus compatriotas para que votaran por él; lo sorprendente es que casi sesenta millones de norteamericanos le creyeran y lo respaldaran en las urnas. Todos los grandes demagogos de la historia han atribuido los males que padecen sus países a los perniciosos extranjeros, en este caso los inmigrantes, empezando por los mexicanos atracadores, traficantes de drogas y violadores y terminando por los musulmanes terroristas y los chinos que colonizan los mercados estadounidenses con sus productos subsidiados y pagados con salarios de hambre. Y, por supuesto, también tienen la culpa de la caída de los niveles de vida y el desempleo los empresarios “traidores” que sacan sus empresas al extranjero privando de trabajo y aumentando el paro en los Estados Unidos.

No es raro que se digan tonterías en una campaña electoral, pero sí que crean en ellas gentes que se suponen educadas e informadas, con una sólida tradición democrática, y que recompensen al inculto billonario que las profiere llevándolo a la presidencia del país más poderoso del planeta.

La esperanza de muchos, ahora, es que el Partido Republicano, que ha vuelto a ganar el control de las dos cámaras, y que tiene gentes experimentadas y pragmáticas, modere los exabruptos del nuevo mandatario y lo disuada de llevar a la práctica las reformas extravagantes que ha prometido. En efecto, el sistema político de Estados Unidos cuenta con mecanismos de control y de freno que pueden impedir a un mandatario cometer locuras. Pues no hay duda que si el nuevo presidente se empeña en expulsar del país a once millones de ilegales, en cerrar las fronteras a todos los ciudadanos de países musulmanes, en poner punto final a la globalización cancelando todos los tratados de libre comercio que ha firmado –incluyendo el *Trans-Pacific Partnership* en gestación- y penalizando duramente a las corporaciones que, para abaratar sus costos, llevan sus fábricas al tercer mundo, provocaría un terremoto económico y social en su país y en buen número de países extranjeros y crearía serios inconvenientes diplomáticos a los Estados Unidos. Su amenaza de “hacer pagar” a los países de la OTAN por su defensa, que ha encantado a Vladimir Putin, debilitaría de manera inmediata el sistema que protege a los países libres del nuevo imperialismo ruso. El que, dicho sea de paso, ha obtenido victoria tras victoria en los últimos años: léase Crimea, Siria, Ucrania y Georgia. Pero no hay que contar demasiado con la influencia moderadora del Partido Republicano: el ímpetu que ha permitido a Trump ganar estas elecciones pese a la oposición de casi toda la prensa y la clase más democrática y pensante, muestran que hay en él algo más que un simple

demagogo elemental y desinformado: la pasión contagiosa de los grandes hechiceros políticos de ideas simples y fijas que arrastran masas, la testarudez obsesiva de los caudillos ensimismados por su propia verborrea y que ensimisman a sus pueblos.

Una de las grandes paradojas es que la sensación de inseguridad, que de pronto el suelo que pisaban se empezaba a resquebrajar y que Estados Unidos había entrado en caída libre, ese estado de ánimo que ha llevado a tantos estadounidenses a votar por Trump –idéntico al que llevó a tantos ingleses a votar por el Brexit- no corresponde para nada a la realidad. Estados Unidos ha superado más pronto y mejor que el resto del mundo –que los países europeos, sobre todo- la crisis de 2008, y en los últimos tiempos recuperaba el empleo y la economía estaba creciendo a muy buen ritmo. Políticamente el sistema ha funcionado bien en los ocho años de Obama y un 58% del país hacía un balance positivo de su gestión. ¿Por qué, entonces, esa sensación de peligro inminente que ha llevado a tantos norteamericanos a tragarse los embustes de Donald Trump?

Porque, es verdad, el mundo de antaño ya no es el de hoy. Gracias a la globalización y a la gran revolución tecnológica de nuestro tiempo la vida de todas las naciones se halla ahora en el “quién vive”, experimentando desafíos y oportunidades totalmente inéditos, que han removido desde los cimientos a las antiguas naciones, como Gran Bretaña y Estados Unidos, que se creían inamovibles en su poderío y riqueza, y que ha abierto a otras sociedades –más audaces y más a la vanguardia de la modernidad- la posibilidad de crecer a pasos de gigante y de alcanzar y superar a las grandes potencias de antaño. Ese nuevo panorama significa, simplemente, que el de nuestros días es un mundo más justo,

o, si se quiere, menos injusto, menos provinciano, menos exclusivo, que el de ayer. Ahora, los países tienen que renovarse y recrearse constantemente para no quedarse atrás. Ese mundo nuevo requiere arriesgar y reinventarse sin tregua, trabajar mucho, impregnarse de buena educación, y no mirar atrás ni dejarse ganar por la nostalgia retrospectiva. El pasado es irrecuperable como descubrirán pronto los que votaron por el Breixt y por Trump. No tardarán en advertir que quienes viven mirando a sus espaldas se convierten en estatuas de sal, como en la parábola bíblica.

El Brexit y Donald Trump –y la Francia del Front National- significan que el Occidente de la revolución industrial, de los grandes descubrimientos científicos, de los derechos humanos, de la libertad de prensa, de la sociedad abierta, de las elecciones libres, que en el pasado fue el pionero del mundo, ahora se va rezagando. No porque esté menos preparado que otros para enfrentar el futuro – todo lo contrario- sino por su propia complacencia y cobardía, por el temor que siente al descubrir que las prerrogativas que antes creía exclusivamente suyas, un privilegio hereditario, ahora están al alcance de cualquier país, por pequeño que sea, que sepa aprovechar las extraordinarias oportunidades que la globalización y las hazañas tecnológicas han puesto por primera vez al alcance de todas las naciones.

El Brexit y el triunfo de Trump son un síntoma inequívoco de decadencia, esa muerte lenta en la que se hunden los países que pierden la fe en sí mismos, renuncian a la racionalidad y empiezan a creer en brujerías, como la más cruel y estúpida de todas, el nacionalismo. Fuente de las peores desgracias que ha experimentado el Occidente a lo largo de la historia, ahora resucita y parece esgrimir como los chamanes primitivos la danza frenética o el bebedizo vomitivo

con los que quieren derrotar a la adversidad de la plaga, la sequía, el terremoto, la miseria. Trump y el Brexit no solucionarán ningún problema, agravarán los que ya existen y traerán otros más graves. Ellos representan la renuncia a luchar, la rendición, el camino del abismo. Tanto en Gran Bretaña como en Estados Unidos, apenas ocurrida la garrafal equivocación, ha habido autocríticas y lamentos. Tampoco sirven los llantos en este caso; lo mejor sería reflexionar con la cabeza fría, admitir el error, retomar el camino de la razón y, a partir de ahora, enfrentar el futuro con más valentía y consecuencia.

Fig. 13

EL CIUDADANO RABIOSO

Por Mario Vargas Llosa

El periodista alemán Dirk Kurbjuweit, de Der Spiegel, inventó hace algunos años la palabra Wutbürger, que quiere decir “ciudadano rabioso”, y en The New York Times de esta mañana –25 de octubre– Jochen Bittner publica un interesante ensayo afirmando que la rabia que moviliza en ciertas circunstancias a amplios sectores de una sociedad es un fenómeno de dos caras, una positiva y otra negativa.

PUEDES VER: La paz posible.

Según él, **sin esos ciudadanos rabiosos no hubiera habido progreso**, ni seguridad social, ni empleos pagados con justicia, y estaríamos todavía en el tiempo de las satrapías medievales y la esclavitud. Pero, al mismo tiempo, fue la epidemia de rabia social la que sembró de decapitados la Francia del Terror y la

que, en nuestros días, ha llevado a la regresión brutal que significa el “Brexit” para el Reino Unido y a que exista en Alemania un partido xenófobo, ultranacionalista y antieuropeo –Alternativa por Alemania– que, según las encuestas, cuenta con nada menos que el apoyo del 18% del electorado. Añade que el mejor representante en Estados Unidos del Wutbürger es el impresentable Donald Trump y el sorprendente respaldo con que cuenta.

Me gustaría añadir algunos otros ejemplos de una “rabia positiva” en los últimos tiempos, empezando por el caso del Brasil sobre el que, a mi juicio, ha habido una interpretación interesada y falsa de la defenestración de Dilma Rousseff de la presidencia. Se ha presentado este hecho como una conspiración de la extrema derecha para acabar con un gobierno progresista y, sobre todo, impedir el regreso de Lula al poder. No es nada de eso.

Lo que movilizó a muchos millones de brasileños y los sacó a la calle a **protestar fue la corrupción**, un fenómeno que había socavado a toda la clase política y de la que eran beneficiarios por igual dirigentes de la izquierda y la derecha. Y se ha visto en todos estos meses cómo la guadaña de la lucha contra la corrupción enviaba a la cárcel por igual a parlamentarios, empresarios, dirigentes sindicales y gremiales de todos los sectores políticos, un hecho del que sólo puede sobrevenir una regeneración profunda de una democracia a la que la deshonestidad y el espíritu de lucro habían infectado hasta el extremo de causar una bancarrota nacional.

Quizás sea un poco pronto para celebrar lo ocurrido pero mi impresión es que, hechas las sumas y las restas, la gran movilización popular en Brasil ha sido un movimiento más ético que político y enormemente positivo para el futuro de la democracia en el gigante latinoamericano. Es la primera vez que ocurre; hasta

ahora, los estallidos populares tenían fines políticos –protestar contra los desafueros de un gobierno y a favor de un partido o un líder– o ideológicos –reemplazar el sistema capitalista por el socialismo–, pero, en este caso, la movilización tenía como fin no destruir el sistema legal existente sino purificarlo, erradicar la infección que lo estaba envenenando y podía acabar con él.

Aunque ha tenido una deriva distinta, no es muy diferente con lo ocurrido en España: un movimiento de jóvenes espolcados por los escándalos de la clase dirigente que a muchos decepcionaron de la democracia y los ha llevado a elegir un remedio peor que la enfermedad, es decir, resucitar las viejas y fracasadas recetas del estatismo y el colectivismo.

Otro caso fascinante de “ciudadanos rabiosos” ha sido el que vive Venezuela. En cinco oportunidades, el pueblo venezolano pudo librarse, mediante elecciones libres, del comandante Chávez, un demagogo pintoresco que ofrecía “el socialismo del siglo XXI” como terapia para todos los males del país. Una mayoría de venezolanos, a los que la ineficacia y la corrupción de los gobiernos democráticos había desencantado de la legalidad y la libertad, le creyeron. Han pagado carísimo ese error. Por fortuna lo han comprendido, rectificado y hoy existe una mayoría aplastante de ciudadanos –como demuestran las últimas elecciones para el Congreso– que pretende rectificar aquella equivocación. Por desgracia, ya no es tan fácil.

La camarilla gobernante, aliada con la nomenclatura militar muy comprometida por el narcotráfico y la asesoría cubana en cuestiones de seguridad, se ha enquistado en el poder y está dispuesto a defenderlo contra viento y marea. **Mientras el país se hunde en la ruina, el hambre y la violencia**, todos los esfuerzos pacíficos de la oposición por, valiéndose de la propia Constitución

instaurada por el régimen, librarse de Maduro y compañía, se ven frustrados por un gobierno que desconoce las leyes y comete los peores abusos –incluido crímenes– para impedirlo. A la larga, esa mayoría de venezolanos se impondrá, por supuesto, como ha ocurrido con todas las dictaduras, pero el camino quedará sembrado de víctimas y será muy largo.

¿Hay que celebrar que haya no sólo ciudadanos rabiosos negativos sino también positivos, como afirma Jochen Bittner? Mi impresión es que es preferible erradicar la rabia de la vida de las naciones y procurar que ella transcurra dentro de la racionalidad y la paz, y las decisiones se tomen por consenso, a través de la persuasión o del voto. Porque la rabia cambia rápidamente de dirección y de bienintencionada y creativa puede volverse maligna y destructiva, si quienes asumen la dirección del movimiento popular son demagogos, sectarios e irresponsables.

La historia latinoamericana está impregnada de rabia y aunque, en muchos casos, estaba justificada, casi siempre se desvió de sus objetivos iniciales y terminó causando peores males que los que quería remediar. Es un caso que tuvo una demostración flagrante con la dictadura militar del general Velasco, en el Perú de los años sesenta y setenta. A diferencia de otras, no fue derechista sino izquierdista e implantó las soluciones socialistas para los grandes problemas nacionales como el feudalismo agrario, la explotación social y la pobreza.

La nacionalización de las tierras no benefició para nada a los campesinos, sino a las pandillas de burócratas que se dedicaron a saquear las haciendas colectivizadas y casi todas las industrias que confiscó y nacionalizó el régimen se fueron a la quiebra, aumentando la pobreza y el desempleo. Al final, fueron los propios campesinos los que empezaron a privatizar las tierras, y los obreros de

las fábricas de harina de pescado los primeros en pedir que volvieran a manos privadas las empresas que el socialismo velasquista arruinó. Todo este fracaso tuvo un efecto positivo: desde entonces ningún partido político en el Perú se atreve a proponer la estatización y colectivización como panacea social.

Jochen Bittner afirma que la globalización ha favorecido sobre todo a los grandes banqueros y empresarios y que eso explica, aunque no justifica, los rebrotes de un nacionalismo exaltado como el que ha convertido al Front National en un partido que podría ganar las elecciones en Francia. Es muy injusto. La globalización ha traído enormes beneficios a los países más pobres, que ahora, si saben aprovecharla, pueden combatir al subdesarrollo más rápido y mejor que en el pasado, como demuestran los países asiáticos y los países latinoamericanos – Chile por ejemplo– que, abriendo sus economías al mundo, han crecido de manera espectacular en las últimas décadas. Creo que hay un error gravísimo en creer que el progreso consiste en combatir la riqueza.

No, el enemigo con el que hay que acabar es la pobreza, y también, por supuesto, la riqueza mal habida. La interconexión del mundo gracias a la lenta disolución de las fronteras es una buena cosa para todos, y en especial para los pobres. Si ella continúa, y no se aparta de la buena vía, quizás lleguemos a un mundo en el que ya no será necesario que haya ciudadanos rabiosos a fin de que mejoren las cosas.

Fig 14

LA HORA GRIS

Por Mario Vargas Llosa

Las elecciones peruanas del domingo pasado dejan para la segunda vuelta, que tendrá lugar en junio, a dos candidatos –Keiko Fujimori y Pedro Pablo Kuczynski– que representan dos opciones meridianamente claras. La primera, hija del dictador que cumple 25 años de cárcel por los crímenes y robos que cometió durante los diez años en que gobernó el Perú, constituiría una legitimación de aquella dictadura corrupta y sanguinaria y un retorno al populismo, a la división enconada y a la violencia social de los que el país había comenzado a salir desde que recuperó la democracia en el año 2000. La segunda, un reforzamiento de la línea democrática y del progreso institucional y económico que ha convertido al Perú en los últimos quince años en uno de los países más atractivos para la inversión extranjera y que progresa más rápido en América Latina.

En estas condiciones, la victoria de Pedro Pablo Kuczynski debería estar asegurada si primaran la sensatez y el buen juicio. Pero no siempre es así y, en América Latina sobre todo, lo que suele prevalecer en ciertos períodos electorales son la sinrazón y la pasión demagógica, como saben muy bien los amigos venezolanos que, hasta en cinco ocasiones, votaron por el “socialismo del siglo XXI” y ahora no tienen cómo librarse de esa semidictadura que los ha arruinado económicamente y los hace vivir en la asfixia y el miedo.

El fujimorismo cuenta con grandes medios económicos –sólo unos 180 millones de dólares ha recuperado el Perú de los seis mil millones que se robaron en

aquellos años– y su propaganda ha empapelado literalmente el país, al mismo tiempo que los medios que controla han ido cimentando la ficción según la cual el encarcelado exdictador derrotó a Sendero Luminoso, envió a su líder Abimael Guzmán a la cárcel y sacó al país de la devoradora inflación que lo estaba deshaciendo. Puro mito. En verdad, la dictadura combatió el terror con el terror, asesinando, torturando y llenando las cárceles de inocentes, y la desenfrenada corrupción con la que se enriquecieron los dirigentes fujimoristas desprestigió al país y lo enconó hasta ponerlo al borde del abismo. Por eso se fugó Fujimori del Perú y –caso único en la historia– envió desde el extranjero su renuncia a la Presidencia por fax.

¿A eso quisieran volver los peruanos que han dado a Keiko Fujimori en esta primera vuelta electoral cerca del 40% de los votos y una mayoría parlamentaria? Porque, aunque haya prometido aquella que no volverá a haber un “5 de abril” – día del autogolpe con el que Fujimori acabó con la democracia que le había permitido llegar al poder– es obvio que, si ella es la próxima presidenta, tarde o temprano se abrirán las cárceles y los ladrones y asesinos fujimoristas, empezando por su padre, pasarán de los calabozos a detentar nuevamente el poder. Pone los pelos de punta imaginar la violencia social que todo aquello produciría, con la consiguiente parálisis económica, la retracción de las inversiones y la gangrena populista resucitando aquellos demonios de la inflación y el paro de los que nos hemos ido librando estos últimos tres lustros.

Por eso es importante que haya una gran movilización popular de todas las fuerzas democráticas del espectro político, sin exclusión alguna, para derrotar al

fujimorismo y llevar a la Presidencia a Pedro Pablo Kuczynski. Y, sobre todo, que las decenas de miles de peruanos que se abstuvieron de votar o viciaron su voto en esta primera vuelta, recobren la confianza y crean que hay esperanza. PPK es una persona de impecables credenciales políticas, que sólo ha servido a gobiernos legítimos y, en todos los casos, con competencia y honradez. Su historia tiene algo de novelesca. Fue una dictadura, la del general Velasco, la que lo obligó a exiliarse cuando era un joven funcionario del Banco Central de Reserva, permitiéndole de este modo hacer una meteórica carrera en el mundo internacional de las finanzas, donde llegó a ser Presidente del First Boston. Que, pese a haber alcanzado tan alta posición, apenas volvió la democracia a su país, retornara a trabajar al Perú, demuestra muy a las claras su vocación de servicio. Pocos dirigentes políticos conocen mejor que él la problemática peruana, a la que ha estudiado con devoción, y pocos tienen ideas más prácticas y funcionales para enfrentar sus grandes carencias y necesidades. De otro lado, no hay dirigente político peruano que tenga más prestigio y sea más conocido que él en el ámbito internacional.

Por eso, desde que decidió lanzarse a la ardua empresa electoral, lo ha rodeado una entusiasta caravana de jóvenes empeñados en hacer del Perú un país moderno y próspero, una verdadera democracia con oportunidades para todos, que, sustituyendo con su entusiasmo la falta de estructuras partidarias y recursos, han conseguido para él este segundo puesto en la primera vuelta que debería permitirle ganar las elecciones de junio, salvando al Perú de la catástrofe que sería el retorno al poder del fujimorismo.

El adanismo ha sido una de las grandes desgracias de América Latina. Cada gobierno quería empezar desde cero, haciendo tabla rasa de todo lo conseguido por su predecesor. Esta falta de continuidad nos ha hecho vivir en lo inestable y lo precario, porque los esfuerzos se frustraban cuando acababan de empezar. Esta maldita costumbre del adanismo se rompió por fortuna para el Perú en los últimos tiempos. Porque, desde la caída de la dictadura en el año 2000, el país ha tenido cuatro gobiernos democráticos –uno de ellos de transición– de líneas políticas diferentes, que, pese a ello, coincidieron en respetar la legalidad democrática y una política económica de mercado y de aliento a la inversión que ha traído enormes beneficios. La extrema pobreza se ha reducido de manera dramática, han crecido las clases medias a un ritmo muy intenso, la inversión extranjera se ha mantenido a niveles elevados y, con todas las limitaciones que impone el subdesarrollo, el Perú ha ido progresando gracias a la libertad y a esos amplios consensos que, por primera vez, han caracterizado la vida política peruana en los últimos quince años. Pero, una vez más, todo aquello se encuentra amenazado en este proceso electoral y corremos el terrible riesgo de volver a las andadas, que es lo que ocurriría si una mayoría electoral, presa del desvarío populista, lleva a Keiko Fujimori al poder.

Afortunadamente, la historia no está escrita, ella no sigue derroteros fatídicos. La historia la escribimos diariamente los hombres y las mujeres mediante nuestras acciones y decisiones y podemos imprimirle la dirección y el ritmo que mejores nos parezcan. Los peruanos nos hemos equivocado muchas veces en nuestra historia y, por eso, ese país que fue justo y grande alguna vez, se ha ido empobreciendo y violentando como pocos en América Latina. Hace quince años

aquello comenzó a cambiar de una manera notable. Surgieron unos consensos muy amplios respecto a la economía y la política que dieron al país una estabilidad primero y luego un empuje progresista muy notables, al extremo de que, por primera vez, yo he escuchado en los últimos años en el extranjero sólo elogios y parabienes sobre el acontecer peruano.

Sólo de nosotros depende que esta hora gris en la que estamos sumidos no sea el anuncio de una noche siniestra y anacrónica, sino un anticipo del amanecer, con su tibieza y su luz clara.

Fig. 15

EL PERÚ A SALVO

Por Mario Vargas Llosa

La ajustada victoria de Pedro Pablo Kuczynski en las elecciones presidenciales del 5 de junio ha salvado al Perú de una catástrofe: el retorno al poder de la mafia fujimorista que, en los años de la dictadura de Alberto Fujimori y Vladimiro Montesinos, robó, torturó y asesinó con una ferocidad sin precedentes y, probablemente, la instalación del primer narcoestado en América Latina.

La victoria de Keiko Fujimori parecía irremediable hace unas pocas semanas, cuando se descubrió que el secretario general y millonario financista de su campaña y su partido, Fuerza Popular, Joaquín Ramírez, estaba siendo investigado por la DEA por lavado de activos; se recordó entonces que la policía había descubierto un alijo de unos cien kilos de cocaína en un depósito de una empresa de Kenji, hermano de Keiko y con pretensiones a sucederla. El

fujimorismo, asustado, intentó una operación sucia; el dirigente de Fuerza Popular y candidato a una vicepresidencia, José Chlimper, filtró a un canal de televisión cercano al fujimorismo una grabación manipulada para desinflar el escándalo; al ser descubierto, lo multiplicó. Muchos presuntos votantes de Keiko, que ingenuamente se habían tragado su propaganda de que sacando el Ejército a las calles a combatir a los delincuentes y restableciendo la pena de muerte habría seguridad en el Perú, cambiaron su voto.

Pero, el hecho decisivo, para rectificar la tendencia y asegurarle a Kuczynski la victoria, fue la decisión de Verónica Mendoza, la líder de la coalición de izquierda del Frente Amplio, de anunciar que votaría por aquél y de pedir a sus partidarios que la imitaran. Hay que decirlo de manera inequívoca: la izquierda, actuando de esta manera responsable –algo con escasos precedentes en la historia reciente del Perú– salvó la democracia y ha asegurado la continuación de una política que, desde la caída de la dictadura en el año 2000, ha traído al país un notable progreso económico y el fortalecimiento gradual de las instituciones y costumbres democráticas.

El nuevo gobierno no va a tener la vida fácil con un Parlamento en el que el fujimorismo controla la mayoría de los escaños; pero Kuczynski es un hombre flexible y un buen negociador, capaz de encontrar aliados entre los adversarios para las buenas leyes y reformas de que consta su programa de gobierno. Hay que señalar, por otra parte, que, al igual que Mauricio Macri en Argentina, cuenta con un equipo de colaboradores de primer nivel, en el que figuran técnicos y profesionales destacados que hasta ahora se habían resistido a hacer política y que lo han hecho sólo para impedir que el Perú se hundiera una vez más en el despotismo político y la ruina económica. De otro lado, es seguro que su prestigio

internacional en el mundo financiero seguirá atrayendo las inversiones que, desde hace dieciséis años, han venido apuntalando la economía peruana, la que, recordemos, es una de las que ha crecido más rápido en toda la región.

¿Qué ocurrirá ahora con el fujimorismo? ¿Seguirá subsistiendo como siniestro emblema de la tradición incivil de las dictaduras terroristas y cleptómanas que ensombrece el pasado peruano? Mi esperanza es que esta nueva derrota inicie el mismo proceso de descomposición en el que fueron desapareciendo todas las coletas políticas que han dejado las dictaduras: el sanhecerrismo, el odríismo, el velasquismo. Todas ellas fueron artificiales supervivencias de los regímenes autoritarios, que poco a poco, se extinguieron sin pena ni gloria. El fujimorismo ha tenido una vida más larga sólo porque contaba con los recursos gigantescos que obtuvo del saqueo vertiginoso de los fondos públicos, de los que Fujimori y Montesinos disponían a su antojo. Ellos le permitieron, en esta campaña, empapelar con propaganda el Perú de arriba abajo, y repartir baratijas y hasta dinero en las regiones más empobrecidas. Pero no se trata de un partido que tenga ideas, ni programas, sólo unas credenciales golpistas y delictuosas, es decir, la negación misma del Perú digno, justo, próspero y moderno que, en estas elecciones, se ha impuesto poco menos que de milagro a un retroceso a la barbarie.

La victoria de Pedro Pablo Kuczynski trasciende las fronteras peruanas; se inscribe también en el contexto latinoamericano como un nuevo paso contra el populismo y de regeneración de la democracia, del que son jalones el voto boliviano en contra de los intentos reeleccionistas de Evo Morales, la derrota del peronismo en Argentina, la destitución de Dilma Rousseff y el desplome del mito de Lula en Brasil, la aplastante victoria de la oposición a Maduro en las elecciones

parlamentarias en Venezuela y el ejemplo de un régimen como el de Uruguay, donde una izquierda de origen muy radical en el poder no sólo garantiza el funcionamiento de la democracia sino practica una política económica moderna, de economía de mercado, que no es incompatible con un avanzado empeño social. Quizás cabría señalar también el caso mexicano, donde las recientes elecciones parciales han desmentido las predicciones de que el líder populista Andrés Manuel López Obrador y su partido serían poco menos que plebiscitados; en verdad el ganador de los comicios ha sido el Partido Acción Nacional, con lo que el futuro democrático de México no parece amenazado.

¿Es ingenuo ver en todos estos hechos recientes una tendencia que parece extenderse por América Latina a favor de la legalidad, la libertad, la coexistencia pacífica y un rechazo de la demagogia, el populismo irresponsable y las utopías colectivistas y estatistas? Como la historia no está escrita, siempre puede haber marcha atrás. Pero creo que, haciendo las sumas y las restas, hay razones para ser optimistas en América Latina. Estamos lejos del ideal, por supuesto; pero estamos muchísimo mejor que hace veinte años, cuando la democracia parecía encogerse por todas partes y el llamado “socialismo del siglo XXI” del comandante Chávez seducía a tantos incautos. ¿Qué queda de él, ahora? Una Venezuela en ruinas, donde la mayoría de la gente se muere de hambre, de falta de medicinas, de inseguridad callejera, y donde una pequeña pandilla encaramada en el poder da golpes de ciego a diestra y siniestra, cada vez más aislada, ante un pueblo que ha despertado de la seducción populista y revolucionaria y sólo aspira ahora a recobrar la libertad y la legalidad.

Acabo de pasar unas semanas en la República Dominicana, Chile, Argentina y Brasil y vengo a Europa mucho más animado. Los problemas latinoamericanos

siguen siendo enormes, pero los progresos son también inmensos. En todos esos países la democracia funciona y las crisis que padecen no la ponen en peligro; por el contrario, y pienso sobre todo en Brasil, creo que tienden a regenerarla, a limpiarla de la corrupción, a permitirle que funcione de verdad. En ese sentido, la victoria de Pedro Pablo Kuczynski en el Perú es otro pasito que da América Latina en la buena dirección.

Fig. 16

POR EL BUEN CAMINO

Por Mario Vargas Llosa

El 28 de julio asumió la presidencia del Perú Pedro Pablo Kuczynski. Es, desde la caída de la dictadura de Fujimori el año 2000, el quinto mandatario -luego de Valentín Paniagua, Alejandro Toledo, Alan García y Ollanta Humala- que llega al poder por la vía democrática. Pesa sobre sus hombros la responsabilidad de impulsar una legalidad y un progreso que en estos dieciséis años han caracterizado la orientación del país. Este progreso hay que entenderlo de manera muy amplia, es decir, no sólo representado por el desarrollo económico que ha hecho del Perú una de las naciones latinoamericanas que ha crecido más y atraído más inversiones en este período, sino, también, por ser un país en el que se ha respetado la libertad de expresión y de crítica, y donde han funcionado la diversidad política, el pluralismo y la coexistencia en la diversidad.

Los problemas son todavía enormes, desde luego, empezando por la seguridad y las desigualdades, la corrupción, la falta de oportunidades para los pobres, la

insuficiente movilidad social y muchos otros. Pero sería una gran injusticia desconocer que en todos estos años el Perú ha gozado de una libertad sin precedentes, que se ha reducido de manera drástica la extrema pobreza, que la clase media ha crecido más que en toda su historia pasada, y que la descentralización económica, administrativa y política del país ha avanzado de manera impresionante.

Pero, tal vez, lo más importante ha sido que en estos últimos dieciséis años una cultura democrática parece haber echado unas raíces que hasta hace poco eran muy débiles y ahora cuentan con el respaldo de una gran mayoría de peruanos. Es posible que todavía existan algunos estafalarios de la vieja derecha que crean en la solución militar y golpista, y, en la extrema izquierda, grupúsculos que sueñan todavía con la revolución armada, pero, si realmente existen, se trata de sectores muy marginales, sin la menor gravitación en el grueso de la población. La derecha y la izquierda parecen haber depuesto sus viejos hábitos anti democráticos y haberse resignado a operar en la legalidad. Tal vez hayan comprendido que esta es la única vía posible para que los remedios de los problemas del Perú no sean peores que la enfermedad.

¿Qué explicación tiene semejante evolución de las costumbres políticas en el Perú? Los experimentos catastróficos de la dictadura militar socialista del general Velasco, cuyas reformas colectivistas y estatistas empobrecieron al país y sembraron el caos; la guerra revolucionaria y terrorista de Sendero Luminoso y la represión consiguiente que causaron cerca de setenta mil muertos, decenas de miles de heridos y unos daños materiales cuantiosos. Y, finalmente, la dictadura de Fujimori y Montesinos, con sus crímenes abominables y los vertiginosos robos

–unos seis mil millones de dólares, se calcula- de los que el país ha podido recobrar sólo migajas.

Para algunos podría tal vez parecer contradictorio con esto último que la hija del exdictador, Keiko Fujimori, sacara tan alta votación en los últimos comicios y que la bancada que le es adicta sea mayoritaria en el Congreso. Pero esto es puro espejismo; como el odríismo y el velasquismo, el fujimorismo es una construcción artificialmente sostenida con una inyección frenética de demagogia, populismo y cuantiosos recursos y destinada a desaparecer –apostarí que a corto plazo-, igual que aquellos vestigios de las respectivas dictaduras de las que nacieron. Su existencia nos recuerda que el atraso y la barbarie política, aunque han retrocedido, están todavía lejos de desaparecer de nuestro entorno. El camino de la civilización es largo y difícil. Este camino, emprendido hace un poco más de tres lustros por el Perú, no debe tener retrocesos, y esa es la tarea primordial que incumbe a Pedro Pablo Kuczynski y al equipo que lo rodea.

La imagen internacional del Perú nunca ha sido mejor que la de ahora; en Estados Unidos y en Europa aparecen casi a diario análisis, comentarios e informes entusiastas sobre su apertura económica y los incentivos para la inversión extranjera que ofrece. Las empresas peruanas, algunas de las cuales comienzan desde hace algunos años a salir al extranjero, han experimentado un verdadero salto dialéctico, así como la explosión turística, incrementada en los últimos años por el atractivo culinario local, que se ha puesto de moda, en buena medida, quién lo podría negar, gracias a Gastón Acurio y un puñado de chefs que, como él, han revolucionado la gastronomía peruana.

Las perspectivas no pueden ser más alentadoras para el gobierno que se inicia en estos días. Para que ellas no se frustren, como tantas veces en nuestra historia,

es imprescindible que la batalla contra la corrupción sea implacable y dé frutos, porque nada desmoraliza más a una sociedad que comprobar que el poder sirve sobre todo para que los gobernantes y sus cómplices se enriquezcan, violentando la ley. Ese, y la falta de seguridad callejera, sobre todo en los barrios más desfavorecidos, es el gran lastre que frena y amenaza el desarrollo, tanto en Perú como en el resto de América Latina. Por eso, la reforma del Poder Judicial y de los organismos encargados de la seguridad, empezando por la Policía, es una primera prioridad. Nada inspira más tranquilidad y confianza en el sistema que sentir que las calles que uno transita son seguras y que se puede confiar en los jueces y policías; y, a la inversa, nada desmoraliza más a un ciudadano que salir de su casa pensando en que será atracado y que si acude a la comisaría o al juez en busca de justicia será atracado otra vez, pues jueces y policías están al servicio, no de las víctimas, sino de los victimarios y ladrones.

Lo que ocurre en el Perú está ocurriendo también en otros países de América Latina, como Argentina, donde el Gobierno de Mauricio Macri trata desesperadamente de devolver al país la sensatez y la decencia democráticas que perdió en todos los años delictuosos y demagógicos del kirchnerismo. Y hay que esperar que Brasil, donde la revuelta popular contra la corrupción cancerosa que padecía el Estado ha conmovido hasta los cimientos a casi todas sus instituciones, salga purificado y con una clase política menos putrefacta de esta catarsis institucional.

Ojalá la política diplomática del Gobierno de Pedro Pablo Kuczynski sea coherente con esa democracia que le ha permitido llegar al poder. Y no incurra, como tantos Gobiernos latinoamericanos, en la cobardía de mantener una neutralidad cómplice frente a la tragedia venezolana, como si se pudiera ser

neutral frente a la peste bubónica. Es una obligación moral para todo gobierno democrático apoyar a la oposición venezolana, que lucha gallardamente tratando de recuperar su libertad contra una dictadura cleptómana, de narcotraficantes, que representa un pasado de horror y de vergüenza en América Latina.

Fig. 17

CIRCO Y PERIODISMO

Por Mario VARGAS LLOSA

Una de las profesiones más peligrosas en el mundo de hoy es el periodismo. Cada año aparecen, en los balances que hacen agencias especializadas, decenas de reporteros, entrevistadores, fotógrafos y columnistas secuestrados, torturados o asesinados por fanáticos religiosos y políticos, dictadores, bandas de criminales y traficantes, o dueños de imperios económicos que ven como una amenaza para sus intereses la existencia de una prensa independiente y libre.

Este contexto explica, sin duda, la indignación que ha causado la entrevista que llevó a cabo el actor Sean Penn al asesino y narco mexicano, el Chapo Guzmán -cuya vertiginosa fortuna lo ha hecho figurar entre los hombres más ricos del mundo según la revista *Forbes*-, poco antes de ser capturado por la infantería de marina de México. La entrevista, que apareció en la revista *Rolling Stone*, es malísima, una exhibición de egolatría desenfrenada y payasa y, para colmo, desbordante de simpatía y comprensión hacia el multimillonario y

despiadado criminal al que se le atribuyen cerca de tres mil muertes además de incontables desafueros, entre ellos gran número de violaciones.

Sean Penn es muy buen actor y tiene fama de “progresista”, término que, tratándose de gente de Hollywood, suele significar una debilidad irresistible por los dictadores y tiranuelos tercermundistas. Lo ha mostrado, en un magnífico artículo Maite Rico (“Fascinación eterna por el déspota”, EL PAIS, 17/1/2016), quien recuerda los ditirambos del actor (y de Michael Moore y Oliver Stone) a Fidel Castro y a Hugo Chávez: “una de las fuerzas más importantes que hemos tenido en este planeta”, “líder fascinante”, “le tengo amor y gratitud”, etcétera. ¿Cómo explicará el actor, entonces, que en los últimos comicios el setenta por ciento de los electores venezolanos haya repudiado de manera tan categórica al régimen chavista? Probablemente, ni se ha enterado de ello.

El caso de Sean Penn sólo se entiende por la extraordinaria frivolidad que contamina la vida política de nuestro tiempo, en el que las imágenes han reemplazado a las ideas y la publicidad determina los valores y desvalores que mueven a grandes sectores ciudadanos. Elogiar a Fidel Castro, “el hombre más sabio del mundo” según Oliver Stone, es una patética exhibición de cinismo e ignorancia, equivalente a sentir admiración por Stalin, Hitler, Mao, Kim il Sung o Robert Mugabe, y defender como modélica a una dictadura de más de medio siglo que ha convertido a Cuba en una prisión de la que los cubanos tratan de escapar como sea, incluso desafiando a los tiburones. Y no lo es menos considerar una estrella política planetaria al comandante Chávez, cuyo régimen transformó a Venezuela en un país pobre, violento y reprimido, cuyos niveles de vida caen cada día más por culpa de una inflación galopante –la más alta del

mundo- y donde la corrupción y el narcotráfico se han enquistado en el corazón mismo del Gobierno.

Qué cómodo es para estos personajes, desde Hollywood, es decir, desde la seguridad jurídica –nadie irá allá a despojarlos de sus casas, negocios, inversiones, ni a tomarles cuenta por lo que dicen y escriben-, el confort y la libertad de que gozan, jugar a ser “progresistas”, aceptando invitaciones de sátrapas ineptos, que los tratan como reyes y los adulan, halagan y regalan, y a defender regímenes opresores y brutales, que hacen vivir en el miedo, la escasez y la mentira a millones de ciudadanos a los que han quitado la palabra y los más elementales derechos. Ahora, además de dictadores, los “progresistas” de Hollywood defienden también a delincuentes comunes y asesinos en serie, como el Chapo Guzmán, pobre hombre que, según Sean Penn, llegó al delito porque era la única manera de sobrevivir en un mundo atrofiado por la injusticia y los oligarcas.

El periodismo, por desgracia, es también una de las víctimas de la civilización del espectáculo de nuestros días, donde aparecer es ser y la política, la vida misma, se ha vuelto mera representación. Utilizar esta profesión para promoverse y difundir ideas frívolas, banalidades ridículas y mentiras políticas flagrantes es también una manera de agraviar un oficio y a unos profesionales que hacen verdaderos milagros para cumplir con su función de informar la verdad por salarios generalmente modestos y corriendo grandes peligros. Gentes como Sean Penn, Oliver Stone y congéneres ni siquiera advierten que su actitud revela un desdeñoso prejuicio hacia Venezuela, Cuba, México y, en general, el tercer mundo, con esa duplicidad de que hacen gala cuando elogian y promueven para esos países sistemas y dictadores que no tolerarían jamás en su propio país, muy

parecidos en eso a un Gunther Grass, que, en los años ochenta, pedía que los latinoamericanos siguiéramos el “ejemplo de Cuba”, en tanto que, en Alemania, él defendía la social democracia y combatía el modelo comunista.

Desde luego que mi crítica a aventados irresponsables como Sean Penn no significa que crea que los actores deben prescindir de hacer política. Todo lo contrario, estoy firmemente convencido que la participación en el debate público, en la vida cívica, es una obligación moral de la que nadie debe sentirse exonerado, sobre todo si no está contento con la sociedad y el mundo en el que vive. Y creo que esta obligación es tanto mayor cuando un ciudadano –como es el caso de los cineastas en cuestión- es más conocido y tiene por lo tanto mayores posibilidades de llegar a un amplio público. Pero, por ello mismo, es indispensable que esta participación esté fundada en un conocimiento serio de los asuntos sobre los que opina.

A este respecto quisiera citar la respuesta que otro norteamericano, éste sí bien informado y honesto, el escritor Don Winslow, dio al artículo de Sean Penn. Su texto puede ser consultado en la página web *Deadline.com*. Winslow, que desde hace veinte años investiga los cárteles de la droga mexicanos y ha publicado un libro premiado sobre este tema, *The Cartel*, recuerda a todos los periodistas que han sido mutilados y asesinados por haber investigado sobre el Chapo Guzmán. Y se sorprende de que, en lugar de preguntar al capo por qué, luego de su primera escapada de la cárcel, en 2001, desató esa “guerra de conquista” para desplazar a otros cárteles que causó más de cien mil asesinatos. Otras preguntas que Sean Penn no hizo: cuántos millones de dólares ha gastado el Chapo comprando jueces, políticos y policías, la razón por la que decidió firmar un acuerdo de colaboración con la organización sádica y homicida de los Zetas, y

por qué aceptaba que sus sirvientes le llevaran niñas púberes a su celda en los períodos que pasó en prisión. También lamenta Winslow, entre otras cosas, que Sean Penn no formulara una sola pregunta al Chapo Guzmán, en las siete horas de diálogo con él, sobre las 35 personas (12 mujeres entre ellas) que hizo asesinar, acusándolas de trabajar para los Zetas, antes de hacer las paces con esta terrorífica banda.

Las razones por las que Sean Penn no preguntara nada incómodo al Chapo Guzmán nosotros las sabemos de sobra: él fue a entrevistarlo con las respuestas del asesino ya fabricadas por su propia frivolidad o cinismo: presentarlo como la víctima de un sistema (un héroe, en cierta forma) económico y político que sus admirados Fidel Castro y Chávez han comenzado a liquidar. Y apuntalar con ello su bien ganada fama de “progresista”, además de actor famoso y millonario.

Fig. 18

LA ISLA DE LOS TIGRES

Por Mario Vargas Llosa

El viajero chino que por primera vez dejó un testimonio escrito sobre esta isla en el siglo XIV la llamó “La isla de los leones” (Singapura), pero se equivocó de animal, porque aquí nunca hubo leones, sólo tigres, y en gran cantidad, pues hasta muy avanzado el siglo XIX estas fieras se comían a los campesinos que se extraviaban en sus selvas.

Aquel primitivismo quedó ya muy atrás y ahora Singapur es uno de los países más prósperos, limpios, avanzados y seguros del mundo y el primero que, en un plazo relativamente corto, consiguió acabar con dos de los peores flagelos de la humanidad: la pobreza y el desempleo. En los seis días que acabo de pasar aquí, a todas las personas con las que estuve les pedí que me llevaran a ver el barrio más pobre de esta ciudad-estado. Y aquella maravilla, que he visto con mis propios ojos, es verdad: aquí no hay miseria, ni hacinamiento, ni chabolas, y sí, en cambio, un sistema de salud, una educación y oportunidades de trabajo al alcance de todo el mundo, así como una inmigración controlada que beneficia por igual al país y a los extranjeros que vienen a trabajar en él.

Singapur ha demostrado, contra todas las teorías de sociólogos y economistas, que razas, religiones, tradiciones y lenguas distintas en vez de dificultar la coexistencia social y ser un obstáculo para el desarrollo, pueden vivir perfectamente en paz, colaborando entre ellas, y disfrutando por igual del progreso sin renunciar a sus creencias y costumbres. Aunque la gran mayoría de la población es de origen chino (un 75%), los malayos y los indios (tamiles, sobre todo) así como los euroasiáticos cristianos conviven sin problemas con aquellos en un clima de tolerancia y comprensión recíprocas, lo que, sin duda, ha contribuido en gran parte a que este pequeño país haya ido quemando etapas desde su independencia en 1965 hasta convertirse en el gigante que es ahora.

Este extraordinario logro se debe en gran parte a Lee Kuan Yew, que fue Primer Ministro treinta y un años (de 1959 a 1990) y cuya muerte, el año pasado, convocó a buena parte de la isla en un homenaje multitudinario. Las ideas e iniciativas de este dirigente, educado en Inglaterra, en la Universidad de Cambridge, siguen orientando la vida del país –un hijo suyo es el actual Primer

Ministro- e incluso sus más severos críticos reconocen que su energía y su inteligencia fueron decisivas para la notable modernización de esta sociedad. El sistema que creó era autoritario, aunque conservara la apariencia de una democracia, pero, a diferencia de otras dictaduras, ni el autócrata ni sus colaboradores aprovecharon el poder para enriquecerse, y el poder judicial parece haber funcionado todos estos años de manera independiente, penalizando severamente los casos –nada frecuentes- de corrupción que llegaban a sus manos. El partido de Lee Kuan Yew ganaba todas las elecciones sin necesidad de hacer trampas y siempre permitía que una pequeña y decorativa oposición figurase en el Parlamento, costumbre que sigue vigente pues los parlamentarios de oposición en la actualidad son sólo cinco. La prensa es a medias libre, lo que significa que puede hacer críticas a las políticas del régimen, pero no defender ideologías revolucionarias y hay leyes muy estrictas prohibiendo todo lo que sea ofensivo para las creencias, costumbres y tradiciones de las cuatro culturas y religiones que conforman Singapur. Al igual que en Londres, hay un *Speaker's Corner* en un parque adonde se pueden convocar mítines y pronunciar discursos contra el gobierno con la única condición de que quienes lo hagan sean ciudadanos del país.

El milagro singapurense no hubiera sido posible sin dos medidas esenciales que Lee Kuan Yew -en sus primeros años de vida política se proclamaba socialista, aunque adversario de los comunistas- puso en práctica desde que asumió el poder: una educación pública de altísimo nivel, a la que durante muchos años se consagró la tercera parte del presupuesto nacional, y una política habitacional que permitió a la inmensa mayoría de la población ser propietaria de la casa donde vivía. Asimismo, aquel se empeñó en pagar elevados

salarios a los funcionarios públicos de manera que, por una parte, se desalentara la corrupción en la administración pública y, de otra, se atrajera al servicio del Estado y a la vida política a los jóvenes más capaces y mejor preparados.

Es verdad que Singapur tuvo siempre un puerto abierto al resto del mundo que estimuló el comercio internacional, pero el gran desarrollo económico que ha alcanzado no se debió a su privilegiada posición geográfica, sino, principalmente, a la política de apertura económica y de incentivos a la inversión extranjera. Mientras, siguiendo las nefastas políticas de la CEPAL de entonces, los países del Tercer Mundo “defendían” sus economías de las transnacionales a las que mantenían a distancia y propiciaban un desarrollo para adentro, Singapur se abrió al mundo y atraía a las grandes empresas ofreciéndoles una economía abierta de par en par, un sistema bancario y financiero eficiente y moderno, y una administración pública tecnificada y sin corruptelas. Eso ha convertido a la ciudad-estado en “el paraíso del capitalismo”, un título del que sus ciudadanos no parecen avergonzarse para nada, sino todo lo contrario. La primera vez que vine aquí, en el año 1978, me quedé maravillado al ver que en este rincón del Asia había una avenida como Orchard Street con tantas tiendas elegantes como las de la Quinta Avenida de Nueva York, el Faubourg Saint-Honoré de París o el Mayfair de Londres. El Presidente de la Cámara de Comercio británico-singapurense, que estaba conmigo, me dijo: “Cuando yo era niño, esta avenida que lo sorprende tanto estaba llena de cabañas erigidas sobre pilotes y llena de fango y cocodrilos”.

No todo es envidiable en Singapur, desde luego, aunque sí lo son, por supuesto, su sistema de salud, al alcance de todo el mundo, y sus colegios y universidades modélicos a los que tienen acceso los singapurense más humildes gracias a un sistema de becas y de préstamos muy extendido. Pero es lamentable

que exista todavía la pena de muerte y la bárbara sentencia del *cane* (o latigazos) para los ladrones. Creyendo mitigar esta barbarie, alguien me explicó que “sólo se infligían veinticuatro latigazos como máximo”. Yo le contesté que, impartidos por un verdugo bien entrenado, veinticuatro latigazos bastaban para matar en el horror de la tortura a un ser humano.

¿Se hubiera podido conseguir la formidable transformación de Singapur sin el autoritarismo, respetando rigurosamente los usos de la democracia? Yo estoy absolutamente convencido que sí, a condición de que haya una mayoría del electorado que lo crea también y dé su respaldo a un plan de gobierno que pida un mandato claro para las reformas que hizo en su país Lee Kuan Yew. Porque, probablemente por primera vez en la historia, en nuestra época la prosperidad o la pobreza de un país no están determinadas por la geografía, ni la fuerza, sino dependen exclusivamente de las políticas que sigan los gobiernos. Mientras tantos países del mundo subdesarrollado, enajenados por el populismo, elegían lo peor, esta pequeña isleta del Asia optó por la opción contraria y hoy en ella nadie se muere de hambre, ni está en el paro forzoso, ni se ve impedido de recibir ayuda médica si la necesita, casi todos son dueños de la casa donde viven y, no importa a cuánto asciendan los ingresos de su familia, cualquiera que se esfuerce puede recibir una formación profesional y técnica del más alto nivel. Vale la pena que los países pobres y atrasados tengan en cuenta esta lección.

Fig. 19

LA BOMBA NORCOREANA

Por Mario Vargas Llosa

Hace unos diez años comencé a leer un libro apasionante, pero abandoné su lectura a las pocas páginas porque era, al mismo tiempo, terrorífico. Lo había escrito un grupo de científicos que, luego de establecer, hasta donde era posible, el número de armamentos nucleares que pueblan el planeta –se debe haber incrementado en el tiempo transcurrido- explicaba las consecuencias que podría tener para el mundo el que, por un acto de locura ideológica o un mero accidente, esos artefactos de destrucción masiva comenzaran a estallar.

Las cifras eran escalofriantes tanto en número de muertos y heridos como en contaminación del aire, las aguas, la fauna y la flora, al extremo de que, a la corta o a la larga, podía desprenderse de este proceso la extinción de toda forma de vida en el astro que habitamos.

Si esto es cierto, y supongo que lo es ¿no resulta incomprensible que un asunto tan trascendente –la preservación de la vida- apenas llame la atención del público muy de tanto en tanto, por ejemplo esta semana, cuando Kim Jong-un, el patológico sátrapa de Corea del Norte, anunció que, celebrada por toda la población norcoreana, acaba de hacer estallar su primera bomba de hidrógeno. Los técnicos de Estados Unidos y Europa se han apresurado a decir que este anuncio es exagerado, que la última dictadura estalinista del planeta apenas ha conseguido fabricar hasta el momento una bomba nuclear. El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, la Unión Europea y distintos gobiernos –entre ellos, el de China- han condenado el experimento (cierto o falso) anunciado por

Kim Jong-un. ¿Habrá nuevas sanciones de castigo al régimen norcoreano? En teoría, sí, pero en términos prácticos, ninguna, porque ese país vive en un aislamiento total, como dentro de una probeta, y sobrevive gracias al puño de hierro que aherroja a sus infelices ciudadanos-esclavos, al contrabando y a la demagogia delirante.

Oficialmente, hay seis países en el mundo que poseen armas nucleares –Estados Unidos, Rusia, China, India, Pakistán y Corea del Norte- y sólo dos de ellos, Estados Unidos y Rusia, han experimentado bombas de hidrógeno, que tienen una capacidad destructiva siete u ocho veces mayor que las bombas que aniquilaron Hiroshima y Nagasaki. Sólo una décima parte del arsenal nuclear ya acumulado sería suficiente para acabar con todas las ciudades del globo y desaparecer a la especie humana. Debemos estar todos muy locos en este mundo para haber llegado a una situación semejante sin que nadie haga nada y sigamos contemplando, a nuestro alrededor, cómo los arsenales nucleares siguen allí, acaso aumentando, a la espera de que, en cualquier momento, algún fanático con poder encienda la chispa que provoque la gigantesca explosión que nos extermine.

Ya sé que hay organizaciones pacifistas que tratan –sin mucho éxito, por lo demás- de movilizar a la opinión pública contra este armamentismo suicida, y gobiernos e instituciones que, de manera ritual, protestan cada vez que un nuevo país, como Irán hasta hace poco, intenta acceder al club exclusivo de potencias atómicas. Pero lo cierto es que, hasta ahora, el desarme ha sido una mera retórica sin consecuencias prácticas y que, empezando por los de Estados Unidos y Rusia, los planes de desarme no avanzan. Los depósitos de armas de

destrucción masiva continúan allí, como anuncio permanente de un cataclismo que acabaría con la historia humana.

¿Hay que resignarse, esperando que esta situación se prolongue, o es posible hacer algo? Sí, es posible, y hay que comenzar por hacer exactamente lo contrario de lo que hice yo hace diez años con aquel libro aterrador. Hay que enterarse del horror que nos rodea y, en vez de jugar al avestruz, encararlo, difundirlo, alarmar a cada vez más gente con la siniestra realidad a fin de que las campañas pacifistas dejen de ser obra de minorías excéntricas y cobren una magnitud que movilice por fin a los gobiernos y haga funcionar de manera efectiva a los organismos internacionales. Nada de esto es utópico; cuando hay una voluntad política resuelta, es posible sentar a una mesa de diálogo a los adversarios más encarnizados, como ha ocurrido con Irán, que ha consentido detener su programa atómico a cambio del levantamiento de las sanciones que tenían paralizada a su economía.

¿Y si la negociación es imposible? En raros casos esto puede ser cierto y, sin duda, uno de estos casos podría ser el régimen de Pyongyang. La satrapía de los Kim no sólo ha condenado al pueblo norcoreano a vivir en la miseria, la mentira y el miedo. Con su búsqueda frenética del arma nuclear que, cree, le garantizará la supervivencia, pone en peligro a sus vecinos de la península y a todo el Asia. La comunidad internacional tiene la obligación de actuar, poniendo en acción todos los medios a su alcance para acabar con un régimen que se ha convertido en un riesgo para el resto del planeta. Hasta China, que fue uno de los escasos valedores de la dictadura norcoreana, parece haber comprendido el peligro que representan para su propia supervivencia las iniciativas demenciales de Kim Jong-un. Y la forma de actuar más eficaz es cortar de raíz la posibilidad

de que el régimen de Pyonyang continúe con unos experimentos nucleares que constituyen, en lo inmediato, una gravísima amenaza para Corea del Sur, China y Japón. La comunidad internacional puede dar un ultimátum al régimen norcoreano, a través de las Naciones Unidas, dándole un plazo preciso para que desmantele sus instalaciones atómicas so pena de proceder a destruirlas. Y cumplir con la amenaza en caso de no ser escuchada. No creo que haya un caso más evidente en el que un mal menor se imponga por sobre el riesgo de que Pyongyang provoque una catástrofe con cientos de miles de víctimas en el Asia y, tal vez, en el mundo entero.

En uno de esos lúcidos ensayos con los que se enfrentó al mesianismo ideológico al que sucumbieron tantos intelectuales de su tiempo, George Orwell se preguntaba si el progreso científico debía ser celebrado o temido. Porque esos extraordinarios avances en el conocimiento, al mismo tiempo que han creado mejores condiciones de vida –en la alimentación, la salud, la coexistencia, los derechos humanos- han desarrollado también una industria de la destrucción capaz de producir matanzas que ni la imaginación más enfermiza de antaño podía anticipar. En nuestros días, el avance de la ciencia y la tecnología ha sembrado el planeta de unos artefactos mortíferos que, en el mejor de los casos, podrían devolvernos al tiempo de las cavernas, y, en el peor, retroceder este planeta sin luz a aquel pasado remotísimo en que la vida no existía aún y estaba por brotar, no se sabe todavía si para bien o para mal. No tengo respuesta para esta pregunta. Pero lo que haré de inmediato será buscar aquel libro que dejé sin terminar y leerlo esta vez hasta la última línea.

Fig. 20

LOS JUSTOS DE ISRAEL

Por Mario Vargas Llosa

Yehuda Shaul tiene 33 años pero parece de 50. Ha vivido y vive con tanta intensidad que devora los años, como los maratonistas los kilómetros. Nació en Jerusalén, en una familia muy religiosa y es uno de diez hermanos. Cuando lo conocí, hace 11 años, todavía llevaba la kipá. Era un joven patriota, que debió destacar en el Ejército mientras hacía el servicio militar, pues, al cumplir los tres años obligatorios, el Tsahal le propuso seguir un curso de comandos y estuvo un año más en filas, como sargento. Al retornar a la vida civil, igual que muchos jóvenes israelíes, viajó a la India, a lavarse la cabeza. Allí reflexionó y pensó que sus compatriotas ignoraban las cosas feas que hacía el Ejército en los territorios ocupados y que su obligación moral era hacérselo saber.

Para ello, Yehuda y un fotógrafo, Miki Kratsman, fundaron el 1 de marzo de 2004 *Breaking the Silence (Rompiendo el Silencio)*, una organización que se dedica a recoger testimonios de exsoldados y soldados (cuyas identidades mantienen en secreto). En exposiciones y publicaciones destinadas a informar al público, en Israel y en el extranjero, exhiben la verdad de lo que ocurre en todos los territorios palestinos que fueron ocupados luego de la guerra de 1967. (El próximo año se cumplirá medio siglo de la ocupación). Textos y vídeos pasan, antes de ser expuestos, por la censura militar, pues Yehuda y su medio centenar de colaboradores no quieren violar la ley. Los testimonios recogidos superan el millar.

Hasta hace relativamente poco tiempo, gracias a la democracia que reinaba en el país para los ciudadanos israelíes, *Breaking the Silence* podía operar sin problemas, aunque fuera muy criticada por los sectores nacionalistas y religiosos. Pero, desde que entró en funciones el Gobierno actual –el más reaccionario y ultra de la historia de Israel- se ha desatado una campaña durísima contra los dirigentes de la institución, acusándolos de traidores y pidiendo que sean puestos fuera de la ley, en el Parlamento, por boca de ministros y líderes políticos y en la prensa. Y abundan los insultos y amenazas en las redes sociales contra sus fundadores. Yehuda Shaul no se siente intimidado y no piensa hacer ninguna concesión. Dice ser un patriota y un sionista y estar empeñado en lo que hace no por razones políticas sino morales.

Hay en la milenaria historia judía una tradición que nunca se interrumpió: la de los justos. Esos hombres y mujeres que, de tanto en tanto, surgen en los momentos de transición o de crisis, y hacen oír su voz, enfrentados a la corriente, indiferentes a la impopularidad y a los peligros que corren actuando de ese modo, para exponer una verdad o defender una causa que la mayoría, cegada por la propaganda, la pasión o la ignorancia, se niega a aceptar. Yehuda Shaul es uno de ellos, en nuestros días. Y, por fortuna, no es el único.

Allí está todavía, impertérrita, la periodista Amira Hass, que se fue a vivir a Gaza para padecer en carne propia las miserias de los palestinos y documentarlas día a día en sus crónicas de *Haaretz*. A ella le debo haber pasado, hace unos años, en la asfixiante y atestada ratonera que es la Franja, una noche inolvidable en casa de una pareja de palestinos dedicada a la acción social. Y su colega Gideon Levy, incansable escritor, a quien encuentro, luego de un buen tiempo, siempre batallando por la justicia con la pluma en la mano, aunque con el

ánimo menos enhiesto que antaño porque a su alrededor se encoge cada día más el número de los defensores de la racionalidad, de la convivencia y de la paz y crecen sin tregua los fanáticos de las verdades únicas y del Gran Israel que tendría, nada menos, que el respaldo de Dios.

Pero en este viaje he conocido otros, no menos limpios y valientes. Como Hanna Barag, que, a las cinco de la madrugada, en el cruce de Qalandiya, lleno de rejas, cámaras y soldados, me fue mostrando la agonía de los trabajadores palestinos que, pese a tener permiso y trabajo en Jerusalén, deben esperar horas de horas antes de poder entrar a ganarse el sustento. Hanna y un grupo de mujeres israelíes se apostan cada madrugada, ante esas alambradas, para denunciar las demoras injustificadas y protestar por los abusos que se cometen. “Tratamos de llegar hasta los jefes”, me dice, señalando a los soldados, “porque éstos ni siquiera nos escuchan”. Es una anciana menudita y llena de arrugas pero en sus ojos claros brillan una luz y una decencia cegadoras.

Y también es un justo, aunque ni siquiera lo sospeche, el joven Max Schindler, a quien conozco en Susiya, una aldea miserable de las montañas del sur de Hebrón; es muy tímido y tengo que sacarle con sacacorchos que me diga qué hace aquí, rodeado de niños famélicos, en este lugar fuera del mundo al que los colonos de la vecindad vienen a cortarle los árboles y a destruir sus cosechas, y a veces a apalear a los vecinos, y sobre cuyas escasas viviendas pesa una orden de demolición. Es un voluntario, que se ha venido a vivir a Susiya –a sobrevivir más bien- por unos meses y dedica su tiempo a enseñar a los aldeanos el inglés. “Quisiera que sepan que hay otro Israel”, me dice, señalando a los aldeanos.

Sí, lo hay, el de los justos, muchos, aunque no sean tantos como para ganar las elecciones. La verdad es que, desde hace años, las pierden, una tras otra. Pero no se dejan abatir por esas derrotas. Son médicos y abogados que van a trabajar a las poblaciones medio abandonadas y a defender en los tribunales a las víctimas de los abusos, o periodistas, o activistas de los derechos humanos que registran los atropellos y los crímenes y los sacan a la luz pública. Hay una asociación de fotógrafos por ejemplo, conformada por muchachas y muchachos muy jóvenes, que eternizan en imágenes todos los horrores de la ocupación. Me siguen a donde voy y no les importa caminar entre basuras malolientes y abrasarse de calor en el desierto, si pueden documentar con imágenes todo aquello que el Israel oficial oculta, y la gente bien pensante no quiere conocer. Pero, aunque la prensa oficial no publique sus fotos, ellos las exhiben en pequeñas galerías, en paneles callejeros, en publicaciones semiclandestinas. ¿Cuántos son? Miles, pero no lo bastantes para rectificar ese movimiento de opinión pública que va empujando cada vez más a Israel hacia la intransigencia, como si el ser la primera potencia militar del Medio Oriente –y, al parecer, la sexta del mundo- fuera la mejor garantía de su seguridad.

Ellos saben que no es así, que, por el contrario, convertirse en un país colonial, que no escucha, que no quiere negociar ni hacer concesiones, que sólo cree en la fuerza, ha hecho que Israel pierda la aureola prestigiosa y honorable que tenía, y que el número de sus adversarios y sus críticos, en vez de disminuir, aumente cada día.

Dos días antes de partir, ceno con otros dos justos: Amos Oz y David Grossman. Son magníficos escritores, viejos amigos y, ambos, incansables defensores del diálogo y la paz con los palestinos. Los tiempos que enfrentan son

difíciles, pero ellos no se dejan abatir. Bromean, discuten, cuentan anécdotas. Dicen que, hechas las sumas y las restas, ninguno podría vivir fuera de Israel. Gideon Levy y Yehuda Shaul, que están presentes, se declaran de acuerdo. Vaya, menos mal, en todos los días que llevo aquí es la primera vez que un grupo de israelíes se pone totalmente de acuerdo en algo.

LA IDEOLOGÍA LIBERAL EN EL PERIODISMO DE MARIO VARGAS LLOSA *

TEMAS	ARTÍCULOS
<p>La cultura de la libertad</p> <p>Es la esencia de lo que Popper llamó “la sociedad abierta”. Es democrática, libre, tolerante, justiciera. Combate el oscurantismo, el dogmatismo, la dictadura.</p>	<p>“POPPER EN MOYO ISLAND” . Karl Popper, y su libro: <i>La sociedad abierta y sus enemigos</i>. Identifica en Popper fundamentalmente tres principios liberales: La cultura de la libertad, la tolerancia y la economía de libre mercado.</p> <p>LAS ESTATUAS VESTIDAS. Comenta la reacción del gobierno italiano (al vestir las estaturas desnudas) ante la visita oficial del presidente de Irán a Roma, de quien se pretendía lograr un préstamo. Destaca la doblez de ciertas democracias europeas ante los regímenes totalitarios musulmanes.</p> <p>LA MEDIALUNA SOBRE EL SENA. Comentario de distopía expuesta por la novela Sumisión de Michel Houellebecq. El novelista imagina una Francia dominada por un gobierno musulmán, totalitario y dogmático. El escritor alerta sobre prejuicios, xenofobia y la paranoia que existe en la sociedad francesa (va contra la cultura de la libertad).</p> <p>¿PARA QUÉ LOS FILÓSOFOS? Comenta el libro de Jean Francois Revel. Respalda crítica de Revel contra los dogmatismos del marxismo académico. Destaca la tolerancia y apertura a todas las ideas: cultura de la libertad.</p>
<p>Populismo y utopías revolucionarias</p> <p>Para el periodista Mario Vargas Llosa, la crítica de estas lacras ideológicas es decisiva en la medida en que constituyen la negación de la cultura de la libertad.</p>	<p>LA DERROTA DE EVO. Critica el populismo que ha llevado a varios países de la región a la crisis política, social y económica.</p> <p>OTRA ARGENTINA. Destaca el papel del presidente Macri por aplicar reformas liberales para desmontar el excesivo estatismo derivado del régimen anterior.</p> <p>EL PRECIO DE LA PAZ. Comenta sobre el acuerdo de paz con la guerrilla colombiana (las FARC). Considera que se pagó un precio bien alto para lograr la paz de los colombianos. Principios: Tolerancia y contra el dogmatismo guerrillero de izquierda.</p>
<p>Populismo y utopías revolucionarias</p> <p>Para el periodista Mario Vargas Llosa, la crítica de estas lacras ideológicas es decisiva en la medida en que constituyen la negación de la cultura de la libertad.</p>	<p>LA PAZ POSIBLE. Escribe sobre el triunfo del NO para el acuerdo de paz en Colombia. Sostiene que la democracia es el único sistema que trae progreso. Critica los dogmatismos de las guerrillas, cuyo accionar solo sirvió para justificar dictaduras militares.</p> <p>LA MUERTE DE FIDEL. Comenta lo que significó para él la revolución cubana, el punto de quiebre para apartarse del comunismo. Critica el poder absoluto de Fidel Castro, y como después de medio siglo dejó un país en ruinas y un fracaso económico, social y cultural. Dice que el único progreso es que hace avanzar la libertad al mismo tiempo que la justicia.</p> <p>PRESO PERO LIBRE. Nombre del libro escrito por Leopoldo López desde la prisión en Venezuela. Critica el abuso de la dictadura contra sus opositores.</p>

<p>Nacionalismo y rabia</p> <p>La crisis de los valores políticos y sociales de Occidente ha llevado a la ciudadanía al desencanto y la rabia. En democracias avanzadas como las de Inglaterra y Estados Unidos, el nacionalismo ha vuelto a sentar sus reales en pleno siglo XXI.</p>	<p>ENGLAND YOUR ENGLAND. Cuestiona a los defensores del Brexit que reclamaban la salida de Gran Bretaña de la Unión Europea por «la recuperación de la independencia de la nación». Aquí habla de un nacionalismo político y económico trasnochado.</p> <p>LA DECADENCIA DE OCCIDENTE. Cuestiona la actitud de Trump contra los migrantes. Dice que Trump e Inglaterra han caído en el tribalismo del nacionalismo reaccionario. Recomienda volver a los valores de la sociedad abierta, el libre mercado, la integración comercial y la cultura de la libertad.</p> <p>EL CIUDADANO RABIOSO. Aquí critica al nacionalismo xenófobo, que llevó el triunfo al Brexit y a Trump. Habla de los riesgos a los que puede conducir la rabia en las naciones. Habla de rabiosos positivos y negativos. Dice que la globalización es buena para los pobres.</p>
<p>Política peruana: la verdad de la mentira</p> <p>En sus columnas del 2016 sobre política peruana, los comentarios de Vargas Llosa apostaron por una propuesta liberal y se opusieron tajantemente a la opción fujimorista, a la que definió como autoritaria y corrupta.</p>	<p>LA HORA GRIS. La segunda vuelta electoral. Advierte que el triunfo de Keiko legitima dictadura de su padre y significa el retorno del populismo. Y en el caso de PPK, considera que refuerza la línea democrática y de progreso institucional y económico.</p> <p>PERÚ A SALVO. Victoria de PPK: "Significó nuevo paso contra el populismo y de reafirmación de la democracia".</p> <p>POR EL BUEN CAMINO. Se instala el 5° presidente elegido por vía democrática. Aquí se refiere a la cultura democrática.</p>
<p>La civilización del espectáculo</p> <p>En la era de la globalización ha surgido un nuevo tipo de cultura, ya no de élite, erudita y excluyente, sino masiva, dada al divertimento y la evasión, en la que prevalecen la imagen y el sonido.</p>	<p>CIRCO Y PERIODISMO. Comenta la entrevista del actor Sean Penn al narcotraficante mexicano «Chapo» Guzmán.</p> <p>Crítica el uso del periodismo para frivolidades. Especialmente, a actores de como Sean Penn, Richar Moore, Oliver Stone, quienes, asegura, al exaltar a dictadores como Hugo Chávez, Fidel Castro y ahora a Guzmán, expresan un actitud desdeñosa con Venezuela, Cuba y México, porque destacan sistemas que no les gustaría que se instalen en sus países.</p>
<p>Las rayas del tigre. El modelo de Singapur.</p> <p>El modelo liberal no está exento de contradicciones y paradojas. Es lo que sucede en Singapur, una dictadura de 30 años donde se aplicó exitosamente la economía de libre mercado.</p>	<p>LA ISLA DEL TIGRE. Destaca las bondades que había logrado la economía de libre mercado en Singapur, un país gobernado por una dictadura de 30 años.</p> <p>LA BOMBA NORCOREANA. Hace un llamamiento a la paz para movilizar a las naciones de occidente ante la amenaza nuclear que representa el armamentismo nuclear de Corea del Norte de Kim Jong-Un.</p> <p>LOS JUSTOS DE ISRAEL. Habla de la intolerancia del gobierno de Israel con los palestinos.</p>

*Los 20 artículos citados en este cuadro fueron publicados en la columna Piedra de Toque, difundida por el diario El País de España, y reproducida en el suplemento

Domingo del diario La República de Lima durante el año 2016.